

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS. IZTAPALAPA
DOCTORADO EN HUMANIDADES, LÍNEA HISTORIA

**HISTORIA CULTURAL DE LOS GAMINES “NIÑOS EN SITUACIÓN DE
CALLE” DE 1950 A 1985 EN BOGOTÁ**

IVANNSAN ZAMBRANO GUTIÉRREZ

IZTAPALAPA
2018

IVANNSAN ZAMBRANO GUTIÉRREZ

**HISTORIA CULTURAL DE LOS GAMINES “NIÑOS EN SITUACIÓN DE
CALLE” EN BOGOTÁ, 1950 – 1985**

Tesis para optar al título de Doctor en Humanidades.
Línea Historia

Director: Doctor Rodrigo Díaz

IZTAPALAPA

2018

Dedico este trabajo a:

A Arley Fabio Ossa. Por su decidido apoyo y amistad.

A Jesús Alberto Echeverri, Alberto Martínez Boom, Rodrigo Díaz, Mercedes Minnicelli, Mauricio Soto, Alexander Hincapié, Teresita Gallego, Diana Alejandra Aguilar, Miguel Ángel Martínez, Alexander Yarza, Ivonnnsabel Zambrano, Carlos Illades y el Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas. Por hacer posible a través de diferentes momentos y actos en la historia de quien teclea, el camino andado y los que vienen. Por ser hogar, alimento y amor para la vida de quien escribe y piensa...sin ellos la chispa de vida sería menos intensa.

Especialmente a Dios y sus expresiones: Mahatma Gandhi, Sri Nisargadatta Maharaj y Baruch Spinoza. Andamios del pensamiento espiritual.

Índice

0. Introducción

1. *Primer bloque. Primera parte*

- 1.1 Los chinos de la calle a la luz de la sociedad capitalina desde finales del siglo XVIII
- 1.2 Los chinos de la calle a finales del siglo XIX y en la primera mitad del XX. A la luz de la sociedad capitalina
- 1.3 El ideal de infancia afectado
- 1.4 Momentos e ideas de modernidad, higiene, estética y política en la Bogotá del siglo XX
- 1.5 Higiene social y estética
- 1.6 El problema político y social en el escenario histórico
- 1.7 Los medios de comunicación y la *escuela defensiva*
- 1.8 Escolarización y educación en y de la infancia en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá
- 1.9 A modo de cierre

Primer bloque. Segunda parte.

- 1.10 Historia de los *gamines* a la luz de la sociedad. Bogotá de 1950 a 1985
- 1.11 *Gamines*, delincuencia y el problema de los desplazados o inadaptados urbanos
- 1.12 El imaginario de infancia en los cincuenta
- 1.13 Los *gamines*, un fenómeno nacional
- 1.14 ¿Pero cuantos eran, donde estaban?
- 1.15 Delincuencia, estética e infancia o la sociedad afectada radicalmente
- 1.16 Estética, higiene e infancia

- 1.17 La sociedad capitalina afectada y confundida: ¿Quién es realmente el *gamín*?
- 1.18 El miedo y la incomodidad hecha piedra
- 1.19 La limpieza social o el asesinato de población en situación de calle
- 1.20 A modo de cierre

2 Segundo bloque

Preámbulo

2) La gallada

2.1 Sostenibilidad

2.2 Estructura interna

2.3 Sostenibilidad: robo, mendicidad, repele y contrata.

2.4 Al interior de la gallada

2.5 Rituales y ceremonias

2.6 La sexualidad

2.7 El lenguaje

2.8) La institución gamín y su cosmovisión: gamines y no gamines

2.9 Héroe

2.10 La libertad

2.11 Alucinógenos

2.12 Dejar la institución o la vida gamín

3. A modo de cierre

Agradecimientos

Esta investigación se realizó gracias al apoyo de distintas personas e instituciones. También, a la compañía y consejo de personas no necesariamente vinculadas a la pesquisa, pero, articuladas a ella en la medida en que incidieron en la formación y crecimiento académico, profesional y espiritual de quien escribe.

En este sendero quiero agradecer primeramente a Dios, Krishna, Ala, el Tao o el Todo, por ser la fuente inmanente/trascendente de dónde vengo, de la que me alimento y a donde voy. El lugar de mi existencia y todo lo posible en ella. Seguidamente a mis padres, Santiago Zambrano Castro e Ana Isabel Guzmán Gutiérrez, quienes me hicieron semilla, para que posteriormente yo me encargase de convertirme en fruto. Un buen fruto para mí y en esa medida para los otros. Un reconocimiento especial a Ivonnabel Zambrano -mi hermana- , sin su constante compañía y amor este recorrido no hubiese sido posible. También a Isabel Cristina Vallejo, Diego Zuluaga, Esnedy Zuluaga, David Betancurt, Marcela Galeano, quienes estuvieron a mi lado en el viaje académico, cultural e introspectivo por México.

También un especial agradecimiento a México, el Conacyt y el convenio Clacso-Conacyt, a la Universidad Autónoma Metropolitana. Iztapalapa y previo a esta experiencia, la Universidad de Antioquia. Por posibilitarme las condiciones económicas, culturales y políticas para dedicarme a mis estudios y sobre todo, para crecer en la experiencia del viaje y la benéfica relación con otras culturas.

Finalmente a la Doctora Norma del Castillo y la licenciada Hyldely Garduño, por confiar en mí y apoyarme en los momentos difíciles de esta experiencia.

¡¡¡Eternas gracias!!!

0.0 Introducción



Tal para cual¹

Rigo, divertido como siempre, explicó por qué llevaba así el pelo:

“Me lo corté porque estaba cansado del pelo largo. La mujer me dijo que no le gustaba cabecipelado porque quedaba muy nea. ¿Sabes usted que es nea?”, dijo Urán.

Posteriormente, el periodista respondió que no sabía y Urán lo explicó:

“Que quedo muy gamín”, dijo Urán para responder la pregunta. Concluyó afirmando que a la peluquera “se le fue la mano” y le dejó (sic) el pelo muy corto.²

¹ Leo, “Tal para cual”, *Leo sátira. Caricaturas y opinión*, consultado el 5 de mayo de 2014, <http://bit.ly/1kJzbYd>.

² “¿Qué significa ‘nea’? la expresión que usó Urán en sus declaraciones”, *Publimetro*, consultado el 9 de julio de 2017, <http://bit.ly/2yxhAT3>.

En Colombia y en detalle en Bogotá, la palabra *gamín* está cargada de historia. En su uso más común, por supuesto fuera de los muros de la academia, ha solidado y suele llamarse *gamín* a los niños y adolescentes en situación de calle, esto, por lo menos desde la segunda mitad del siglo XX, aunque la palabra, el significante aparezca a finales del siglo XIX. Como se mostrará en esta investigación, a los niños y niñas en Bogotá solía decirseles (aún en la actualidad en gran parte del país) cuando eran reprendidos o bajo un llamado de atención: “*no sea gamín*”. Aún hoy se escucha esta frase, incluso si se busca por la web es posible encontrar páginas que destacando el argot colombiano³ visibilizan la nombrada frase, por ejemplo: “¡*No tire basura en la calle, no sea gamín!*”⁴.

De esta forma los padres de familia invitan a sus hijos —o la sociedad a sus integrantes— a dejar de ser algo que no corresponde con lo que se desea, en este caso, lo que se espera o quiere de un niño. La palabra *gamín* y la expresión “*no sea gamín*” es hoy tan popular y de uso común que en las calles, entre amigos, adolescentes y adultos suele decirse “*no sea gamín*” o “*usted sí que es un gamín*”, o “*este es más gamín*”, esto para referirse a que se está haciendo algo mal, o que no se está en la vía correcta.

Hay individuos que para dar a entender que están mal por uno u otro motivo, por ejemplo la apariencia, sostienen: “*estoy hecho un gamín*”. También hay dichos, por ejemplo: “este man es más picado que muela de gamín”, refiriéndose por un lado a alguien impetuoso y creído, y por el otro, a los dientes y muelas de los “*gamines*” o personas en situación de calle que por mala higiene bucal terminan con las muelas picadas, por las caries; “Tiene más carne el calentao de un gamín” o “Más llevao que guardespalda de gamín”, indicando que en lo que come un *gamín* no hay carne, o posiblemente, que quien va detrás de un *gamín* sufre por los malos olores. Incluso chistes: “Estaba un gamín en el centro vomitando y dice otro gamín /Aaa tan chicanero (creído) porque comió!”⁵, “Tres gamines hacen un concurso para definir quién es el más cochino (sucio), el primero toma un vaso y escupe una flema verde y espesa; el segundo se saca un calcetín con un olor peor que el de un

³ Para el lector extranjero y desconocedor del argot colombiano, baste buscar en google frases típicas colombianas o expresiones colombianas y *gamínes*. Fácilmente encontrará la expresión *gamín* y el centenar de usos y enunciados en las que aparece.

⁴ Felipe Torres Medina, “21 Palabras colombianas que no tienen igual”, BuzzFeed, consultado el 12 de noviembre de 2015, <http://bzfd.it/2guCehU>.

⁵ “Algo de humor!!”, *automovilescolombia.com*, consultado el 25 de septiembre de 2017, <http://bit.ly/2guz2CW>.

basurero; y el tercero como no sabía qué hacer... ¡Se bebió la flema y se limpió la boca con el calcetín!”⁶.

La palabra está tan inserta en el nudo de significantes y etiquetas que utilizan los colombianos y en esa medida en su historia cultural, que incluso en las grandes esferas políticas ha llegado a apropiarse y utilizarse: entre unos y otros se tratan de *gamines*⁷, y como muestra de un sistema político degradado, unos llegan a afirmar “*yo soy más gamín que usted*”, y se suele comparar a los políticos con *gamines*⁸, como también se aprecia en las caricaturas visibilizadas, por ejemplo en la primera, donde German Vargas Lleras —actual candidato a la presidencia— recusa por interrumpirlo a Álvaro Uribe —expresidente de Colombia— o en la siguiente, citada más abajo, en la que Juan Manuel Santos —actual presidente— objeta a Álvaro Uribe por sabotearlo —en detalle sabotear el proceso de paz que estaba llevando a cabo el gobierno colombiano con los integrantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc)—.

En la expresión *gamín* y no solo de parte de una madre a su hijo, se concentró en Colombia desde la segunda mitad del siglo XX y aún hoy, una referencia al otro, lo otro despreciado, rechazado y diferenciado desde un nosotros, un yo social. Dicha expresión no pasó desapercibida por la industria de los medios ni la escrita en la temporalidad abordada en esta pesquisa, esto es, de 1950 a 1985 en Bogotá, pues en nombre de los *gamines* se compusieron diversos temas musicales⁹ y en algunos programas televisivos el *gamín* tuvo

⁶ “Tema del día chistes de gamines”, *Todo en chistes*, consultado el 3 de noviembre de 2017, <http://bit.ly/2hPKExo>.

⁷ “‘Esto así con este gamín no se puede’ fue la desafortunada frase que pronunció Vargas Lleras en contra del señor Juan Carlos Santamaría, quien fue aspirante a la Cámara de Representantes en Arauca por el Centro Democrático. Tal expresión que sitúa a Lleras al mismo nivel de cualquier deslenguado molesto por los cuestionamientos a su palabra deja entrever un profundo desprecio y asco de la clase política respecto a los ciudadanos ‘revoltosos’ y, si se quiere, críticos”. Ver: Nicolás Suárez. “¿A qué juegan ‘el gamín’ y Vargas Lleras?” *La Paria.com*, consultado el 25 de septiembre de 2017, <http://bit.ly/2EbCsSw>.

⁸ Daniel Samper Ospina, “El gamín de Uribe”, *Semana*, Consultado el 26 de septiembre de 2017, <http://bit.ly/2neTyH3>.

⁹ Al respecto ver: “El gamín, villancico” de Aura Colorado realizado en 1969 e interpretado por Rodrigo Rodríguez, Ver en: https://www.youtube.com/watch?v=x_V4G_tOfM8; también se encuentra “El gamín agradecido” de Jorge Celedon, grabada en 1984, Ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=CIUGUMi3P3A>; y del grupo Las nostálgicas de Colombia, el “Niño gamín”, Ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=WSWTsFNQ4X8>. La canción fue compuesta por María Inés Serna. No se encuentra año de grabación. Y finalmente, en los años sesenta, Pablus Gallinazus con su canción “Hay un niño en la calle” disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=6KE5JyckznQ>.

un papel¹⁰; también este personaje tuvo un lugar en la literatura: varias novelas hablan del *gamín*, entre ellas *Detrás del rostro* o *La calle 10*, de Manuel Zapata Olivella, a su vez *Gran gamín* de Ezequiel Velásquez, *El cura gamín por Tamerlán Díaz* de José María Córdoba¹¹ o *El gamín de las nieves* de Álvaro Carrera¹².

En otras novelas, un poco más allá del periodo analizado, autores colombianos como Alfredo Molano integran en su narración la etiqueta *gamín*¹³, en detalle en su novela *Rebusque Mayor* publicada en 1997 y por supuesto se escribieron cuentos a nombre de él, del *gamín*¹⁴. En la temporalidad analizada incluso hubo un personaje en el mundo de las caricaturas, se trataba del “*Gamín Pepecura*”, personaje recurrente en la obra del caricaturista colombiano Alberto Arango Uribe. En Facebook hay un perfil de alguien que se hace llamar “El gamín”, según la información del perfil, y en palabras de quien publica allí: “*Hola, soy el gamín, un personaje que solo buscará alegrarte con humor colombiano*”, al 26 de septiembre de 2017 el perfil tiene 358.163 seguidores. Allí se comparte humor negro.

En suma, el significante *gamín* hace parte de la historia lingüística y cultural de Colombia, y sobre todo de Bogotá. En todas las referencias, roles y usos del significante *gamín* citadas anteriormente, aparece un otro, alguien que no va en el camino deseado, que representa un desajuste, que no responde al ideal social. Definitivamente, la etiqueta *gamín* es ubicada en la otra orilla de lo deseado por quien la utiliza para referirse a un otro, es más un reclamo,

¹⁰ Entre muchos destaca, ya en los noventa Heriberto de la Calle, embolador y huérfano, al igual que muchos de los gamines en la temporalidad abordada en esta investigación. Personaje interpretado por el comediante y crítico colombiano Jaime Garzón. Asesinado el 13 de agosto de 1999. Respecto al personaje “Huérfano de padre, a los seis años se ganó sus primeras monedas ayudando a las señoras a cargar el mercado que compraban en las plazas (...) Botado del ejército y sin papeles aprendió el oficio de lustrar zapatos y alguna vez lustrando a un famoso periodista radial le contó la anécdota del himno e inmediatamente fue contratado por este periodista para trabajar medio tiempo como lustrabotas en la emisora y el otro medio tiempo como reemplazo ocasional de locutores”. Ver en: <http://www.jaimegarzonforero.com/heriberto-de-la-calle>.

¹¹ José María, Córdoba, *El cura gamín por Tamerlán Díaz*. (Bogotá: Tercer Mundo, 1973) 199.

¹² Álvaro, Carrera Carrera, *El gamín de las nieves* (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 2011).

¹³ “El judío se asustó con el ruido y nos abrió la caja fuerte: noventa mil dólares en joyas. Mientras Tuco la sacaba me puse a robar anillos y ponérmelos en todos los dedos. Tuco que me ve y me dice: <<No sea rata, no sea gamín; venimos a lo que vinimos, bájese de esa morralla. Hay que ser gente, hay que trabajar con Elegancia>>. Ver: Alfredo Molano. *Rebusque mayor. Relatos de mulas, traques y embarques* (Bogotá: El Ancora Editores, 1997). 195

¹⁴ Cesáreo Rocha Ochoa, “*El gamín cojo*”. En *Tierra buena. Cuentos y relatos* (Bogotá: Talleres de gráficas Leipzig, 1976).

un señalamiento y una invitación a dejar de ser, de cierta manera para cumplir con el ideal deseado.



En lo que corresponde a esta investigación y reflexionado sobre el uso más común de la palabra, esto es, cuando la madre objeta a su hijo por su mal comportamiento recurriendo a la expresión “no sea gamín”, o en la calle cuando entre amigos, sobre todo adolescentes se etiquetan entre uno y otro *gamín*, llama la atención, por un lado, la relación de dicha palabra con su respectiva carga cultural e histórica respecto al ideal de niño, o infancia; por otro, la existencia de los *gamines* y su papel respecto a la sociedad. La expresión *gamín* y la existencia del niño en situación de calle —nombrado comúnmente *gamín*—, se articulan a la idea histórica, siempre en construcción del niño, de la infancia en Colombia.

En la relación entre el *gamín*, en cuanto significante siempre significado, y la sociedad, se deja ver una sociedad, un yo social que a través de esa expresión intentó diferenciarse de un otro social, que la afectaba, que tenía un rol activo en el devenir de esa sociedad; un otro, el *gamín*, el niño en situación de calle a quien había que corregir y reencauzar, por eso “no sea gamín”, al final un alguien decisivo en el devenir de ese yo, tan activo que en la actualidad la expresión con seguridad, después de tanto uso, es común, como se mostró anteriormente en el argot colombiano.

Sobre lo anterior, ahondando reflexivamente en esta relación —entre la expresión *gamín* y quienes la encarnan respecto a la sociedad en Bogotá de 1950 a 1985— rápidamente se llega a la conclusión de que la historia de la infancia en Colombia, y según se deja ver en el

argot colombiano, tiene mucho que ver con la historia de los niños en situación de calle, los comúnmente nombrados *gamines*, más aún, que en la historia de Colombia los *gamines*, en tanto significativo encarnado, cumplieron un papel importante en la consolidación de un ideal de infancia, pues él mismo hizo parte fundamental de lo que el historiador colombiano Jiménez Becerra llama un “imaginario histórico de la infancia en Colombia”¹⁵, de otra forma un conjunto de ideas, prácticas y rituales a través de las cuales los niños y niñas han sido socializados, integrados y encauzados en el devenir del país. A dicho imaginario se le entiende en esta pesquisa como el imaginario hegemónico de infancia.

Ahora, para quien escribe los *gamines* hicieron parte de dicho imaginario debido no solamente a que el *gamín* fuese un obstáculo en la optimización de la ciudad —Bogotá—, sus ideas de higiene y seguridad, en su desarrollo y crecimiento en las últimas décadas del siglo XX, como lo afirma el historiador citado, sino, y en el seno de una historia cultural y desde una pregunta por la alteridad, debido a que el *gamín*, en tanto significativo encarnado, **ocupó el lugar del otro** en el devenir de un imaginario de infancia hegemónico, una infancia contemporánea, **un opuesto cultural** a través del cual dicho imaginario se fortalecía. Y es que como se puede apreciar en los dichos y frases citadas, la etiqueta *gamín* visibiliza la diferencia, destaca lo anormal, lo que se pide no ser, lo que no se desea, no solo respecto a los niños, sino en general, respecto a la cultura y la sociedad.

En el campo de los estudios históricos de la infancia en Colombia no se ha prestado la suficiente atención al papel del otro cultural, de la diferencia. Se ha destacado a la infancia, o las infancias, pero no se ha analizado, y para el caso particular de Bogotá, cómo una determinada población, significada y registrada hasta el cansancio, tuvo un destacado papel, un rol activo en la emergencia de una forma de entender a los niños y **niñas**¹⁶, una forma,

¹⁵ Absalón Jiménez Becerra, *Infancia. Ruptura y discontinuidades de su historia en Colombia* (Bogotá: ECOE Ediciones, 2012).

¹⁶ **Debe llamarse la atención sobre la figura de la niña en esta pesquisa.** Como dará cuenta el lector al hablar de los niños en situación de calle en la temporalidad y espacialidad estudiada, se deja de lado el papel de las niñas, quienes seguramente tuvieron un lugar en esta historia, sin embargo, dicha ausencia se debe a que en el material consultado las referencias a las niñas son pocas. Al visibilizar los *gamines* las diversas publicaciones destacan niños y no niñas, esto, como se sostendrá más adelante, se debe posiblemente a que era más común para los niños de escasos recursos y muchas veces venidos del campo terminar en las calles, que para las niñas en igualdad de condiciones a dichos niños. Ellas según diversos investigadores terminaban más fácilmente articuladas a alguna labor en casas de familia o incluso la prostitución. Gutiérrez, José. *Gamín. Un ser olvidado*. (México: McGraw-Hill. 1972. P 50).

un imaginario de infancia que no se alimentó solamente de ideas y prácticas nacionales e internacionales referidas a la infancia o las apuestas gubernamentales en clave del gobierno de la población, sino que y en caso de esta investigación en la Bogotá de 1950 a 1985, en la cotidianidad de las calles tuvo un otro no deseado, un otro activo, que llevaba a cabo diversas acciones, algunas en contra de la sociedad. Un otro del cual dicha sociedad tomaba distancia y en ese movimiento se afirmaba a sí misma. En este escenario, a este problema hasta ahora poco estudiado en la historia de la infancia en Colombia y desde una perspectiva histórico cultural, responde esta investigación.

La historia de los niños y niñas en el mundo hoy por hoy, y en el campo de los historiadores culturales y a grandes rasgos intelectuales de la infancia, incluso en la sociología de la infancia, presta atención a cómo ellos —niños y niñas— tienen un papel activo en el devenir de una sociedad. Deja de lado la idea del niño como actor pasivo, determinado por las estructuras sociales y el “mundo adulto”, e intenta recuperar la voz de ellos, para así reconstruir una historia —o su realidad— desde *ellos mismos*. Adicionalmente, destaca en este escenario cómo a partir de dicha construcción la sociedad, el Estado o una comunidad también devienen. En este último aspecto, este tipo de historia en el campo la infancia¹⁷, en la historia cultural y la sociología de la infancia, presta atención a una idea venida de los estudios en torno a la alteridad, donde se suele afirmar que **el otro tiene un papel activo en el devenir del yo, la mismidad social e individual** y

¹⁷ Ver: Sandra, Carli, “El campo de estudios sobre la infancia en las fronteras de las disciplinas. Notas para su caracterización e hipótesis sobre sus desafíos”, en *Infancias: políticas y Saberes en Argentina y Brasil, siglos XIX y XX*. Eds. Isabella Cosse, Valeria Llobet, Carla Villalta y Maria Carolina Zapiola (Buenos Aires: Teseo, 2011) 31-56; Eduardo Bustelo, "Infancia en Indefensión", *Salud colectiva*, v1, n° 3 (Septiembre 2005): 253-84; y Sandra Carli, *La memoria de la infancia* (Buenos Aires: Paidós, 2011).

es que “...a partir de lo ajeno se produce y afirma el sentido de lo propio”¹⁸, para Emma de León¹⁹

Lo Otro, para ser más exactos, puede estar tan alejado de nuestras coordenadas de orientación que, en su contacto, nuestra imagen queda velada o diluida por otros brillos que nos desorientan. ¿Qué es lo que surge en esos momentos? (...) No alcanzaría la tinta para registrar las respuestas, pero puede decirse que ellas fluctúan entre una apuesta a las necesidades humanas para abrirse a lo inédito (...) y aquellas dominadas por el cierre, la retracción y por el miedo de no saber ante qué se está presente.

Lo otro, el otro obliga a quien se relaciona con él a un tipo de respuesta, pueda ser agradable y de acogida, una apertura a *lo inédito*... o desagradable y defensiva: *la retracción* y el *miedo*. En este último sendero, lo otro o el otro activa en el “nosotros” un cierre, una reafirmación que pasa por una toma de posición desde lo propio, la *mismidad cultural*, aquella base de ideas que activará en el individuo una u otra acción y sentimiento. Así las cosas, el otro difícilmente ocupa el lugar de la pasividad, siempre en su relación de complementariedad con el “nosotros” juega un papel importante, pues sin él, el “nosotros”, la mayoría de las veces “superior”, no podría afirmarse, ser lo que desea ser tomando como referencia lo que no se desea, lo que no se corresponde con el ideal anhelado. Se trata de un otro a quien normalmente se le significa con gran parte de aquello que no se corresponde con dicho ideal, de esta forma el otro, el extraño —al decir de Sabido Ramos— es necesario, y aunque desde la posición de superioridad un “nosotros” establezca una relación asimétrica respecto a él, el papel de éste no es pasivo. Escribe la autora

...en los desequilibrios de poder el menos favorecido (no resulta) un agente totalmente pasivo. En última instancia toda relación asimétrica es una relación

¹⁸ Al decir de Sabido en su reflexión respecto al otro, lo extraño y haciendo eco de variedad de autores, por ejemplo, Mead, Elias, Bourdieu y Bauman “...la identidad implica relaciones sociales de diferencia y/o distinción entre *nosotros* y *ellos*” “...no existe un sentido del *nosotros* sin la exclusión del *ellos*, no hay *marginados* sin *establecidos* o *barbaros* y discursos civilizatorios que fijan y estructuran los cánones de la urbanidad”, finalmente citando a Bourdieu afirma “La identidad se define y afirma en la diferencia”. Ver: Olga, Sabido Ramos, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica* (España: Sequitur, Azcapotzalco, 2012), 32-35.

¹⁹ Emma León, *El monstruo en el otro. Sensibilidad y coexistencia humana* (Madrid: Sequitur, 2011), 12.

recíproca, lo que significa que no hay posibilidad de superioridad sin la subordinación de otros o la definición de éstos como inferiores. Así, la presencia del extraño resulta necesaria para afirmar la superioridad en cuestión. En ocasiones, aquellas personas que pueden ser consideradas extrañas son a la vez necesarias para la estabilidad del orden jerárquico, como en el caso de los pueblos parias a los que se refería Max Weber o como cuando un grupo requiere mantener el honor a contraimagen del deshonor de otros. De manera que sin la presencia del extraño sería imposible la afirmación y construcción de la rectitud, normalidad y naturalización de nuestro mundo²⁰.

En este caso el otro, los *gamines* —y de esta forma fueron entendidos y estudiados en esta pesquisa—, eran activos respecto a la sociedad en una doble vía, por un lado, en tanto otro social constantemente nombrado y objetado, obligan a la sociedad a reafirmarse en lo propio —y es que lo propio no es más que la exclusión de lo extraño, lo otro, al decir de Sabido Ramos “...no existe un sentido del *nosotros* sin la exclusión del *ellos*, no hay *marginados* sin *establecidos* o *barbaros* sin *civilizados*”—, es decir, cumplen un papel activo respecto a la sociedad, esto es visible en las expresiones y registros publicados — artículos de periódico, libros, tesis de investigación, documentales—, a través de los cuales dicha sociedad expresaba su incomodidad.

Sobre lo anterior, en el primer bloque de esta investigación se presenta un acercamiento histórico cultural a los *gamines*, visibilizando, principalmente la **reafirmación simbólica de la sociedad** en sus ideales sociales, en lo propio, su *cierre* y *retracción* al decir de Emma León por la existencia activa de ellos, de otra forma como se sostuvo anteriormente, el otro tiene un papel activo en la sociedad. Por otro lado, y ya en el segundo bloque de este informe, un acercamiento a la historia cultural de los *gamines*, pues en esta pesquisa no solo se visibiliza una sociedad alterada, cerrándose en lo propio, sino la existencia de un colectivo que hacía méritos para que la sociedad se reafirmara de esa manera, esto debido a que el mismo existió y sostuvo una suerte de institucionalidad, de cultura, que como se apreciará más adelante consistió en la asociación de individuos en torno a un conjunto de

²⁰ Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*, 181.

creencias y prácticas, esto bajo unos fines de sostenibilidad definidos en un tiempo y espacio determinado.

En esta investigación se brinda un acercamiento a la historia cultural de los niños en situación de calle —conocidos comúnmente como gamines— en Bogotá de 1950 a 1985²¹. Interesa visibilizar la existencia de los gamines en tanto grupo de individuos cohesionados simbólicamente en un conjunto de significaciones y prácticas en una temporalidad y espacialidad determinada. En suma una colectividad institucional o institución de infancia²². A su vez, y principalmente, actores activos en el devenir social de Bogotá. De

²¹ **La razón de esta temporalidad es la siguiente.** En la década del cincuenta Bogotá se encuentra en un proceso de modernización e industrialización sin precedentes, deja de un “pueblo grande” y se convierte definitivamente en una ciudad moderna. Noguera, Carlos, Álvarez, Alejandro, y Castro, Jorge. *La ciudad como espacio educativo. Bogotá y Medellín en la primera mitad del siglo XX*. Colombia: Arango editores, 2000. El aparataje de la modernización e industrialización, compuesto por diversidad de instituciones, proyectos e ideales, sumado al aumento de la población debido al desplazamiento forzado producto principalmente de la violencia en los campos, entre otras, posibilitan que en la urbe proliferen en grandes cantidades las personas en situación de calle o *gamines*, ellos, son señalados continuamente por las élites según se deja ver en diversas superficies discursivas, como periódicos y libros, como causa de la delincuencia, el desorden, la suciedad, según Zambrano, Rojas & Cano a esta población se les consideraba un “lunar” feo en los espacios urbanos, un tipo de población que generaba asco y desprecio. La historia de la población en situación de calle en los ochenta, presenta un acontecimiento decisivo, por aquellos años las acciones de limpieza social o asesinato de *gamines* en las calles, alteran y modifican estructuralmente la vida de esta población. Estos aspectos se profundizarán en el primer bloque de la investigación. ZAMBRANO, Ivanssan, ROJAS, Claudia y CANO, Yearleydi, *Una infancia bajo amenaza de muerte: los niños en situación de calle en las grandes urbes Colombianas. Aportes a una historia de la infancia*, (Informe de Investigación), Medellín, Universidad de Antioquia-CIEP, 2012.

²² Sostienen Minnicelli & Zambrano, “Los Gamín, se visibilizan por su diferencia, su “deshonradez” y “vagancia”; digamos su “anormalidad”. Sin embargo, su característica principal, es su emergencia en el seno de la pobreza, la marginación y principalmente su no inscripción en los valores del proyecto moderno, por tanto ubicados en la otra cara, la otra faceta funcional a la modernidad, resultando incriptos – de manera paradójal- por su no inscripción. De esta forma es posible leer cómo su necesidad de sobrevivir es la base de su nacimiento y perpetuación. Una necesidad que no es sólo biológica, sino también social, cultural y política. La lectura de Malinowski (1986) contribuye a nuestro análisis en tanto se diferencia de otros cuando sostiene que las instituciones, tienen su nacimiento en las necesidades vitales de los seres humanos, entre otras y en un primer momento, la necesidad de organizarse para sobrevivir, por supuesto en diversidad de maneras. Sostenemos como hipótesis que este primer acto de sobrevivencia, subyace a las acciones, ceremonias y prácticas que constituyen a los Gamín como Institución que aflora en la espacialidad urbana y opera entre humanos, entre semejantes como una acción política (Arendt, 1995, p. 95) dada en la relación entre la Sociedad Colombiana con sus respectivas instituciones (Gutiérrez, 1972) y la Institución Gamín; en una acción que no distingue a un individuo, sino a una colectividad institucional sustentada en un lenguaje o conjunto de significaciones que los Gamín abanderan”. Minnicelli Mercedes, y Zambrano Ivanssan. "Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de

esta forma responder a la pregunta ¿de qué manera los niños en situación de calle, en cuanto que otro, posibilitaron el fortalecimiento y emergencia de un imaginario hegemónico²³ de infancia en Bogotá de 1950 a 1985?

Teniendo en cuenta lo anterior, la pesquisa dará cuenta de cómo un imaginario hegemónico de infancia —operando y gradualmente haciéndose parte de la mentalidad social— venido desde Europa, articulado a las ideas de modernidad, civilización e higiene, y, en el caso nacional, fortalecido gradualmente gracias a los esfuerzos institucionales y políticos relacionados con la educación y el gobierno de la población, devino en un escenario particular, donde la existencia de una población marginal infantil operaría también como una de las variables que propició el fortalecimiento de un conjunto de ideas, prácticas, creencias respecto a la infancia, en detalle la idea del niño inocente, vinculado a la escuela, a una familia, al decir de Marchi y Zambrano la *infancia institucionalizada*²⁴.

infancia en tiempos de capitalismo y modernidad: los Niños en Situación de Calle, Colombia." [Http://www.infeies.com.ar](http://www.infeies.com.ar). p 6

²³ Se entiende por imaginarios sociales al entramado de redes simbólicas que permean las interacciones; a la vez que constituyen y dan vida a los símbolos de aquella red. El imaginario social se presenta como un espacio simbólico que contiene un conjunto de significantes, significaciones, prácticas, creencias y discursos que constituyen, siguiendo a Castoriadis, un “magma de significaciones sociales” que reúnen, cohesionan y visibilizan a un colectivo determinado. Ivanssan Zambrano. “Miradas científico anormales a la infancia en situación de calle: José Gutiérrez o los imaginarios sociales .*Revista colombiana de educación*, 2012, 273-288. Cornelius Castoriadis. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets, 2007.

²⁴ “La infancia (desde el siglo XIX en Colombia) aparece (...) como categoría moderna, como único modo de ser y vivir los primeros años de vida. Así, en la secuencia del proceso de institucionalización de la infancia moderna, en el seno de un imaginario social que cohesionaba y alimentaba las ideas y prácticas sobre los niños y las niñas, articulado al paradigma imaginario de la modernidad, cada vez con mayor fuerza, gracias a diversos y graduales procesos de globalización y modernización, la infancia se erigió como fenómeno “universal” (...) “De esta forma, la caracterización de un “estado ideal” para la infancia, y la noción de “infante normal”, de niño “decente” y de “alumno”, es alimentada y contenida en y por un paradigma imaginario de la modernidad. Dicha caracterización se insertó funcionalmente en la demanda político institucional (de escolarización, de ordenamiento familiar): la infancia va a la escuela, juega y vive con la familia, ella no tiene responsabilidades, entre otras. Se trata de una administración simbólica, en la que un conjunto de prohibiciones y prescripciones, negaron determinadas acciones, capacidades o poderes a la infancia; ésta no vota, no puede ser electa, no tiene conocimiento (y por eso va a la escuela), no es responsable y por eso es inimputable, no puede contraer matrimonio ni constituir una familia, no paga impuestos, no participa de negocios, no puede trabajar, entre otras, dan lugar al conjunto de prohibiciones que configura el carácter “no social” o “pre-social” de la infancia moderna”. Ver: Rita De Cassia Marchi y Ivanssan Zambrano Gutiérrez, “La ‘limpieza social’ en la construcción de la infancia moderna: aproximación teórica e histórica sobre los niños en situación de calle en Brasil y Colombia”, *Anuario de historia, región y fronteras* 20, n° 1 (2015): 24-26.

Este imaginario de infancia, de otra forma aquel nudo de ideas referidas a ella, ganaba terreno en la mentalidad social en la época estudiada debido a la fuerte injerencia del Estado en una ruta institucional, racional y política —el gobierno de la vida—, sin embargo, también y como eje ontológico de la existencia humana, un proceso simbólico en el que la existencia del otro reafirma lo “propio” de una sociedad, en este caso la bogotana. Dicha reafirmación es posible —como se develará en los siguientes capítulos— gracias a una suerte de cultura infantil o institucionalidad a través de la cual los *gamines* existieron, se expresaron y en esta vía obligaron a la sociedad a reafirmarse. Aquella institucionalidad, en cuanto experiencia de infancia, es objeto de investigación en esta pesquisa.



Alberto Arango Uribe. El gamín Pepicura y su compañero fueron protagonistas de muchas caricaturas²⁵.

Los *gamines* o institución *gamín*²⁶, también considerados un peligro social en la sociedad bogotana entre 1950 y 1985, fueron por la época estudiada el peligro más latente y cercano

²⁵ Alberto Arango Uribe, “El gamín Pepicura y su compañero fueron protagonistas de muchas caricaturas” Consultado el 30 de septiembre de 2017, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/albar/albar5.html>

²⁶ Se ha entendido a la infancia en situación de calle como una institución siguiendo a Minnicelli y Zambrano. Institución no integrada —o mejor aún rechazada— en el desarrollo moderno en todas sus facetas (político, intelectual, económico, industrial, cultural y social) del territorio y tiempo del estado Colombiano. La institución gamín existió en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, ella

en las ciudades, no siempre fue la guerrilla o el narcotráfico presente en las áreas rurales, sino ellos, que en la cotidianidad de las mismas, en el escenario de la proximidad sensible²⁷, se hacían parte de sucesivos encuentros con los integrantes de Bogotá. De otra forma para un poblador urbano del común era más fácil sentir y vivir el miedo, el asco y la incomodidad por la presencia cercana de un *gamín* y no de un guerrillero o un narcotraficante. Encuentros sociales donde —como se verá en los sucesivos capítulos— la idea del otro como delincuente, individuo sucio y enfermo, en síntesis un anormal, perturbaba e intranquilizaba a los transeúntes más que la idea de un guerrillero o un narcotraficante —en todo caso integrantes de la historia nacional— ajenos a su cotidianidad.

Y es que los *gamines* no solo desacomodaban el ideal de higiene e infancia en la medida en que se comportaban como adultos, trabajaban, tenían relaciones sexuales, estaban sucios y enfermos, vivían en las calles y habían abandonado sus familias, también robaban, se subían a los carros “lincharse”²⁸, alteraban los eventos públicos, molestaban a los individuos en los restaurantes, cafeterías y bares pidiendo limosna, comida, en suma incomodaban, agredían a la sociedad bogotana.

sostuvo un conjunto de prácticas, de ritos, y fines de sostenibilidad que la caracterizó en un tiempo y espacio determinado. Fue señalada bajo “una correlación de fuerzas asimétricas en colisión constante”, con la sociedad colombiana o el conjunto de pobladores urbanos que en este periodo se alimentaron del imaginario de la modernización y civilización e higiene. Un imaginario que impulsó idearios y recursos culturales modernos y civilizados, distintos y contrarios a los de la institución *gamín*. Es importante destacar que, el colectivo que dio vida a esa institución, era conocido con el nombre de “Galladas”. Ver: Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

²⁷ “Frente al que está próximo en el espacio, y con el cual nos hallamos en contacto mutuo, en diversas posiciones y estados de ánimo, sin posibilidad de previsión y selección, sólo suelen darse sentimientos decididos; y la proximidad puede ser la base, tanto de la más sublime dicha como de la más insoportable violencia” (Simmel, 1986^a: 675) citado por: Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*, 190.

²⁸ “Un muy buen ejemplo del lugar que ocupa en las actividades *gamines* la improvisación, es la forma como estos niños se cuelgan en la parte trasera de los buses y de los carros antiguos, en pleno tráfico febril de esta gran ciudad. A tal tipo de actividades los *gamines* llaman lincharse. Cuando se “linchan” a algún carro, los niños lo hacen generalmente en grupos de tres o en parejas. Y no se proponen transportarse hacia ningún sitio previamente determinado: por el contrario, la “linchada” dura apenas hasta cuando el viaje del carro o bus termina; o hasta que un conductor enfurecido consigue la colaboración de transeúntes y colegas para así tratar de castigar a los impertinentes o lograr al menos desprenderlos de su carro, al que venían colgados atrás, haciendo alarde de su acrobacia”. Ver: José Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado* (México: McGraw-Hill, 1972), 33.

La pregunta y reflexión en torno a la reafirmación de la sociedad en sus ideales de infancia, teniendo como opuesto a los *gamines*, no es nueva. Anteriormente José Gutiérrez, autor de enorme importancia en este trabajo, ya había anunciado literalmente el objetivo de esta investigación. Al menos 20 años después de haber escrito su conocida obra *Gamín; un ser olvidado*, publicada en 1972, el autor en una entrevista hacía referencia al tema de cómo lo que él nombró “la sociedad colombiana” se reafirmaba como sociedad debido a la existencia del *gamín*, a través del mito del *gamín*, aquel lleno de “muerte y destrucción”²⁹. Para él, un vacío, lo menos explorado en su trabajo fue la respuesta a la pregunta “¿qué representan los gamines para la sociedad colombiana?” y es que según él, y como se mostrará en este trabajo, estos personajes tuvieron la importancia de un mito, pues “la educación se basa en crearle al niño una obligación de no ser gamín”³⁰, se “utiliza la imagen negativa del gamín, del mismo modo que se utiliza la del indio”, esto es, bajo un procedimiento “racista”, a través del cual el “autoritario colombiano se ve obligado a fortalecer esa artificialidad de no ser indio, de no ser mestizo: de no ser gamín. Esto es en el fondo una determinación racista”.

A este vacío responde esta investigación, y en ella las reflexiones de este intelectual son claves. Como se ahondará en el segundo bloque de este informe, a través de la investigación de este intelectual -y otros-, quien dedicó más de diez años a los *gamines*, en una perspectiva psicoanalista y casi antropológica, buscando entender el “ser” de ellos, considerándolos una “cultura”, la “cultura gamín”, se brindará un acercamiento a los gamines, habilitando para el lector de este informe una comprensión mayor de la

²⁹ “yo tenía un gran afán de llegar a lo objetivo, a la intimidad de esa existencia (los gamines) —aun si ello presentaba enormes dificultades—, aquello que en todo ese trabajo fue menos explorado, es quizás lo más importante: esclarecer que representan los gamines para la sociedad colombiana. (...) en este momento tienen la importancia del mito. Lo que significan en la educación, lo que aún caso extintos siguen representando, como parte de una formación reactiva en el alma de cada niño colombiano, cuando a los actuales infantes se les enseña, como es tradicional a no ser gamines. El autoritarismo de la educación colombiana está representado en un ideal de <<no-ser>> gamín. El mito de los gamines es un engendro autoritario. Yo me preocupé por el <<ser>> de los gamines y me he debido preocupar por el <<no-ser>> de los gamines. Me he debido inquietar mucho más por lo que como horror a los gamines el mito anunciaba de muerte y destrucción, antes que por la realidad social de una infancia muy infeliz y sin ningún futuro” “Es en gran parte la explicación de la violencia: la educación se basa en crearle al niño una obligación de no ser gamín”. Ver: José Gutiérrez y Santiago Villaveces Izquierdo, *Medio siglo de travesía freudiana por Colombia. Contrapunto y secuencia de un antropólogo con un analista sobre la vida y obra de éste* (Bogotá: Spiridon, 1996), 119-120.

³⁰ Subrayado propio.

reafirmación simbólica de la sociedad bogotana en sus ideales sociales, sobre todo de infancia. En diálogo con su obra principalmente, se presenta un acercamiento a la historia cultural de los gamines y el desbordamiento en la significación de los mismos por parte de la sociedad Bogotana de 1950 a 1985.

Por otro lado, el concepto de proximidad sensible, que Sabido Ramos toma de la obra del sociólogo alemán George Simmel, es eje en esta investigación. A través de él y en ocasiones, usando conceptos cercanos o que en esta pesquisa son entendidos como homólogos, por ejemplo encuentros sociales o interacción social, se quiere resaltar cómo en el día a día, en la cotidianidad de un espacio determinado, la cercanía de los cuerpos entre los individuos ciertamente condiciona su realidad, es decir, el clima social.

Un clima social mediado y alimentado por imaginarios e ideas históricas, a través de las cuales los individuos se relacionan unos con otros. Mediante dichas ideas estos construyen y se hacen parte de la “realidad” social y simbólica en que devine la sociedad en un tiempo y espacio determinado. En lo correspondiente a esta investigación, destaca la existencia de individuos integrantes de la sociedad capitalina que entre 1950 y 1985, en la cercanía a un *gamín*, reaccionaban de una u otra forma —la mayoría de veces negativa—, condicionados por ideas sociales que se hacían cuerpo y que obligaban al individuo mismo a diferenciarse y afirmarse en su mismidad cultural.

Algunos trabajos históricos en Colombia han dejado ver este procedimiento ontológico, a través del cual un grupo social se diferencia de un otro afirmándose en lo “propio”, en una suerte de “esencia imaginada y reproducida”. Finalmente, lo que desea para sí mismo en tanto ideal. Estableciendo así una diferencia que pone ontológica y sustancialmente al otro, lo otro, en el lugar de lo distinto, la inferioridad y al “nosotros” en la superioridad cultural, por ejemplo, el libro de Julio Arias, titulado *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*³¹, donde el autor entre otras cosas pone de manifiesto cómo la idea de nación en aquel siglo fue realmente un proyecto de unificación y diferenciación respecto al pueblo. Un pueblo significado como otro, como algo opuesto a la elite social. Arias muestra el establecimiento de una jerarquización simbólica a través de la cual se normalizó y controló la diferencia, aquella

expresada en el pueblo: un otro a partir del cual se fortalecía y reafirmaba la idea de nación, encarnada en la elite nacional.

También, *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1880-1910*, de Amada Pérez Benavides³², en el que se estudia la forma en que se construye la diferenciación social respecto a un otro, esto a partir del concepto de *la política del tiempo*, que en la temporalidad analizada por la autora posibilitó la visibilización del establecimiento y uso de un tiempo universalizado y secularizado por parte de las elites sociales, que habilitó pensar la historia de la humanidad en etapas, constituyendo así la diferencia como distancia espacial y temporal, permitiendo la ubicación del otro en el pasado, en lo que se deja atrás gracias a una idea de continuidad cultural, que va desde lo prehispánico, lo colonial, lo republicano y el presente.

A su vez el conocido libro de Santiago Castro- Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. (1750-1816)*, a través del cual el autor muestra cómo la “Ilustración en Colombia no fue una simple transposición de significados realizada desde un lugar neutro, “el punto cero”, sino una estrategia de posicionamiento social por parte de los letrados criollos frente a los grupos subalternos”³³.

En cercanías a los estudios históricos se encuentran muchas reflexiones en el campo de las ciencias sociales, sin embargo destaca el libro *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998 – 2010* de varios autores³⁴, donde se pregunta por la construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano, esto a partir de diferentes referentes teóricos, por ejemplo Carl Schmitt, Chantal Mouffe, Sigmund Freud y Jacques Lacan. En este trabajo se destaca la existencia de un enemigo construido y significado desde un “nosotros” social que se reafirmaba en un ideal social vulnerado por dicho enemigo. El trabajo deja ver al menos dos cosas, una, el otro peligroso, amenaza al “nosotros” social,

³¹ Julio Arias Vanegas. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes Facultad de Ciencias Sociales - CESO DEPARTAMENTO DE Antropología, 2007.

³² Amada Pérez Benavides, *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1880-1910* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2015).

³³ Santiago Castro- Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005), 16.

³⁴ Héctor Gallo, Blanca Inés Jiménez Zuluaga, Daniela Londoño Usma y Gonzalo Medina Pérez, *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998 – 2010*, Comp. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín: Sílabo. Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales INER, 2015).

dos, el otro como alguien necesario en la medida en que permite el establecimiento del “nosotros” como superior, sin embargo, agredido, vulnerado.

En todo caso, respecto al número de estos trabajos realmente son pocos y en el campo de estudios históricos de la infancia, escenario en el que se ubica esta investigación, al momento y en la historia de Colombia, algunos, ubicados en lo que a continuación se entenderá como el “mundo adulto”.

El campo de estudios históricos de la infancia es un escenario amplio y diverso. En él hoy en día cohabitan diferentes “tendencias” o “enfoques” de análisis que han tomado a los niños y niñas como objeto de pensamiento, allí proliferan los trabajos históricos, antropológicos, sociológicos, pedagógicos o nutridos por una mirada interdisciplinaria referidos a la infancia. Hoy los niños y niñas son el centro de atención en variedad de aspectos políticos, económicos, sociales, culturales y académicos.

En lo referido a la historia el interés de los investigadores puede dividirse por temas particulares (la familia, los hospicios, el estado, entre otros, articulados a la infancia) o por “enfoques”, Álzate Piedrahita³⁵ o al decir de Herrera & Cárdenas: “tendencias analíticas”³⁶. Estas últimas distinguen cuatro tendencias analíticas en el campo de la infancia y en detalle en los abordajes históricos realizados en este espacio. Hablan de abordajes relacionados con las *instituciones asignadas al cuidado de la infancia, los regímenes correctivos, los procesos escolares y la infancia como experiencia*. En esta última tendencia se encuentran gran parte de las discusiones en torno a las cuales gira este trabajo.

Es un hecho que las tres primeras tendencias de forma general, estarían inmersas en el espacio de pensamiento adulto: el “mundo adulto”. De otra forma en ellas la reflexión sobre los niños y niñas tiene como base el pensamiento de los adultos respecto a los pequeños, quienes son educados, socializados y entendidos a través de este pensamiento. En lo correspondiente a esta investigación un pensamiento académico y disciplinar. En estas tendencias la infancia tiene un lugar pasivo, oficia como receptora del pensamiento adulto; colectivo sobre el que recaen y en el que se asienta una expectativa de mundo, un

³⁵ Santiago Antonio Zoila, "Los enfoques historiográficos de la infancia", *Takwá*, n°11-12 (Primavera otoño 2007), 31-50, <http://bit.ly/1PVVgnS>.

³⁶ Martha Cecilia Herrera y Yeimy Cárdenas Palermo, "Tendencias analíticas en la historiografía de la infancia en América Latina", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 40, n° 2 (Julio 2013), 279-311.

imaginario, concepción, discurso o representación a través de la cual los pequeños se hacen o los hacen humanos.

Por ahora, en el caso colombiano las investigaciones que se encuentran dentro de este grupo son: *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946* de Saenz Obregón, Saldarriaga & Ospina³⁷, *Emergencia de la infancia contemporánea 1968–2006*, e *Infancia. Ruptura y discontinuidades de su historia en Colombia* de Jiménez Becerra³⁸ y *Educación y pedagogía de la Infancia anormal. 1870-1940. Contribuciones a una historia de su apropiación e institucionalización en Colombia* de Alexander Yarza y Lorena Rodríguez³⁹, también el trabajo de Herrera Beltrán, titulado *La infancia en la historia de la pedagogía en Colombia*⁴⁰. Interesados en los regímenes correctivos, el gobierno de los cuerpos y el papel de los saberes y las instituciones. El caso de Adsalom Jiménez Becerra llama la atención. En su obra, aunque abasteciéndose de una tradición de estudios genealógicos y arqueológicos, en ocasiones hace uso de conceptos insertos en la historia social y cultural, por ejemplo, imaginarios sociales.

Por otro lado, los textos: *Vagos, pobres y mendigos. Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850* de Jurado Jurado⁴¹, *Niños trabajadores y vida cotidiana en Medellín, 1900-1930* de Londoño García⁴², *La aventura infantil a mediados de siglo de*

³⁷ Javier Sáenz Obregón, Armando Ospina López y Oscar Saldarriaga Vélez, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946* (Bogotá: Ed. Foro Nacional por Colombia, 1997).

³⁸ Absalón Jiménez Becerra, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia. 1968-2006* (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Editorial UD, 2012); Absalón Jiménez Becerra. *Infancia. Ruptura y discontinuidades de su historia en Colombia* (Bogotá: Ecoe Ediciones, 2014).

³⁹ Alexander Yarza y Lorena María Rodríguez Rave, *Educación y pedagogía de la infancia anormal. 1870-1940. Contribuciones a una historia de su apropiación e institucionalización en Colombia* (Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio, 2007).

⁴⁰ Claudia Ximena Herrera Beltrán, “La infancia en la historia de la pedagogía en Colombia”, in *Lecciones de historia de la pedagogía en Colombia. Escuela, maestro e infancia (s)*, Eds. Carlos Noguera, Alejandro Alvarez, Claudia Herrera Beltrán (Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 2016), 193.

⁴¹ Carlos Jurado Jurado, *Vagos, pobres y mendigos: Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850* (Medellín: Editorial La Carreta. Colección Ojo de Agua, 2004).

⁴² Carlos Edward García Londoño, *Niños trabajadores y vida cotidiana en Medellín. 1900-1930* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999).

Muñoz y Pachón⁴³ y *Los niños que fuimos. Huella de la Infancia en Colombia* de Londoño Vega & Londoño Velez⁴⁴, también *Asistencia social y populismo. El caso de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil en Colombia, 1954-1957* de Castro Carvajal⁴⁵ y finalmente *Niños deseantes y mercados emergentes. Reflexión histórica sobre la infancia y el consumo en Colombia, primera mitad del siglo XX* de Aristizábal García⁴⁶, nutridas y orientadas hacia las instituciones a cargo de la infancia, los regímenes correctivos y el papel de los procesos de escolarización en su articulación con la historia de la infancia. Estas investigaciones responden a un tipo de historia social que, en el caso de la infancia, estaría vinculada con las representaciones, imaginarios o concepciones de infancia.

A diferencia de lo anterior, en el escenario de la historia cultural o de las investigaciones que se han interesado por rescatar las “experiencias infantiles”, se encuentran en Colombia algunas publicaciones, en todo caso más bien pocas, por ejemplo, *Recordar la infancia en el siglo XX, Historia de la vida privada*, de Illa Paula⁴⁷, *Memorias de juegos y juguetes como aproximaciones a la experiencia de infancia* de Cárdenas⁴⁸. Ya a nivel internacional y entrando en diálogo con esta investigación y de cierta forma alimentándola, se encuentra: *La memoria de la infancia. Historia y análisis cultural* de Carli⁴⁹, *Ensoñación y violencia:*

⁴³ Cecilia Muñoz y Mónica Pachón, *La aventura infantil a mediados de siglo* (Bogotá: Planeta, 1996).

⁴⁴ Patricia Londoño Vega y Santiago Londoño Vélez, *Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia* (Bogotá: Banco de la República, 2012).

⁴⁵ Beatriz Castro Carvajal, "Asistencia social y populismo. El caso de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil en Colombia, 1954-1957", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n° 8 (2016) 276-97, DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a13>.

⁴⁶ Diana Marcela Aristizábal García, "Niños deseantes y mercados emergentes. Reflexión histórica sobre la infancia y el consumo en Colombia, primera mitad del siglo XX", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°8 (2016), 200-225, DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a10>

⁴⁷ Jaime Borja Gómez y Pablo Rodríguez Jiménez, *Historia de la vida privada en Colombia. Los signos de la intimidad. El largo siglo XX*, 2 vols (Bogotá: Taurus, 2011).

⁴⁸ Yeimy Cardenas Palermo, "Memorias de juegos y juguetes como aproximaciones a la experiencia de infancia. Américas y Culturas", en *Red de educación, cultura y política en América Latina*, Dirs. Agueda Bittencourt y Alejandra Corbalán (Argentina: Biblos, 2009), 229-314.

⁴⁹ Sandra Carli, "La memoria de la infancia. Historia y análisis cultural", en *actas del VIII Congreso Nacional de Investigación Educativa, Conferencias Magistrales*, México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa, 2006.

miradas sobre la infancia escolar desde la literatura evocativa de Martínez Moya⁵⁰, *Memórias de Menina* de Fernandes⁵¹, *A escola da minha infancia. História, memória e educação* de Sarat⁵², *Quando eu entrei na escola... Memórias de passagens escolares* de Magalhães Kassar⁵³.

Sobre lo anterior, respecto al escenario internacional hoy en día, y en los discursos gubernamentales y las instituciones que trabajan con niños y niñas, se demandan trabajos que partan de las “experiencias infantiles” o que propicien escenarios donde los niños y las niñas, en el marco de la ciudadanía, sean entendidos como actores sociales. En el caso particular de México es necesario destacar el papel del Seminario de Historia de la Infancia y la Adolescencia (SEHIA), dirigido por las doctoras Susana Sosenski y Beatriz Alcubierre. En el caso de la primera no puede dejarse de lado su llamado a dar la voz a los niños y niñas, materializado entre otras, en la coordinación de un número temático de la *Revista Trashumante*, titulado “Los niños como actores sociales en la historia de América Latina (siglos XIX-XX)”, donde se publicaron artículos que sacan a luz “...las formas en que niños y niñas del pasado construyeron agencia y vivieron como actores sociales”⁵⁴.

Para Sosenski y Albarrán en el campo de estudios históricos de la infancia existe una “[...] carencia de estudios que atiendan al vínculo de dos grandes temas: por un lado, las experiencias y prácticas infantiles, y por otro, las representaciones sobre la infancia”⁵⁵ aunque otros lleguen a afirmar que

Los nuevos enfoques, surgidos de la historia de la vida privada y de la historia socio-cultural, han permitido, a través del uso de gran variedad de fuentes, hacer una

⁵⁰ Armando Martínez Moya, “Ensoñación y violencia: miradas sobre la infancia escolar desde la literatura evocativa”, en actas del XI Congreso Nacional de Investigación Educativa, Mexico: COMIE, 2011.

⁵¹ Fernandes, Renata, “Memorias de Menina”, *Cadernos Cedes 56 XXII*, n° 56 (Abril 2002), 81-102.

⁵² Magda Sarat, “A escola da minha infancia. História, memória e educação”, *Analecta 3* (2002), 135-148.

⁵³ Monica Magalhaes Kassar Carvalho, “Quando eu entrei na escola... Memórias de passagens escolares”, *Cadernos Cedes 26*, 68 (2006), 60-73.

⁵⁴ Susana Sosenski y Inés Rojkind, "Presentación", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°8 (2016), 9, DOI: [dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a01](https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a01).

⁵⁵ Sosenski, Susana y Elena Jakson Albarrán, *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012), 8.

transición de la historia de las representaciones sobre los niños hacia una historia de la infancia propiamente dicha, en la que se muestra a los niños como sujetos activos en la sociedad⁵⁶

A la carencia que denuncian Sosenski y Albarrán en el campo de los estudios históricos de la infancia, intenta aportar la presente reflexión y apuesta académica. En cualquiera de los casos, la discusión en torno a la participación infantil o visto de otra forma, la idea de que la infancia sea entendida y entrelazada en un escenario social y político que posibilite que ella resulte constructora activa de sociedad está a la orden del día.

Un caso excepcional, inscrito por la autora en la historia social, pero cercano a las apuestas de la historia cultural, es el de la doctora Susana Sosenski. Producto de su formación doctoral publica el libro: *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México, 1920-1934*. Se trata de un trabajo importante en el escenario de la historia socio-cultural, pues Sosenski deja ver cómo los niños trabajadores en la ciudad de México “ [...] fueron actores sociales, culturales y económicos que desempeñaron un papel activo y dinámico en la conformación de sus experiencias diarias, en su vida familiar y en la sociedad en su conjunto”⁵⁷, en la misma línea el libro *Nuevas Miradas a la Historia de la Infancia en América Latina*, publicado en 2012 y escrito por Sosenski y Albarrán responde a esta demanda. La obra Sosenski constituye una novedad respecto a libros y artículos históricos e historiográficos que la preceden, donde la pregunta histórica por la infancia *queda encerrada en el universo de significaciones adultas*. Como bien afirma Sosenski y Albarrán

La historia de las experiencias infantiles fue por muchos años marginada de los estudios académicos en parte por las dificultades metodológicas que conllevaba y es que encontrar “la voz infantil” se ha convertido tal vez en uno de los mayores retos para un historiador⁵⁸.

En el encuentro y reconstrucción de dicha voz, la historia cultural tiene mucho que decir. Ella toma distancia de la historia social de la primera mitad del siglo XX; una historia

⁵⁶ Santiago Antonio Zoila. "Los enfoques historiográficos de la infancia", *Takwá*, n°11-12 (Primavera otoño 2007) 31-50, <http://bit.ly/1PVVgnS>.

⁵⁷ Susana Sosenski. *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México. 1920-1934* (México, D, F: Colegio de México, 2010), 17.

⁵⁸ Sosenski y Jakson. *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina*, 11.

fuertemente influenciada por el marxismo y atenta al papel de las super-estructuras en clave económica. Lo cultural deviene en todo caso articulado a la historia social de corte francés y británico de la segunda mitad del siglo XX, donde la preocupación por la vida cotidiana en la Escuela de los Annales, la “nueva historia” y la historia “desde abajo” de la mano de Thompson, tejen un escenario distinto, un espacio del que se alimentó la hoy renombrada historia cultural, aquella que en la línea de Burke deja atrás el papel de las elites y da lugar al otro, y el rol de ese otro respecto a un nosotros.

De otra forma y de la mano de la antropología histórica —el giro antropológico—, la pregunta por el otro. Habilitando la pregunta por el papel activo del otro en el devenir de una sociedad, dando lugar al estudio de grupos subalternos o no integrantes de la alta cultura, prestando atención a lo simbólico y en este terreno el papel del otro en el devenir social. En esta línea destacan los estudios sobre las emociones y los sentidos en la cotidianidad, y no la estructura social como lo hace la historia social.

En esta perspectiva, una cultura entendida en el seno de la historia cultural —y siguiendo a Geertz, autor de referencia en la historia cultural misma— como “...una norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta”⁵⁹. Para Geertz la cultura es interpretación, de otra forma, una fuente de sentidos a partir de la cual un grupo de individuos significa, entiende y se relaciona con los fenómenos de la vida cotidiana. A partir de dicha interpretación un individuo se relaciona consigo mismo y con los otros. Desde esta perspectiva al hablar de una sociedad, por ejemplo la “sociedad bogotana”, se hace referencia a la forma en que un individuo integrante de una red de significados compartidos, significa, conceptualiza e imagina el mundo en que vive. En las respuestas de ese individuo se hacen visibles la cultura, la sociedad.

Así las cosas, en diálogo con el concepto de imaginarios sociales retomado en la obra de Castoriadis⁶⁰, y allí el papel de lo simbólico, se considera que la cultura, ciertamente en tanto norma de significados transmitidos históricamente y sistema de concepciones, es

⁵⁹ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Trad. Alberto L. Bixio (Barcelona: Gedisa, 1987).

también un escenario de comunicación simbólica abierto, expuesto al cambio y la renovación, pues las significaciones imaginarias o imaginarios sociales están en constante movimiento, rehaciéndose constantemente de acuerdo a las dinámicas del lugar en que devienen y la relación con otras significaciones, aunque, como se afirmará más adelante, normalmente cohesionadas en un centro simbólico⁶¹, que particulariza y diferencia, a la vez que actualiza dicha imaginaria social y a grandes rasgos la cultura misma. A su vez, se considera que la cultura pasa por el cuerpo, se hace cuerpo, en esta medida el cuerpo de un individuo expresa también la sociedad y cultura en que creció y en la que fue socializado, al decir de Sabido Ramos⁶² la sociedad, en este caso la cultura, se instala en el cuerpo, ella opera como fuente de diferenciación social, un recurso de sentido entre lo conocido y lo desconocido.

Sobre lo anterior, esta historia se pregunta por el papel de las culturas, las entiende en construcción y siempre en tensión, a su vez, presta menor atención a la clásica distinción de clases y el papel de la política en las sociedades. Se trata de una perspectiva crítica que interroga al proyecto de modernidad, y aboga por las dimensiones culturales, simbólicas y lingüísticas en las cuales se instituyen identidades colectivas. Considera que la sociedad no está determinada por macro-estructuras, sino que los individuos —en una perspectiva inmanente— en sus prácticas cotidianas entretejen y construyen el mundo que los contiene, insertos y condicionados por una identidad colectiva que define sus identidades individuales. Así las cosas, la identidad social determina el comportamiento de los individuos que viven en sociedad, ella está presente en todos los actos, incide al decir de Santoyo Torres “...en las estructuras y coyunturas, así como en los acontecimientos cotidianos, a través de símbolos, signos, valores, prácticas y representaciones. Estos elementos, plenamente culturales, además condicionan la evolución de dichas estructuras,

⁶⁰ Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad* (Buenos Aires: Tusquets, 1975).

⁶¹ Al decir de Carretero Pasin, siguiendo a Shils, un centro simbólico dota de “cohesión interna” a una sociedad. Habilitando “una identidad y un proyecto compartido al que sus integrantes, en mayor o menor medida, se adherirían. De este modo, se evitaría una desintegración de lo social derivada del efecto disgregador provocado entre sus miembros. Enrique Carretero. “Imaginario e identidades sociales. Los escenarios de actuación del ‘imaginario social’ como configurador de vínculo comunitario”, Comps, Juan Coca et al, en *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales* (Badajoz: Ceasga, 2011), 100.

⁶² Olga Sabido Ramos. *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica*. (España: Sequitur. Azcapotzalco, 2012).

coyunturas y cotidianidad”⁶³. Partiendo del lugar de lo simbólico y del papel de los individuos en el devenir de la sociedad, gran parte de los historiadores de la infancia han defendido su vinculación a la historia cultural.

Las investigaciones que se han preocupado por visibilizar al niño como un actor social han emprendido dicha visibilización mostrando el papel vertebral de los pequeños en la configuración de prácticas e imaginarios sociales, develando cómo los niños y las niñas se hicieron parte de una idea de nación, una cultura o una sociedad en la medida en que realizaban o no el papel que se les asignaba, en que respondían resistiendo o no a las demandas que se les exigía y de esa forma se hacían actores sociales en la configuración de sociedad, cultura o nación.

En esta línea la pregunta por los niños en situación de calle en Bogotá tiene un lugar especial en la historia de la infancia en Colombia, pues estos niños, esta infancia a diferencia de otras infancias destacó debido a su diferencia, y como se mostrará a continuación y se afirmó en páginas anteriores, ofició como un otro a partir del cual la idea de infancia hegemónica se fortalecía, más aún, esta infancia, y sin lugar a discusión, visibilizó y en sí misma devino como una institución, una cultura infantil o simplemente una cultura particular infantil. Se trató de un otro, inmerso en su *propio* mundo cultural, lleno de prácticas, creencias y fines sociales a través de los cuales ellos construyeron su realidad. Una forma de vida cultural registrada, criticada y rechazada constantemente, estudiada y diagnosticada hasta el cansancio.

En clave histórica, en todo caso, si bien considerada parte de la historia de la infancia en el país, en la capital en diversas investigaciones, se trató de un colectivo aún no reconocido como uno —si no el principal— de los ejes simbólicos y culturales en el devenir de un imaginario hegemónico de infancia, esto debido a su condición de diferencia, en contravía al ideal de infancia gradualmente establecido. Así las cosas y en el seno de la historia cultural, un otro que se hizo parte de las narrativas en medio de las cuales emergió la

⁶³ Santoyo Torres, Mario Antonio. *La productora de individuos y sueños. El tránsito a la profesionalización de la vida doméstica. Su contribución y protagonismo en la edificación de la modernidad mexicana. (Ciudad de México, c.1890 – c.1910)*. (Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad IZTAPALAPA. División de Ciencias Sociales y humanidades. Doctorado en Humanidades. Línea Historia). Tesis presentada para optar al grado de Doctor en Historia. 2017. P 42

realidad social de un Estado, un país o una sociedad, en este caso aquella urbana, la de Bogotá de 1950 a 1985.

Poco a poco, en las reflexiones académicas en torno a la infancia y de la mano de un clima social y político interesado en el bienestar de ella en el país y en gran parte del mundo, se ha visibilizado el rol activo de la infancia o diversidad de infancias. Un rol activo en relación a las instituciones sociales integrantes del “mundo adulto”, es decir, orientadas por los adultos, a través del cual cada vez más los niños y niñas tienen voz y voto. Al final participación en el devenir de la sociedad.

La discusión en torno al cómo de esta participación es amplia, sin embargo, se asume a los niños y niñas como actores activos, individuos capaces de dar lugar a una cultura, una cultura infantil, una institución; institución de infancia⁶⁴. En el campo de la infancia, variedad de autores aceptan que la infancia no es una mera receptora de las ideas y estructuras que dispone el “mundo adulto”. Minnicelli y Zambrano para el caso de los niños en situación de calle en Colombia en la segunda mitad del siglo XX, destacan el papel de esta infancia en tanto institución, en detalle, para ellos se trata de una forma institucional con rituales, ceremonias y fines de sostenibilidad, que no entró

...en diálogo con las instituciones que [...] el Estado, como estructura de poder promueve, e invisibilizadas en su mayoría por los integrantes de aquellas instituciones, son en sí mismos un modo de vivir [...] Los Gamín, están insertos en un entramado de relaciones normativas, de códigos, acuerdos y concepciones de vida a través de los cuales, en un marco donde las instituciones no tienen paredes ni dirección fija que le den albergue, se da -existe, nace y vuelve a nacer- el lenguaje como especialidad inmaterial legislada que los caracteriza como institución de supervivencia...⁶⁵

En la sociología de la infancia, la idea de la infancia como actor social —en palabras de los autores anteriormente citados, como institución— tiene un lugar especial. Allí según

⁶⁴ Para Mercedes Minnicelli, la institución “no refiere a las organizaciones institucionales, sino al texto de sus saberes y prácticas”. Ver: Mercedes Minnicelli, "Infancia, significante en falta de significación", *Revista Educação* 25, n° 1 (2009), 196.

⁶⁵ Minnicelli y Zambrano, "Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia". P 25

Marchi⁶⁶ esta idea se fortalece, en todo caso sin estar libre de críticas. Una de ellas sostiene que la idea o concepto de infancia como actor social se ha asumido hoy de forma a priori, casi como resultado de una moda académica. De fondo el problema es que los investigadores hacen uso de la idea sin demostrar su coherencia en el trabajo que presentan, de otra forma hablan de la participación activa de la infancia en el devenir de la sociedad sin darse a la tarea de mostrar cómo o en qué consiste este papel activo⁶⁷.

En esta investigación también se responde a este vacío, pues se demuestra históricamente cómo una infancia, en este caso marginal, interfiere y condiciona la existencia de una sociedad —aquella bogotana de 1950 a 1980— que la lee, y de cierta forma la “padece”, y es que al momento y en el campo de la infancia y de los estudios históricos en torno a ella en Colombia, la mirada al otro, en especial al marginado, adolece de una lectura que más allá de la objetivación de la infancia, de su visibilización como categoría, imaginario, discurso, una mirada que se pregunte desde los estudios culturales, la historia cultural y los estudios de alteridad, por el papel simbólico de un otro, esto es, el opuesto necesario a partir del cual la idea hegemónica de infancia se fortalecía.

Ahora, la pregunta por la historia de los niños en situación de calle en Bogotá de 1950 a 1985 resulta decisiva debido a que en dicha temporalidad hay un fortalecimiento de una idea o un imaginario de infancia, se asiste a la consolidación de una *infancia*

⁶⁶ “A Sociologia da Infância rompe, assim, com as abordagens clássicas da socialização que veem as crianças como seres passivos no processo educativo, o que fez com que o estatuto de ator social lhes tenha sido historicamente negado. Pode-se dizer que, nessa disciplina, o “paradigma da criança-ator” opõe-se, desse modo, ao “paradigma da produção do adulto” (BERNARD-BECHARIES, 1994). A passagem da compreensão da criança como objeto ou produto da ação adulta para a de um também agente de sua própria socialização é a grande mudança que se estabelece, e essa competência interacional que, mesmo as crianças muito pequenas possuem, constitui o que Bühler-Niederberger (2010, p. 159) chama de “paradoxo da socialização”, já que se trata de um processo que só se concretiza se “todos os participantes são atores sociais capazes”. Ver: Rita de C. Marchi. "A criança como ator social - críticas, réplicas e desafios teóricos e empíricos", *Praxis educativa* 12, n°2 (2017) 621, <http://www.revistas2.uepg.br/index.php/praxiseducativa>.

⁶⁷ Para la autora, se “argumenta que muitos pesquisadores que declaram assumir, à partida do estudo, o princípio da agência das crianças não conseguem ou não se preocupam em, efetivamente, demonstrar (por meio dos dados de campo) onde e como a agência das crianças se manifesta no contexto social observado. Muitas vezes os dados das pesquisas podem mesmo contrariar o princípio assumido, mas isso seria, segundo esse crítico, deliberadamente ignorado pelos pesquisadores. Ou seja, é como se, afirma Lancy (2012), bastasse ostentar o princípio da agência da criança para desobrigar os pesquisadores do rigor metodológico na condução das pesquisas”. Ver: Marchi. "A criança como ator social", 622.

*institucionalizada*⁶⁸, y en la misma temporalidad hacia los sesenta una *infancia contemporánea*⁶⁹, esto por los procesos de escolarización, la emergencia de variedad de instituciones al cuidado de ella, los medios de comunicación de masas que difunden y asientan una idea moderna de infancia, familia, ciudad, y en este escenario la crítica cada vez más radical a aquello que no respondiera al nombrado ideal, por ejemplo los *gamines*, pero también, una idea de familia tradicional que, ciertamente instalándose como horizonte institucional —una familia en su núcleo básico está compuesta por un padre, una madre y sus hijos—, entraba en crisis debido a las nuevas realidades sociales que por la globalización, la inserción de la mujer en el campo laboral, las rupturas en las parejas y la aparición de las madres cabeza de hogar, entre otras, iban emergiendo, habilitando una crítica abastecida por una idea de infancia y familia tradicional que se venía fortaleciendo. En el seno de la historia cultural dar la voz a un otro habilita la visibilización y ampliación de una historia nacional, aquella de una sociedad capitalina que en su devenir resultó articulada a un otro, casi que dependiente de él para afirmarse a sí misma en sus ideas de infancia e incluso sociedad. Un otro que hizo parte nuclear de las motivaciones políticas y gubernamentales que llevaron al estado a crear instituciones, apoyar investigaciones e intervenciones en pro de “salvar a la infancia”, o por lo menos alejarla tanto como se pudiese de un otro que la alteraba, que constituía una amenaza no solo para ella, sino para la misma sociedad, pues los *gamines* atacaban a la sociedad mediante actos delictivos y desafíos al imaginario de higiene e infancia que día a día ganaba terreno en la mentalidad social.

La historia de los *gamines* de 1950 a 1985 no es solo la historia de una infancia, es también, por obvias razones, la historia de los hijos de un sistema social y político que los reprodujo y mantuvo en la pobreza, también de una historia particular, la de Colombia, donde muchos de estos personajes fueron producto de las guerras civiles, **La Violencia y las violencias**⁷⁰,

⁶⁸ De Cassia y Zambrano, "La 'limpieza social' en la construcción de la infancia moderna".

⁶⁹ Jiménez, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia*.

⁷⁰ En el presente informe de investigación se distinguirá **La Violencia** y las **violencias**. A partir de este momento la referencia a **La Violencia** involucra la temporalidad comprendida entre 1948 y 1957. Momento en que la guerra civil entre conservadores y liberales tiene su punto más álgido, sobre todo en las áreas rurales. Seguidamente las **violencias** en los años ochenta, tiempo en que emergen diversas variables y actores armados en el país, y se asiste a un recrudescimiento de la crisis social y política escenificada ciertamente en el campo, pero también en las ciudades. Todo esto se ampliará cuando haya lugar. La referencia a **La Violencia**, en mayúsculas, corresponde a un

el desplazamiento y por supuesto la desigualdad social. Así las cosas, la historia de los *gamines* es también la historia de los marginados, desplazados y vulnerados, y en esa línea la historia de aquellos integrantes inherentes a la historia nacional.

Sobre lo anterior y en respuesta al interés en la historia cultural por el otro, esto gracias al giro antropológico, y la idea de escuchar, reconstruir su voz, en esta pesquisa no se presta demasiada atención a aspectos cuantitativos o estructurales, sino a elementos que, aunque condicionados por ellos, por ejemplo la estructura capitalista o el papel del trabajo, reflejan la emergencia de una simbología en la que devino la sociedad y ese otro, los *gamines*, un escenario cultural a través del cual los integrantes de la sociedad bogotana de 1950 a 1985 se relacionaron y más importante aún, se diferenciaron de otras sociedades. Este tipo de historia aporta, enriquece y diversifica las actuales miradas socio-históricas en torno a la infancia. A su vez, contribuye a los estudios históricos referidos al ideal de nación, de hombre, sociedad, educación y decididamente la representación del otro, todo esto en la segunda mitad del siglo XX en la capital del país: Bogotá.

La *institución gamín*, en cuanto categoría de análisis, hace eco de los estudios en el campo de la infancia, en detalle los autores citados para el caso nacional⁷¹. Ellos sistematizaron las conceptualizaciones, registros y relatos de los intelectuales que en la segunda mitad del siglo XX reflexionaron sobre los *gamines*, llevaron a cabo una aproximación o introducción al entendimiento de ellos, comprendiéndolos como una institución, destacando la existencia de una suerte de cultura, una forma de vida institucional, con prácticas y creencias que acá se abordarán, sobre todo en el segundo bloque de este informe. A su vez, dicha conceptualización se ve identificada en la sociología de la infancia, toda vez que resalta el papel activo de los niños en el devenir de una sociedad y finalmente en la historia cultural debido a la importancia del otro, aquel marginado u olvidado.

En la escritura de la historia cultural de los *gamines* no sólo se reconstruirá una historia desde la mirada de aquellos que describieron y significaron a los *gamines*, sino, y gracias a algunos intelectuales como José Gutiérrez⁷², Pachón y Muñoz⁷³, Granados Téllez⁷⁴, Ortega

acuerdo entre los estudiosos del tema de la violencia en Colombia, conocidos como “Violentólogos”.

⁷¹ Minnicelli y Zambrano, "Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia".

⁷² Gutiérrez, *Gamín, Un ser olvidado*.

⁷³ Ximena Pachón y Cecilia Muñoz, *Gamines. Testimonios*. (Bogotá: Carlos Valencia Editores. 1980).

Ricaurte⁷⁵, entre otros, un acercamiento a los gamines desde sí mismos, esto gracias a un conjunto de invaluable testimonios hasta ahora poco abordados que estos autores dejaron en sus obras.

En esta línea, las diversas publicaciones o fuentes se entienden como fuentes primarias, en la medida en que como se dará cuenta el lector, fueron producidas en la misma temporalidad estudiada, por tanto efecto del momento social, cultural y político en que se hallaban insertas, a la vez y más importante aún, permiten analizar y sacar a luz una sociedad —la sociedad bogotana de 1950 a 1985—, que a través de estos registros históricos se muestra en estado de alerta, incomodidad y en crisis, en este sendero, dichas publicaciones visibilizan no solo datos referidos a los *gamines*, sino a la misma sociedad en su devenir.

En pro de lograr lo anterior, se llevó a cabo un proceso de investigación en diferentes etapas. En un primer momento, que antecede al inicio del doctorado y continuó en él, hubo una búsqueda y construcción de archivo, principalmente noticias en periódicos, artículos, libros e incluso tesis o informes de investigación de diferentes universidades. En un segundo momento, y teniendo como lente las categorías y conceptos antes presentados, esto es, la institución gamín, el problema del otro y el otro como actor activo en el devenir social, el imaginario hegemónico de infancia, la higiene y la delincuencia, se llevó a cabo una sistematización, análisis de archivo y seguidamente el ejercicio de escritura. Cabe destacar que se analizó principalmente las publicaciones del periódico *El Tiempo*, a su vez, algunos libros e investigaciones claves, por ejemplo el trabajo de José Gutiérrez, también algunas tesis de investigación de pregrado o incluso doctorado.

Se eligió el Periódico *El Tiempo* y no *El Espectador* u otros, debido a varias razones. Se trata del diario más importante a nivel local y nacional en la temporalidad estudiada. Un diario de enorme influencia política, uno de los más vendidos, bastión de importes familias y empresarios a nivel nacional relacionados con él, principalmente la familia Santos, dueña del mismo hasta entrado el siglo XXI —en 2012 se vendió al magnate nacional Luis Carlos Sarmiento Angulo—, entre sus integrantes destaca el expresidente Eduardo Santos, que ejerció la presidencia de la República entre 1938 y 1942 —hoy el presidente de Colombia

⁷⁴ Marcos Granados Téllez, *Gamines*, 2ª. ed (Bogotá: Editorial Temis, 1976).

⁷⁵ Carmen Ortega Ricaurte, *¿Quiénes son los gamines?* (Bogotá: Plaza y Janes, 1977).

es Juan Manuel Santos—. Principal producto de la Casa Editorial El Tiempo, fundada en 1956, sin embargo, el periódico circuló desde 1916. Ahora, el mismo inicialmente tuvo una tendencia liberal, sin embargo, su línea editorial se ha visto permeada por intereses económicos de diversa índole, muchas veces dependiendo del propietario o el momento político. Sobre el diario se escribe:

En la historia del periodismo colombiano, EL TIEMPO ocupa un lugar preponderante. Pues, en sus páginas se ha escrito la historia de Colombia en los últimos cien años. Por esta razón, se ha convertido en fuente confiable para los historiadores que han hurgado en sus archivos para esclarecer los procesos históricos que ha vivido Colombia. Pero, además, ha liderado los adelantos tecnológicos que ha vivido la prensa colombiana. Fue el primer periódico que pasó del sistema de impresión en caliente, cuando se usaban las barras de plomo, al sistema offset, que permitió una diagramación más alegre. Ahora, para llegarles a mayores audiencias, utiliza todas las herramientas que brinda la tecnología, como Internet, Facebook y Twitter⁷⁶.

Por otro lado, para la construcción y consulta de archivo se acudió a diversas instituciones en Bogotá e incluso Medellín. Principalmente y en lo referido al periódico *El Tiempo*, superficie discursiva a partir de la cual se teje gran parte de esta investigación ya en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, consultado en la Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, la Biblioteca Nacional de Colombia, también en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, en Medellín. A su vez, se extrajo información de las Bibliotecas o archivos alojados en las siguientes universidades; Universidad Pontificia Universidad Javeriana, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario —Universidad del Rosario—, Universidad Nacional de Colombia —sede Bogotá—, Universidad Externado de Colombia y la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

También se encontró variedad de información en la web, principalmente en el sitio web Youtube, donde están albergados varios documentales⁷⁷ en torno a los gamines y la vida en

⁷⁶ “Historia, origen y características del diario ‘El Tiempo’”, [diarioeltiempocolombia](https://diarioeltiempocolombia.wordpress.com/2012/04/20/historia-origen-y-caracteristicas-del-diario-el-tiempo/), consultado el 20 de septiembre, 2017, <https://diarioeltiempocolombia.wordpress.com/2012/04/20/historia-origen-y-caracteristicas-del-diario-el-tiempo/>

⁷⁷ Destacan los documentales de Carlos Bernal, ver: “Niños en la vía” junto a Beatriz Bermúdez, publicado en 1990, “Acordeón de Papel”, publicada en 1991; y Carlos Bernal junto a Linda

Bogotá en la temporalidad estudiada. A su vez, gracias a un canal alojado en aquel sitio web llamado “Toro Publicidad”⁷⁸, al parecer una agencia publicitaria fundada en 1948, es posible ver variedad de comerciales o propaganda publicitaria que circuló en los cines y la televisión en la segunda mitad del siglo XX. En general hoy en día, en internet, en diversos sitios web es posible encontrar material audiovisual de vieja data, por ejemplo antiguas series, novelas y películas. Información que circuló en la temporalidad analizada, y que una más que otra fue consultada en pro de contextualizar y sumergir a quien escribe en el clima social, cultural y político de la época.

Igualmente se sostuvo importantes conversaciones en el escenario de la investigación. Una, con la esposa y un grupo de amigos y conocidos del reconocido intelectual José Gutiérrez; la señora Magdalena Restrepo Ortega, esto teniendo como intermedio al profesor Carlos Uribe Tobón, profesor de la Universidad de los Andes.

Finalmente, este informe recoge y trabaja algunas ideas publicadas con anterioridad, base reflexiva y conceptual a partir de la cual y gracias el apoyo económico de la beca Clacso-Conacyt —que permitió una dedicación a tiempo completo— y los escenarios académicos propiciados por el Doctorado en Humanidades, Línea historia y la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, se pudo reconstruir, enriquecer, ampliar y fundamentar mejor los mismos. En este informe se presenta el resultado no solamente de casi cuatro años de trabajo correspondientes al momento y finalización del doctorado, sino de al menos ocho años de investigación y reflexión en torno a los niños en situación de calle.

Recomendación: Estimado lector. Este informe de investigación consta de dos bloques. Usted puede iniciar en el segundo o el primero —que encuentra a continuación—. Si inicia en el segundo accederá a una viñeta de la vida de los *gamines* y podrá apreciar, tal cual se propone la historia cultural, a los *gamines desde sí mismos*. Habilitando así una comprensión mayor de la relación entre los *gamines* y la sociedad bogotana entre 1950 y 1985. Esto gracias a la visibilización de sus prácticas y creencias. En todo caso los *gamines*, de cierta forma separados del contexto urbano, social, cultural, histórico y político en que

Helfrich "Poco a poco va a venir mi papá", también de 1991. A su vez los documentales de Ciro Duran, específicamente ver: “Gamin” de 1978 y “La Guerra Del Centavo” de 1985.

devinieron. Sin embargo, si usted precisa de dicho contexto, puede iniciar su lectura en el primer bloque, en el que se visibiliza este contexto, pero **desde la sociedad bogotana en su relación con los gamines**, en este caso los gamines como “objeto”, descritos por ella. En este extenso bloque, se destaca la existencia de una sociedad afectada por un otro activo: los *gamines*, que debido a su particular forma de vida —aquella abordada en el segundo bloque—, obligaban a la sociedad a reafirmarse en sus ideales, en detalle la idea de infancia hegemónica.

1) **Primer bloque**

1.1) **Los chinos de la calle a la luz de la sociedad capitalina desde finales del siglo XVIII**

A continuación se presenta un acercamiento general a la historia de los denominados *chinos de la calle*, o en la segunda mitad del siglo XX llamados *gamines* —en contextos académicos en la actualidad, niños en situación de calle—. Se destacan algunos aspectos ubicados en una línea de tiempo que inicia en el siglo XVIII y finaliza a mediados de siglo XX. Habilitando así el escenario histórico y social en que se visibilizan estos personajes previo al momento histórico en que se profundiza en esta investigación —y en el que ejecuta el objetivo de la misma, esto es, visibilizar el papel activo de los *gamines* en la emergencia y fortalecimiento de un imaginario hegemónico de infancia en Bogotá de 1950 a 1985—, permitiendo de esta forma el entendimiento por parte del lector del momento histórico —1950 a 1985— y espacio territorial —Bogotá— en que se analiza y presenta una historia cultural de los *gamines*.

En esta perspectiva y para el caso de la ciudad, incluso en la segunda mitad del siglo XX, se destacan algunos aspectos del desarrollo urbano —crecimiento demográfico—, político —variables políticas e histórico sociales ejes en el devenir de la ciudad, por ejemplo, el uso de los medios de comunicación, la higiene y el problema de La Violencia— y económico —crecimiento industrial— de Bogotá, aquellos que resultan significativos respecto al objetivo

⁷⁸ “Toro Publicidad”, Comerciales realizados por la agencia colombiana Toro Publicidad, entre los años 1988 y 1998, consultado el 28 de septiembre de 2017, <https://www.youtube.com/user/TOROPUBLICIDAD/featured>.

de la pesquisa. Los registros históricos a través de los cuales se construye la historia del chino de la calle en el periodo anterior a la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, han sido retomados de diferentes investigaciones y acercamientos a la historia de los niños en situación de calle en el país.

A su vez se da cuenta del conjunto de significaciones, ideaciones, conceptualizaciones y etiquetamientos a través del cual fue leída e intervenida la población en situación de calle a finales del siglo XIX y gran parte del siglo XX. A través de estas significaciones, conceptualizaciones y etiquetamientos, específicamente en la segunda mitad del siglo XX, la historia de los *gamines* devino en la medida en que es a partir de estas ideas y creencias que en el plano de los encuentros sociales, al final la proximidad sensible, aquello que José Gutiérrez⁷⁹ nombraba la “sociedad colombiana” o la “cultura colombiana oficial”, emergente en Bogotá 1950 a 1985 como la misma institución *gamín*⁸⁰, modelaron sus prácticas, sus rituales, sus formas de hacer y vivir en el mundo. También es importante debido a que en este universo simbólico⁸¹ es posible dar cuenta de las diversas mutaciones,

⁷⁹ Las palabras de este intelectual resultan importantes en la medida en que él estudió y publicó decisivas investigaciones respecto a los *gamines*. En el segundo bloque de este informe, su obra será abordada a profundidad. Gutiérrez dedicó más de diez años al estudio de los *gamines*, ese otro a través del cual en esta investigación y mediante las diferentes publicaciones registradas, la sociedad bogotana resultaba fortalecida en su idea de infancia y sociedad. Destacan entre las publicaciones de Gutiérrez su conocido libro, publicado por Mac Graw Hill, “Gamín: un ser olvidado” en 1972. Referencia primaria durante muchos años en los estudios e investigaciones respecto a la población en situación de calle en el país. José Gutiérrez distinguía entre la “sociedad colombiana” o “cultura colombiana oficial” y la “sociedad gamín”. Respecto a la primera y en la línea de un imaginario de modernización, civilización e higiene que alimentó y abasteció a un grupo cada vez más numeroso de relaciones, de individuos dando lugar a una sociedad capitalina, ciertamente hegemónica debido a las instituciones, discursos y prácticas que lo soportaban, José Gutiérrez también integrante de ella, de ese “nosotros”, a la vez que reconocido intelectual y psicoanalista, sostuvo la idea de la existencia de una “cultura colombiana oficial”, una “sociedad colombiana” cada vez más educada en las buenas maneras, la decencia y la higiene. Una sociedad inscrita en la modernidad y civilización que para este escritor, editor e investigador se diferenciaba confusamente de lo que él también nombró como la “sociedad gamín” o el “espíritu gamín”... simplemente poniendo de manifiesto lo ya evidente en los años cincuenta, esto es, la gradual y notable distancia entre una sociedad que se veía a sí misma como ejemplo de desarrollo, modernidad, civilización, progreso e higiene respecto a un otro —también parte de esa sociedad— y es que, según escribía este intelectual, “...la sociedad gamín es precisamente eso: una contracultura con símbolos y rituales lo suficientemente fuertes como para oponerse a los de la cultura colombiana oficial, pero no tanto como para darle a este grupo una significación social positiva”. Ver: Gutiérrez, *Gamín*, 288-289.

⁸⁰ Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

⁸¹ Ernst Cassirer, *Antropología filosófica*, 24ª Ed. (México. Fondo de cultura económica. 2007).

tensiones y dinámicas en medio de las cuales la idea del *gamín* o finalmente del otro fue significada y conceptualizada de acuerdo a momentos históricos, a climas sociales y aspectos culturales o “científicos”, que abastecieron la intervención a esta población.

Es importante señalar que al escribir sobre los chinos de la calle o los *gamines* “**a la luz de la sociedad o en la mirada de la sociedad**” en el primer bloque del informe, según se destaca en el índice de este trabajo, se quiere dar a entender que en un primer momento se visibilizará, por un lado, la manera en que la sociedad capitalina sentía y significaba a ese otro, a los niños en las calles, dejando ver así a la sociedad misma durante varias décadas afectada y en esa medida desequilibrada respecto a sus ideales sociales —el otro tiene un papel activo en el devenir social—, sobre todo de infancia, aquellos que sí o sí entraban en tensión, que no fluían con libertad, sino que resultaban alterados y rarificados debido a la existencia de esta población.

Sobre lo anterior, **a través de las referencias al otro, a los *gamines*, se mostrará a la sociedad en sí misma**, develando así el papel activo de los *gamines*, pues obligaban a la sociedad a reafirmarse en lo propio, por otro, y a través de esta mirada se desplegará el escenario histórico y social en el que los chinos o *gamines* aparecen, posibilitando así una comprensión del contexto social y político en que los niños en la calle y la misma ciudad, la misma sociedad bogotana, devenía, haciendo énfasis en la temporalidad que va de 1950 a 1985. Todo esto se efectuará en el primer bloque. En el segundo bloque de la investigación y de este informe, se escribirá sobre la institución *gamín*, procurando un acercamiento a la cultura o institucionalidad de ellos a partir de sus creencias y prácticas.

1.2) **Los chinos de la calle a finales del siglo XIX y en la primera mitad del XX. A la luz de la sociedad capitalina**

La existencia de individuos en las calles en condiciones marginales o de vulnerabilidad es muy antigua, la misma tiene miles de años. Los niños en situación de calle en el siglo XIX y las primeras décadas del XX, existen en el país y en gran parte del mundo hace varios

siglos. En el país se tiene noticias de ellos desde el siglo XVIII⁸² y con seguridad, sin ser clasificados o nombrados, mucho antes⁸³. En esta línea, precediendo al tiempo de las luchas por la independencia en el siglo XIX⁸⁴ y después de ellas, estos personajes, comúnmente nombrados como “chinos de la calle”, eran visibilizados, objetados y denunciados en diversas superficies discursivas.

Hacia 1639 por Orden del Rey de España, se solicitó a los hermanos San Juan de Dios que administraran el hospital de Santa Fe de Bogotá, esto con el fin de que allí instalarán los niños y niñas recién nacidos dejados en las calles y potreros de la ciudad, dándoles cuidado y alimentos necesarios. También en 1774 el Virrey Manuel de Guirior manda a recoger a los pobres que vagaban en la ciudad, ubicándolos en un edificio destinado para tal fin. Por esta época se aprobó que una parte de las ganancias que entraban producto de las salinas de Zipaquirá —ubicadas a las afueras de la capital—, se dedicaran al sostenimiento de esta institución. Hacia 1794 una serie de instituciones vinculadas al problema de los niños en la calle eran nombradas constantemente, normalmente entendidas como casas de caridad, inclusas, colegios pobres, convictorios y casas de huérfanos, lugares a los que debían ir según el mandado del Virrey niños y niñas expósitos una vez cumplidos los siete años. Los menores eran enviados al campo a hogares sustitutos, donde fueron criados y alimentados

⁸²Según Martínez Boom: “El problema de la pobreza, que en los siglos XVI y XVII, había estado controlado por la policía de las almas, con la colaboración indirecta del estado español, evidentemente en la fundación de casas de expósitos y hospicios, la detención de vagos indigentes y su expulsión a sus pueblos de origen, adquiere a comienzos del siglo XVIII unas dimensiones insospechadas que superan el límite de lo previsto: las ciudades se convierten en el centro de adopción de pobres que emigran del campo —la pobreza se convierte en la base de la problemática social—. Los niños, jóvenes y familias pobres viven en las ciudades en medio de la mendicidad, la delincuencia, la ociosidad, la vagancia y la prostitución, situación que es considerada por las altas jerarquías sociales como producto de la falta de trabajo y educación”. Ver: Alberto Martínez Boom, “La escuela pública: del socorro de los pobres a la policía de los niños”, en *Foucault, la pedagogía y la educación. Pensar de otro modo*, Dir. Olga Lucia Zuluaga Noguera, et al (Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 2005), 141-142.

⁸³ Amalia Quevedo, *Mendigos ayer y hoy: La lectura contemporánea de la mendicidad* (Madrid: Eiunsa, 2007), 193.

⁸⁴ A inicios del siglo XIX Colombia alcanza su independencia dejando atrás 300 años de colonización y dominio español. Se conoce como independencia al acto mediante el cual las élites criollas colombianas, antes integrantes de la Nueva Granada, elevaron su voz a las autoridades españolas reclamando un lugar de autoridad en el escenario de la política, el gobierno y el comercio, pues al momento estos lugares eran ocupados solamente por los españoles de nacimiento.

por amas de cría. Uno de los lugares en el campo era el Municipio de Chipaque, en el Departamento de Cundinamarca⁸⁵.

Hubo una vinculación entre los hogares sustitutos de Chipaque y la Beneficencia de Cundinamarca. Según Jiménez Becerra⁸⁶, tener niños de la beneficencia no era un buen negocio para los hogares sustitutos, aunque por cada niño que tomaran a su cargo recibían un pequeño subsidio del Estado. En todo caso la cantidad de niños en los hogares sustitutos aumentaba, esto debido posiblemente a las condiciones generales de pobreza. Estos hogares, “tan antiguos como desconocidos”, perduraron hasta finales del siglo XX y representaron una iniciativa de los españoles al problema de los niños abandonados y, en general, aquellos que vivían en las calles. El control o institucionalización de estos niños no tuvo como eje aspectos pedagógicos o escolares, sino, al decir del autor citado, una normalización institucional —el encierro— de un problema efecto de la pobreza: “El internamiento del niño expósito se convirtió en una posibilidad para tratar el problema de la pobreza y el desborde de la población”⁸⁷.

Sin embargo, esta práctica —el encierro⁸⁸— fue alterada en la primera mitad del siglo XIX por las guerras de independencia. En 1810 y con motivo de la insurrección del 20 de julio⁸⁹, según el autor citado, por ejemplo, un hospicio fue invadido por el primer batallón de voluntarios, “quienes arrinconaron en un espacio reducido a los niños que allí se

⁸⁵ Jiménez, *Infancia*, 76-80.

⁸⁶ Jiménez, *Infancia*, 76-80.

⁸⁷ Jiménez, *Infancia*, 78.

⁸⁸ “La costumbre de aislar no es algo nuevo; viene desde el arribo de los españoles. Éstos confinaron a los indígenas en resguardos denominados pueblos de indios”, situados en los extramuros de lo que ellos consideraban “la ciudad”. Sus costumbres fueron abolidas por sacrílegas; su religión, señalada como superchería; y a sus tierras, que eran comunales, les aparecieron, por arte de magia, escrituras de propiedad. Los indígenas fueron obligados a “vivir congregados”, a “son de campana” o “en policía”. Ello permitió marginarlos por medio de una configuración espacial estigmatizadora como parte de las normas de “convivencia” y “orden” impuestas por la corona”. Ver: Ingrid Morris y Germán Garzón. *El Cartucho. Del Barrio Santa Inés al Callejón de la Muerte* (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá Secretaría Distrital de Integración Social, 2010), 35.

⁸⁹ El 20 de julio de 1810 representa para Colombia una fecha especial, pues tras tres siglos de dominación española, el país se “independiza”. Se recuerda ese día como el momento en que los criollos, bajo la excusa de un florero solicitado y negado por los españoles, alzan sus voces a las autoridades españolas y llaman al pueblo a manifestarse en pro de exigir un trato igual en aspectos políticos, culturales y económicos siempre liderados por los españoles. A partir de esa fecha la “independización” tendría un lugar destacado en la agenda política del país. En este escenario el Libertador Simón Bolívar tendría un papel especial.

encontraban y los privaron de gran parte de sus raciones alimenticias”. Las guerras de independencia y las guerras civiles arrojaron un número importante de huérfanos que terminaron en las calles de los pueblos y en Bogotá⁹⁰.

A pesar de ello, los hospicios en los primeros años del siglo XVIII representaron una alternativa común para las autoridades coloniales y el clero para dar solución al problema de los mendigos, vagabundos e indigentes en las calles. Éstos —los hospicios— aparecen no como efecto de una preocupación social alimentada por ideas altruistas y filantrópicas, sino como una reacción ante la incomodidad y peligro que causaban aquellos individuos en las calles, motivada por una seria antipatía y repulsión que sentía la población blanca y de élite hacia estos personajes.

Hacia 1792 se calculaba que en Santa Fe, hoy Bogotá, había unos quinientos pordioseros, que entonces representaban entre el 2.5% y el 3% de la población de la urbe. Según Melo Moreno, se evidencia cómo “la preocupación con respecto a la mendicidad se mantuvo hasta el final de la colonia”, así en 1807 se celebra en la ciudad una campaña cívica bastante amplia emprendida con el virrey Amar y Borbón. “Todos los vecinos barrieron las calles los sábados, se extendió la iluminación nocturna y colectivamente a recoger a todos los mendigos que aún quedaban en las vías públicas”. Así va “desapareciendo de las calles y plazas de esta capital aquel tropel de mendigos, verdaderos o fingidos, que incomodan al

⁹⁰ Escribe Melo Moreno “El siglo XIX estuvo caracterizado realmente, más que por un gran desarrollo económico, por la guerra civil. Por lo menos es ésta última la circunstancia que más influyó en la actividad marginal (indigencia/ delincuencia) de la calle en Bogotá. La guerra en los campos desplazó a muchas personas, viudas, huérfanos y soldados, a las que se sumaron los indígenas desplazados por la abolición de los resguardos y la posterior oferta hostil por parte de los terratenientes. Las mujeres en su mayoría llegarían a Bogotá sólo con la posibilidad inmediata de ejercer la prostitución, mientras que los hombres en su mayoría soldados lesionados y desempleados entre guerras, se hallaban viviendo en la indigencia. Así pues, la calle, en parte, se desarrolla económicamente desde actividades marginales y delictivas, donde la mendicidad y el robo se constituyen en las fuentes de ingreso para muchas personas, las cuales en su mayoría vivían de hecho en las calles, siendo expresado por Miguel Samper en su escrito “La miseria en Bogotá en 1.867”. “Los mendigos llenan calles y plazas, exhibiendo no tan sólo su desamparo, sino su insolencia que debe dar mucho en qué pensar, pues la limosna se exige y quien la rehúse, queda expuesto a insultos que nadie piensa en refrenar. (...) Las calles y plazas de la ciudad están infestadas de rateros, ebrios, lazarinos, holgazanes y aún locos. Hay calles y sitios que hasta cierto punto les pertenecen como domicilio...la inseguridad ha llegado a tal punto, que se considera como acto de hostilidad el ser llamado rico...”. Ver: Vladimir Melo Moreno, *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá* (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C. Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1998), 56.

paso, que compadecen y quitándose de la vista del público el lastimoso objeto”⁹¹.

En 1874 José María Gutiérrez de Alba fomentó entre los chinos de la calle el negocio de voceadores en su periódico *El Cachaco*, a su vez un grupo de italianos en 1880 introdujo en el país una fábrica de betún y entrenó a los “chinos” en el oficio de “embolador”. Estos oficios harían parte fundamental en la vida de ellos por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XX. En todo caso, hacia finales del siglo XIX y principios del XX en las calles de Bogotá se describía a una población de niños errantes, sin familia y sin techo. Ellos destacaban entre el común de las gentes debido a una forma de vida que los diferenciaba, se trataba de un conjunto de acciones a través de las cuales esta población construía su día a día.

Como punto de referencia es posible señalar un momento histórico en el cual son nombrados los *gamines* por primera vez, esta conceptualización no da nacimiento a los mismos, pero sí resulta decisiva debido a que esta noción con el paso del tiempo, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, se convertiría en el eje simbólico donde se reunirían diversidad de nociones e ideas en torno a la población en situación de calle y en general la significación del otro⁹².

Hacia finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, a los niños en situación de calle, entre otras denominaciones, solía llamárseles como se sostuvo anteriormente “chinos de la calle”. Hasta mediados del siglo XX la noción de “chinos de la calle”, procedente del término quechua “*chino*” que quiere decir niño, y del español castizo “calle” o vía pública⁹³, utilizada por los conquistadores para nombrar a la población indígena dada su similitud con los chinos de la China⁹⁴ era bastante común, sin embargo, la autora referenciada señala que a mitad del siglo XIX aparece por primera vez la noción de *gamín* en los escritos del General Alberto Urdaneta, específicamente en un diario titulado *Papel Periódico Ilustrado*. Noción que gradualmente hegemonizó la manera de referirse al niño en situación de calle, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX⁹⁵. Allí, en el periódico

⁹¹ Melo, *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá*, 50.

⁹² Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

⁹³ Carmen Ortega Ricaurte, *¿Quiénes son los gamines? Aspectos históricos y lingüísticos del gamín bogotano* 1972, citada por: Jiménez, *Infancia*, 80.

⁹⁴ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*, 8.

⁹⁵ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

citado, escribió el General Urdaneta “ya el pilluelo, ya el gamín ó ya el chino han sido tipos realizados por las plumas á que ha servido de modelo”⁹⁶. Para Ortega Ricaurte la palabra *gamín* suplantó o desplazó en gran medida al denominativo “chino”; chino de la calle, debido a que era menos hiriente⁹⁷.

Hacia 1950 la Academia de la Lengua propuso como denominativo para esta población el término *pelafustanillo*, éste no caló en el habla popular —y para la autora referenciada—, lo único que logró fue acentuar el galicismo *gamín*. En 1972 en el marco de unas olimpiadas para la población en situación de calle patrocinadas por el diario *El Vespertino*, se promovió el nombre de *Caras Sucias*, con la idea de “...crear en la ciudadanía una imagen simpática del gamín”⁹⁸, en esto tampoco tuvieron suerte los promotores de la idea.

La palabra *gamín* era un eje de significación al otro, del niño en situación de calle en la mentalidad social urbana. Ya en la segunda década del siglo XX en Bogotá, desapareció la etiqueta “chino de la calle”. Por ejemplo hacia 1975, la Comisión de lexicografía encargada por una institución preocupada por el uso de la lengua, llamada “Academia Colombiana”, encomendó la realización de un diccionario de colombianismos, es decir, “modos de decir” que no se encuentra en la literatura ni en la Real Academia. Resultado de esta tarea aparece en 1975 el *Breve diccionario de Colombianismos*. La palabra “chino” ya no describe al niño de la calle, no aparece la palabra “chino de la calle”, solo “chino” y no tiene que ver con los niños, sino con los cerdos y solo en algunas regiones del país (Antioquia, Bolívar, Cundinamarca, Huila). En cambio la etiqueta *gamín* sí aparece, y según el diccionario la misma es nacional, se refiere a “Golfo, pilluelo, niño vagabundo que generalmente va con otros en pandilla o cuadrilla”⁹⁹.

Definitivamente esta etiqueta hegemoniza la forma de referirse, nombrar al otro, al niño en la calle; un *gamín*. Como visibilizaron Zambrano, Rojas y Cano¹⁰⁰ en esta palabra se concentraron todos los significantes referidos al otro. Haciendo uso de ella los habitantes de la urbe capitalina lograron sintetizar en una expresión la existencia del otro en sí; el

⁹⁶ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*, 8.

⁹⁷ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*

⁹⁸ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*, 9.

⁹⁹ Academia Colombiana. Comisión de lexicografía, *Breve Diccionario de Colombianismo* (Bogotá: Jorge Plazas S. Editor Ltda, 1975).

diferente. Mendigos, niños desvalidos, pedigüeños, pelafustanes, chinchos, pilluelos, niños desadaptados, prematuros bachilleres del delito¹⁰¹, parías¹⁰², infancia desamparada y desvergonzada, juventud fracasada¹⁰³, piernipeludos, desechables, pordioseros, indigentes, vagos, todos contenidos en el significante instalado y recurrente durante el siglo XX y hasta el día de hoy: *gamín*.

La noción de *gamín* de procedencia francesa, en Colombia y específicamente en Bogotá, adquiere una connotación totalmente distinta a aquella proveniente del lugar de origen. En el país galo el término era utilizado para referirse cariñosamente a los niños, en Colombia, por el contrario, esta palabra se utiliza para referirse a éstos, pero de forma despreciativa y no a todos los niños, sino a una población en particular, aquellos que merodeaban o transitaban las calles, los vagabundos, mendigos o pordioseros que se jugaban la vida en las vías y espacios públicos.

Durante varias décadas este término tendrá entre sus características la descripción, casi a modo de esencia, de un individuo corto en años, desgreñado, harapiento, sucio y perspicaz, gradualmente, en lo referido a la población en situación de calle, alguien de quien hay que sospechar, en últimas un individuo en extremo peligroso. Un hijo de padres indeseables, esto es, adultos no inscritos en el ideal social, por ejemplo alcohólicos, prostitutas, individuos sin educación y sobre todo, gente pobre, en su momento campesinos mayoritariamente. En todo caso aquel denominativo incomodaba, ya en la segunda mitad del siglo XX sostenía Granados Téllez: “El nombre que da la sociedad, *gamín*, está cargado de un sentido peyorativo de tal magnitud que, inclusive dentro de los mismos gamines, es considerado como uno de los mayores insultos”¹⁰⁴.

Respetando el archivo y de acuerdo a la investigación realizada por los autores citados¹⁰⁵, en este informe se hablará de “chinos de la calle” en el periodo que va desde el siglo XIX hasta la primera mitad del XX. Posteriormente de 1950 a 1985, siguiendo a los autores

¹⁰⁰ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

¹⁰¹ "Los niños", *El Tiempo*, Diciembre 16, 1950, 5.

¹⁰² Austin Rodríguez Garavito, "Dolor y miseria del gamín", *El Tiempo*, June 24, 1962, 5.

¹⁰³ "Mendicidad infantil", *El Colombiano*, Mayo 1, 1950, 9.

¹⁰⁴ Granados, *Gamines*, 1.

¹⁰⁵ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

citados y la voz del mismo archivo¹⁰⁶, *gamines*. En 1860 aparece una descripción de los “chinos de la calle” realizada por Juan Salgar:

Los muchachos de la calle, o que llaman en Bogotá los chinos, son dueños de un tipo sin imitación en ninguna parte. El chino de Bogotá no es semejante al pilluelo de ningún otro pueblo. Repárelo usted y observe detenidamente las señales que caracterizan ese tipo tan bien delineado. El chino según el archivo es regularmente un muchacho huérfano o abandonado, que pernocta en el portal más inmediato al lugar donde lo coja la noche, que se alimenta de los despojos de otras comidas o de algún pan estafando con ardides e ingenio.

Se le ve en la mañana en la Plazuela de San Victorino, lamiendo la estaca con que se destapan las botijas de miel, y por la tarde en los cerros de Egipto o en las huertas de Las Nieves acariciando y sobornando al mastín que las custodia; sabe las casas de todos los habitantes de la ciudad; juega con los criados en el zaguán y engaña a los niños; sigue a los sordo-mudos y los impacienta; persigue a los locos y los enfurece; hace gestos a los viejos; se mofa de los paquetes de provincia; roba las frutas de los mercados; saluda los triunfos de la libertad con sus gritos; acompaña a todos los presos hasta la puerta de la cárcel y hace número para toda república rechifla. Viste, o más bien lleva como puede, un pantalón arremangado hasta la pantorrilla y sujeto debajo de los brazos por un suplente de calzonarias de orillo, que partiendo el botón que cierra la pretina, da vuelta por encima del hombro y vuelve al mismo punto y cierra el botón. Lleva una camisa desgarrada, llena de nudos, en que cierra un medio real pillado, regalado o encontrado, un dedal, un devanador, etc., que arrastró el caño en la última creciente; si tiene chaqueta es como los calzones, grandísima,

¹⁰⁶ Al decir de Germán Garzón, en los cincuenta “Era normal también ver en las calles muchos jóvenes que para ese entonces se conocían como “chinos”. En búsqueda de su subsistencia, eran serviciales con los transeúntes y fungían como voceadores de periódicos, mandaderos, cordeleros o cargueros, aunque en medio de sus trabajos jugaban y hacían travesuras mezclándose con otros niños y también con pequeños delincuentes”, sin embargo “La pobreza produjo que esta población fuera aumentando, y en los años sesenta y setenta aparecieron las galladas y pandillas de muchachos que buscaban, no solamente protegerse entre ellos, sino sobrevivir en medio de una ciudad cada vez más grande y peligrosa. Esos niños de la calle, sucios y dejados, que deambulaban sin rumbo por la ciudad, empezaron a tomar el nombre de “gamines” o “pelafustanes”. Ver: Morris y Garzón, *El Cartucho*, 34.

arremangada y con manoplas de dulce y mugre; con ellas también suple la carencia de un pañuelo; nunca tiene sombrero, anda entre caza, es morador de la calle, inquilino de la municipalidad. Su fisonomía es graciosa, despierta, inteligente; sus ojos de víbora brillan por entre el cabello largo que anda siempre por la cara; el descuido y la mugre ocultan el resto de las facciones. Todos sus movimientos son el efecto de su natural inquietud, sus palabras son atrevidas y sus dichos célebres, sabe todas las ensaladillas, retiene todos los versos, silba toda la música que una vez oye y no pierde un epígrafe ni un cuento popular. Es comedido, servicial y dañino, según el humor del momento. Ese conjunto de fealdad y belleza, de maldad y gracia, de inteligencia, malicia, perversidad...qué sé yo; es el chino de Bogotá, el ángel de la picardía¹⁰⁷.

A diferencia de la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, donde en la mayoría de las descripciones referidas al chino o para esa época el *gamín*, se resalta su peligrosidad, el niño en situación de calle en el siglo XIX es descrito como alguien que conoce de la ciudad, posiblemente una urbe pequeña, casi un pueblo grande en comparación con la Bogotá del siglo XX, también distingue las casas de sus habitantes, sus lugares de ocio y comida. Una suerte de “indefenso payaso”, alguien “comedido” y “servicial”, caracterizado por sus palabras “...atrevidas y sus dichos célebres” que “sabe todas las ensaladillas, retiene todos los versos, silba toda la música que una vez oye y no pierde un epígrafe ni un cuento popular”. Un individuo que entre risas y risas vive la cotidianidad de sí y de aquellos que, distintos a él, habitaban la ciudad. Un ser inteligente, despreocupado, jovial y, sin embargo, perverso, pícaro “un ángel de la picardía”.

No obstante, ya a inicios del siglo XX el problema de los niños en situación de calle o *chinos de la calle* constituía algo que no se podía pasar por alto, esta preocupación venía de tiempo atrás, pero ahora tomaba fuerza. En 1906, siguiendo los intentos anteriores respecto al control de los pobres, la Curia de Bogotá fundó el Dormitorio para Niños Desamparados

¹⁰⁷ Januario Salgar, “El chino de Bogotá”. Lectura Dominical, *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, 15 de octubre de 1884, citado por: Jiménez. *Infancia*, 78-79. En aquel texto publicado por el diario El Tiempo, 116 años después, se recuerda que Januario Salgar (1827-1890), fue catedrático, parlamentario, y estadista. Además de servir en varios ministerios de la época, escribía constantemente columnas de opinión en los diarios capitalinos.

con el objetivo de brindarles alimento, techo y educación a los menores que habían abandonado sus hogares¹⁰⁸, aspecto que demuestra la continuidad del problema en aquellos años. Al siguiente año y en cercanía a la descripción realizada por Januarío Salgar, la vinculación de un menor a estos grupos y algunos aspectos de su cotidianidad, eran descritos por Julián Páez¹⁰⁹ en Bogotá de la siguiente forma:

...Ya libre (...) sin techo y sin sujeción... no teme ya al látigo del colérico patrón, pero el hambre lo acosa... ¿qué hacer? Pasa por el parque Santander, en donde, en estrepitosa bullanga, hállase el gremio chinesco, reunión de harapos y alegría... y de aquel grupo surge su redención: un chino amigo, su vecino y compañero, que le sale al encuentro, y entre las risas y burlas se informa de su suerte, se duele de ella, le da de comer lo que come... y lo toma orgulloso bajo su amparo y protección. El anfitrión sigue dispensando su protección al recién venido, procura hombrearlo, iniciarlo en el modus vivendi de la cofradía chinesca; le enseña los sitios de reunión, las ventas más a la moda entre ellos, las ventorras que los tratan con mayor consideración, el punto donde miden mejor los alimentos, y procede a presentarlo a sus compañeros (...) el recién venido no tiene un centavo, le falta un cajón, una caja de betún y un cepillo. ¿Qué hacen? Uno de ellos presenta su gorra a los demás, y en ella va depositando cada uno su contribución...

En los primeros años del siglo XX los niños en situación de calle, comúnmente nombrados “chinos”, trabajaban como carboneros, emboladores y voceadores de prensa, o simplemente no trabajaban y vivían de la mendicidad y, en ocasiones, pequeños robos, de vez en cuando eran llevados a los hospicios y las estaciones de policía, instituciones que en aquellos tiempos se encargaban de ellos trasladándolos a granjas o casas ubicadas fuera o dentro de la ciudad, lugares donde se les brindaba alimento, algo de educación y posiblemente se les obligaba a trabajar. En la ciudad era fácil verlos durmiendo en las calles, “dueños” de un sector de la ciudad, generalmente ubicado en la parte céntrica o más comercial de la misma, sobre las aceras, los parques, lugares abandonados y en las entradas de los edificios o espacios de comercio.

¹⁰⁸ Granados, *Gamines*, 1.

¹⁰⁹ Citado por: Cecilia Muñoz y Mónica Pachón, "Los chinos Bogotanos a comienzos del siglo (1900-1930)", *Credencial Historia*, n°12 (1990): 6-7.

Los policías a veces los llevan a la permanencia. Unos también conocen el reformatorio de Fagua y me cuentan que durante su estadía en dicho establecimiento han tenido que trabajar en la construcción de carreteras, partiendo piedras, etc. Hablan de las <<canastas>> y de <<las moscas>> (policías) como si fuesen viejos aventureros. Pero en realidad, aunque les ocurrió tal vez de participar en pequeños robos, no tiene en el fondo nada de criminal... Les atrae la aventura y gastan sus <<centavitos>> para ver una película de vaqueros. Aún han adornado las paredes de su clase con fotografías de <<cow-boys>>¹¹⁰.

Se les veía transitando por la ciudad en grupo, llevando a cabo acciones que inquietaban y sorprendían a los transeúntes, pero que aún no llegaban al extremo de ser consideradas peligrosas, al fin y al cabo “no tiene en el fondo nada de criminal...”, se trataba de un “ángel de la picardía”. Sumado a lo anterior, esta población brillaba por su vinculación a los escenarios políticos y sociales donde se requería la defensa de la nación o la comunidad. Así en 1903 a propósito de los acontecimientos que dieron lugar a la pérdida Panamá por parte de Colombia¹¹¹, los “chinos”, también vendedores de periódicos en las diferentes ciudades y conocedores del momento político y social, hicieron sentir su insatisfacción. Unidos bajo el lema “Por la Unión y por la Patria”, llevaron a cabo una manifestación ante Marroquín, por entonces vicepresidente de la República. Como destacan Muñoz y Pachón¹¹², aquella objeción es aprovechada por la prensa nacional con miras a resaltar el nacionalismo, citan las autoras referenciadas:

...Ese cuerpo de pilluelos, al ver que manos extrañas quieren apoderarse de un pedazo de nuestro suelo, sienten hervir la sangre de chicos libres y se ofrecen en masa

¹¹⁰ Anna Kipper, Historia de los niños que no tienen hogar, *Revista Cromos* 4, n° 1365. Bogotá. Marzo 6 de 1946. P 5

¹¹¹ La separación de Panamá en Colombia ocurrió en 1903, posterior a la Guerra de los Mil días. En medio de una crisis política y económica efecto de la guerra, Estados Unidos convenció a los habitantes de Panamá de separarse de la República Colombiana, que ciertamente descuidó económicamente a aquellas tierras. Esto debido a la posibilidad de construir un canal que permitiría el tránsito de barcos entre el océano atlántico y pacífico. El gobierno colombiano contempló la posibilidad de declararle la guerra a los Estados Unidos, acción que finalmente no se llevó a cabo, y que culminó en 1925 cuando Estados Unidos indemnizó a Colombia con 25 millones de dólares debido a la pérdida de Panamá.

¹¹² Muñoz y Pachón, "Los chinos Bogotanos", 5.

a tomar un fusil para salvar el nombre de la Patria. Han dado el grito de ¡Viva nuestra República libre!, ¡Viva nuestro amor nacional!

En las primeras décadas del siglo XX estos niños hacían parte del paisaje urbano, eran integrantes cotidianos del concierto de actores y panoramas que rehacían constantemente a Bogotá. Siempre un "...trabajador simpático, travieso, ingenuo, libertino y recursivo"¹¹³. Se desempeñaban diversas funciones y acompañaron variedad de prácticas o acciones de la gente del común... En esos primeros años su presencia fue una constante medianamente "aceptada", al fin y al cabo se trataba para aquellos que los significaban de pequeñas y pintorescas incomodidades, algo así como un insecto que, aunque molesto, dado su aspecto exótico y divertido era soportable.



"La chiquillería durmiendo en los andenes de una calle bogotana" Cromo, junio de 1918¹¹⁴.

En 1907, como visibilizan Muñoz y Pachón¹¹⁵, un artículo publicado por Julián Páez aparecido en *Bogotá Ilustrado*, sobre los "chinos" y una de sus modalidades, los emboladores. En el mismo sacan a luz aspectos que muestran una amplia aceptación del chino de la calle, su vida, sus beneficios a la sociedad, allí se sostiene que "...No es exagerado decir que un chino, solo, hace leer más que todos los maestros de escuela de

¹¹³Muñoz y Pachón, "Los chinos Bogotanos", 7.

¹¹⁴ Muñoz y Pachón, "Los chinos Bogotanos", 6.

¹¹⁵ Muñoz y Pachón, "Los chinos Bogotanos".

Colombia reunidos... grita y pregona por las calles y plazas El Correo, y El Comercio, El Nuevo tiempo y El Porvenir, La Revista de la Paz y Bogotá Ilustrado (...)"

La mirada social en torno a los niños en situación de calle por estos años, destaca más las buenas acciones de los mismos que aquellas cuyos efectos disminuían a la sociedad bogotana. Como sostienen las autoras citadas a principios del siglo XX el chino de la calle era visto por todas partes, se hacía parte de todas las acciones que en la arena de lo público ocurrían en las ciudades, incluyendo manifestaciones u oficios. Cuando el orden público se turbaba, él estaba allí. Según Osorio Lizarazo, citado por Muñoz y Pachón¹¹⁶, "Nadie era más ligero para recoger piedras, que fueron las armas de aquellos revolucionarios". Así, en una remembranza del "Chino bogotano" publicada en el *Mundo al día* 13 de noviembre de 1926, se dice que ellos fueron grandes combatientes en las guerras civiles, cumplieron un papel único, especial, ellos fueron:

...el único medio de información y no era deficiente. Había ido a todas partes, se había enterado de todos los movimientos, sabía dónde y quién resultaba vencedor... Lo mismo acontecía en las campañas bélicas. Cuando llegaban los partes de los hechos de armas de los beligerantes, se encargaba de propagarlos citando con precisión el sitio donde se encontraban los renombrados jefes sus victorias respectivas y sus derrotas. Con frecuencia fue enviado a llevar noticias a los sitios de campaña y, burlando hábilmente todas las vigilancias y todas las persecuciones, terminaba con honra su comisión.

Se trataba en esos años de pequeños niños que circulaban por las calles, llevaban a cabo algunas fechorías, desajustaban levemente el orden social, pero sobre todo en ese momento resultaban más un interesante fenómeno social que entrado el siglo XX era admirado por su fortaleza, su modo de vida y su articulación a la historia nacional y al devenir de la cultura. Para muchos de los escritores

Este gremio de los gaminos bogotanos, enorme, inquieto y pintoresco, forma gran parte del alma sonora y profunda de la urbe que cada día se agiganta y robustece en un colmo de esfuerzos supremos y maravillosos. Si (sic) nuestros simpáticos y

¹¹⁶ Muñoz y Pachón, "Los chinos Bogotanos", 5.

traviesos gamines de la cara y las manos sucias y el corazón ebrio de todos los licores y de todas las vivas y crepitantes luminarias de la alegría juvenil, quizás este (sic) Bogotá no sería lo que es¹¹⁷

En las primeras décadas del siglo XX, como sostienen los autores consultados, el chino de la calle se convirtió en un símbolo de la ciudad, un referente del paisaje urbano en que devino la capital del país. La existencia del chino, su presencia en las calles llegó incluso a idealizarse y estereotiparse a través de la literatura y de la crónica periodística. Álvarez¹¹⁸ sostiene que, en esas primeras décadas del siglo XX, la existencia de esta población, sobre todo aquella infantil, fue leída y significada a través de un imaginario de pureza, fragilidad e inocencia, teniendo a su vez como lente un conjunto de saberes médico biológicos que, dejando de lado la pregunta por la voluntad o la moral¹¹⁹, acudían a argumentos científicos y modernos a través de los cuales se buscó la objetividad.



¹¹⁷Valerio Grato, citado por: Álvarez Gallego, Alejandro. "Los niños de la calle. Bogotá 1900-1950" Historia De La Educación. (Bogotá. En: Colombia, Idep Alcaldía Mayor De Bogotá, 2002, v.2).

¹¹⁸ Álvarez, "Los niños de la calle".

¹¹⁹ También hacía parte del imaginario sobre la infancia la idea de su fragilidad, su debilidad y vulnerabilidad. La mirada que se hizo de la infancia en ese entonces partía del supuesto de que en esa edad se estaba más expuesto a ser influenciado o a ser afectado por el mundo externo. Un ser

Voceador de prensa. (1916)¹²⁰.

Sin embargo, como señalan Pachón y Muñoz¹²¹, y Álvarez¹²², en las primeras tres décadas del siglo XX, en el marco de una modernización¹²³ e higienización¹²⁴ abanderada por los gobiernos de turno cada vez más radical en la ciudad, este grupo de individuos siempre identificados como sucios y haraposos o mal vestidos, también llevaban a cabo pequeñas fechorías y acciones que gradualmente produjeron transformaciones en el conjunto de ideas y sensaciones a través de los cuales se les significaba. Dejaron de ser entendidos como esos pícaros y aventureros, seres con “fisonomía (...) graciosa, despierta, inteligente”¹²⁵, que merodeaban las calles con alegría y resignación ante la cruel realidad de sus vidas, para, sumado a eso, ser señalados por su peligrosidad, suciedad, capacidad de engaño y, sobre todo, su existencia contraria al ideal de infancia que se iba imponiendo. En algunos casos seguían siendo almas inocentes, pero “enfermas” y de paso capaces de enfermar a la sociedad. Según Álvarez¹²⁶ poco a poco la imagen exótica y picaresca del chino de la calle comienza a cambiar, “Con el tiempo la ciudad fue planteando que este modo de vida tenía muchos riesgos y comenzó a cambiar la mirada”.

En 1920 se emite la Ley 98. En la sección tercera de esta ley se aborda el problema estudiado. Se prohibió la entrada al cinematógrafo y teatros a niños menores de diez y seis años, esto, entre otras razones, posiblemente motivado por la existencia de chinos de la calle, ciertamente ubicados en aquel rango de edad, quienes solían frecuentar estos

frágil, fácilmente quebrantable, debía ser sobre todo defendido de las malas influencias del mundo, protegido de cualquier amenaza. Ver: Álvarez, “Los niños de la calle”, 10.

¹²⁰ Muñoz y Pachón, “Los chinos Bogotanos”, 6.

¹²¹ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*.

¹²² Álvarez, “Los niños de la calle”.

¹²³ En la presente investigación la modernización es entendida “(...) como el desarrollo material auspiciado por los avances técnico-instrumentales” que “(...) no puede actuar sin transformar la sensibilidad social y afectar directamente el mundo de la vida”. MELO, Jorge, “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y modernización”, en VIVIESCAS, Fernando y GIRALDO ISAZA, Fabio (comps.), *El despertar de la modernidad*, Bogotá, Foro Nacional por Colombia, 1991. P 259.

¹²⁴ Se entiende por higienización el conjunto de prácticas y saberes a través de los cuales se buscó en el periodo abordado sanear a la población alejándola de estados enfermizos a nivel biológico, pero también social. Esto mediante actividades de limpieza física (bañarse, limpieza de los espacios, uso de ropa limpia, entre otros) y discursos articulados a la moral social.

¹²⁵ Jiménez, *Infancia*, 78-79.

espacios. Igualmente se negó a los menores de 18 años la entrada a cantinas, casas de juego, centros de prostitución: "...y en general a todo establecimiento que en alguna manera pueda perjudicar la vida física o moral de estos menores"¹²⁷.

En este mismo año y en paralelo a la formulación de la Ley, se crearon previa aprobación del Congreso de la República los Tribunales Infantiles. Ellos fueron presentados por el ministro de gobierno Luis Cuervo Márquez, quien, inscrito en los nuevos referentes educativos, modernos y occidentales referidos por un lado a una idea de higiene y, por otro, de infancia vinculada a la familia y la escuela, visibilizó la carencia de educación, corrección y protección de los menores y de allí la necesidad de estas instituciones con miras a la readaptación social. Se trataba de proteger al niño, pero también a la sociedad de algunos miembros que pudiesen a futuro o en el mismo presente afectar el ideal de hombre, niño y familia que se proponía y se fortalecía día a día, y es que "...un niño recargado de trabajo y en malas condiciones higiénicas, no podrá ser un hombre robusto y apto para los trabajos fuertes, ni una niña rodeada de una atmósfera corruptora podrá sustraerse a la corrupción y nunca llegará a ser un elemento sano y apto para formar una familia"¹²⁸.

Con el paso de los años esta belleza exótica, la significación pintoresca y romántica referida a los "chinos de la calle" da un giro notable. Los chinos, para la gran mayoría de la población urbana en la segunda y tercera década del siglo veinte y por supuesto con mayor fuerza en la segunda mitad del nombrado siglo¹²⁹, son peligrosos, sus acciones, su vida, su existencia era una amenaza social. Gradualmente dejan de ser aquellos niños y adolescentes aventureros, fieles a la patria y la lucha por la democracia, divertidos y resilientes para venir a ser algo que debe ser eliminado, controlado, detenido.

¹²⁶ Álvarez, "Los niños de la calle", 8.

¹²⁷ Álvarez, "Los niños de la calle".

¹²⁸ Cuervo, citado por: Alexandra Mancera Carrero. "Niños expósitos y menores en Bogotá: 1791-1920", *Nómadas* 36, (2012): 233.

¹²⁹ Jiménez sostiene que "El gamín representaba cierto tipo de experiencia infantil que se venía reproduciendo en la ciudad de Bogotá, durante algo más de siglo y medio, y se convertía en una experiencia más que idílica, como inicialmente se creía, de carácter infernal, violenta, insegura y trágica. Para los años setenta, los gamines eran ampliamente conocidos por la población como niños errantes, sin lazos familiares firmes, capaces de asociarse con bandas y de formar un grupo opuesto a los adultos, sientos temidos y rechazados por un alto porcentaje de la sociedad". Ver: Jiménez, *Infancia*, 89.

El problema no es que estén en la calle jugando, a veces trabajando o burlándose de los habitantes urbanos o cometiendo pequeñas fechorías, ahora su mera existencia intranquiliza a la población, a la sociedad capitalina que día a día crecía y se robustecía, esto debido a aspectos referidos al ideal de infancia, pero también, variables delictivas, higiénicas y estéticas —que serán abordadas más adelante—. Cada vez más, se trataba de niños y adolescentes que iban en contravía a los ideales de infancia que por aquellos años eran promovidos y reproducidos institucionalmente. Un imaginario, una concepción de infancia alimentaba día a día con mayor fuerza la mentalidad de los habitantes urbanos.

1.3) El ideal de infancia afectado

El imaginario hegemónico de infancia¹³⁰, en tanto escenario simbólico, social y político, no representó ciertamente una idea única y universal de infancia, radical y determinante, por el contrario, en su devenir reflejó las tensiones de una época, los miedos, las ambigüedades, los ideales y saberes a través de los cuales en el día a día los habitantes urbanos, orientados u condicionados por elites sociales y el emergente Estado, vivieron sus vidas. En tanto imaginario de infancia resulta oportuno recordar que, al nombrarlo así, se está haciendo uso de un concepto teórico a través del cual se desea resaltar al menos dos cosas: 1) el carácter simbólico del mismo, es decir, su impredecibilidad, flexibilidad y en ocasiones, inefabilidad.

En esta perspectiva, un imaginario difícilmente reducible a una suerte de programa o dispositivo —con posibilidad de reconstrucción por parte de un investigador— ideado por un alguien y encaminado, según la lógica causa- efecto a producir un resultado. Por el contrario, se trata de una suerte de mapa¹³¹ que condiciona a quienes lo portan, influye en sus acciones y modos de pensar, sin que muchas veces aquellos orientados por él sean

¹³⁰ De Cassia y Zambrano, "La 'limpieza social' en la construcción de la infancia moderna".

¹³¹ Charles Taylor. *Imaginos sociales modernos* (Barcelona: Paidós, 2006).

conscientes. Éste nunca los determina. Así las cosas, no es posible rastrear caso por caso, milimétricamente qué hacen las individuos con las ideas, cómo las transforman, 2) al hablar de un imaginario se quiere indicar la existencia de un conjunto de ideas, prácticas y creencias inscritos en la mentalidad urbana, en este caso de los habitantes de la urbe capitalina, ideas que encauzaron su forma de relacionarse consigo mismos y con los otros y que abastecieron las diversas acciones respecto a los niños y niñas, y por supuesto en relación con los chinos de la calle, o posteriormente *gamines*.

Ahora, aquello que daba un rostro a aquel imaginario; un centro simbólico en lo referido a la infancia a inicios del siglo XX en Bogotá, tuvo algunos elementos cuya regularidad y consenso dan cuenta de unas ideas comunes, casi *innegociables* a través de las cuales eran leídos e intervenidos los pequeños. Muñoz y Pachón¹³² destacan la concepción, el nudo de ideas que caracterizaron la infancia a comienzos del siglo XX en Bogotá:

«Padres, maestros y sacerdotes aparecen como la trinidad educadora de la época y constituyen aquellos pilares en los que la sociedad depositó la responsabilidad de perfeccionar esos maleables e imperfectos, irreflexibles y frágiles y encauzarlos por el camino de la vida racional y cristiana. (...) El niño es ángel, o demonio, hijo de Dios o hijo del diablo, lleno de pasiones, lleno de virtudes. Soldado raso, combatiente el niño es una planta que hay que regar, una tierra que hay que arar. En los textos se encuentran también metáforas científicas: los niños son seres biológicos, entes psicológicos, seres sociales. A comienzos del siglo se empieza a ver la lucha entre las metáforas religiosas, morales, militares, campesinas y las metáforas científicas; la lucha entre la visión religiosa y militar de la niñez y las instituciones que lo protegían y la visión educativa, sanitaria, laboral y psicológica, de las nuevas instituciones»

El niño es niño en su vinculación a un padre —una familia—, un maestro —la escuela, la educación— y un sacerdote —la iglesia—; una “trinidad educadora”, el eje primario que alimentó la existencia de los pequeños. Todos ellos seres “imperfectos, irreflexibles y frágiles” a quienes había que encauzar en la vida “racional y cristiana”, un ser biológico y

¹³² Cecilia Muñoz y Ximena Pachón. *La niñez en el siglo XX. Comienzos de siglo* (Bogotá: Planeta, 1991), 374.

social ya articulado a la existencia de instituciones educativas, sanitarias, laborales y psicológicas que objetivaban, reproducían un nudo de ideas sobre infancia¹³³. Por supuesto, un nudo en el que la diferencia, aquello que no se correspondiera con este ideal, entraba en tensión, siendo leído también en clave negativa, pues, si un niño no es un “ángel”, un “hijo de Dios”, entonces es un “hijo del diablo”, lleno de pecado.

Niño era quien estaba en casa, con sus padres, su familia, quien asistía a la escuela y a la iglesia, de otra forma un “niño decente”, “puro”, alguien que como lo afirmaba un reconocido psiquiatra ya en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá “...permanece en el hogar, que es limpio y educado y no usa malas palabras, que respeta la propiedad ajena y se somete a sus padres”¹³⁴. En su apariencia demostraba limpieza, higiene, en su habla visibilizaba su inocencia, su gradual apropiación del léxico de los adultos, aquellos hombres de bien, decentes, a los que tomaba como modelo. Con base en la ley de 1920, de acuerdo a Álvarez¹³⁵, emerge un nuevo profesional del derecho: el juez de menores. Éste tenía que ser casado, padre de familia y de buena reputación, es decir, debía encarnar el deber ser social que se impulsaba.

A su vez, aparece el médico especializado en las enfermedades de los niños y con conocimientos especiales en lo que se denominaba <<psicopatía infantil>>. Como se consideraba que el menor era inocente, frágil por no tener conciencia de sus actos, se

¹³³ En esta investigación se coincide con Valeria Llobet cuando afirma que son las instituciones sociales, principalmente, quienes reproducen las ideas y prácticas que dan continuidad a un imaginario o idea, en este caso la idea de infancia. Escribe la autora: “En estas funciones, las instituciones son un espacio que es social, pero también singular; actúan como los puentes mediante los cuales las sociedades producen los individuos singulares que las mantendrán vivas como tales. O no. Parte de la oferta cultural de las instituciones para la infancia es una propuesta de modos de ser, es decir, es un espacio en el que se transmite lo esperable, lo normal, lo bueno, y sus contrapartidas, como estrategias morales de construcción del sí-mismo” p 3 y añade, “Las figuras de infancia imaginadas, creadas en las instituciones, se relacionan con el porvenir de los niños concretos, en tanto anticipan los tipos de recorridos posibles para un colectivo de sujetos a partir de las políticas que regulan y disponen de su cotidianidad. En segundo lugar, indican cuál es el lugar de acogida que se construye (metáfora para recuperar la relación entre distintos sujetos sociales, en la que a uno de ellos le compete el cuidado del otro), y cuáles las cláusulas para que ésta se efectivice. Finalmente, cómo se constituye al adulto en este mismo movimiento”. Ver: Valeria Llobet, *¿Fábricas de niños? Las instituciones en la era de los derechos*, (Buenos Aires: Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico, 2010), 4 - 5.

¹³⁴ Luis María Beltrán Cortes, *La metamorfosis del “Chino de la calle”. Observaciones sobre la evolución y psicopatología del niño vago bogotano. Temas Colombianos* (Bogotá: La hidra de Lerna, 1969), 1.

buscaban causas externas que explicarían este tipo de comportamientos. Estos médicos eran los que justificaban cierta manera jurídica de enfrentar el problema, y es que entre las causas de la delincuencia infantil o juvenil estaban las <<psicopatías>>, una especie de desviación psicológica producida por la influencia del entorno, el ambiente social. Los menores propensos al delito eran aquellos que se encontraban <<...en estado de abandono físico o moral, vagancia, prostitución o mendicidad. Los que sean hijos de persona o personas que estén en la cárcel o presidio por delito cometido y que carezcan de medios de educación o subsistencia>>¹³⁶

Efectivamente estas expresiones sociales, leyes, oficios y sujetos que los encarnaban, a la vez que instituciones, respondieron a un ideal de infancia en el que los “chinos de la calle” o como se mostrará más adelante, los *gamines* ocuparon el lugar de la diferencia. Éstos, como ocurrirá en la mayor parte del siglo XX, se comportaban como “adultos”, asistían a cantinas, casas de prostitución, al cine, más adelante a las plazas de toros y eventos públicos de orden político —manifestaciones, concentraciones políticas—, de entretenimiento —por ejemplo, la lucha libre, conciertos—, laboraban y devengaban dinero por diversos medios, por ejemplo, el mundo del delito. Ellos sabían tanto o más que los mismos adultos lo que sucedía en las calles, en la política y la vida social y sexual, de esta forma, respecto al clima social, político y moral, *brillaban*, la mayoría del tiempo, por su *anormalidad*.

En esta línea, lo más grave para la sociedad bogotana, delinquían, agredían al cuerpo social mediante robos y engaños. Hacia 1910 en Bogotá, “...en un 75% de los casos de raterismo intervenían menores, y de esos menores, la casi totalidad eran analfabetas”¹³⁷. Algunos años después la situación no era muy distinta, escribía el médico e higienista Jorge Bejarano a finales del veinte¹³⁸:

¹³⁵ Álvarez, “Los niños de la calle”.

¹³⁶ Ver: Eduardo Rodríguez, Código judicial colombiano y leyes que lo adicionan y reforman, (Bogotá: Imprenta de la luz, 9ª edición, 1928), 694. Ver: Álvarez, “Los niños de la calle”, 26.

¹³⁷ El Hogar Católico, serie 4. N 34 y 35 (Bogotá, diciembre 27 de 1910), 586, citado por: Álvarez, “Los niños de la calle”, 19.

¹³⁸ Jorge Bejarano, *La delincuencia infantil en Colombia y la profilaxis del crimen* (Bogotá, Colombia: Editorial Minerva. 1929), 23, citado por: Carlos Alberto Sanabria Méndez. *Control Social, Orden y Delincuencia Urbana: Bogotá 1920-1946*, (Tesis para optar al título de: Magister en Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 2011), 107.

Yo no sé cuándo nosotros nos daremos cabal cuenta de que la ola de la criminalidad crece día por día. La delincuencia infantil es cada día mayor. La estadística de Paiba lo dice con cifras elocuentes. Cuarenta y cinco y más niños llegan mensualmente allí. La reincidencia demuestra en grado sumo cuál ha sido el resultado de esa prisión que no educó sino que pervirtió. Niños hay que reinciden en la misma falta hasta veinte veces en el año, y esas tantas veces llegan allá condenados para volver a salir pronto o tarde de esa inútil prisión.

Quien haya visitado otros países, y especialmente las grandes ciudades de Europa, como de América, tiene que reconocer que ninguna otra nación ofrece menos garantías morales para el niño que Colombia. Desde la capital de la república, hasta el último villorrio, dos cosas se imponen a la vista del viajero y del observador: la cantidad de niños que pululan por las calles y el abandono físico que ellos exhiben. Bogotá especialmente es la ciudad que más impresiona por estas bandadas de niños que recorren calles y plazas el día como la noche. La calle y la plaza son para el niño un prolongamiento de su hogar. La calle es para nuestros niños el primer paso de su abandono. Si tienen un hogar que los asila, en la calle pasan la mayor parte del tiempo; si no hay ese hogar, la calle es entonces para el abandonado o huérfano el único refugio¹³⁹.

En la década del treinta las estadísticas referidas a la participación o criminalidad infantil crecían año a año, así en 1933 se registraron 1,400 delitos, en 1934, 1,944, al año siguiente, 3,252, y hacia 1936, 4,725¹⁴⁰. En los cuarenta las denuncias no mermaban, así en 1943 Miguel Fornaguera sostenía que tan solo dos años antes, 4,531 niños pasaron por el juzgado de menores, de los cuales 2,395 eran reincidentes; 895 niñas, de las cuales 226 reincidían en sus faltas. También notificaba a la comunidad que, según las estadísticas, eran 4,100 menores asilados permanentemente. Mientras que en otras ciudades por cada 10,000 habitantes un juez atendía 12 casos, en la urbe se atendían 136, así “si en el porcentaje se

¹³⁹ Jorge Bejarano, citado por: Sanabria, *Control Social, Orden y Delincuencia Urbana*, 106.

¹⁴⁰ José Antonio León Rey, *Revelaciones de un Juez. Delincuencia Infantil* (Bogotá: Editorial Centro. 1937), 181, citado por: Carlos Alberto Sanabria Méndez. *Control Social, Orden y Delincuencia Urbana: Bogotá 1920-1946*, (Tesis para optar al título de: Magister en Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 2011), 110.

hiciera entrar la cifra de los asilados y de los que andan irregularmente por las calles que no han pasado por los juzgados, alcanzaría los 300 por cada 10,000”¹⁴¹.

Pequeños también considerados víctimas ciertamente de la pobreza y por aquel tiempo de la defectuosa herencia genética¹⁴² y posteriormente social que sus padres o la comunidad en donde fueron socializados -según los intelectuales de la época- les transmitían. También del proceso modernizador que vivía el país resultado de un “nuevo” mundo donde la infancia terminaba sin protección ante las seductoras prácticas y escenarios venidos de lo más avanzado del mundo occidental¹⁴³.

En esta vía, es necesario destacar que en la década del treinta y cuarenta se fortalece en la mirada social la relación entre gamines y delincuencia. Relación en la que el imaginario hegemónico de infancia resultaba vulnerado y alterado debido a que, según se promovía a través de aquel imaginario, un niño no hacía lo que hacen los gamines, principalmente delinquir. Ahora, dicha vulneración traía consigo una actitud social negativa hacia éstos, pero positiva respecto al mismo imaginario, ya que éste se veía fortalecido en cuanto ideal y horizonte a seguir, en busca, entre otras, de terminar con los *gamines*. En las publicaciones se dejan ver las diferentes expresiones de la sociedad bogotana respecto a ellos y su relación con la delincuencia, y en esa medida la creciente actitud negativa de la sociedad en sí, aquella que, en la segunda mitad del siglo XX a la luz de esta investigación, tendrá un lugar central:

Gamines de menos de 10 años cometen habilísimos robos. La existencia de bandas de pequeños ladrones está preocupando a la policía. Muchos organizados en cuadrillas

¹⁴¹ Miguel Fornaguera, "El abandono infantil en Bogotá", *Matriz sociológica y estadística. Revista Javeriana* 20 (Marzo, 1943).

¹⁴² “Desde los análisis científicos, la etiología de la delincuencia infantil se articuló a la existencia de factores patológicos, hereditarios y funcionales –principalmente enfermedades adquiridas o heredadas; problemas endocrinológicos y efectos del alcoholismo en la descendencia–. Explicaciones que, de otro modo, reproducían la relación entre los factores sociales y el riesgo de los niños pues, para los médicos, pedagogos y juristas la pobreza era sinónimo de enfermedad y vicio”. Ver: Yeimy Cárdenas Palermo, "Chinos y gamines: imágenes de los habitantes pobres de Bogotá en la primera mitad del siglo XX", *Pro-Posições* 23, n° 1 (2012), 87.

¹⁴³ Según Jiménez Becerra: “La presencia de aquellos niños que hacían de la calle su espacio de lucha y supervivencia se constituyó en un problema que se confundió con las dinámicas de industrialización tardía y de la urbanización desordenada que se vivió en países como Colombia”. Ver: Jiménez, *Infancia*, 81.

de 8 a 10, con sus jefes actúan en determinado sector de la ciudad para no invadir lo que corresponde a otras cuadrillas¹⁴⁴.

Pandilla de muchachos roba 500 pesos. Fueron detenidos, pero al capturarlos sólo les encontraron \$270. Los responsables son cuatro jovencitos que acarrear equipajes en los ferrocarriles. Al ser capturado uno de ellos, negó el robo, pero indicó donde se encontraban los otros. Se trataba de “El Pecos”, equipajero uniformado¹⁴⁵.

Joven criminal comete un crimen al huir de la policía. Este peligroso criminal inició su vida delictiva a los once años. Se llama Luis Guevará y lo llaman “Calimex”. Fue habilísimo destructor de vitrinas y capitaneó bandas de pequeños rateros. Purgó en la cárcel para niños de Paiba, varias penas y de allí pasó al penal de las Acacias de donde se fugó dando muerte a un campesino. Fue nuevamente enviado a Colonias Penales. Tiene diecinueve años y se ha enfrentado varias veces a sus compañeros del hampa y a la policía¹⁴⁶.

Nueva banda de niños ladrones es descubierta. Tenían su guarida en una casa en ruinas, donde guardaban un verdadero almacén de cosas robadas. Allí fueron capturados El Tejo, Carioco, Pulgón y Trapiche, y llevados al Juzgado de Menores¹⁴⁷.

Ochenta niños vagos apresados en gran batida policial. Vagaban por las calles céntricas de la ciudad a altas horas de la noche, cuando la policía les tendió una redada. Fueron conducidos al Permanente de la Policía y puestos en libertad sólo los que lograron identificarse. Los restantes fueron enviados a los calabozos para ser puestos a órdenes del juez de menores¹⁴⁸.

Chiquillo mudo era director de atracadores. La banda se especializaba en el robo de relojes y otros objetos de mano a los niños, cuando salían de los colegios¹⁴⁹.

Cuarenta y cinco gamines asaltan un almacén. Obrando en perfecta inteligencia, una mujer adulta y su hijo se dejaron sorprender hurtando, a fin de distraer la atención de

¹⁴⁴ El Tiempo. 29 de diciembre de 1932, citado por: Gutiérrez. *Gamín*, 267.

¹⁴⁵ El Tiempo. 3 de mayo de 1938, citado por: Gutiérrez. *Gamín*, 268.

¹⁴⁶ El Espectador, 20, septiembre, 1937, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 268.

¹⁴⁷ El Tiempo, 4, junio, 1936, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 268.

¹⁴⁸ El Tiempo, 22, enero, 1936, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 270.

los vigilantes. Mientras éstos los llevaban a la policía, una turba de gamines se dedicaba a desocupar el establecimiento. Luego se desbandaron siendo capturados unos pocos¹⁵⁰.

Como un gánster, chiquillo de 11 años atracó a una señora. La puso manos arriba con una pistola de juguete y le arrebató la cartera, emprendiendo la huída¹⁵¹.

Gamines se suben a la estatua de una heroína durante acto público. Se trataba de un homenaje a la heroína de la Independencia Colombiana. Mientras la “Reina de Colombia” leía el discurso, los gamines trepaban por la estatua¹⁵².

Se extiende el problema de los gamines. Con pedazos de tejas, madera y latas construyen sus viviendas. Hay quejas de los vecinos de los barrios de Santa Teresita y La Soledad, hasta ahora libres de esta calamidad¹⁵³.

1.4) Momentos e ideas de modernidad, higiene, estética y política en la Bogotá del siglo XX

Los chinos de la calle, posteriormente los *gamines* en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, dieron lugar a una cultura “propia”, una forma de vivir y pensar en medio de la cual un ideal de vida más o menos se dibujaba. Ahora, dicha cultura todo el tiempo estuvo en relación con un imaginario social a través del cual la urbe capitalina iba tomando forma desde los inicios de la república en los albores del siglo XIX; un conjunto de ideas, prácticas y creencias que abastecían a los habitantes urbanos dotándolos de un *habitus*¹⁵⁴,

¹⁴⁹ El Tiempo, 5, septiembre, 1943, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 270.

¹⁵⁰ El Tiempo, 5, enero, 1940, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 271.

¹⁵¹ El Tiempo, 12, octubre, 1940, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 271.

¹⁵² El Espectador, 8, diciembre, 1962, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 272.

¹⁵³ El Espectador, 8, diciembre, 1962, citado por: Gutiérrez, *Gamín*, 272.

¹⁵⁴ “(...) sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente reguladas y regulares sin ser el producto de reglas, y a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta”. Bourdieu. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007. P 86. Para

una forma de ser que los unificaba y diferenciaba. Una suerte de cuerpo que, metafóricamente, distinguía a la sociedad de otras sociedades y otros modos de vida al interior de la urbe y fuera de ella. En palabras de Michel de Certeau, cada sociedad tiene su cuerpo¹⁵⁵. El concepto de cuerpo, en detalle cuerpo social, responde a las prácticas e ideas que alimentadas por un imaginario social devenían en la cotidianidad de los habitantes urbanos y en sus expectativas y metas respecto al presente y el futuro.

En esta investigación a ese conjunto individuos, de ideas, prácticas, e instituciones —la cultura, la sociedad— y fines de sostenibilidad que cohesionaron a una población, en este caso, una parte de los habitantes de Bogotá de 1950 a 1985, se le nombra y entiende como **cuerpo social**. Se trató de aquel cuerpo o sociedad representado por una élite social y el Estado¹⁵⁶: una sociedad que lideró y encaminó la modernización e higienización del país, esto mediante instituciones y planes educativos, políticos, culturales. A este cuerpo se le considera parte de una historia social, política y cultural particular en donde la existencia de los chinos o *gamines* tiene un lugar destacado.

Miles y miles de individuos en la Bogotá de inicios de siglo XX y por supuesto posteriormente, se veían día a día integrados, condicionados y cohesionados en un imaginario social o, para Baeza, un *paradigma imaginario de modernidad*¹⁵⁷. Éste respondía ciertamente a un momento local, donde una forma de vida alimentada por una

Henríquez, en su lectura de Bourdieu; “Habitus es, entonces, el modo en que las personas operan en el mundo: representacional, emocional y corporalmente. Esta disposición se inscribe en el cuerpo y en la psique de los individuos, lo que les quita esa misma condición de individuos, transformándolos en agentes que tienen y “arrastran” sus modos de representación a los campos en que se desenvuelven”. Ver: Andrés Aedo Henríquez, “El habitus y la movilidad social: de la modificación del sistema de disposiciones a la transformación de la estructura de clases”, *Revista de Sociología*, n° 29 (2014): 59.

¹⁵⁵ Georges Vigarello, *Histoires des corps: entretien avec Michel de Certeau*. Esprit 1982, Trad. Alejandro Pescador, *Historia y Gráfica 2* (Julio-Diciembre de 1997): 179-90, http://colgados2.rssing.com/chan-13965994/all_p5.html

¹⁵⁶ El Estado, siguiendo a Gramsci, se entiende como “el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra obtener el consenso activo de los gobernados”. Ver: Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (Madrid: Ediciones Nueva Visión, 1980), 95-96.

¹⁵⁷ “Cada gran época histórica supone sus propios “paradigmas imaginarios”, a partir de los cuales los contemporáneos deambulan sin horizontes precisos. Es así como la Modernidad occidental, por su parte, origina un imaginario social distinto, en el sentido de la autonomía y el alejamiento del ser humano con respecto a Dios”. Ver: Manuel Antonio Baeza, *Los caminos invisibles de la realidad*

visión de mundo se fue constituyendo y erigiendo como horizonte de vida, teniendo como filtro unos esquemas o ideas que alimentaban y orientaban a los individuos que integraron aquella sociedad capitalina e incluso nacional¹⁵⁸. Estos esquemas de interpretación, estas expresiones sociales se abastecieron principalmente, entre otras, de un imaginario de civilización, modernización e higiene cuyas raíces se encuentran en el viejo continente, Europa, y para el caso que nos corresponde en la historia nacional en la segunda mitad del siglo XX, Estados Unidos.

Como es sabido, en el mundo a partir del siglo XVI sobre todo en Europa, un conjunto de ideas contenidas en lo que a grandes rasgos se nombró como modernidad y civilización se fue imponiendo, en ellas tenía lugar una renovación de las formas de vida y pensamiento, ahora, guiadas por la razón —el racionalismo científico—, un estado secular, una educación moderna, la higiene y un modelo económico distinto. Se dejaba atrás un tiempo de oscurantismo guiado por una razón religiosa —judeo-cristiana—, los estados monárquicos y la idea de un Dios trascendente. El hombre a partir de este momento era el centro del universo a la vez que un objeto de estudio, y la naturaleza algo por estudiar y dominar. El continente europeo sería el mejor expositor de esta nueva imaginaria social que gradualmente y gracias a los procesos de colonización fue expandiéndose por gran parte de la tierra.

social. Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales, (Chile, RIL Editores, 2000), 15.

¹⁵⁸ Variedad de investigaciones dan cuenta de este cuerpo, o de otra forma aquello que está debajo de esta u otra palabra —historia social del estado colombiano, Colombia en la historia, entre otras—, al final un horizonte de nación, de modernización e higienización en el seno de una historia política, social y económica. Se trata específicamente de la historia *hegemónica* del país, aquella conocida como historia general u oficial, allí la historia del estado, de sus elites y acontecimientos históricos. Elementos que han hecho parte del devenir de la nación y que normalmente los historiadores e investigadores retoman como punto de partida para escenificar un aspecto particular o incluso, ahondar en uno de esos aspectos, por ejemplo, la historia de las elites o de los procesos de higienización y modernización. Al respecto se puede consultar: Luis Enrique Rodríguez Baquero, Ricardo Arias, Carlos Uribe, Ana Luz Rodríguez, et al., *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber* (Bogotá: Editorial Taurus 1ª edición, 2006). También ver: Germán Mejía Pavony y Michael J. Larosa, *Historia concisa de Colombia 1810-2013* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014). Ver: Jesús Bejarano, *Ensayos de interpretación de la economía colombiana* (Bogotá: La Carreta. 1978). Y ver: Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003).

Sin embargo, es necesario destacar que dicho proceso no fue homogéneo y que por lo tanto no puede hablarse de una “modernidad universal”, al contrario, las sociedades se han modernizado siguiendo una ruta específica a través de la cual han definido las dimensiones de funcionabilidad e institucionalización. Cada país, como sostiene Eisenstadt¹⁵⁹, incluso Colombia, y allí Bogotá, desarrolló una manera de modernizarse “única”, al final “híbrida”, nunca estática y siempre cambiante, supeditada a una historia nacional y a las tradiciones e ideas propias de cada grupo humano.

En el país teniendo como eje la capital, Bogotá, es viable sostener de forma general la idea de que la “modernidad europea” fue apropiada en un contexto desigual, rearticulada en la dinámica local de producción cultural, económica y política, así como en las relaciones de clase, género y etnia. Se trató de un proceso de modernización con rasgos particulares, pues “...se produce una modernización de la sociedad y sus intereses que no es acompañada por una modernización equivalente en sus estructuras políticas (...) la sociedad se moderniza y el Estado mantiene sus rasgos oligárquicos”¹⁶⁰. Una modernidad “híbrida”¹⁶¹, donde se mezclaron las relaciones y estilos de vida modernos, con las relaciones o estilos de vida tradicionales¹⁶². Dicha apropiación se efectuó en medio de tensiones, resistencias y forcejeos. En todo caso, respecto al caso nacional y en gran parte global al decir del pensador e historiador colombiano Jorge Orlando Melo¹⁶³, se trató de tres procesos inherentes a la modernidad y estructuralmente a la modernización. En primer lugar, la revolución económica:

(...) que generó por primera vez un sistema productivo en continuo crecimiento, capaz de sostener un aumento permanente y no cíclico de la población. A este primer proceso corresponde el (...) establecimiento del capitalismo, la vinculación estrecha entre el desarrollo tecnológico y el proceso económico, la creación de la industria

¹⁵⁹ Shmuel Eisenstadt, "Modernidades Múltiples", *Sociología - problemas e prácticas*, n°35 (2001).

¹⁶⁰ Fernán González, Fabio Zambrano Pantoja, Alejo Vargas, Magda Quintero et al., *Violencia en la región Andina. El caso de Colombia* (Bogotá: CINEP, APEP, 1994), 26.

¹⁶¹ Gonzales, Zambrano, et al., *Violencia en la región Andina*, 26.

¹⁶² Respecto al cruce entre lo tradicional y moderno en Colombia, se puede consultar el trabajo de Elsa Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginación* (Medellín: Cinep, 1999).

febril, la creciente utilización tecnológica de los conocimientos científicos y el surgimiento de una economía basada en el mercado del trabajo asalariado y en la propiedad privada de la tierra y de los recursos productivos.

En segundo lugar, una revolución política, (...) que configuró los estados nacionales modernos, con un Estado con pretensiones de soberanía, vinculado a una ciudadanía abstracta como fundamento de esa soberanía, que condujo a la emergencia y formulación de una teoría política democrática. Finalmente, una revolución cultural de gran importancia.

Para Melo entre el siglo XVI y el XX se efectuó un desplazamiento de las formas de comunicación social: “El papel de la Iglesia y de la familia en la transmisión de la tradición cedió ante la importancia creciente del sistema escolar formal, y en la medida en que se expandió la alfabetización, ante el surgimiento de una industria cultural (...)”. Cada país gradualmente asistió a la implantación de un sistema editorial de libros, al auge de la cultura escrita¹⁶⁴ y entre los siglos XIX y XX, la aparición de medios masivos de comunicación, por ejemplo, la radio¹⁶⁵, la televisión¹⁶⁶ y finalmente el internet. El papel de estos últimos en Colombia y Latinoamérica ocupa un lugar destacado, pues son ellos los que al decir del historiador colombiano Benavides Campos en su investigación doctoral¹⁶⁷, fortalecieron y dieron lugar a una real unificación respecto a una cultura unitaria y la idea

¹⁶³ Jorge Melo, “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’, in *El despertar de la modernidad*, comps. Fernando Viviescas y Fabio Giraldo Isaza (Bogotá, Foro Nacional por Colombia, 1991).

¹⁶⁴ Melo, “Algunas consideraciones globales”, 227-228.

¹⁶⁵ En 1923 fue Introducida en el país por iniciativa de los radioaficionados. En ese año se trajeron los primeros receptores-transmisores de baja potencia. Sin embargo, para poder funcionar, algunos años antes, exactamente en 1915, fue necesario el desarrollo de una infraestructura de comunicación inalámbrica, la cual se inició en 1915 con los servicios de radiotelegrafía de la empresa Marconi Wireless Co., considerada como el monopolio mundial de la radio por aquellos tiempos. Ver: Luis Fernando Múnera G., *La radio y la televisión en Colombia* (Santafé de Bogotá: APRA Ediciones, 1992).

¹⁶⁶ Inaugurada en 1954 en el tiempo de gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. Para la instalación de la estructura necesaria se contó con la ayuda de técnicos extranjeros, entre ellos cubanos. Los equipos fueron traídos desde Alemania y los Estados Unidos. Inicialmente era una televisión pública, orientada hacia contenidos educativos y culturales, pero pronto al estilo de los Estados Unidos, se dio licitación a empresas privadas para que se encargan de la programación. Ver: Múnera, *La radio y la televisión en Colombia*.

de estado nación: un cuerpo social. Para él siguiendo también al reconocido investigador Jesús Martín Barbero

...las sociedades latinoamericanas se han incorporado al proceso modernizador desde principios del siglo XX (...) la aparición de los denominados medios de comunicación electrónicos, tuvo un papel importante en la tarea de consolidar la idea de una cultura unitaria en torno a un Estado nacional. Este proceso implicaba la renuncia a lo que se ha denominado como las “tradiciones” y su superación a un estadio superior llamado de progreso, el cual debía hacerse extensivo a todos los ámbitos de la vida social. (...) las sociedades latinoamericanas no vivieron procesos como la Reforma Protestante o el Renacimiento, que generaron una dinámica al interior de las sociedades europeas en el proceso a transformarse en modernas; de tal forma que, por ejemplo, procesos de constitución de los Estados nacionales no pueden ser vistos desde la misma óptica que para Europa, o para contemporaneizar más, con los procesos de liberación anticolonial habidos en Asia y en África, con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Mundial. En este escenario, los procesos de modernización social, propios de un proyecto de sociedad moderna europea, ensamblaron temporalidades distintas, asumiendo que esa nueva matriz cultural provocaría la emergencia de lo nuevo (nacional) y la sustitución de una diversidad sin sentido de unidad, con la premisa de un tiempo definido desde la idea del progreso (como tiempo lineal).

Todo esto hizo parte de lo que autores como Zambrano, Cano y Rojas¹⁶⁸ en su investigación en torno a la limpieza social —asesinato de población en situación de calle en los ochenta— en Colombia, nombraron como un “imaginario de civilización, modernización e higiene”, que gradualmente fue haciéndose parte de la forma en que los individuos, sobre todo en Bogotá —para los investigadores, también en Medellín—, vieron y actuaron en el mundo.

¹⁶⁷ Julio Benavides Campos, “Historia de la televisión en Colombia y su función pública (1953-1958)” (Tesis para optar al título de Doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2012), 1-2.

¹⁶⁸ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

En este imaginario social, alimentándose de él, los individuos integrantes de ese espacio social y urbano, interactuaban y recreaban su mundo: la Bogotá de inicios de siglo que devenía día a día. Ya desde las primeras décadas del siglo XX como lo visibiliza la ley 98 de 1920 citada anteriormente, había que proteger a los niños y niñas del teatro, el cinematógrafo, el concierto, los bailes, al final actividades demasiado *excitantes* para la ingenuidad infantil, también se les vedó —como lo ordenó dicha ley— la entrada a cantinas, casas de prostitución, y en detalle, a sitios de adultos, al fin y al cabo <<La naturaleza virgen de los niños no necesita de esos artificios excitantes para estimular su natural alegría. Antes bien tales irritaciones no pueden menos de conducir a su agotamiento psíquico y a su ruina moral>>¹⁶⁹.

En un momento social, cultural y educativo donde a los niños y niñas, sobre todo en el seno de las élites sociales, se les imaginaba como integrantes de una familia, un hogar, una escuela, y gracias a los discursos religiosos, un alma inocente, pura y frágil¹⁷⁰. En esa época para Kipper la niñez urbana, especialmente en Bogotá, podía ser de dos tipos:

...de un lado estaban los hijos o hijas de los cachacos bogotanos, <<vestidos con trajes planchados, zapatos a la última moda de la Quinta Avenida, tienen <<nurses>> y pasean las calles con un perrito cuidadosamente bañado y afeitado>>; de otro lado, estaban los habitantes de las calles <<descalzos y harapientos, casi nunca se bañan y no solo no tienen juguetes sino que tampoco tienen casas>>¹⁷¹

En aquellos años existía una diferencia entre la infancia urbana y aquella rural, esa que llegaba de los campos o a simple vista no entraba en el canon de la infancia urbana idealizada, aquella sin padres, abandonada “física y moralmente”, “explotada” y expuesta a los “malos ejemplos”, sin interés por la escuela, y habitante de las calles. Aquella diferencia se alimentaba de un imaginario de infancia que día a día ganaba terreno en la mentalidad social, pues como sostiene Cárdenas citando a Bejarano (1937- 1938)¹⁷²:

¹⁶⁹ El Hogar Católico, Serie 6. N 52, Bogotá, (agosto 15 de 1912), 508, citado por: Álvarez, *Los niños de la calle*, 14.

¹⁷⁰ Álvarez, *Los niños de la calle*.

¹⁷¹ Ana Kipper, *Pausa exótica; impresiones de guerra y de destierro*, (Bogotá: Editorial Minerva Ltda, 1943).

¹⁷² Cárdenas, “Chinos y gamines”, 87.

...se afianzaba la idea de que la decadencia de los menores estaba “constituida por la decadencia familiar” que se resumía en “el abandono moral y físico; el desinterés total por la instrucción y el aprendizaje; la explotación precoz del niño empleado en trabajos que no necesitan de formación profesional; la promiscuidad y los malos ejemplos”. Cuestiones que ponían en escena a un niño “huérfano cuyos padres están vivos”, haciendo alusión a sujetos que permanecían en la calle teniendo un hogar que los asilara; o también, indicando la presencia de un niño abandonado o huérfano cuyo único refugio era la calle o la plaza.

Niño, familia y escuela como se sostuvo antes constituían la triada eje del imaginario social. Una falla en ella desembocaba en un abandono “moral” y “físico”, un distanciamiento respecto a la educación y la cercanía a “malos ejemplos”, en últimas la delincuencia, pues como sostiene la autora citada, “los discursos acerca de la infancia fueron contundentes en el afianzamiento de la idea de que cualquier niño que no fuera objeto de consideraciones especiales por parte de sus padres en las clases bajas, era un sujeto enfilado para la delincuencia, si no es que ya era un delincuente infantil”¹⁷³.

Efectivamente en las pequeñas ciudades existían dos tipos de infancia, una inscrita en el naciente imaginario de infancia, vinculada a la institución familiar, a la escuela o un modo de educación privado, seguramente de élites, y por supuesto, inocente, frágil y pura en los terrenos religiosos, otra, los “habitantes de las calles”, un menor “anormal”, un delincuente urbano al que cada vez más, había y se prestó atención teniendo como lente diferentes saberes de la mano de las instituciones jurídicas y médicas principalmente, así, “El nacimiento de la infancia urbana tiene que ver con la aparición de un nuevo modo de ser niño, en este caso el menor delincuente, un personaje típico de las nacientes ciudades... él se convertirá desde la perspectiva del derecho, en objeto de atención, de preocupación y control”¹⁷⁴.

Los pequeños que andaban por las calles y los espacios públicos, considerados habitantes de las calles o delincuentes urbanos, aquellos que se encontraban en la *otra orilla del deber*

¹⁷³ Cárdenas, Chinos y gamines, 86.

*ser*¹⁷⁵, esos sin casa ni juguetes, irrumpían con enorme fuerza, generando tensiones y rupturas en el plano de los encuentros sociales y en general de la cotidianidad urbana.

En las primeras décadas del siglo XX existían variedad de instituciones cuya responsabilidad era la población en situación de calle, en detalle los menores, así además de los hospicios, existía en el caso de Bogotá la Granja infantil, El Cucharo —una hacienda de 3.000 hectáreas localizada en Facatativá—, también el Amparo de Niños, fundado por la primera dama de la república hacía 1939, la esposa del entonces presidente Alfonso López Pumarejo, una institución capaz de atender a 600 niños. Esta institución funcionaba en una vieja casa derruida, sin embargo, como sostiene Álvarez¹⁷⁶ en 1945, con la nueva perspectiva social que adquiere el cuidado de los niños “desamparados” en el seno de un horizonte social impulsado por el Estado, se construye un edificio en la calle 13. A su vez se encontraban las Granjas del Padre Luna, fundadas en varios municipios cercanos a la capital. Ellas tenían el propósito de “resguardar, reformar y educar a la infancia”. De manera similar a la colonia agrícola El Cucharo, estas granjas buscaban ofrecerles a los niños una alternativa diferente a la ciudad, la cual era vista como nociva para ellos, seres puros e indefensos.

Así con el paso de los años como sostiene el autor citado, un conjunto de instituciones nuevas de carácter médico, articuladas a saberes modernos —con el tiempo sociales¹⁷⁷— que se iban imponiendo, fueron surgiendo y con ellas los profesionales que las atenderían. Algunas de las más representativas eran la Junta General de Beneficencia que funcionaba desde comienzos de siglo y administraba el Hospicio de Sibaté, la Escuela de Oficios Domésticos, el Asilo de San José para niños desamparados, el Hospicio de Bogotá y la Sección de Oriente, como una extensión de este último. En 1937 estaban siendo atendidos por estas instituciones 1,889 niños. Otra institución importante que da cuenta de la forma como la infancia se fue convirtiendo en objeto de atención del estado en medio de las nuevas políticas sociales de carácter moderno fue el Instituto Nacional de Puericultura.

¹⁷⁴ Álvarez Gallego, "Los niños de la calle. Bogotá 1900-1950". Historia De La Educación En Bogotá. (Colombia ed: Idep Alcaldía Mayor De Bogotá, 2002, v.2), 25.

¹⁷⁵ Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

¹⁷⁶ Álvarez, “Los niños de la calle”.

Creado a través del decreto presidencial Número 2378 de julio 18 de 1947, el mismo tenía por objeto la especialización y adiestramiento de personal que trabajara en higiene materno infantil. Se contrataron médicos especializados en pediatría y puericultura y enfermeras graduadas de alta calificación¹⁷⁸.

Todo esto en un momento —al menos las dos o tres primeras décadas del siglo XX— donde Bogotá aún no se constituía en una gran urbe, ésta de cierta forma continuaba siendo un “pueblo” grande¹⁷⁹, poco urbanizado e inscrito en el modelo de desarrollo y urbanización occidental que, por aquellos años, ciudades del mundo europeo lideraban y algunas del continente americano seguían de cerca, por ejemplo, la Ciudad de México¹⁸⁰.

Aspecto que gradualmente mutaría en gran medida debido a eventos políticos y sociales que redireccionarían la vida del país y la urbe objeto de estudio. Por ejemplo, en abril de 1948, “El Bogotazo” —que se abordará más adelante— o algunos años antes, el momento e intención modernizadora impulsada desde 1930 por Alfonso López Pumarejo¹⁸¹.

Eventos políticos y sociales de este tipo provocaron que esta gran loza de cemento, Bogotá, en respuesta a reformas liberales formuladas a partir de 1936 y los daños del 48 detonados por el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, reorientara el horizonte político y de gobierno de las masas, induciendo una *gradual* modernización del Estado y sus proyectos sociales a la vez que un giro en la mentalidad de los colombianos, sobre todo de los

¹⁷⁷ Sáenz Obregón, Armando y otros. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Vol. 2. (Medellín: Colciencias / Ediciones Foro Nacional por Colombia / Ediciones Uniandes / Editorial Universidad de Antioquia, 1997), 24.

¹⁷⁸ Álvarez, “Los niños de la calle”.

¹⁷⁹ Noguera, Álvarez y Castro, *La ciudad como espacio educativo*.

¹⁸⁰ “El proceso de urbanización del México moderno se divide por lo menos en dos grandes etapas. La primera cubre el periodo de 1900 a 1940 que puede considerarse de lenta urbanización, y el segundo de 1940-1950 en que el proceso se acelera a sus más altos niveles...” Ver: Jorge Montaña, *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos* (México, Siglo XXI Editores), 14.

¹⁸¹ “La crisis mundial operada en 1930, sirvió en Colombia de coyuntura favorable para que se acelerara el proceso de industrialización. Con el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo, el sector de la industria liviana adquirió (el) particular desarrollo que requería modificaciones en la estructura agraria. Sobrevino una fase caracterizada por el reformismo que tuvo como mira modernizar algunos sectores del campo y adecuar las instituciones jurídicas y administrativas del país al ensanchamiento industrial. La exigencia de mano de obra por la naciente industria, fue el canto de sirena para que muchos campesinos abandonaran sus pequeñas parcelas y sus trabajos de jornaleros y se trasladarán a los centros fabriles”. Ver: Cecilia Aldana Bula, *La gamineria* (Tesis de grado para optar al título de abogado. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1979), 20-21.

pobladores urbanos, esto gracias a programas educativos y de higiene social o posterior a los años cincuenta salubridad pública. También al crecimiento de la industria de las comunicaciones. Todo esto en la segunda mitad del siglo mostraría sus efectos notablemente.

1.5) Higiene social y estética

La higiene o salubridad pública a partir de los cincuenta iba de la mano con la estética. Estar bien vestido de acuerdo a los ideales estéticos que se iban imponiendo, era también estar limpio, pues las prendas de vestir en su apariencia externa, en su disposición, dejaban ver la “armonía del alma”¹⁸², pero no solo eso, en el caso particular de la ciudad estudiada, desde principios de siglo XX las prendas de vestir cumplieron un papel específico: la diferenciación social.

Según la apariencia en la Bogotá de inicios de siglo los habitantes urbanos y especialmente las élites sociales, se distinguían unos de otros. En el caso de las elites éstas daban cuenta de quién hacía parte del “nosotros” y sobre todo quién no, organizando de esta forma el devenir social, ubicando por un lado lo propio y por otro lo ajeno. La vista al decir de Le Breton es un “pensamiento sobre el mundo”¹⁸³ y es que el hombre por antonomasia es un “ordenador visual”¹⁸⁴, alguien que pone en lo que ve, lo que él es. Dice el autor citado: “Visualmente, toda percepción es una moral, o en términos más cercanos una visión de mundo. El paisaje está en el hombre antes de que el hombre esté en él, pues el paisaje tiene sentido solo a través de lo que el hombre ve en él”¹⁸⁵, así los integrantes de aquella élite social organizaban el mundo, lo controlaban y sobre todo se proyectaban en él, eran él.

La estética desde finales de siglo XIX estaba articulada a la urbanidad, esto es, al paradigma de hábitos y comportamientos sociales que la sociedad estableció a través de los manuales de urbanidad como elemento indispensable en la interacción social, entre ellos destaca el *Manual de Urbanidad de Carreño*¹⁸⁶. Esto según Zambrano Pantoja en su

¹⁸² Fabio Zambrano Pantoja, *Historia de Bogotá, Siglo XX* (Bogotá: Villegas Editores, 2007), 247.

¹⁸³ David Le Breton, *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos* (Argentina: Nueva Visión, 2007), 69.

¹⁸⁴ Le Breton, *El sabor del mundo*, 55.

¹⁸⁵ Le Breton, *El sabor del mundo*, 69.

¹⁸⁶ *El Manual de Urbanidad y Buenas Maneras* de Antonio Carreño, publicado en 1854, para la primera mitad del siglo XX en Bogotá, representaba uno de los ejes en la formación cívica y

Historia de Bogotá, se debe a una particularidad histórica. En la urbe capitalina de finales del siglo XIX e inicios del XX, los pobres y ricos viven casi en el mismo lugar, en el mismo espacio urbano, en un momento donde la ciudad atravesaba la peor crisis higiénica de su historia, esto sumado a la densificación de la urbe y el empobrecimiento económico de la misma obligaba a ricos y pobres a vivir en el mismo espacio urbano, compartiendo incluso las casas. Las elites sociales acudieron a una forma de diferenciación que pasaba por lo que se ve y escucha¹⁸⁷. De esta forma el vestir y hablar¹⁸⁸ respondía a una demanda de clase, de estatus.

Las prendas de vestir se constituyeron en un aspecto fundamental en la jerarquización social, se trataba de “verdaderos símbolos culturales” a partir de los cuales, bajo una especie de uniforme social, era posible saber la clase social o el lugar de pertenencia respecto a un “nosotros” hegemónico. En las primeras décadas del siglo XX, en detalle en los veinte y treinta, la capital de Colombia y allí sus élites sociales asumieron la tarea de construcción, al decir de Zambrano Pantoja, de un “cuerpo republicano”¹⁸⁹, escenario corporal a través del cual el ideal moderno, civilizado e higiénico se visibilizaba.

estética que lideraban las elites sociales y que cada vez con mayor fuerza, era interiorizada en gran parte de la población urbana. “En el horizonte de formación proyectado sobre la infancia mediante la educación escolar y familiar, el manual, junto con innumerables estrategias políticas, posibilitó un ideal del hombre, de ciudad y de vida “moderno”. Ver: Ivannsan Zambrano y Rita Di Cassio Marchi, “Narrativas sobre el gamín en Colombia: nuestra novela del desprecio”, *Uni-pluri/versidad* 14, n° 3, (2014): 64. El mismo, continuó en la segunda mitad del siglo XX siendo el eje o uno de los centros de referencia de la formación cívica y estética que emanaba y se renovaba día a día en el seno de un imaginario de modernización, civilización e higienización social. Como sostiene Gutiérrez (2003:10-11) en una publicación que retoma varios aspectos de sus publicaciones de los años setenta, este manual “...fue el libro más difundido en Colombia”. Para Gutiérrez “...las enseñanzas del Autorizado Manual de Carreño, que todos conocían...” eran pasadas por alto ciertamente por los gamines, pero también por los “ciudadanos”, sin embargo los mayores infractores eran los primeros, al fin y al cabo, “...mendigos, leprosos, dementes, paralíticos, indígenas y campesinos, vagabundos o lo contrario”. Gutiérrez, *El camino de las muchas vueltas*. (Bogotá: Spiridon, 2003). Así, todo lo otro era señalado como opuesto, incluso paralíticos, campesinos e indígenas.

¹⁸⁷ “En esta situación urbana, donde los pocos símbolos de jerarquización social del espacio urbano se habían perdido, la elite recurre al buen hablar, los buenos modales y el manejo de un protocolo social, como fronteras entre lo que ellos consideran civilización —su cultura— y barbarie — la del pueblo bajo y los provincianos”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 53.

¹⁸⁸ Desde finales del siglo XIX el buen hablar se asume como condición para aquellos bogotanos que aspiraban a ser considerados como “gente culta y bien nacida”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 51.

¹⁸⁹ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 247.

De esta forma, en los primeros años del siglo XX las mujeres de clase alta debían utilizar medias de seda, calzado de charol, encaje, pelo largo, trajes al tobillo y falda con miriñaque. Los muchachos pantalón corto desde la infancia hasta la adolescencia. Los hombres traje de paño, levita y cubilete. Entre los pobres, las mujeres llevaban pañolón y sombrero, los hombres ruana y sombrero, y todas usaban alpargatas, al menos los domingos¹⁹⁰. En esta ruta se formularon y ejecutaron diversas campañas sociales y educativas, en las que el objetivo principal tenía que ver con la transformación del vestido, haciendo un llamado a una forma de vestir decorosa, acorde a los nuevos valores estéticos inspirados en la moda llegada de los Estados Unidos, a su vez y articulado a un eje moral y comportamental¹⁹¹, en lo referido al cuerpo se indicaba que éste debía estar cubierto, incluso en la intimidad, jamás desnudos¹⁹², en todo caso, como sostiene Zambrano Pantoja en su *Historia de Bogotá* en la década de los veinte y treinta

...el vestido debe simbolizar la clase social a la que se pertenece, al punto que es una obligación vestirse según la posición social. El uso del vestido debe hacerse según la ocasión específica, pues los vestidos están diseñados para su uso en la calle: asistir a una ceremonia, viajar al campo, practicar un deporte, asistir al templo. Además, el vestido no es solo un símbolo de distinción social, sino que también expresa las condiciones morales de quien lo porta, como lo recuerda Soledad Acosta, quien enseña que el vestido es “el espejo de los

¹⁹⁰ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 56.

¹⁹¹ “En público, el cuerpo vestido, debe denotar en su comportamiento valores morales, estando dispuesto en el encuentro con otra persona, a expresar una conducta que permita la convivencia social por encima de cualquier pensamiento y conveniencia personal. Todos los sentimientos y las emociones deben reprimirse en favor del buen gusto. Nos encontramos así frente a la construcción del hombre público en un escenario: el espacio público, constreñido según las normas de civilización, frente a la barbarie, que es como la expresión de los sentimientos en público”. y es que “El comportamiento de la mujer en la calle debe ser de recato y no debe mirar a los hombres; los niños no deben jugar en la calle; los jóvenes no deben observar a las mujeres. De esta manera, el espacio público se convierte en un escenario donde la urbanidad es exhibida y donde se prueba que se poseen las cualidades sociales suficientes como para ser considerado ciudadano, y por lo tanto la calle no puede ser utilizada como un espacio para la interacción social”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 247-248.

¹⁹² Zambrano, *Historia de Bogotá*, 247.

sentimientos nobles de la mujer; la exageración es prueba de que las facultades del alma están en desarmonía”¹⁹³.

Como se evidenciará más adelante, el vestido, la forma de vestir, de otra forma la apariencia en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, continuará operando en la mentalidad urbana no solo de las elites, también de gran parte de la población capitalina. En Bogotá la apariencia jugó un papel esencial, pues a través de ella, teniéndola como referente, los habitantes urbanos se diferenciaban y tomaban posición respecto al otro. Evidentemente y cada vez con más fuerza, los *gamines* dada su apariencia sucia y desordenada definitivamente no entraban en el lugar del nosotros hegemónico, y peor aún, terminaban siendo un ejemplo a partir del cual el cuerpo social se fortalecía a sí mismo, pues los tomaba como referencia a la hora de anunciar lo que no se debía ser, lo opuesto a lo deseado.

Respecto a la higiene social vale destacar algunos aspectos, pues ella irá de la mano con el imaginario de modernidad y civilización que orientó a las élites y a los habitantes capitalinos que día a día aumentaban en número. Para Zambrano, Rojas y Cano¹⁹⁴, en lo correspondiente al caso nacional —y allí las tres décadas y media abordadas en esta investigación—, la higiene o salubridad pública se hizo parte de la cotidianidad de los habitantes urbanos. Ya desde tiempo atrás las ideas y prácticas en torno a ella venían ganando terreno gracias a los esfuerzos del Estado y variedad de intelectuales, principalmente médicos e higienistas¹⁹⁵. Hubo una suerte de periodo higienista¹⁹⁶ a través

¹⁹³ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 247.

¹⁹⁴ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

¹⁹⁵ “Los médicos e higienistas colombianos de la primera mitad del siglo XX construyeron un discurso especial en el cual combinaron ideas racialistas con corrientes médicas de la época” “Con el proceso de medicalización y el planteamiento de los problemas sociales como responsabilidad del Estado por parte de los médicos, podemos reconocer la transformación de la beneficencia en asistencia pública. En la primera mitad del siglo XX los higienistas propugnaron no sólo por una mejora en los servicios hospitalarios, controlados por órdenes religiosas, sino que a partir de la segunda década del mismo siglo se involucraron de manera directa en la forma en la que el Estado intentó solucionar el problema social de la pobreza”. Ver: María-Teresa Gutiérrez, “Proceso de institucionalización de la higiene: estado, salubridad e higienismo en Colombia en la primera mitad del siglo XX”, *Revista Estudios Socio-Jurídicos* 12, n° 1 (2010): 75-77.

¹⁹⁶ “El periodo higienista en Colombia comienza desde 1886 con la creación de la Junta Central de Higiene, aunque realmente la aplicación de las normas dictadas en esta fecha es más tardía debido a la turbulenta vida política colombiana que se vivió hasta principios del siglo XX; y podríamos decir

del cual la higiene en la primera mitad del siglo XX se institucionalizó y en la segunda operaría como uno de los ejes de la política social, al decir de Teresa Gutiérrez en su artículo titulado: “*Proceso de institucionalización de la higiene: Estado, salubridad e higienismo en Colombia en la primera mitad del siglo XX*”¹⁹⁷, la higiene

...en la primera mitad del siglo XX se institucionalizó (... así), para la mitad del siglo, la cuestión de la higiene era una de las funciones más importantes del Estado colombiano. (...) gracias a dos procesos fundamentales. Por un lado, un cambio en la concepción de lo social, de manera que las responsabilidades del Estado para con la sociedad, y especialmente con las clases más desfavorecidas, se amplió, dando cabida al paso de la beneficencia a la asistencia pública. Y por otro, los importantes esfuerzos hechos por el Estado colombiano desde finales del siglo XIX por superar las diferencias y tensiones regionales, constituyéndose como un ente centralizador del poder político.

Si a inicios del siglo XX en Bogotá y en el país se denunciaba constantemente la precariedad de la higiene¹⁹⁸, a mediados de siglo el panorama, aún con problemas, es mucho más alentador. En todo caso en Colombia como en gran parte del mundo occidental desde el siglo XVII, la preocupación por la higiene, en el siglo XIX el higienismo, comenzó a ganar terreno en el seno de las prácticas sociales. Como es sabido, el higienismo constituyó un campo de saber fundado y fortalecido principalmente por médicos, esto como resultado del nuevo mundo social hijo de la revolución industrial principalmente. Obras como la del médico vienés J.P. Frank, titulada *La miseria del pueblo, madre de enfermedades*, publicada en 1790 y las de otros higienistas como Turner Thackrah, Arnold,

que finaliza en 1953 con la creación del Ministerio de Salud, cuando la ideología higienista se transformó hacia una ideología salubrista”. Ver: Gutiérrez, “Proceso de institucionalización de la higiene”, 78.

¹⁹⁷ Gutiérrez, “Proceso de institucionalización de la higiene”, 75.

¹⁹⁸ Escribe Zambrano Pantoja: “Las imágenes que nos dejan las descripciones de la ciudad de finales del siglo XIX y primera mitad del XX insisten en la falta de aseo, tanto en los espacios públicos como en las viviendas, además del desaseo de las personas”. “en todo caso “Las campañas de higiene de los años veinte van a ser importantes para cambiarle la cara al cuerpo. Hay una difusión masiva de principios higiénicos; desde 1920 el Estado se prepara administrativa y legalmente para mejorar la salud y la higiene de la gente. En 1928 se crea la carrera de higiene, en 1929 se reglamenta la medicina, en 1931 se crea el Departamento Nacional de Higiene y en 1934 se realizan 9 campañas de higiene en la ciudad”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 246 y 249.

Chadwick, Villermé o Virchow, posibilitaron la emergencia de una doctrina de conocimientos en torno a la higiene que se convirtió en una ciencia profiláctica y disciplina médica, situada en la primera línea de ataque y defensa respecto a la lucha contra las enfermedades.

Una lucha principalmente en las nacientes ciudades que, debido a los procesos de industrialización y el aumento de población, sostenían precarias condiciones de higiene, sobre todo en las clases medias y bajas. Terreno fértil para las enfermedades en sí. Así las cosas los higienistas criticaron la falta de salubridad en las ciudades industriales y las condiciones de trabajo de los empleados, a su vez propusieron diversas medidas higiénico-sociales en pro de mejorar la salud y vida de la población¹⁹⁹.

En Bogotá desde la década de los treinta, las élites y el Gobierno impulsaban y fomentaban todo un abanico de acciones con miras a la interiorización en la población de la higiene. Se ejecutaron diversas campañas, se publicaron infinidad de libros, revistas y artículos referidos a la necesidad de modernizar las ciudades y a los pobladores, erradicando principalmente la falta de higiene, la suciedad²⁰⁰, por esta época y basándose en los manuales de urbanidad que abanderaban la idea de higiene y estética del cuerpo y los espacios públicos y privados, se insistía en la vigilancia del cuerpo, en su apariencia, fisiología, aspectos que en la simbología social cada día aumentaban su valor.

Por ejemplo, se criticaba el uso de la ruana a través de campañas y programas sociales que buscaban erradicar su uso, esto con miras a la construcción y fortalecimiento de un “imaginario bogotano de limpieza y aseo, tanto del paisaje urbano como de las personas; en su apariencia y olor”²⁰¹. Hacia 1930 es norma social y de urbanidad el bañarse, este acto se “convierte en casi una obligación para los habitantes de la ciudad”, “...al levantarse se debe bañar, hacerse abluciones matutinas y fricciones, peinarse el cabello, limpiarse las manos,

¹⁹⁹ “Ciencia de la higiene o higienismo”. Memoria Chilena. Biblioteca Nacional de Chile. Consultado el 18 de diciembre de 2017. Ciencia de la higiene o higienismo. <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-93702.html>

²⁰⁰ Espinal Pérez & Ramírez. *Cuerpo Civil, controles y regulaciones*. (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006). Noguera, Carlos. *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo xx en Colombia*. (Medellín. Fondo editorial universidad EAFIT. Cielos de Arena. 2003).

²⁰¹ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 246.

asearse la boca y, de ser posible, perfumarse. Durante el día se deben lavar varias veces las manos y la cara; al acostarse se recomienda asearse de nuevo el rostro, la boca y las manos²⁰².

Aunque en los años cincuenta la higiene no se encontraba plenamente interiorizada en la población urbana, las élites y el Estado se alimentaban de ella, pero la mayor parte de la población, en detalle un segmento medio de la población y los más pobres, aún no la habían interiorizado. Este aspecto cambiará hacia la década de los setenta, debido a decisivos factores²⁰³ que reconfiguraron la relación de la población con la higiene o salubridad pública. A pesar de las tensiones políticas entre conservadores y liberales, aquellas que darían lugar a La Violencia —este aspecto se profundizará más adelante—, la higiene se constituye como un dispositivo, o de otra forma una política pública indispensable en los programas de uno y otro partido, ella, inscrita en un imaginario de modernización y civilización día a día aumenta su radio de acción. En tanto dispositivo, al decir de Carlos Noguera:²⁰⁴

...la higiene no puede adscribirse a ningún partido político o corriente ideológica en particular. La puesta en marcha del dispositivo higiénico tuvo que ver con acontecimientos de diversos órdenes: de una parte, en el orden del saber, el lugar cada vez más importante que desde la segunda mitad del siglo XIX ocupa la higiene dentro de las reflexiones sobre la ciudad y la sociedad en general; de otra parte, en el terreno de las prácticas sociales, las diversas medidas higiénicas que comienzan a adoptarse, desde la última década del siglo XIX, en relación con las mejoras públicas y ornato

²⁰² Zambrano, *Historia de Bogotá*, 247.

²⁰³ Así como la creciente urbanización en las ciudades; la modernización del campo y el aumento de las comunicaciones; la disminución de la natalidad y la mortalidad infantil, y el incremento de la población en edad avanzada; la alteración de los patrones de morbilidad, apareciendo las enfermedades crónicas, degenerativas y los accidentes de tránsito —dejando atrás las enfermedades infecciosas—; el aumento en el número de consultas por habitante, debido a los factores anteriores y a la disponibilidad y la apropiación de mayor información sobre la salud, la prevención, el diagnóstico y los tratamientos oportunos, etc. Ver: Guillermo Restrepo y Agustín Villa, *Desarrollo de la salud pública colombiana* (Medellín: Universidad de Antioquia, Escuela Nacional de Salud Pública, 1980) 160-161. Y ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 2007.

²⁰⁴ Carlos Noguera, “La higiene como política. Barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n° 25, (1998): 189.

de las ciudades, el saneamiento del espacio urbano (habitaciones, calles, acueducto, alcantarillado) y la higiene personal (baño diario, aseo de ropa, alimentación, etc.).

En la segunda mitad del siglo XX, la fundación del Ministerio de Salud Pública y del Instituto Colombiano de Seguros Sociales en Bogotá y la reorganización del Concejo Municipal de Higiene en Medellín entre 1950 y 1960, trajeron consigo al decir de Zambrano Pantoja²⁰⁵, un adelanto fundamental en lo que respecta a la higiene no solo en la capital, sino a nivel nacional.

En términos generales se implantó toda una pedagogía sobre los hábitos higiénicos, que comprendían una serie de minucias, desde hábitos diarios de aseo personal con abundante agua y jabón, hasta asolear los cobertores, conservar limpias las ropas de la cama, ventilar las habitaciones, recolectar las basuras en recipientes cerrados, proteger los alimentos contra las moscas y ratas, mantener limpios los sanitarios y alejar de la casa a los animales domésticos...²⁰⁶ En Bogotá, como sostiene Zambrano Pantoja²⁰⁷ en *Historia de Bogotá, Siglo XX*, reeditada por Villegas Editores, "...se produce un mejoramiento progresivo de la calidad de vida de los bogotanos, que se refleja en el incremento de la esperanza de vida". Modernidad, civilidad e higiene día a día de 1950 a 1985 integran la mentalidad de los habitantes urbanos y operan como filtro para distinguir lo propio de lo ajeno, lo sucio de lo limpio²⁰⁸.

²⁰⁵ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 261.

²⁰⁶ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 175.

²⁰⁷ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 261.

²⁰⁸ Respecto a la apropiación, difusión e institucionalización de la modernidad, la civilidad y la higiene en Colombia, puede consultarse, entre otros, Noguera Carlos, "La higiene como política. Barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n° 25, (1998): 189.; Salomón Kalmanovitz y Enrique López, *Instituciones y desarrollo agrícola en Colombia a principios del siglo XX* (Bogotá: Banco de la República, 2002); Consuelo Corredor, "La modernización inconclusa", in *Desarrollo económico y social en Colombia*, ed. Gabriel Misas (Bogotá: Siglo XX editores Universidad Nacional de Colombia, 2001); Jorge Orlando Melo, "Medellín, 1880-1930: los tres hilos de la modernización", in *Cultura, medios y sociedades*. Jesús Martín Barbero y Fabio. López, (Bogotá: CES, Universidad Nacional, 1998); Javier Sáenz, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946. Volumen ii* (Medellín: Colciencias / Universidad de Antioquia / Uniandes / Foro Nacional por Colombia, 1997); Julio. Arias, *Nación y diferencia en el siglo xix colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2005); María Cecilia Herrera, "Debates sobre raza, Nación y educación: ¿hacia la construcción de un 'hombre nacional'?", in

Haciendo uso de conceptos, ideas y argumentos inscritos en aquel imaginario de modernidad, civilización e higiene, los individuos se relacionaron consigo mismos y con el otro. Este imaginario dio un color específico a la sociedad bogotana, instituyéndose como el punto de referencia a través del cual los habitantes urbanos devenían. En este escenario el higienismo social —o salubridad pública a partir de 1950 en Colombia— habilitó la distinción entre lo limpio y lo sucio, el orden y el desorden de forma legítima, esto es, acudiendo a la excusa de la ciencia y la objetividad. En esta línea, dicho imaginario ocupó un lugar destacado. Gracias a él o en él la población en situación de calle y en general todo otro, fue significado, leído e intervenido: la existencia de los *gamines*, su presencia en las calles era más notoria y las reacciones de la sociedad respecto a ellos por la suciedad, el desorden y la vagancia, más pronunciadas.

1.6) **El problema político y social en el escenario histórico**

Posterior a la independencia de Colombia en 1810, dejando atrás 300 años de dominación española, el país se vio inmerso en una disputa política que abarcó todo el siglo XIX y al menos la primera mitad del siglo XX. Se trató de una lucha entre dos partidos políticos, los conservadores y los liberales, que no se diferenciaban mucho respecto a otros partidos o apuestas políticas en Latinoamérica, pues por un lado se encontraban los liberales, al final comerciantes, también indígenas y esclavos sin libertad jurídica ni representación política. A su vez los artesanos, los intelectuales y los dueños de los medios, “...para los cuales el liberalismo fue o pretendió ser la representación política a través de la implantación de las doctrinas de libre comercio, abolición de la esclavitud, circulación de la propiedad territorial, secularización del Estado, etc”, por otro lado, el conservatismo, que se identificaba a sí mismo como el representante del orden, la defensa de la “civilización”, en contra de los bárbaros cambios que estaban aconteciendo y que se veían llegar, al lado de la

Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria, Comps. María Cecilia Herrera y Carlos Jilmar Díaz (Bogotá: Plaza y Janés, 2001), 117–142.

iglesia católica, en ese tiempo detentora de gran parte del poder político y de la tierra, por supuesto, continuador y defensor del statu quo²⁰⁹.

En la relación de estos dos partidos, en todo caso integrados en su jerarquía por las elites nacionales, devino la realidad política, cultural y económica del país. Sin embargo, habría que considerar que, a su modo, ninguno de ellos operó de forma radicalizada, en defensa de una doctrina y unos principios innegociables, por el contrario, actuaron de acuerdo al momento, sin mucha fidelidad a unos principios constituyentes²¹⁰, y en este terreno sumergieron al país en una guerra civil interna.

En este conflicto las elites sociales tienen un papel preponderante, pues a su modo dieron lugar a una escisión social drástica —materializada bajo el binomio conservadores y liberales—, división no solo en el seno de dichas élites, sino del mismo pueblo. Esta guerra

²⁰⁹ Jorge Orlando Melo González, *Colombia hoy* (Bogotá. Presidencia de la República, 1996), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo6.htm>

²¹⁰ “Los partidos liberal y conservador son pluriclasistas por su composición pero en ellas la representación de diferentes clases, o fracciones de clase, implica la imposibilidad de los intereses de la clase dominante. Esta característica les ha permitido supervivir y explica en parte el bipartidismo colombiano. Desde el momento de su fundación, ambos partidos han mantenido una constante, cual es la de tener un sector de centro que permite las alianzas; un sector radical o de izquierda en el liberalismo que se mueve para recuperar a los más avanzados, bien sea a los que promovían reformas laicas o civiles en el siglo XIX, o a quienes en el siglo XX han mostrado inclinaciones socialistas o actitudes populares. Por su parte, el partido conservador escogió durante el siglo XIX a civilistas republicanos, a católicos ultramontanos incluso con veleidad monarquista, y en el siglo XX, incluyó, desde las expresiones burguesas de la doctrina social católica hasta las actitudes de los Maurrascistas condenados por el Vaticano; desde los partidarios de las doctrinas y prácticas de Franco y Mussolini hasta los más empecinados amigos de la colaboración con Norteamérica durante la segunda guerra mundial y la guerra fría”, de otra forma, “es preciso separar, tanto en los partidos políticos como en los hombres, la práctica real de la representación que de ésta ellos se hacen. Una de esas representaciones es la de la unidad rectilínea, de un hilo teórico conductor que une los orígenes con el momento presente dentro de la base doctrinaria. En la práctica, en Colombia esto no ha sido así, pues con el mismo nombre y con la misma búsqueda de legitimación ideológica, el partido liberal y el partido conservador han modificado su doctrina de acuerdo con las circunstancias coyunturales, nacionales o internacionales, según las tácticas de gobierno u oposición, o al impulso fugaz del movimiento electoral. En el liberalismo, por ejemplo, poco tienen que ver las ideas programáticas presentadas por Ezequiel Rojas en 1848 con las agitadas, en el tercer decenio de este siglo, por Alejandro López, o diez años después por Jorge Eliécer Gaitán. De la misma manera, bien poca es la cercanía entre el pensamiento conservador de Mariano Ospina Rodríguez en 1849 y la prédica fascista del grupo de los Leopardos hacia 1936, o de los principios corporativos que Laureano Gómez quería implantar en el proyecto de Constitución Nacional, en el año de 1953” Colombia: siglo y medio de bipartidismo. Ver: Jorge Orlando Melo González, *Colombia hoy* (Bogotá. Presidencia de la República, 1996), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo6.htm>

dejó miles de muertos, redujo el impulso modernizador del país, sus instituciones y programas sociales y educativos. Debilitó por lo menos durante la primera mitad del siglo XX la consolidación del *Estado*. Institución que solo se vio fortalecida gracias al acuerdo político y social entre las elites, materializado en el conocido Frente Nacional, ya en la segunda mitad del siglo XX, sobre el cual se profundizará a continuación. En todo caso, desde el siglo XIX las disputas entre liberales y conservadores eran pan de cada día, teniendo uno de sus momentos más pronunciado en lo que se conoce como *La Violencia* a finales de la primera mitad del siglo XX y seguidamente *las violencias* ya en los años ochenta de dicho siglo.

En esta investigación se entiende, como se sostuvo anteriormente, **La Violencia** y posteriormente **las violencias** como dos momentos integrantes de la historia nacional en que, por motivos políticos, económicos y sociales, el país y especialmente las áreas rurales, se vio inmerso en un conflicto que cobró miles de vidas, tanto de civiles como de integrantes de los bandos enfrentados.

En el primer momento, La Violencia, donde integrantes o simpatizantes del partido conservador y liberal estuvieron en disputa por el poder político representado en el Estado, dejando en el camino miles de asesinatos, agresiones, persecuciones, destrucción de la propiedad privada, entre otras. El periodo de La Violencia empieza tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 y los desórdenes inmediatos al "Bogotazo" extendiéndose hasta 1965. La Violencia se caracterizó por actos de terrorismo, asesinatos y destrucción de la propiedad. Para Marco Palacios, sin tener seguridad de la cifra de muertos, se puede sostener que la de 300,000 muertos disfruta de aceptación²¹¹. Se trató de un conflicto bipartidista que hunde sus raíces en la independencia²¹².

En un segundo momento, se habla de las violencias. Aparecen diversidad de actores. El *Estado*, ya unificado bajo el Frente Nacional, las guerrillas, la delincuencia común, los integrantes del narcotráfico, entre otros. Estas violencias no aparecen concentradas sólo en áreas rurales, también las urbanas se vieron afectadas. Respecto a La Violencia el "Bogotazo" de 1948 constituye el punto de ruptura en Colombia y específicamente en

²¹¹ Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*.

²¹² Jorge Orlando Melo González, *Colombia hoy* (Bogotá. Presidencia de la República, 1996), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo6.htm>

Bogotá. Como se sostuvo anteriormente, el 9 de abril de ese año asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán, líder político del partido liberal con gran acogida entre las masas, de cierta forma representante del pueblo.

Posterior a dicho asesinato, el pueblo ya no es igual, la cuestión social por aquellos días cobra un valor inusitado, a partir de entonces las élites sociales y el emergente Estado no tienen ante sí una masa dormida, sino algo a lo que había que prestar atención, algo que era necesario administrar y gobernar eficientemente. En palabras del conocido investigador Gerardo Molina “A Gaitán se debe el que la cuestión social haya entrado a formar parte definitiva del quehacer político y que el pueblo sea hoy, por su mayor conciencia y por su mayor confianza en sí mismo, muy distinto de lo que era antes”²¹³. La Violencia desatada a partir de 1948, si bien se sintió con fuerza en las ciudades el día y los siguientes posteriores al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, realmente se acentuó con el paso de los meses y los años en las áreas rurales²¹⁴, permitiendo así un devenir, un crecimiento menos truncado y rarificado —durante algunos años— en áreas urbanas como Bogotá.

Las implicaciones del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán operaron como eje estructural en el devenir de la mentalidad social del país. Para Gerardo Molina, entre los efectos decisivos en el panorama social y político posterior al “Bogotazo”, se puede destacar la represión, donde no sólo se persiguió a quienes se rebelaron o a los sospechosos de simpatías con un supuesto comunismo, sino que se asistió al “...eclipse de libertades y derechos esenciales, el cierre de radiodifusoras, el estado de sitio como forma natural desde entonces de la vida colombiana”²¹⁵. El estado de sitio o estado de excepción se erigió como figura jurídica

²¹³ Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia. De 1935 a la iniciación del Frente Nacional*. 1ª Ed. Tomo 3 (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1977), 210.

²¹⁴ Escribe Ortiz, Carlos Miguel en 1991, refiriéndose al momento de la Violencia en el país “...la contienda política armada de los años 1947 a 1965, el escenario de la violencia se desplazó hacia las áreas rurales y sus pequeños centros aldeanos, hoy la violencia ha retornado en buena parte a los medios urbanos, en especial a las grandes ciudades”. Ver: Carlos Miguel Ortiz, “Violencia política de los ochenta: elementos para una reflexión histórica”, *Anuario Colombiano de historia social y cultural*, n°18-19 (1991): 245-246. Y como lo confirma Gonzales Arias en 1989, cuando afirma que “La violencia era hasta hace 15 años un fenómeno preponderantemente rural y periférico”. Ver: José Gonzáles Arias, “Geopolítica de la violencia. Análisis. Conflicto social y violencia en Colombia”, *Documentos ocasionales*, n° 53 (Mayo 1989). 4.

²¹⁵ Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 237.

instalada y en funcionamiento²¹⁶. El monopolio de las comunicaciones tuvo su oportunidad de oro para instalarse justificadamente en el seno de un horizonte capitalista y mercantil que encontró en La Violencia el momento propicio para tomar definitivamente las riendas del país y consecuentemente, en gran medida, el presente y futuro de la urbe capitalina²¹⁷.

Sostiene Molina: “La Violencia suministró para esas depredaciones, y la clase empresarial y los propietarios, no tuvieron inhibiciones para sacar provecho de esa coyuntura”²¹⁸. Esta Violencia fue una de las causas de la existencia de niños y niñas en las calles: *gamines* al decir de la sociedad, pues, debido a ello como lo sostienen la mayoría de los investigadores en los estudios referidos a la población en situación de calle por esta época, hubo una enorme ola de migraciones del campo a la ciudad, y aunque no existe un censo serio y completo respecto al abandono de las labores agrarias durante el periodo de La Violencia, es posible encontrar algunos datos ilustrativos de la magnitud del problema, según Aldana Bula

En el Tolima, se estableció que para 1957 habían sido abandonadas a causa de la violencia 34.730 fincas. Y, así en los cuatro puntos cardinales del país la constante fue un despoblamiento del sector rural y un superpoblamiento del sector urbano. (...) Conforme a los datos suministrados por el Departamento Nacional de Estadística, entre 1951 y 1954, las cabeceras municipales aumentaron en un 52%. Y la sola sabana de Bogotá creció en 117.9%. Después de la violencia ninguno de los grandes centros urbanos ha podido repetir la tasa de crecimiento alcanzada en aquella época²¹⁹.

²¹⁶ Iturralde, Manuel, *Castigo, liberalismo autoritario y justicia penal de excepción*, (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2010).

²¹⁷ “En Colombia, durante el periodo 1949-1957, la prensa hablada y escrita sufrió un riguroso control; su información estuvo sujeta a una disciplina implementada por el Gobierno de turno, que obedece a una forma de control político, y a la vez puede ser considerada una modalidad de la actividad de coacción que se ejerce a través de la política administrativa, mediante el uso de prácticas coactivas y de control para afianzar el poder. Durante este periodo desaparecieron muchos periódicos, la información suministrada por los que prevalecieron estuvo sometida a la fuerte censura”. Ver: Olga Acuña Rodríguez, “Censura de prensa en Colombia, 1949-1957”, *Historia Caribe* VIII, n° 23 (Julio-Diciembre 2013): 247.

²¹⁸ Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 262.

²¹⁹ Aldana, “La gaminería”, 23.

En todo caso, en 1958 como respuesta al problema de La Violencia se instaura el Frente Nacional. Un acuerdo político entre las oligarquías y allí los partidos tradicionales del país —Conservadores y Liberales— que repartió durante 16 años el poder entre los dos colectivos, de esta forma cada 4 años se alternó el poder, no solamente representado en el presidente, también en los altos cargos administrativos y políticos. Aspecto que trajo una leve “paz” y un tiempo de crecimiento social, económico e institucional, sobre todo en las grandes ciudades. También, un escenario donde la cohesión social en torno a una idea de país, de cultura y sociedad reunió día a día a más individuos sobre todo en los espacios más urbanizados de la nación. En esta investigación se está de acuerdo con Parra Mier & Ojeda²²⁰, cuando afirman que

Este proyecto político (El Frente Nacional) consistió principalmente en el reparto del poder central y territorial entre los partidos Liberal y Conservador. Pero más que una simple unión entre partidos, se fundamentó en un ejercicio de carácter dominante y excluyente; es decir, el soporte final del Frente Nacional consistió en la consolidación de un sistema “emancipador liberal” de tendencia fuerte. En tal sentido este procedimiento se convirtió en una forma democratizante de la hegemonía central de un grupo específico de poderes centralizados principalmente en las élites más poderosas, cercanas a los centros de poder o dominio del Estado y, desde ese entroncamiento, que necesariamente tenía dos rasgos distintos: uno liberal y otro conservador, se logró la creación experimental del régimen frentenacionalista con el único propósito de la tenencia y posterior desarrollo de la dirección y control del Estado por parte de las grandes capas del poder en Colombia.

Ya hacia 1950 Bogotá representaba el área más urbanizada y estructurada del país, espacio de concentración política y cultural. En 1951 Colombia tenía 11.548.172 habitantes²²¹, de los cuales 3.194.241 estaban concentrados en los departamentos de Antioquia (1.570.197 Capital Medellín) y Cundinamarca (1, 624.044, Capital Bogotá). Bogotá, la capital del país

²²⁰ Ariel Parra y Robert Ojeda, “El concepto de hegemonía en Gramsci: una mirada al Frente Nacional en Colombia”, *Logos. Bogotá (Colombia)* 19, n° 1 (enero-junio 2011): 108.

²²¹ Ricardo Rueda González, Ángel Gonzales, Álvaro Rodríguez et al., *La población de Colombia*. (Asociación Colombiana para el estudio de la población. –ACEP–, 1974), <http://www.cicred.org/Eng/Publications/pdf/c-c9.pdf>

con 648.324²²². La capital aumentaba su población y se urbanizaba a un paso acelerado y sin mucha planificación, en un momento de transición nacional ella dejaba de ser un pueblo grande y se convertía en una ciudad moderna. En esta época, y como fenómeno nacional, el proceso de urbanización tuvo su punto más alto, tanto en los cincuenta como a inicios de los setenta: “El grado de urbanización se incrementa entre 1951 y 1964, al pasar de 39% a 52% y la tasa de urbanización de 19.5 por mil en 1951 a 26.1 por mil en 1964”²²³.

Bogotá se constituye en el escenario decisivo respecto a la política nacional articulada a la política internacional. También, meta final de miles y miles de individuos que en busca de un futuro mejor, se desplazaron de sus tierras en el campo y los pequeños poblados, muchos de ellos huyendo del problema de La Violencia fortalecido en estas áreas, otros, a veces los mismos, posiblemente campesinos o pobladores urbanos, poseedores de ideas incapaces de crecer y potenciarse en sus lugares de nacimiento, conscientes de que sólo en las grandes urbes encontrarían las posibilidades de avance social ausentes en sus lugares de origen, por ejemplo, universidades, empresas y mayores comercios, al final “Un aumento significativo en la migración rural urbana durante este período (...) respondía, entre otros factores, a la mejora en las condiciones en los centros urbanos contribuyó al incremento de la urbanización”²²⁴.

En los aspectos económicos, ingrediente esencial en las apuestas modernizadoras y civilizadoras del país y la ciudad, Colombia en la segunda mitad del siglo XX, en detalle hacia la época de los cincuenta, asistía a la expansión del sector interno de consumo y el nacimiento y fortalecimiento de la industria²²⁵. Tanto la producción interna que buscó satisfacer la creciente demanda de las nuevas fracciones de clase, como la exportación de manufacturas ocuparan un lugar importante en la orientación económica de un país en vías de modernización, aspecto que se verá rarificado y en cierta medida alterado tan solo unos

²²² Hacia 1964, estas ciudades siguen liderando, Bogotá 1.697.300, Medellín, 772.900. Ver: Rueda, González, Rodríguez et. al. *La población de Colombia*.

²²³ Flórez, Carmen. *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX* (Bogotá: Banco de la República – Tercer Mundo Editores, 2000), citado por: Teresa Ramírez G y Juana Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX*, (enero 2006): 46, <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra379.pdf>

²²⁴ Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*, 46.

²²⁵ Jesús Antonio Bejarano, *Ensayos de interpretación de la economía colombiana* (Medellín: Editorial La Carreta, 1974).

años después, gracias a la emergencia de otros actores armados y otros fenómenos sociales, por ejemplo, el negocio del narcotráfico y el recrudecimiento del conflicto social. Sin embargo, la modernización trajo consigo una nueva etapa para el país, un momento en el que la nación crece económica e industrialmente, insertándose así en el sistema global del capitalismo. Entre 1945 y 1980

La industrialización fue el elemento dominante [...] estuvo apoyada por un activo intervencionismo estatal, especialmente en la regulación de las transacciones con el exterior y el sector financiero [...] involucró también la modernización del agro, el desarrollo de los servicios modernos, una (insuficiente) diversificación de las exportaciones, la expansión de las áreas de acción del estado y una profunda transformación de los actores sociales²²⁶

Sin embargo, dicho crecimiento industrial no fue lo suficientemente amplio como para dar cobijo a la ola de migrantes que arribaban a la ciudad, por tanto el desempleo y la economía informal eran parte del día a día. En este escenario económico y social, la pobreza sería la madre de los miles de niños y niñas que abandonaban sus hogares y de una u otra forma se vinculaban al mundo de la calle, al “mundo de los gaminos”²²⁷ y es que de acuerdo a las estadísticas del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) entre 1951 y 1960, en las áreas rurales el crecimiento poblacional apenas llegó al 1%, mientras el urbano alcanzó el 5%.

Los habitantes rurales incrementaron su número solo en 600.000 personas, contrario a los urbanos que llegaron a la cifra de 2.600.000. Es notable el crecimiento urbano debido principalmente a las continuas migraciones del campo a la ciudad²²⁸. Como cabe suponer, y en esta misma temporalidad, mientras la ciudad crecía desmesuradamente en número de habitantes, el empleo en las fábricas mostraba un leve crecimiento.

En aquellos años se pasó de 176.000 trabajadores a 234.000, un crecimiento incapaz de asumir la mano de obra que arribaba a las ciudades en busca de empleo, trayendo como

²²⁶ José Antonio Ocampo, German Colmenares, Jaime Jaramillo, Hermes Tovar et al, “La industrialización y el intervencionismo estatal (1945-1980), en: *Historia económica de Colombia*, comp., José Antonio Ocampo Gaviria (Bogotá: Planeta, 2007: 271).

²²⁷ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

²²⁸ Aldana, “La gamineria”, 18.

consecuencia el aumento de personas en situación de pobreza, como se dijo antes, caldo de cultivo para el aumento de *gamines* en las calles. Hacia 1972, según el DANE, en su *Boletín de estadística No. 282*, las cifras referidas al aumento del desempleo y subempleo alarmaban, pues entre octubre de 1972 y junio de 1974, el desempleo pasó de un 6.6% a un 10.7% al tiempo que el subempleo se comportaba aumentando del 14.1% al 16.3%²²⁹.

En todo caso, el fortalecimiento del aparato estatal de 1950 a 1980 es significativo. La emergencia de serias instituciones estatales en los campos de la salud, la educación, la economía, junto al momento global que experimentaba el mundo posterior a la segunda guerra mundial y allí el nacimiento de importantes instituciones como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), el Banco Mundial, entre otros, y sobre todo, la ampliación de la escolarización y el aumento de las instituciones educativas a nivel de escuelas y universidades, sumado al arribo de la televisión en 1954, el uso de la radio y el crecimiento de la industria editorial, constituyen un momento clave en la historia del país.

La información consultada en esta investigación integra y expresa una ruptura histórica en el devenir de la ciudad, las instituciones políticas y los imaginarios sociales que reunían y cohesionaban a los habitantes en ella. De 1960 a 1990 en lo referido a la infancia a nivel internacional se firma la Convención sobre los Derechos del Niño (1989), en Colombia se funda el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) (1968) y se lleva a cabo la Primera Conferencia sobre Familia, Infancia y Juventud, liderada por dicha institución en 1970²³⁰. El tema de la infancia cada vez tiene mayor importancia y por supuesto allí el problema de los *gamines* y en detalle los niños en situación de calle, destaca, tanto así que de 1969 a 1974 se efectúan dos eventos nacionales liderados por el estado, las empresas y algunas instituciones sociales en torno a ellos.

Gracias a estos cambios emergía gradual y lentamente una idea de sociedad que se iba haciendo espacio en la mentalidad social de los habitantes urbanos, tanto en la ciudad estudiada como en otras urbes del país. Esta idea, en suma, un imaginario social de

²²⁹ Aldana, “La gamineria”, 18.

modernidad y civilización²³¹ era liderado por una élite social en crecimiento. Una elite diferenciada de las masas pobres y vulnerables en aspectos cruciales referidos a la política y la economía, cercana e incluso contenida en la idea de anhelo de nación y modernización social, educativa y económica²³².

1.7) Los medios de comunicación y la *escuela defensiva*

Como se sostuvo anteriormente, la estética, el buen vestir, ese que ciertamente pasaba por la higiene —estar limpio— y el buen hablar, operaron como escenario de diferenciación social entre las elites sociales y los otros, los pobres —para el caso que corresponde a esta pesquisa, chinos de la calle, posteriormente *gamines*—, en las primeras décadas del siglo XX en Bogotá. En la segunda y tercera década de dicho siglo se va dando una sectorización, un uso del espacio en el que ricos y pobres ahora no solo se diferencian respecto a su forma de vestir y hablar, también, por el territorio, barrio o zona urbana que habitan²³³. Esta diferenciación social en los siguientes años se reproduce a través del periódico, el cine y la radio, pero se acentuará más con la llegada de la televisión y la creciente escolarización en la década de los cincuenta²³⁴. Sin embargo, y también en esas primeras décadas del siglo en Bogotá, los medios de comunicación en tanto impulsores de una cultura urbana, gradualmente *democratizarán* los gustos, y una parte de los pobres o

²³⁰ Celebrada en Bogotá del 2 al 7 de marzo de 1970, con el patrocinio de Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).

²³¹ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

²³² Noguera, Álvarez y Castro, *La ciudad como espacio educativo*, 15.

²³³ “En el siglo XX ya no es necesario que la centralidad política coincida con la centralidad habitacional. Durante la Colonia, y por extensión durante el siglo XIX, los habitantes de mayor jerarquía social vivían en los alrededores de la Plaza Mayor. Pero en el siglo XX, al tiempo con la formación de barrios populares en la periferia, las élites adineradas empezaron a abandonar el centro, al tiempo que las nuevas funciones urbanas y las transformaciones en los modelos de vida introdujeron cambios notables en los equipamientos urbanos”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 280.

²³⁴ Al decir de Absalón Jiménez, “...en el plano cotidiano, la presencia de la televisión en el hogar y, en general, la economía de consumo, modificaron las pautas de socialización de la infancia en la familia e incidieron en los nuevos emplazamientos de los sujetos en el interior del hogar. (...) se instauró un nuevo mundo en la cotidianidad de las personas, que afectó de manera inmanente sus cuerpos y las instituciones en las cuales se realizaban, empezando por la misma familia, que es el

mejor aún, ya en los cincuenta, un grupo intermedio, no se verá tan diferenciado respecto a los ricos, por lo menos en lo que refiere a cierta forma de vestir, de hablar y pensar el mundo, una cultura; escenario de ritos y creencias, insertos en un horizonte de vida y un ideal de hombre y sociedad más o menos compartido.

Al final un segmento intermedio, integrado por empleados, profesionales, pequeños propietarios y comerciantes que gradualmente se desprendían de las variables más pronunciadas que entretejían la pobreza y sin llegar a tener la capacidad adquisitiva e influencia político-económica de los ricos, constituían ya un grupo de la población medianamente diferenciado, para sí mismo posicionado e identificado en gustos y formas de pensar inscritas y orientadas por un imaginario de modernidad, civilización e higiene.

Cabe destacar gustos y prácticas ciertamente modelados por los medios de comunicación —quienes como se sostuvo anteriormente y se profundizará a continuación, insertaron al país en una idea de nación y de cultura única—, también herencia de las prácticas tradicionales que acompañaban y diferenciaban a las elites respecto a los más pobres desde siglos atrás y no sin cierta relación con lo más popular. En esta perspectiva, un colectivo, una suma de individuos que sin un ingreso económico —por cada uno de ellos— comparable al de un integrante de la elite social y económica, lograba sortear no solo el diario devenir, sino disfrutar de una suerte de estabilidad económica que permitía el disfrute de otros servicios, de una u otra forma “lujos”, por ejemplo, aparatos eléctricos —una televisión, un radio—, ropa, productos alimenticios y mejor educación.

La apropiación de un imaginario de modernidad, higiene, estética e infancia por parte de este segmento de la población urbana, ciertamente diferenciada de lo más ricos, pero ya distante de los más pobres, y allí los *gamines*, posibilitó que también dicho segmento, como era de suponerse, despreciará a los *gamines*. La razones de esta actitud se pueden encontrar en varias vías, unas entrecruzadas con otras, pero teniendo como eje la nombrada apropiación.

Por un lado, el anhelo de “salir adelante” o por lo menos dejar atrás la difícil situación económica —según lo promovía el nuevo modelo moderno, civilizado y capitalista que

contexto institucional de la nueva experiencia infantil”. Ver: Jiménez, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia*, 418.

promovían las elites y el Estado—, lo cual implicaba no solo mejorar la calidad de vida respecto al dinero, sino tomar distancia de un tipo de vida compleja, llena de dificultades y frustraciones, al final la pobreza. Por otro lado, el *tomar* como referente e ideal de vida, la vida de los más pudientes y sus respectivas creencias, gustos, temores e ideales, y de esa forma apropiar con convicción y certeza *su forma de pensar e imaginar el mundo*: aquella que durante siglos ha despreciado al otro, al más marginal, a aquel definitivamente desvinculado o medianamente articulado en su devenir. Prueba de ello se encuentra en la variedad de testimonios y anécdotas que José Gutiérrez dejó en su obra, especialmente en *Gamín: un ser olvidado*.

Gutiérrez, reconocido psiquiatra e intelectual en la sociedad bogotana, ciertamente un hombre pudiente y según se ve en sus narraciones, con un capital social y político significativo, junto a su esposa Magdalena —también profesional— y con participación de sus hijos, “adoptó” o “adoptaron” en el marco de una de sus investigaciones, en su casa, en su barrio y en su vida familiar, por intervalos de tiempo, a uno, dos y finalmente un grupo de 10 *gamines* —esto posiblemente en la década de los sesenta y a inicios de los setenta—, algunos viviendo en la misma casa de él y otros merodeando constantemente por su casa y oficina. Pronto los problemas con otros residentes del sector aparecieron —un sector acomodado—, y uno que otro reclamo tuvo que enfrentar el autor²³⁵, sin embargo, tal como lo visibiliza él, el desprecio de la sociedad capitalina se manifestaba con mayor fuerza en aquel segmento intermedio, pues las señoras de aseo, “sirvientas”, los celadores y los policías eran quienes se mostraban más inconformes con la presencia de los *gamines*, y a quienes más registró Gutiérrez como integrantes de los sucesos problemáticos entre los *gamines* y la sociedad.

²³⁵ “Muchos ejemplos podría dar de los sentimientos paranoides, tanto de estos niños como de aquellos despertados por los *gamines* en la sociedad colombiana. El más notable de estos últimos, cuando el casero nos pidió (de manera muy diplomática como se estila en Bogotá) que me mudaré a otro sitio. Sus razones tenía: el edificio en el cual estaban mi departamento y mi consultorio, desde cuando comenzaron a merodear allí los *gamines*, se volvió un sitio indeseable”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 59.

El autor describe cómo en varias ocasiones se vio obligado a defender a los *gamines* de un policía²³⁶, de una sirvienta o una secretaria. Una de las anécdotas de Gutiérrez refiere al abandono de su “sirvienta” —Sofía— del hogar debido a entrar en tensión con uno de los *gamines* —Álvaro— que se hospedaron en la casa del doctor y a quien ella no pudo aceptar. Respecto a la acción; el abandono, Gutiérrez reflexionaba

Posteriormente he pensado que, favoreciendo a Álvaro frente a Sofía, perdí de vista las circunstancias de esta mujer: cuando entró a nuestro servicio disponía yo del tiempo y la paciencia necesarios para discutir con ella muchos asuntos. Pude así lograr —no sin esfuerzo— que adoptara la actitud que nosotros requeríamos ante nuestros hijos, pues no es la costumbre en Bogotá que las empleadas del servicio tengan verdadera autoridad sobre los niños de la casa. Lograr que ella les dijera por sus nombres y no por el título social de “señorita”, “niño” o “señor” a muchachos de diez o menos años, costó gran trabajo. Solo a base de mostrarle respeto por la manera de pensar de cada cual y nuestro peculiar modo de ser, logramos “igualarla a nosotros”, en el sentido de hacerla sentir con una autoridad educativa sobre nuestros hijos. Supongo que esto la hacía considerarse como un miembro de la familia. Así pues, terciar repentinamente en favor de un niño que no era hijo nuestro —sino un gamín— y quitarle toda autoridad, debió ser para ella un punto menos que incomprensible. (...) El hecho fue que dos días más tarde Sofía arregló sus petacas y le dijo a mi esposa:

Si van a tener a ese muchacho en la casa, yo me voy ahora mismo²³⁷.

Por supuesto, es posible sostener que Gutiérrez y su familia estaban más acostumbrados a relacionarse con los *gamines*, y que el hecho de que el autor no cite constantemente a otros miembros integrantes del círculo social y económico de Gutiérrez como afectados por la

²³⁶ “...las empleadas de mi consultorio o de los psicoanalistas que trabajaban en el vecindario y varias de las sirvientas de las casas de familia de la misma calle, se trabaron con él en una curiosa relación en la que durante meses no se sabía quién asustaba más a quien. —Vieja “sapa”, su secretaria— Decía Juan explicando su resentimiento— me quiere echar el ganso (la gran culpa) de un robo que hicieron ayer en la tienda de la esquina. (...) resultaba que no era cierto el chisme sobre la secretaria: ella no había dicho nada respecto al robo del almacén vecino (...) pero también, ciertamente, ella creía que Gonzales era el ladrón o por lo menos uno de los cómplices del robo”. Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 101.

²³⁷ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 56.

existencia de ellos, no significa que éstos no sintieran repulsión por ellos, los *gamines*, por el contrario, puede que aquel círculo social en sus encuentros con los mismos llegasen a ser más agresivos, a mostrar más desprecio y desconfianza que aquel segmento medio, pues al final este segmento sabía y había experimentado la pobreza, de una u otra forma, era cercano a ella y a quienes la vivían.

Sin embargo, no dejan de llamar la atención las descripciones de Gutiérrez, pues reflejan cómo el nombrado imaginario se hacía parte de una mentalidad social cada vez más amplia, también representada por un segmento medio que veía en los *gamines* lo contrario al ideal social, y con seguridad una amenaza a sus pretensiones y anhelos sociales y económicos. En lo que corresponde a esta investigación, este segmento intermedio y por supuesto los ricos, definitivamente se diferenciarán de los más pobres, y allí de los *gamines*.

A través de la prensa, la radio, la televisión y la escuela, una opinión pública, una cultura urbana va emergiendo, se trata de una voz social, un escenario comunicacional donde ciertos aspectos sociales, políticos, culturales y económicos hacen parte del día a día. Aspectos que alimentan a la sociedad capitalina integrada por los ricos, el segmento intermedio y gradualmente una parte de los estratos sociales más desfavorecidos, sin embargo, distante y extraña a los *gamines*, quienes también continuaban reproduciendo su propia forma de vivir la calle, con una cosmovisión propia. Una cultura especial. Los medios de comunicación de masas tendrán un papel destacado respecto a la emergencia de una opinión pública en el seno de la sociedad capitalina, por supuesto distinta al mundo *gamín*, que se abordará en el segundo bloque de esta pesquisa. Para Zambrano Pantoja

En la construcción de la cultura bogotana, los medios de comunicación y entretenimiento se han constituido en los vehículos más importantes en la formación de una versión de la modernidad urbana que se impone en esta ciudad y en su inserción cada vez mayor en la globalización cultural. “La cultura cotidiana de las mayorías, no solo en las ciudades sino en el campo, en un país tan urbanizado como Colombia, está cada día más moldeada por las propuestas, los modelos y las ofertas culturales de los medios masivos. Por escandaloso que suene, las mayorías latinoamericanas están accediendo a la modernidad no de la mano del libro, no

siguiendo el proyecto ilustrado, sino desde los formatos y los géneros de las industrias culturales del audio visual²³⁸

Ya desde la República liberal entre 1930 y 1946²³⁹ —liderada por el partido liberal que dejaba atrás un gobierno conservador que fue de 1903 a 1930—, el gobierno había entendido el poder de los medios de comunicación de masas. Éste hacía uso de ellos, convirtiéndolos en una de las principales armas para “culturalizar” al pueblo, inscribiéndolo en prácticas y modos de vida modernos, higiénicos y civilizados.

La radio, el cine y la prensa fueron utilizados masivamente para fomentar un tipo de cultura moderna, que librara al pueblo del anquilosamiento en que estaba inmerso, principalmente debido al analfabetismo, que repercutía negativamente en el fortalecimiento de la nación, en la economía, la consolidación de una democracia y las condiciones de salud, esto último por la falta de higiene.

En la primera década del cincuenta y debido a la censura del gobierno, encabezado por el General Rojas Pinilla, posterior al Bogotazo, la prensa no ahonda demasiado en el fenómeno de violencia que se acrecentaba constantemente²⁴⁰, ella presta atención a otros aspectos integrantes de la cultura moderna y urbana que se venía instalando y que, sí o sí,

²³⁸ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 279.

²³⁹ “...la República Liberal (...) fue un intento, tal vez el más importante a lo largo del siglo XX, de organización de un sistema estable de instituciones culturales de gran originalidad en su momento, que incluían el libro, los museos, las escuelas ambulantes, la radio, el cine, lo mismo que un proyecto de vinculación de un nuevo grupo de intelectuales a las tareas de promoción cultural, bien fuera en las academias de alta cultura, bien fuera en los aspectos de divulgación y propaganda... (...se trató) de una “política cultural de masas”, (...donde) “En el campo de la cultura, “social” quería decir con toda precisión que se consideraba la cultura como una fuerza “activa”, y que la educación popular se encontraba una condición de despegue económico, pues el “iletrismo” era una fuerza que ataba la economía a muy bajos niveles de productividad, y la garantía de que, sobre todo en el campo, los derechos laborales mínimos fueran desconocidos y la participación en la vida democrática fuera un imposible. “Social” aplicado a la cultura quería también decir derecho a la participación y al disfrute de los bienes culturales mínimos...” (...) por eso desde el principio se pensó en que el ideal de extender la cultura debería necesariamente apoyarse en recursos de la técnica moderna como eran, y continúan siendo, el cinematógrafo y la radiodifusión. Ver: Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta. Editores, 2012), 29-34.

²⁴⁰ “Durante el periodo 1949-1957, se instauró en Colombia la censura a los medios de comunicación, con el propósito de evitar que las masas conocieran la real situación de orden público y que se hicieran críticas al régimen político, y así homogeneizar la opinión pública”. Ver: Olga Yanet Acuña Rodríguez, “Censura de prensa en Colombia, 1949-1957”, *Historia Caribe VIII*, n° 23 (Julio-Diciembre 2013): 242.

condicionaban y encauzaban el devenir de la ciudad y sus habitantes, por ejemplo la construcción de vías, los automóviles, la moda, las nuevas prácticas sociales, la infancia y los productos comerciales.

Aunque se hable — y se construya insistentemente la imagen— del comunismo y, en los siguientes años, las guerrillas como enemigos de la sociedad, en la realidad más inmediata de la urbe, aquella que se jugaba en la proximidad sensible de la que hablará el sociólogo alemán George Simmel²⁴¹, un otro era construido y llenado constantemente, se trataba del *gamín*, de cierta forma un “enemigo interno” que merodeaba al interior de la ciudad, siendo significado y señalado como una de las causas de la pauperización social, herencia de un pasado maldito que era necesario desterrar, y por supuesto culpable del estancamiento o poco avance de la urbe y en general la nación.

Los medios de comunicación, como ya lo señalara Gerardo Molina anteriormente, fueron el escenario y la herramienta política a través de la cual las elites sociales promovieron e instalaron una visión de mundo y, sobre todo, un espacio de comunicación en el que unas cosas podían circular y otras, aquellas que fuesen en contra del ideal político y social instalado o instalándose, no. Al final, y es que ya en la primera mitad del siglo XX en Bogotá, según Noguera, Álvarez y Castro “...la cultura y los medios mismos también van a condicionar la posibilidad de gobernar (...) la gobernabilidad va a depender también del comportamiento que tenga la opinión pública y ésta estará altamente asociada a los medios”²⁴².

Un terreno público, pero controlado y encauzado, en el que una forma de vida estética y moderna se imponía, rechazando aquellas vidas que, por una u otra razón, no se inscribían en la hegemónica. Las elites sociales y el Estado, a través de los medios, instaron un monopolio comunicacional, cuyo horizonte social estaba y está inscrito en el capitalismo y el comercio²⁴³.

Los medios de comunicación en las democracias modernas y en su relación con el estado son comúnmente nombrados y entendidos como el cuarto poder. El Estado, en este caso el colombiano, como aparato político moderno, aparece escindido en tres poderes —ejecutivo,

²⁴¹ Este concepto se definió en la introducción de este informe.

²⁴² Noguera, Álvarez y Castro, *La ciudad como espacio educativo*, 132.

²⁴³ Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 237.

judicial y legislativo—, sin embargo y debido a la influencia de los medios suele afirmarse que ellos son una suerte de cuarto poder²⁴⁴ en cierta medida dependiente del Estado y hasta cierto punto representante de él, pues éstos operan gracias a él, o están condicionados por él en lo referido a licencias de funcionamiento, libertad de expresión y muchas veces financiación, además de que los mismos suelen expresar, o por lo menos en la temporalidad estudiada, los gustos y anhelos de una élite social.

En la Bogotá de la segunda mitad del siglo XX se encuentran diversos medios: televisión, radio, prensa escrita, editoriales, música, el cine y recientemente la internet. En el caso de esta investigación y en la temporalidad estudiada —1950-1985—, la prensa, el cine, la televisión y la radio ocupan un lugar central, esto sin dejar de lado la publicidad. A través de estos medios en Colombia y por lo menos desde el siglo XIX una idea de sociedad y nación fue promovida y gradualmente integrada en la mentalidad social.

Más allá de las disputas políticas entre liberales y conservadores, menguadas en el periodo abordado gracias al Frente Nacional, los medios de comunicación en el tiempo estudiado y ya desde las primeras décadas del siglo XX, difundieron y reprodujeron un nudo de ideas inscrito en un paradigma modernizador y civilizador, en medio del cual ciertos aspectos referidos a la moda, la higiene, la infancia y el trabajo eran innegociables, al final como se dijo antes, fueron los medios de comunicación de masas los encargados de “democratizar el gusto”²⁴⁵, impulsando un ideal social, una cultura urbana, bogotana, de otra forma un hombre educado en las buenas maneras, limpio, trabajador, bien vestido, un hombre moderno, dinámico y emprendedor, hasta cierto punto un seguidor de Dios y un representante digno de la moral social.

En el campo de la historia y en detalle de la historia privada, hoy es posible encontrar algunos trabajos de investigación que sacan a luz el impacto de los medios en la

²⁴⁴ “El medio actúa como un espejo que refleja la realidad social y, al mismo tiempo, es el lugar en el que se crea ésta”. (...) “La intensa presencia de los medios de comunicación y su influencia ha posibilitado que se profiera mucho sobre su poder y de las funciones y posiciones que ocupan en la dinámica política. Desde definidos como cuarto poder hasta contrapoder, pasando por la influencia que pueden ejercer sobre los decisores públicos como sujetos que manifiestan públicamente las opiniones de los ciudadanos, los mass media son el centro informativo de una sociedad cada vez más compleja”. Ver: Antonio Castillo Esparcia, “Los medios de comunicación como actores sociales y políticos. Poder, Medios de Comunicación y Sociedad”, *Razón y palabra*, http://www.razonypalabra.org.mx/N/N75/monotematico_75/12_Castillo_M75.pdf

²⁴⁵ Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 63.

cotidianidad de los hogares colombianos. En la compilación de Jaime Humberto Borja y Pablo Rodríguez Jiménez, por el momento el más detallado trabajo de investigación histórica respecto a la vida privada en Colombia en el siglo XIX y XX, titulada *Historia de la vida privada en Colombia*²⁴⁶, publicada en dos tomos, se encuentra para el siglo XX los abordajes investigativos de algunos autores, quienes visibilizan el impacto de los medios de comunicación en el devenir de una cultura urbana.

Por ejemplo el trabajo de Mara Viveros, titulado “Relatos e imágenes del amor en la segunda mitad del siglo XX”²⁴⁷, quien estudiando el sentimiento amoroso en la cultura colombiana en la segunda mitad del siglo XX, destaca el papel de los medios a través de la televisión, la publicidad y la literatura en la ideación y vivencia del amor, en lo que correspondía de esto al hombre y la mujer, respondiendo a un ideal estético, higiénico, moderno, anclado en la idea de familia tradicional —hombre, mujer, hijos—, también el trabajo de Luisa Acosta, titulado “Televisión y vida privada en Colombia”²⁴⁸, que para el caso de esta investigación resulta clave, pues analiza y saca a luz la influencia cultural de los medios comunicativos, especialmente la televisión en las relaciones íntimas y familiares, pues éstos, gracias a una programación determinada no solo en contenidos sino en horarios, modelaron el día a día de los colombianos y por supuesto los integrantes de la sociedad bogotana, es decir, condicionaron el uso del tiempo —horas que se ven los programas, las novelas, los noticieros—, del espacio —el lugar del televisión en la sala, la familia reunida en ella, todos comen mientras ven televisión— y por supuesto los gustos.

Sobre lo anterior habría que prestar atención a la publicidad o industria publicitaria. Se trata de un terreno poco explorado en el campo de la historia de la infancia en Colombia, sin embargo, una variable decisiva en la promoción y fortalecimiento de una idea de sociedad y de infancia. A través de la publicidad referida a productos para la infancia, la mujer y la familia, por ejemplo productos alimenticios, ropa, juguetes, pañales, entre otros, diversas empresas e industrias con seguridad promovieron sus productos teniendo por eje una idea

²⁴⁶ María Cristina Pérez Pérez, “Historia de la vida privada en Colombia”, reseña de “Historia de la vida privada en Colombia. 2 Vols.”, por Jaime Humberto Borja y Pablo Rodríguez Jiménez, *Historia Crítica*, (2009): 331-336.

²⁴⁷ Mara Viveros Vigoya, “Relatos e imágenes del amor en la segunda mitad del siglo XX”, in *Historia de la vida privada en Colombia*, dirs. Jaime Borja Gómez y Pablo Rodríguez Jiménez (Bogotá: Taurus, 2011), 303-336.

de infancia hegemónica, un público ahora diferenciado, que gracias a la publicidad en sí se reproducía y fortalecía. Esto en un momento, la segunda mitad del siglo XX en Colombia y en Bogotá, donde la industria publicitaria se robustecía y se consolidaba como un campo profesional²⁴⁹, con saberes, estrategias y conocimientos de mercado propios, en sintonía con los avances y tendencias internacionales en lo referido a la publicidad en sí.

En la segunda mitad del siglo XX, propaganda publicitaria pagada por diversas empresas, por ejemplo La Federación Nacional de Cafeteros, que impulsando el consumo de café, también promovía una idea de infancia y de familia, o la publicidad de Noel —fundada en 1916—, empresa colombiana productora de galletas y dulces, entre otros, orientada hacia la población infantil y que presentaba publicidad donde los niños y niñas representantes del ideal social de infancia, niños limpios y ordenados, aparecían en los comerciales o las empresas de cosméticos y prendas femeninas, por ejemplo Leonisa, Smart o Party House, donde una idea de mujer y estética era promocionada, todo esto y más merece atención, requiere de un estudio a profundidad²⁵⁰.

Sobre lo anterior y como se ha venido sosteniendo, las élites sociales desde finales del siglo XIX y principios del XX fomentaron una idea de sociedad y urbanidad que pasaba por la apariencia, los buenos modales y el habla. Los manuales de urbanidad cumplieron un papel

²⁴⁸ Luisa Fernanda Acosta Lozano, "Televisión y vida privada en Colombia", en *Historia de la Vida privada en Colombia* (Colombia: Editorial Santillana, 2010).

²⁴⁹ “Este periodo en que Bogotá crecía rápidamente e iniciaba un importante proceso de expansión y modernización, también se caracterizó por la contratación de extranjeros para ejercer los cargos altos en las nacientes agencias de publicidad, a la vez que transnacionales como McCann-Erickson hacían su entrada. De forma paralela, se fortaleció la radiodifusión en Colombia: RCN y Caracol incursionaron en el medio, lo que generó otras formas de divulgación de mensajes; esto supuso nuevos retos para las agencias entrantes. Precisamente, fueron técnicos extranjeros quienes vinieron a fortalecer las agencias en el campo de producción que se abría en la radio” (...) “Las multinacionales hicieron alianzas con las agencias locales, lo que no implicó, necesariamente, que las familias que por generaciones detentaron su agencia salieran del negocio. Muchos de los publicistas que ejercían sin ostentar el título profesional decidieron viajar al exterior para acreditar su desempeño en el oficio. A esto se sumaron transformaciones importantes, como la incursión de la televisión en 1954 y la creación, en 1955, de la empresa Televisión Comercial Ltda”. Ver: David García, Mauricio Montenegro, Fernando Astaíza y Carlos Martín, “El campo publicitario colombiano: entre los imaginarios y las condiciones objetivas”, *Nómadas (Col)*, n° 36, (abril 2012): 258.

²⁵⁰ Como se referenció en la introducción, en el sitio web youtube se encuentra un canal a nombre de “Toro publicidad”, al parecer una agencia de publicidad. Allí se encuentran variedad de comerciales presentados en tandas que van de 1958 a 1968, o de 1968 a 1978. Un valioso archivo audiovisual que merece un dedicado estudio.

importante en este escenario²⁵¹, pues se constituyeron en guías de comportamiento social que los habitantes urbanos seguían de cerca.

Con el paso de los años, como se verá en el siguiente capítulo, la diferenciación social por medio del habla y la apariencia entre los *gamines* o aquellos señalados como pobres y los ricos -estos últimos junto a un segmento intermedio, puede una “clase media”- no disminuyó, por el contrario, tendió a fortalecerse más, sobre todo en lo referido a la apariencia. Esto debido a la aparición de la televisión²⁵² y por supuesto el cine, las publicaciones a color y la atención puesta bajo el lente modernizador en el vestido, en cómo se visten los individuos y cómo este aspecto era un indicador de modernidad y estética.

Debido a los medios comunicativos, la ciudad se convierte al decir de Zambrano Pantoja²⁵³ en una “comunidad imaginada”, “cuya existencia virtual depende de su capacidad de comunicación y representación”, en la que emergió la necesidad de construir una cultura urbana, con valores universales y homogénea, detalle que pasaba y siempre pasará por las formas de vestir, de hablar, de comportarse.

Al respecto y en relación el vestido, destaca algunos años antes, entre los treinta y cuarenta, la intención modernizadora de Jorge Eliecer Gaitán, quien instó a diversos colectivos de trabajadores, por ejemplo, los conductores de buses a portar un uniforme²⁵⁴. En lo

²⁵¹ “Si en la primera mitad del siglo XX los manuales de urbanidad se constituyeron en los instrumentos para moldear al ciudadano que necesitaba una ciudad que entraba a la modernidad, desde mediados de este siglo la prensa, la radio y, en especial, la televisión, son los encargados de transmitir los valores y construir los modelos de comportamiento, tanto públicos como privados. Los medios masivos de comunicación se han constituido en los agentes socializadores de nuevas pautas de lectura y comportamiento de los urbanistas en el espacio público. Los medios de comunicación se convirtieron en los transmisores de nuevos comportamientos y el espacio público en el lugar donde ese escenifican nuevos valores”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 279.

²⁵² En la vida cotidiana la llegada de la radio y el cine significó cambios radicales. La cultura moderna, proveniente de los Estados Unidos, entra con fuerza en la ciudad. Ritmos como el foxtrot, el ragtime y el tango sustituyen los valeses, mazurcas y polcas; en esto el papel del cine, acompañado de orquestas, es importante. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 59.

²⁵³ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 280.

²⁵⁴ De los treinta a los cuarenta en Bogotá, “Políticos, como Jorge Eliecer Gaitán, inician campañas de culturalización de las costumbres. Desde la alcaldía legisla el cambio de alpargatas por zapatos entre los obreros del municipio. Establece el uso de delantales y gorros para las marchantas del mercado. Intenta uniformar a los choferes públicos de la capital (...) Para entonces ya había establecido las conferencias semanales conocidas como Viernes Culturales. Además, la industrialización y los nuevos métodos de comercio —en especial la venta a crédito de telas y ropas puerta a puerta— introducida por los inmigrantes judíos, llamados polacos; así como por los palestinos y libaneses, llamados turcos, contribuyeron a cambiar la vestimenta de Bogotá, iniciando

correspondiente a la infancia no se puede dejar de lado el papel de la escolarización y el uso del uniforme, una prenda distintiva y diferenciadora respecto a los *gamines*, pues desde décadas atrás la idea de niño estará asociada a la escuela, y si en principio esto solo correspondía a los hijos de padres pudientes, gradualmente sobre todo en la época de los cincuenta y sesenta, beneficiará también a los hijos de los estratos sociales más bajos.

Respecto al papel de la escuela en el imaginario de infancia y allí la relación con el problema de los chinos de la calle, es necesario destacar que el proceso de escolarización —aumento en cobertura educativa, creación de nuevas escuelas y nuevas plazas para docentes—, como se profundizará a continuación, realmente tuvo su auge en la época de los cincuenta²⁵⁵. Efectivamente el imaginario de infancia incluía a la escuela como una de las instituciones a cargo de ella, sin embargo, una cosa es la idea y otra la concreción en la realidad social, aquella que solo tendrá lugar en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, donde el aumento de niños y niñas en la escuela fue una realidad, y por ende mayores facilidades para que la población en su cotidianidad, incluso aquella de menores recursos, pudiese matricular a los niños y niñas en la escuela.

Empero, desde años atrás la escuela en tanto institución moderna articulada sí o sí al ideal de infancia, ya venía haciéndose parte de los esfuerzos institucionales, políticos y culturales a través de los cuales un sector de la población capitalina se diferenciaba de otro gracias a ideales modernos, civilizatorios y estéticos que los orientaba y que acentuaban la idea del niño como futuro de la nación, y según se expresaba en el discurso pero aún no en la realidad, un conocedor, con intereses propios necesitados de orientación adulta, un maestro. Ahora, una institución que desde principios del siglo XX en Bogotá propició la diferenciación social entre ricos y pobres, entre niños o infancia rica e infancia pobre, escribe Herrera Beltrán²⁵⁶

con ello la democratización del paisaje social urbano, puesto que el vestido dejó de ser el uniforme de la distinción social”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 60.

²⁵⁵ Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*.

²⁵⁶ Claudia Ximena Herrera Beltrán. “La infancia en la historia de la pedagogía en Colombia”, en *Lecciones de historia de la pedagogía en Colombia. Escuela, maestro e infancia (s)*, eds., Carlos Noguera, Alejandro Álvarez y Claudia Herrera Beltrán (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Cooperativa Editorial Magisterio, 2016), 193.

Entrado el siglo XX el movimiento de la nueva educación o escuela nueva irrumpe para decir que el niño es el (...) futuro de la nación. De la educación que reciba depende el futuro de la sociedad. Ese nuevo estatuto le asigna al infante el lugar del saber, le designa como potente, conecedor, necesitado de guía pero desde sus intereses (...) Sin embargo (...) la escuela fue el lugar en que las diferencias de clase se legitimaron, en tal sentido el proceso escolarizador produjo para este momento del siglo XX una diferenciación general entre infancia rica e infancia pobre. (...) La infancia rica estuvo asociada con los eventos sociales y culturales más celebres, la infancia pobre, con la mendicidad, el trabajo infantil y la reclusión en hospicios y albergues.

De esa forma, ya desde la primera mitad del siglo XX se va estableciendo la división entre el niño moderno, el niño que es niño debido a que está en la escuela, y el que no lo es, es decir, el chino de la calle, posteriormente el *gamín* o el niño pobre, pues no va a ella y, seguidamente, en la cotidianidad de la ciudad, en sus calles, no porta un uniforme —o aquel “uniforme” o forma de vestir que lo caracteriza es distinto—, a diferencia de quien sí lo porta, el niño uniformado y escolarizado, aquel integrante de una sociedad moderna, diferenciada en sus roles sociales y en esta vía en su apariencia, su estética, como correspondía según se puede imaginar en el pensamiento de Jorge Eliecer Gaitán, para quien la modernización de la ciudad pasaba por la distinción de los roles en ella, entre otras, mediante el uniforme.

El cine ocupa en lugar especial en la Bogotá del siglo XX. Desde sus inicios captó la atención de un público masivo, fue visto como una opción de entretenimiento, hijo de las nuevas industrias comunicativas, y en esa línea algo bueno, que ahora integraba parte de las prácticas urbanas, sin embargo, no estuvo libre de críticas y objeciones, pues, a diferencia de los libros, el cine era más persuasivo, entraba y posiblemente seducía gracias a lo audiovisual a los individuos, por supuesto insertaba de manera sutil y contundente en la mentalidad social ideas y prácticas nuevas, no necesariamente relacionadas con los hábitos tradicionales que caracterizaban y orientaban a la sociedad bogotana de inicios del siglo XX.

Este era visto por la sociedad hegemónica como un arma de doble filo, que podría y de hecho, como muchas veces fue denunciado, irse contra ellos mismos, en la medida en que impulsaba ideas que desacomodaban el ideal social basado en las buenas costumbres y la moral; sin embargo, el cine a la vez que la radio y posteriormente la televisión, fueron utilizados como instrumentos educativos y culturales, capaces de transmitir y educar a grandes capas de la población, en este escenario la República Liberal de 1930 a 1946²⁵⁷ es un buen ejemplo.

Los medios comunicativos también se harían —y de hecho lo hicieron— parte de los instrumentos civilizatorios y modernizadores a través de los cuales se propagó una idea de cultura, de higiene, de educación. Y es que allí, correspondiéndose o no con las luchas institucionales y políticas en pro de un ideal de hombre y de infancia, también, se vendía una idea de hombre, necesariamente alejada de esa forma de vida *gamín*, caracterizada por la suciedad, el delito y la vagancia.

En gran parte del siglo XX, la iglesia, la escuela y la familia acogieron en su seno la responsabilidad de educar e insertar a los niños y niñas a la sociedad, la cultura moderna, civilizada e higiénica; sin embargo, los medios comunicativos y de masas irrumpieron con fuerza, generando infinidad de tensiones y desacuerdos, de cierta forma estas instituciones comenzaron a defenderse de ellos, a señalarlos como uno de los culpables de lo no alcanzado respecto a los ideales sociales, un obstáculo en el camino que dificultaba el progreso social. De esta forma, gradualmente se le asigna a la familia, la iglesia y la escuela el deber de proteger a los niños y niñas de este flagelo. En lo referido a los *gamines*, para muchos, los nuevos medios comunicativos eran responsables de las nuevas prácticas y estrategias delictivas que éstos presentaban²⁵⁸, pues entre las prácticas y rituales de los chinos de la calle —*gamines* en los cincuenta— como se visibilizará y profundizará más

²⁵⁷ Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular*, 29- 34.

²⁵⁸ “...el cine tuvo que enfrentar francas resistencias de la sociedad en la cual se estaba acomodando. La censura fue, de hecho, el mecanismo que más explícitamente se enfrentó al cine. Muy desde el comienzo se escucharon voces que reaccionaban en contra de lo que consideraban un fenómeno de marcada influencia sobre la vida de los individuos. Don Marcelino Uribe Arango se quejaba en la prensa (1912) de que el cine corrompe las costumbres, a ello se debe “la cuadrilla infantil de veinticuatro niños rateros, en su mayor parte limpiabotas, que apareció en Bogotá en 1912, con sus jefes y reglamentos, y sus métodos aprendidos en el cine”. Ver: Noguera, Álvarez, y Castro, *La ciudad como espacio educativo*, 107.

adelante, acostumbraban a ir al cine, disfrutaban las películas de vaqueros, de romances, leer comics o historietas²⁵⁹... y según la sociedad, ahí aprendían todo lo malo que de ellos venía²⁶⁰.

Gradualmente la escuela se convierte en un arma defensiva. Una institución que no solo promueve y se abastece de un imaginario de infancia, aquel que alimenta y reproduce su existencia, semilla del progreso y bienestar que orienta a la sociedad, sino que además, y en el caso particular de Bogotá y Medellín, defiende. Ella existe y es utilizada como “arma social” en contra de las amenazas que la ciudad, y allí los nuevos escenarios culturales dispuestos por el cine, la radio y la televisión y por supuesto los *gamines*, representaban.

El énfasis y el interés manifiesto por resaltar la dimensión preventiva de la educación, en muchos de los escenarios de Medellín y Bogotá, es sinónimo de *defensa social*. (...) La vía de la escuela, como “...taller modelador de la sociedad venidera” y formadora de hábitos, bastión contra los vicios y eje para la creación de reactivos morales, será uno de los estandartes con los cuales conservadores y liberales, empresarios, comunidades eclesiásticas y Estado justificarán su acción social. Sea cual sea la posición ideológica o política, los argumentos en pro de la escuela indican una responsabilidad que es justificación social: “...a la institución escolar corresponde aprovechar las buenas disposiciones y contrarrestar la acción maleante del medio, mirando no solo al estado actual sino al venidero”.²⁶¹

²⁵⁹ “Historietas cómicas y delincuencia juvenil”, *Revista Policía Nacional de Colombia*, n° 108 (Noviembre -diciembre 1964): 26-27.

²⁶⁰ “Se considera al cine como el responsable del aumento de la criminalidad infantil por ejercer influencia en la psiquis del niño y dejar en él hondas e inmodificables huellas que van a tener influencia en su vida futura”. Ver: Emma López López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil* (Tesis para optar el título de doctora en Ciencias Jurídicas, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1962), 28. Otro autor escribía: “Nuestros gamines encuentran fáciles ratos de esparcimiento “colándose” a los cinematógrafos de peor categoría; demostraciones palpables tenemos en los alrededores de San Victorino, la Plaza de Mercado, Parque de los Mártires y otros sitios que sería prolijo enumerar. Allí encuentran el influjo corruptor de ese cine descrito anteriormente; allí termina de corromperse la mentalidad infantil, entre la pestilencia del ambiente, el léxico del hampa y la prostitución, el aspirar de colillas de cigarrillo y la más aberrante descomposición social”. Ver: Ernesto Cadena Acero, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, *Revista Policía Nacional de Colombia*, n° 108 (Noviembre- Diciembre 1964), 59.

²⁶¹ Antonio Duque, citado y comentado por: Noguera, Álvarez, y Castro, *La ciudad como espacio educativo*, 153-154.

En esta perspectiva no es extraño que a los *gamines* se les nombre como “estados peligrosos”, “enemigos de la sociedad”²⁶², pues a todas luces eso representaban para ella, o para las elites que no solo se protegían a sí mismas, sino a una población que aunque pobre sería la materia prima del mañana, la mano de obra necesaria e indispensable en el crecimiento social, el futuro de la nación, una masa de individuos que no se podían dejar perder, a los que había que proteger del contexto, del ambiente que los rodeaba.

La escuela, un arma que busca salvar a la infancia del medio ambiente en que nace y es socializada, una institución que busca encerrar en su interior a los infantes y adolescentes y de esa forma asegurar a las nuevas generaciones, pues el solo hecho de que un niño o niña estuviese en la escuela, de cierta forma garantizaba la emergencia de un ciudadano de bien, o por lo menos uno que se le quitaba a las manos de la delincuencia, la vagancia e inmoralidad. Al respecto comentan Noguera, Álvarez y Castro:

...la escuela sigue siendo la tabla salvadora con respecto a la cuestión social. Para los años analizados en el presente trabajo (1930-1956), la hipótesis escolar planteaba que una vez ingresaba el niño o el trabajador a un plantel educativo, sin mayores méritos ni competencia o afectado moralmente, una vez que salía de allí, después de varios años, lo hacía como un ciudadano dispuesto a enfrentar los retos y exigencias del mundo. Así se encuentra expresado por Elías García, un alumno de tercer grado del Instituto Obrero de Medellín: “Un obrero que antes de ingresar al plantel era un hombre sin méritos competentes para vivir en una sociedad culta, años después sale de él vuelto un ciudadano distinto”²⁶³.

1.8) Escolarización y educación en y de la infancia en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá

Para Martínez Boom la escuela aparece en Colombia como producto de un interés por controlar a la población, aquella de niños y niñas errantes y sin oficio, de vagos y

²⁶² Antonio Acevedo Villamizar, *Los estados antisociales. Vagancia, malvivencia y ratería* (Tesis para optar al título de doctor en ciencias económicas y jurídicas, Universidad Pontificia Javeriana, 1954)

mendigos, hijos de la pobreza y la miseria, y posteriormente, tras las guerras de la independencia, huérfanos y abandonados²⁶⁴. Ciertamente la educación no era para los pobres, sino y en el mejor de los casos para la aristocracia del país.

Sin embargo, gracias a un imaginario de modernidad y civilidad que promovía la educación como uno de los bastiones del crecimiento social, a la inserción del país en el escenario internacional del capitalismo y el giro en los intereses de los elites económicas y políticas, gradualmente hubo cambios, y tras ocupar por varias décadas los últimos lugares en las estadísticas referidas a la escolarización en Latinoamérica, es precisamente en los años cincuenta del siglo XX donde Colombia parece despegar.

Si la historia de la escuela en Colombia en el siglo XVIII y XIX tiene en sus orígenes un débil lazo con la historia de la infancia, o con la idea de que todo niño—sin importar que fuese pobre o no— necesariamente debe estar en la escuela —y no solo para ser controlado—, con el paso de los años, esta idea se fortalecerá, y aparecerá como el dúo inherente a las luchas por la educación y la masificación de la escuela y la educación en el país, sobre todo en el siglo XX y más aún en la segunda mitad de él.

Para muchos de los escritores, políticos y pensadores durante varias décadas, la idea de que un niño no estuviese en la escuela hacía ruido, pues posiblemente ese niño o los miles de niños y niñas que no estaban en ella por una u otra razón, terminarían siendo un caldo de cultivo para la vagancia, la delincuencia, la ignorancia, la violencia²⁶⁵ y, en suma, la

²⁶³ Noguera, Álvarez y Castro, *La ciudad como espacio educativo*, 157.

²⁶⁴ “La escuela nace para los pobres. En sus inicios, más que un lugar para ejercitar las “bellas artes de leer y escribir” es un espacio de reclusión donde a los niños y niñas recogidos de la calle se les inculcarán máximas morales, se les imponen unas prácticas de policía y se les forma en oficios que les habiliten para ser útiles a la República. (...) la función primera de la escuela es más de orden político y moral que de enseñanza o educación. Esto se expresaba, en términos de la época, con la siguiente máxima: la escuela es el principal ramo de la policía”. Ver: Alberto Martínez Boom, “Pobreza, policía y niño en el surgimiento de la escuela pública en Colombia”, in *La escuela frente al límite. Actores emergentes y transformaciones estructurales. Contingencia e intereses*, Comps., Narodowski Ospina y Alberto Martínez Boom (Buenos Aires: Noveduc, 2006), 25-26.

²⁶⁵ “Es ilustrativa la posición de Alberto Lleras Camargo en 1954 quien identifica la falta de educación tanto de las clases menos favorecidas como de las clases dirigentes como una de las causas de La Violencia: “La insurgencia de presiones brutales, la crueldad que caracterizó a esta época recientísima de nuestra historia, no habría prendido tan fragosamente sobre una nación educada, sobre un país civilizado [...] La insensibilidad que se apoderó de buena parte de las antiguas clases dirigentes ante la tremenda gravedad de la violencia es también otro síntoma de la defectuosa educación, aún en las más altas jerarquías de la inteligencia. Fallaron los sistemas

pobreza. En la primera mitad del siglo XX, el panorama respecto a la escolarización de los niños y niñas es desalentador, empero, para la segunda mitad del siglo las cosas cambian²⁶⁶.

Al inicio de la segunda mitad del siglo XX se produjo el despegue de la expansión educativa en Colombia. Desde 1950 y hasta mediados de los setenta los indicadores de la educación sufrieron una mejora nunca antes vista. El crecimiento de los alumnos matriculados tanto en primaria como en secundaria fue muy superior al crecimiento de la población durante el período. Tanto en primaria como en secundaria, los crecimientos anuales promedio observados en la década de los 50 y los 60 fueron los más altos del siglo, sólo con excepción de los observados a principios de siglo en primaria. En matrícula primaria, los crecimientos promedio anuales para estas dos décadas fueron de 7.7% y 6.9%, respectivamente y en matrícula secundaria de 12.4% y 13%. El país mejoró significativamente la relación alumnos en primaria a población total al pasar de 7.2% en 1950 a 17.0% en 1976²⁶⁷.

Este cambio se abastecía de la idea de la infancia, del niño como integrante de la escuela. Era a su vez producto de una necesidad social, política y económica, pues la ciudad, el país, se insertaba cada vez más en un modelo social global que requería individuos cualificados, profesionales y personas formadas en diferentes oficios ciertamente, pero algunas habilidades en común, por ejemplo, la escritura, la lectura y el manejo básico de algunas operaciones matemáticas, también el manejo de la máquina de escribir y posteriormente el computador. Cada vez más, los oficios pasaban por el dominio de un conocimiento que

educativos complementarios, fallaron el hogar y la educación moral y religiosa de Colombia. Ése es un hecho histórico.” (Alberto Lleras Camargo en el Tiempo, citado por Helg (1989)). Ver: Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*, 45.

²⁶⁶ “El avance en la cobertura bruta en primaria es indicativo de este despegue en la educación colombiana. Es en 1970 que Colombia logra una tasa de escolaridad bruta (TEB) en primaria del 100% para niños entre 7 y 11 años cuando en 1951 la cifra era del 54.5%. A pesar de las deficiencias que este indicador tiene por los fenómenos de extraedad su mejora substancial es indicativa. Por su parte, la tasa de escolaridad bruta para educación secundaria sigue siendo muy baja a pesar de su mejora significativa durante el período, la TEB subió del 6.2% en 1951 al 36.3% en 1976. El nivel de educación promedio de la fuerza laboral urbana aumentó de 4.2 años en 1951 a 6.3 años en 1976. Sin embargo, la eficiencia de la educación primaria continúa siendo muy baja al retener en promedio durante los años setenta sólo el 27% de los alumnos que ingresan y tener tasas de repitencia promedio del 17% (MEN, 1986). Ver: Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*, 50.

²⁶⁷ Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*, 43-44.

tenía su raíz en la escuela, quien depositaba las semillas necesarias para que un individuo pudiese ocupar los nuevos roles sociales, ahora urbanos, alejados de aquellos oficios rurales transmitidos de padres a hijos mediante la imitación.

Sobre lo anterior la relación niño-escuela no respondía solo a un fin moderno y filantrópico, libre de intereses económicos y políticos, por el contrario, respondió también a una necesidad histórica, hija del sistema político y económico que reclamaba mano de obra cualificada, capacitada para los nuevos oficios. En todo caso, aquel dueto escuela/ niño era bien recibido por la mayoría de la población, pues, se asumía, y de cierta forma era cierto, que aquel que estudiaba tendría un mejor futuro al menos económico y social, que aquel que no.

Por todo lo anterior, los decretos y resoluciones hacían uso de esta dualidad, a través de ella expresaban los intereses no solo de una elite social, sino de una población convencida ya de que la única manera de ascenso social legítimo y honesto era la escuela: estudiar. Por ende los esfuerzos del Estado por aumentar la cobertura educativa respondían a un ideal moderno, reclamado no solo por los políticos e intelectuales, sino en general por las mayorías.

En las primeras décadas, este interés se vería reflejado en la ampliación de la cobertura educativa principalmente en la escuela primaria, o los primeros años de estudio. Para 1963, se establecían una serie de objetivos “primordiales”, donde el desarrollo del niño en el horizonte de una cultura moderna pasaba por la educación racional, moral, higiénica, política e incluso estética. Así en el Decreto 1710 de 1963 “por el cual se adopta el Plan de Estudios de la Educación Primaria Colombiana y se dictan otras disposiciones”²⁶⁸, se desplegaban los siguientes objetivos en beneficio del niño, la infancia:

- Contribuir al desarrollo armónico del niño y a la estructuración de su personalidad, esto último por la estimación de los valores de la cultura, la formación y el

²⁶⁸ República de Colombia, Decreto número 1710 de 1963, (DIARIO OFICIAL NÚMERO 31169 sábado 31 de agosto de 1963) https://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-103714_archivo_pdf.pdf

afianzamiento del concepto cristiano de la vida y de los principios de libertad y democracia, factores decisivos en la evolución de la nacionalidad colombiana;

- Dar al niño una formación integral básica, mediante el dominio de los conocimientos y las técnicas elementales como instrumentos de cultura, y capacitarlo para que pueda ampliar dichos conocimientos y perfeccionar sus habilidades;
- Formar en el niño hábitos de higiene, de protección de la salud, de utilización adecuada de los recursos del medio y de preservación y defensa contra los peligros, a fin de lograr la elevación del nivel de vida;
- Proporcionar al niño oportunidades para que mediante la observación, la experiencia y la reflexión (sic), asuma actitudes que le permitan alcanzar una concepción racional del universo y desterrar supersticiones y prejuicios;
- Capacitar al niño para una vida de responsabilidad y de trabajo, de acuerdo con las aptitudes y vocaciones individuales, los recursos naturales y humanos y las técnicas modernas, para que sea útil a sí mismo y a la sociedad;
- Preparar al niño para el empleo adecuado del tiempo libre, mediante el aprovechamiento de servicios y elementos culturales y la práctica de manualidades, deportes y recreaciones útiles;
- Estimular en los educandos en sentido de apreciación de los valores estéticos, valiéndose de los medios de expresión que fomenten la sensibilidad artística, y
- Procurar el desarrollo de la conciencia de la nacionalidad, el espíritu de convivencia, de tolerancia y de respeto mutuo, y el sentido de solidaridad con todos los pueblos del mundo.

Gracias a este tipo de acciones legislativas, y el interés político y económico detrás de ellas, hubo un aumento de instituciones educativas. Cada vez más, las condiciones estructurales e institucionales mejoraban y hacían posible la materialización del imaginario de infancia, aquel donde el niño tenía como segundo o primer hogar la escuela. Las posibilidades de que todo niño y niña estudiase se iban ampliando, así desde los años cincuenta y hasta los setenta, los indicadores educativos crecieron notablemente²⁶⁹, el número de alumnos

²⁶⁹ “Los progresos en el número de alumnos matriculados se dieron tanto en primaria como en secundaria. Durante este período los alumnos matriculados en primaria aumentaron de 808.494 en

matriculados tanto en primaria como en secundaria, docentes y establecimientos educativos también lo hizo, a un ritmo “nunca antes visto”²⁷⁰.

Interesa destacar en este escenario cómo gradualmente en la ciudad y en el país el imaginario hegemónico de infancia se iba materializando. Las instituciones educativas en aumento y operando, mayor número de docentes y, por supuesto, de estudiantes hacen parte de un escenario cultural cada vez más asentado. Un escenario cultural donde esos otros niños y adolescentes que no estaban en la escuela, que merodeaban y habitaban las calles, a quienes se les reclamaba el no estar en esta institución, a quienes se les exigía ir a ella, también a quienes se les encerraba en ella o instituciones similares en los fines educativos, destacaban. Aunque, y ya por el tipo de institucionalidad, de cultura que caracterizaba a estos menores, posteriormente escapaban.

A pesar de que las tasas de deserción escolar eran altas, en lo que corresponde a este trabajo resulta importante el hecho de que los niños cada vez pudiesen ir a la escuela, afianzando así el ideal de infancia, que también pasaba, como se dijo antes, por el uso del uniforme para ir a ella. En esta perspectiva y en el escenario más cotidiano, aquel donde las personas transitaban y vivían el minuto a minuto de la vida social, para los habitantes urbanos inscritos en el ideal social, era posible diferenciar y basándose no solamente en anhelos o ideales, al niño escolarizado, uniformizado respecto a un otro, sin uniforme, sin escuela, sin maestro, con otros saberes y otra forma de vivir y ver la vida, un *gamín*.

En una vía cercana a la escuela, en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, en detalle en la época de los sesenta y setenta, hubo diversas instituciones a cargo de los niños en situación de calle, o incluso los menores infractores, de esta forma y en respuesta al marco legislativo que regulaba el trato a los menores capturados, sumado a las tradicionales

1950 a 4.223.959 en 1976 y en secundaria aumentaron de 77.311 a 1.418.091 en el mismo período. El aumento en el número de alumnos matriculados en primaria se dio proporcionalmente tanto en los establecimientos públicos como en los privados de tal forma que a la oferta de cupos de los establecimientos oficiales se mantuvo en niveles cercanos al 85% de la matrícula total durante todo el período. En secundaria, por el contrario, la matrícula en establecimiento públicos aumento más que proporcionalmente y pasó de ofrecer el 42% de la matrícula total en 1950 al 53% en 1976. Esto último responde tanto a una política activa de los gobiernos del Frente Nacional multiplicar los establecimientos públicos de educación secundaria como a la intensificación del uso de la doble jornada en los establecimientos oficiales”. Ver: Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*, 48.

²⁷⁰ Ramírez y Téllez, *La educación primaria y secundaria en Colombia*, 3.

instituciones que atendían a estos niños y niñas, se encontraban los Centros de Observación, estos centros o casas existían en respuesta al artículo 20 de la ley de 1946²⁷¹. En la capital, éstos eran orientados por las Reverendas Hermanas del Buen Pastor, uno de ellos, solo para población femenina, era el Instituto Politécnico de San Juan Eudes. Un establecimiento dividido en secciones de observación, educación y rehabilitación. Con capacidad para albergar cuatrocientas treinta niñas. Otro, era el Centro de Observación “La Providencia”²⁷². También se encontraban las Escuelas Hogares²⁷³, por ejemplo entre Madrid y Bojacá una de ellas; la “Ciudad del Niño”, cuyo cupo era de trescientos ochenta, finalmente las Escuelas de trabajo²⁷⁴.

En la capital la Escuela de Trabajo “Antonio Ricaurte” con cupo para cuatrocientos cincuenta, a su vez la Escuela de Trabajo “El Redentor”, fundada en 1950, cuyo cupo de trabajo era de doscientos. Finalmente, al parecer en las afueras de Bogotá, El Aserrio, un orfanato perteneciente a la Beneficencia de Cundinamarca. También en la urbe capitalina funcionaba la institución El Amparo de Niños, dirigido por el Reverendo Padre Castillo²⁷⁵. En los setenta se encuentra el programa Bosconia –“La Florida”, un proyecto del Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y de la Juventud —IDIPRON—, programa creado y dirigido desde 1967 por el Padre Javier de Nicoló, quien dedicó varias décadas de su vida a la integración de la población en situación de calle, adolescentes y niños, los *gamines*. Se

²⁷¹ “...cuya finalidad no es corregir al niño sino estudiarlo, que funcionará independientemente de las escuelas-hogares, escuelas de trabajo o reformatorios especiales”. (...) “En la casa de observación, y por un término máximo de 90 días, se estudiará al menor integralmente en sus aspectos fisiológicos, mental y moral y en sus reacciones individuales y sociales, y se consignarán las observaciones en una ficha que habrá de terminar con un dictamen sobre el tratamiento médico-pedagógico que deba aplicarse al menor” (...) De acuerdo con el artículo 19 de la misma ley ingresan a estas casas los menores que se encuentren en estado de abandono y de peligro moral o físico; o el que se encuentre acusado de infracción penal y existir por lo menos contra él “una declaración de testigo que ofrezca serios motivos de credibilidad conforme a las reglas de crítica del testimonio, o graves indicios de que es autor o participe de la infracción...”. Ver: López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 60.

²⁷² López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 61-62.

²⁷³ “Las escuelas-hogares son establecimientos de reeducación en que un pequeño número de corrigendos se confía a la dirección de un matrimonio experto en educación de anormales de carácter y en donde prima un régimen estrictamente familiar”. Ver: López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 63.

²⁷⁴ “Las escuelas de trabajo y las granjas agrícolas para menores son establecimientos de reeducación, en donde los menores destinados a ellas por los Jueces de Menores están sometidos a un tratamiento de reforma, con una orientación hacía las industrias, o hacía la agricultura y la ganadería”. Ver: López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 64.

dice que a través de sus casas y bajo sus postulados educativos se integraron al menos 40.000²⁷⁶ u 80.000²⁷⁷ niños y adolescentes. Esto desde los años setenta hasta el día de hoy. Murió en marzo del 2016 en Bogotá.

1.9) A modo de cierre

En este capítulo se presentaron aspectos históricos, políticos y culturales referidos a la historia de los chinos de la calle desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, con algunos acercamientos a la segunda mitad del siglo en los temas políticos, sociales y económicos referidos a la ciudad y la historia nacional, aquellos indispensables en el entendimiento del escenario en el que los *gamines*, en la segunda mitad del siglo XX, devienen.

Y es que en la visibilización de la historia de los chinos se dejó ver una parte de la historia social, cultural y política de la ciudad de Bogotá, ingrediente indispensable en la comprensión de la historia cultural de los *gamines* en sí, tanto en el periodo abordado en el capítulo como en la temporalidad del siguiente. Destaca en esta historia de la ciudad el nudo de ideas y creencias y prácticas, en suma, la red de significados o imaginarios de la que se alimentaron los habitantes urbanos que se diferenciaban a sí mismos de los chinos, pues son precisamente aquellas ideas las que posibilitarían dicha diferenciación.

En esta perspectiva y como integrante de un imaginario hegemónico de modernización, civilización e higiene se evidenció un escenario donde la interacción social entre *gamines* y habitantes urbanos estuvo mediada por ideas articuladas a dicho imaginario, sobre todo la higiene, la estética, la infancia y, en contravía a la modernización y fortalecimiento de la sociedad, la delincuencia que se acentuará constantemente.

Para finales de la primera mitad del siglo XX en Bogotá, los chinos de la calle, definitivamente, eran articulados a la delincuencia. Si a finales de siglo XIX y principios

²⁷⁵ López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 65.

²⁷⁶ “El sacerdote retiró de las calles a más de 40.000 niños y adolescentes a quienes les ayudó a encontrar nuevas formas de vida en 70 centros que creó en todo el país”. Ver: “Muere sacerdote italiano Javier de Nicolás, protector de la niñez colombiana”, *El Heraldo*, 23, marzo, 2016, Consultado 26 de septiembre de 2017, <https://www.elheraldo.co/javier-de-nicolo>

del XX se significó al chino de la calle como alguien ciertamente cercano a ella, pero sobre todo a un tipo particular de vida que, aunque incómodo, resultaba “admirable” y “tolerable” para la sociedad, ya desde la época de los veinte y treinta la imagen del chino de la calle muta radicalmente. Ella entra a la segunda mitad del siglo XX provista de un significado, como veremos en el siguiente capítulo, radicalmente negativo, puesto allí por la sociedad hegemónica bogotana.

En el acto de significación por parte de dicha sociedad, se entrecruza no solo una idea de modernidad e higiene, también un imaginario de infancia que, en el seno de las ideas modernas e higiénicas, abasteció a la sociedad bogotana y operó como un elemento clave en la distinción social entre lo que para la sociedad en la cotidianidad se afianzaba como ideal de infancia, lo que debe ser un niño y sobre todo lo que no debe ser. Estos elementos inherentes al significante chino de la calle, continuarán acompañando dicho significante durante la segunda mitad del siglo XX, y como se mostrará a continuación, sin mayores cambios, por el contrario, fortificados y radicalizados, ahora parte esencial en el devenir de una idea de infancia, un imaginario que día a día se verá robustecido teniendo a los *gamines* como el punto de referencia negativo, como ejemplo de lo que no se debe ser cuando se es niño.

Los chinos de la calle, o *gamines* en el seno de la urbe capitalina, entrarán a la segunda mitad del siglo XX y durante varios años en este periodo, siendo objeto de atención constantemente, señalados y culpabilizados por su relación con la delincuencia y la vagancia, su discrepancia respecto al ideal de infancia y su apariencia sucia, muestra de una ausencia de higiene que cada vez más incomodaba a la sociedad bogotana.

Junto a los habitantes de Bogotá, los chinos de la calle, o ya los *gamines*, se harán parte de la segunda mitad del siglo XX pisando un terreno integrado cada vez más al movimiento cultural, social y político que caracterizaba a las grandes ciudades del mundo, una ciudad centro de la política nacional, escenario social donde multitud de personas día a día tejían sus vidas inscritos en una cultura urbana, donde la indiferencia y la ausencia de familiaridad y cercanía entre la multitud de personas eran la constante, un espacio gris,

²⁷⁷ “Adiós al hombre que le arrebató 80.000 niños y jóvenes a la indigencia”, *El Tiempo*, 26, marzo, 2016, Consultado 26 de septiembre de 2017, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16546669>

entrelazado en ciertas prácticas comunes instaladas por la industria comunicativa, por ejemplo, la lectura de la prensa, el disfrute del cine, la escucha de la radio y por supuesto la televisión.

Un espacio de cemento en el que aquel “ángel de la picardía”, ese chino de la calle a finales del siglo XIX y principios del XX, mirado con sorpresa y cariño ha desaparecido. Ahora hay un otro peligroso y desafiante, un otro, un *gamín* que atenta contra los ideales de infancia y nación, un otro activo en el devenir del mismo cuerpo social hegemónico, pues era la contraparte a partir del cual el cuerpo mismo se fortalecía, se afianzaba en una imagen cuyo opuesto eran los *gamine*s mismos.

Bogotá entra a la segunda mitad del siglo XX como una gran urbe social, una ciudad con problemas estructurales, víctima de la política y los radicalismos ideológicos liderados por los partidos políticos, y desde allí, la violencia social, sin embargo, cada vez más, una ciudad engranada en la modernización de sus espacios e instituciones, fortalecida en su economía e industria. Escenario cultural donde la vida de pueblo va quedando atrás, dando lugar a un tipo de cultura y vida más urbana, es decir, inserta en nuevas prácticas sociales y culturales, un espacio donde, en su diario devenir, se afianzan roles sociales relacionados con el trabajo, la estética, la higiene y la infancia. La población en situación de calle, en todo el siglo XIX y, como se mostró y continuará visibilizando, en casi todo el siglo XX, fue descrita y caracterizada casi de la misma forma, es decir, un otro que en su diferencia respecto a los ideales sociales destacaba. En las descripciones de ese otro constantemente se resaltan algunos rasgos que no cambian; siempre individuos sucios, peligrosos y vagabundos o sin oficio.

Sucios respecto a un imaginario de higiene que distinguía lo sucio de lo limpio, peligrosos en el seno de ese imaginario por las enfermedades de orden biológico, y sin embargo, más allá de ellas, radicalmente peligrosos, pues mediante acciones delictivas atentaban contra los integrantes de una sociedad inscrita a su vez en un ideal de modernidad y civilización. Vagabundos, debido a que pocas veces o sin mucha significación, llevaban a cabo labores que pudiesen entenderse como oficios o trabajos aceptados y promovidos por la sociedad hegemónica.

Primer bloque. Segunda parte.

1.10) Historia de los gamines a la luz de la sociedad. Bogotá de 1950 a 1985

A diferencia del anterior apartado, la primera parte del bloque 1 que da inicio a este informe —donde se destaca la existencia de los chinos de la calle desde el siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XX, dejando ver aspectos históricos, políticos, sociales y económicos, ejes en la historia de la ciudad, del país, y fundamentales en la comprensión de la investigación y de la misma historia de los chinos de la calle—, en este apartado y haciendo mayor uso del archivo construido, se visibilizan a los chinos de la calle, ya *gamines*, **en la mirada, a la luz de la sociedad bogotana**, sin embargo, haciendo énfasis en cómo la sociedad que los veía y los describía, sufría o se veía afectada por la existencia de ellos, por sus acciones, mostrando así el papel activo del otro, los *gamines* en el devenir de la sociedad en sí, sobre todo en sus ideas de sociedad e infancia.

Para dar cuenta de ello se presentan variedad de publicaciones referidas a los gamines, publicadas entre 1950 y 1985. Se entiende a las mismas como una objeción, un llamado u reacción de la sociedad respecto a ellos, en todas ellas algo en común: **la sociedad unificada y reafirmandose respecto a algo que la afectaba y disminuía**. A su vez se tendrá en cuenta el concepto de proximidad sensible retomado de Simmel por Sabido Ramos²⁷⁸, que, como se sostuvo antes, hace referencia al contacto mutuo en el espacio próximo, aquel que se da en la interacción cotidiana sin previo aviso, donde los sentidos sensoriales del cuerpo individual y social entran en acción la mayoría de las veces de forma espontánea, sin mucha reflexión, supeditados al encuentro fortuito, y que trae consigo la emergencia de emociones y sentimientos llenos de dicha o de “insoportable violencia”, dicho de otra forma: desprecio e incomodidad.

En el día a día de Bogotá en los años abordados, en periódicos como *El Tiempo*, junto a libros y artículos en revistas, no se deja de hablar de los encuentros con los *gamines*, de lejos o de cerca, se ve una sociedad asombrada y en alerta por ellos, una sociedad que los

²⁷⁸ (Simmel, 1986^a: 675) Citado por: Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*, 190.

sentía, los olía y veía a cada instante. En la proximidad sensible, aquella que se jugó en lo cotidiano en Bogotá en la segunda mitad del siglo XX, se evidencia la existencia de la sociedad capitalina, de cierta forma asediada por los *gamines*, obligada a afirmarse reaccionando en contra de ellos, por tanto, dejando ver el papel activo de los mismos, pues los *gamines* eran la causa real e imaginada de acciones por parte de la sociedad.

Por supuesto, al igual que en el anterior apartado, se abordarán aspectos institucionales, culturales o políticos que amplían y posibilitan un mayor entendimiento de parte del lector y que si o si hacen parte del momento o temporalidad abordada, por ejemplo, el tema de la limpieza social o asesinato de niños en situación de calle, empero, el eje del apartado en sí es **la visibilización de la sociedad afectada, disminuida en su existencia y principalmente en sus ideales, aquellos de modernidad, civilización, higiene e infancia.**

En 1950 Bogotá renacía. Se recuperaba poco a poco de los daños hijos de las manifestaciones del 9 de abril de 1948, cuando gran parte de sus edificios y casas fueron quemados y destruidos²⁷⁹. La ciudad se proyectaba al futuro, a un mañana moderno y civilizado. En aquel tiempo la visita de grandes urbanistas, por ejemplo Le Corbusier²⁸⁰, era una muestra de que la urbe capitalina definitivamente, casi por obligación, asumía su lugar como capital del país y ejemplo de desarrollo urbanístico, social y político²⁸¹. Sin embargo, la ciudad continuaba sosteniendo cierto ambiente pueblerino, una atmósfera social extraña, pero agradable para los habitantes urbanos, los cachacos, quienes veían en aquel ambiente un espacio de disfrute, de calma y contemplación, donde la vida devenía “amablemente”.

Este ambiente, esta atmósfera social en su cotidianidad se veía alterada, como tentada u obligada a cambiar de un momento a otro, ya que los sucesos políticos y los planes urbanísticos inscritos en un ideario de modernización y civilización²⁸² anunciaban dicho

²⁷⁹ “Una investigación realizada sobre los inventarios de la junta de reconstrucción, demostró que el total de edificios incendiados ascendió a 136, de los que solo siete eran oficiales. Las mencionadas 136 edificaciones están situadas entre las calles Décima y Veintidós y las carreras Segunda y Trece. Los incendios afectaron un poco menos de treinta manzanas”. Ver: Melo, *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá*, 64.

²⁸⁰ Le Corbusier, Sert y Wiener, “Llegaron ayer a la Ciudad”, *El tiempo*, 18, febrero, 1950, 1.

²⁸¹ “El Bogotá futuro”, *El Tiempo*, 16, febrero, 1950, 5.

²⁸² “El plan de Bogotá”, *El Tiempo*, 19, febrero, 1950, 5.

cambio, y de la mano de ellos, aparecían en la ciudad extranjeros, gentes venidas de otras partes, desconocedoras de las dinámicas sociales y peor aún perturbadoras de ellas. Y es que

...la falta de oportunidades en otras regiones del país y la violencia que se acrecentaba en ellas hicieron que los capitalinos fueran testigos del incremento de incontables visitantes. Grupos de familias desfilaban por las calles y los alrededores de centros de transporte, con sus atuendos, corotos y sus raíces culturales. Ellos irrumpían dentro de la pasividad y el recato bogotano, mientras los cachacos que saboreaban un tinto en los cafés observaban este desfile y aseguraban: “Esos algún día se van a cansar de aguantar frío y regresarán a sus tierras”. Pero nada que se largaban... El efecto era el contrario: la ciudad se inundaba de costeños, vallunos, paisas, calentanos, llaneros, boyacenses, santandereanos, que ocupaban barrios y casas que los capitalinos a su vez abandonaban en su diáspora²⁸³.

Poco a poco aumentaba el número de personas en la calle, y aquel problema de los *gamines* se acrecentaba, la ciudad asistía a una explosión demográfica que la obligaba a crecer y alterar sus dinámicas internas, su ambiente cultural, también y de manera radical, los carros y avenidas entraban a hacer parte del paisaje urbanístico²⁸⁴, era tanto el afán modernizador en la ciudad que se llegó a afirmar la existencia de una “fiebre de las avenidas”²⁸⁵. Un cultivo de nuevos escenarios y experiencias diversificaron la ciudad, la renovaban.

El aumento en el número de habitantes debido ciertamente a la Violencia, pero también el fenómeno global de abandono de los campos por parte de los campesinos, esto debido a la

²⁸³ Morris y Garzón, *El Cartucho*, 44.

²⁸⁴ “La calle había sido un espacio de intercambio y sociabilidad, y no reñía con la escasa movilidad que por ella se realizaba. Luego, desde las primeras décadas del siglo XX (...) la calle será destinada prioritariamente para la movilidad. Primero se diseñan andenes para proteger al peatón, y luego, poco a poco, la calle se va convirtiendo exclusivamente en un lugar para la movilidad. Desde mediados del siglo XX, en la postguerra, el automóvil irrumpe con fuerza en la ciudad. La planeación urbana que comienza a aplicar en esos años va a organizar la ciudad en función de estas nuevas lógicas”. Ver: Zambrano, *Historia de Bogotá*, 265.

²⁸⁵ “Para entonces (década de los cincuenta), el automóvil ocupaba ya el lugar central en la ciudad. Comenzaba una era en que la ciudad y sus gentes debían adaptarse a él, hasta el punto de ser calificada por la prensa como la era de la “Fiebre de las avenidas”. Ver: Melo, *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá*, 61.

posibilidad de mejores condiciones laborales y educativas en las ciudades²⁸⁶, dio luz a una ciudad que de un momento a otro creció sin mayor planeación ni orden, una ciudad en la que el extranjero, el venido de afuera se fue haciendo más común.

Extranjeros... una parte de ellos —aquellos sin recursos económicos, desplazados y obligados a dejar sus casas—, la mayoría, esos que llegaban y no lograban integrarse a la dinámica laboral y cultural de la ciudad, aquellos que chocaban con ella y que por una u otra razón se quedaban, habitándola²⁸⁷, eran ubicados por los cachacos o los transeúntes urbanos en la franja de la anormalidad, aquella en la que antes y después vivían los *gamines* y en la que todo aquel que la habitara, era nombrado como *gamín*. La ciudad, aunque proyectada en el ejercicio moderno y civilizatorio que seguía gran parte del mundo, se veía inmersa en una realidad distinta, donde la pobreza y la riqueza se mezclaban dando lugar a una cóctel urbano cuyo ingrediente principal, desafortunadamente, era la pobreza, y desde allí la emergencia de más y más personas en situación de calle, en la marginalidad extrema.

Hacia 1960 un importante político en la ciudad, el Doctor Lleras Restrepo, en ese entonces Ministro de Salud y posteriormente de Guerra, Gobierno, Agricultura, Hacienda, y de 1966 y 1970 presidente de la República, sostenía respecto a “la infancia desamparada y sus inmediatas secuelas, es decir, la mendicidad y la delincuencia infantil” en el seno de los problemas de la ciudad, que Bogotá sin

...haber sufrido físicamente la violencia, ha sido sin embargo (...) una de las regiones del país más afectada por esta situación que vivió la nación en los últimos años. Desde luego no es ni ha sido la violencia política la única

²⁸⁶ “La Bogotá del siglo XX es la ciudad que se transforma de villorio a metrópoli en ochenta años y, si bien es cierto que a partir de la década de 1950 se presenta la gran explosión demográfica urbana, el proceso constante de crecimiento de la ciudad es un hecho registrado desde el siglo XIX, a través de circunstancias recurrentes como el despoblamiento del campo causado por los cambios en el régimen de la propiedad de la tierra y personas desplazadas por la guerra. Podemos asumir que desde 1950, aparte del incremento migratorio por la violencia, se presenta la nueva demanda de mano de obra en la ciudad y el cambio de las expectativas sociales de la población campesina, lo cual, junto con la mejora en las condiciones sanitarias de la ciudad, nos señalan una nueva serie de elementos propicios para la explosión demográfica”. Ver: Melo, *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá*, 59.

²⁸⁷ La novela de Jaime Sanín Echeverri, *Una Mujer de Cuatro en Conducta, o la Quebrada de Santa Helena* (Medellín: Imprenta departamental, 1948), presenta un relato ambientado en Medellín que refleja muy bien el choque cultural de las personas venidas del campo al llegar a la ciudad.

causa determinante de estos problemas, pero sí podemos considerarla una de las principales y para Bogotá ha significado el arribo de miles y miles de desplazados que le han ocasionado problemas de magnitud tal que a veces parecen no tener solución, especialmente por la impreparación en que se encontraba la ciudad para afrontarlas²⁸⁸.

En esta época a los chinos de la calle, como se anunció anteriormente, se les nombraba *gamines*. Y aunque aún prevalecen aspectos en común respecto al chino de la calle (de finales de siglo XIX y la primera mitad del siglo XX) y el *gamín* (segunda mitad de siglo XX), lo cierto es que para este último la vinculación a la delincuencia era algo inherente a la etiqueta misma. Así lo explicaba Beltrán Cortes, destacado psiquiatra e intelectual en la urbe capitalina a finales de los sesenta:

Allá por los años 30s., en la época cuando Bogotá era una villa sosegada y mediterránea, existía una categoría de niños llamados despectivamente, los “chinos de la calle”.

El chino de la calle era un niño mugriento y mocososo, que vivía a la vuelta de la esquina. Hijo de un artesano pobre o de un padre ebrio que lo golpeaba inmisericordemente todos los días; de una madre soltera o de una viuda que precariamente sostenía las riendas del hogar. (...) Este niño se dedicaba al juego, cometía pequeñas picardías y a menudo causaba daños e incomodidades a los vecinos lo cual le ocasionaba frecuentes regaños y castigos. Desnutrido y analfabeto, ya que por rareza asistía a la escuela, iba creciendo y se incorporaba a la vida de trabajo como mandadero, limpiabotas u obrero no calificado. Algunos quizás hayan terminado en las cárceles, pero la generalidad de ellos sólo constituía una molestia y un ejemplo, que las familias “decentes” utilizaban para confrontar en sus hijos los defectos de la suciedad y de la mala crianza. En todo caso, el

²⁸⁸ “Sobre la higiene mental y violencia habló el Minsalud”. Texto completo de la mesa redonda, presentada por la Radiodifusora Nacional, a las 9 y 30 p.m., con motivo del Día Mundial de la Salud. Ver: *El Colombiano*, 12, Mayo, 1960, 11.

“chino de la calle” conservaba un mayor o menor grado de ligazón con su hogar de origen y rara vez se veía mezclado en actividades delictivas²⁸⁹.

En los cincuenta como se apreciará a continuación, el *gamín* definitivamente es un delincuente. Ya no hay lugar a dudas, aquel “ángel de la picardía” esa “molestia”, ejemplo de lo que no se debe ser de principios de siglo, aquellos defensores de la patria, esos que levantaron su voz en contra de la pérdida de Panamá en 1903, esos que “rara vez” se veían mezclados en “actividades delictivas”, ahora no existen, o no son considerados por este aspecto, sino, inevitablemente, por el peligro que significaban para el cuerpo social: la sociedad bogotana.

De los años cincuenta a mediados de la década de los ochenta, al igual que antes, los niños en situación de calle continuaban siendo significados y nombrados como “chinchés”, “pelafustanillos”, “galopines”, “caras sucias”, “piernas peludas”, “pedigüeños”, “pequeñas parias”, “rapazuelos”, “mendigos”, “menesterosos”, “desechables”, “vagos”, o bajo una etiqueta hegemónica, *gamines*²⁹⁰. De nuevo las expresiones sociales referidas a ellos denunciaban el constante peligro que éstos representaban, anunciando a su vez el origen de ellos y su inevitable desenlace:

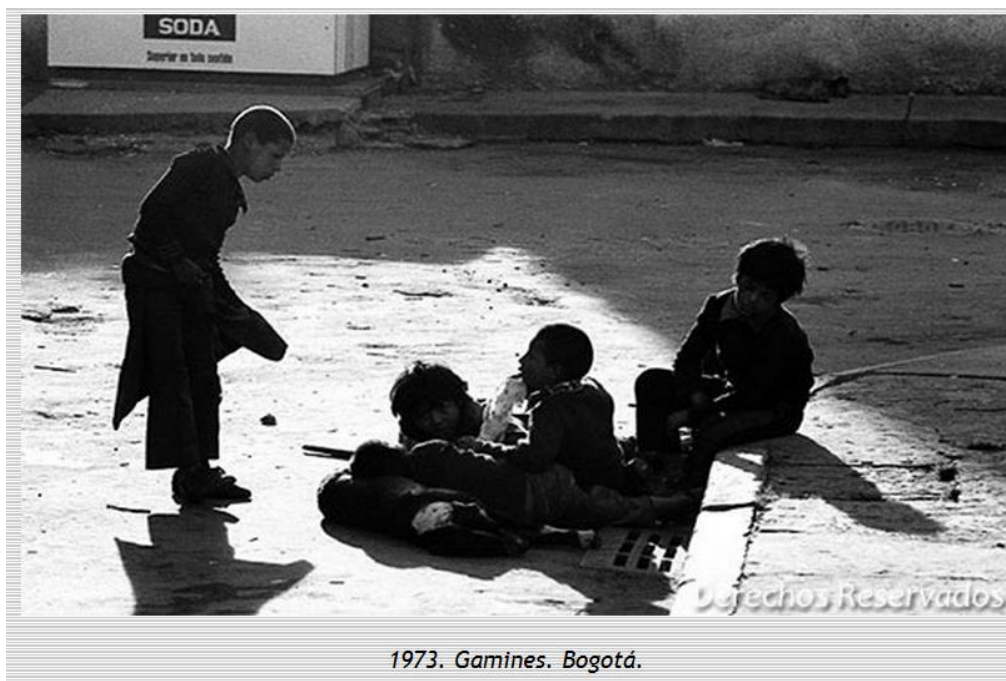
Azota a nuestra patria la criminalidad, la cual va siempre en aumento; de los bajos fondos sociales sale un verdadero ejército de pequeños delincuentes con una precocidad para el mal que a veces asombra. Estos pequeños niños que muchas veces ignoran su verdadero nombre, que no conocieron ni podrán conocer a sus progenitores, por consiguiente a quienes nadie ha educado, ni se ha preocupado por aliviar su miseria (...) ²⁹¹

En Bogotá y en otras ciudades del país, por ejemplo Medellín, se miraba a los *gamines* con sospecha, con repudio y desprecio. Y, sin embargo, debido a la llegada de más y más individuos que entraban a hacer parte de los cinturones de la pobreza urbana, y desde allí a aumentar el número de personas en la calle, se decía, como ya lo dejó ver Beltrán Cortes anteriormente, que los *gamines* mutaron, que los de antes de una forma extraña y paradójica

²⁸⁹ Beltrán, *La metamorfosis del “Chino de la calle”*, 3.

²⁹⁰ Zambrano, Rojas y Cano, *Una infancia bajo amenaza de muerte*.

eran distintos, al parecer menos peligrosos. Los transeúntes capitalinos sentían molestia al ver tanta gente caminando y poblando las calles, para ellos “...los vagos, pelafustanes o gamines fueron cambiando su aspecto y su comportamiento social”²⁹², ahora, y como ya denunciaban las instituciones desde muchos años atrás, definitivamente peligrosos, una amenaza social, un estado peligroso o antisocial²⁹³.



Gamines. 1973. Bogotá²⁹⁴.

Nuevamente en este terreno los *gamines* ocupan el lugar del punto negro sobre la superficie blanca. Por supuesto objeto de atención, pero por su diferencia respecto a los ideales sociales. En dicha diferencia, aquella que disminuye, que condiciona y afecta a la sociedad, al cuerpo social capitalino en el transcurso de las décadas abordadas en esta investigación, dos variables resaltan.

Por un lado, la delincuencia, por el otro la apariencia —estética— y la higiene. En una y otra el tema de la infancia aparece, es el eje articulador común a las dos. La idea de lo que

²⁹¹ López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 15.

²⁹² Morris y Garzón, *El Cartucho*, 43.

²⁹³ Acevedo, *Los estados antisociales*.

²⁹⁴ Marta Rodríguez y Jorge Silva, *Gamines*, 1973, http://www.martarodriguez.org/martarodriguez.org/Jorge_Silva_-_Marginales.html

debe y no ser un niño hace acto de presencia, siempre recalcando cómo el *gamín* no se correspondía con el ideal deseado. Ahora se trata de dos variables que se yuxtaponen continuamente, pues el *gamín* afectaba a los transeúntes urbanos en el plano de los esquemas higiénicos y estéticos a través de los cuales dichos habitantes, alimentados por un imaginario de modernidad, civilización e higiene, devenían, a su vez, la delincuencia, y desde allí el miedo, la sensación de inseguridad y malestar que haciendo parte del clima social capitalino, dejaba a los *gamines* siempre en el lugar de lo negativo, pues así no fueran ellos los directos responsables de la variedad de delitos que se cometían por esa época, al final, de cierta forma toda culpa se asentaba en ellos, pues eran éstos quienes en la cotidianidad, en la proximidad sensible, hacían acto de presencia constantemente, eran ellos quienes se relacionaban uno a uno con los habitantes urbanos, quienes en la cercanía de los cuerpos provocaban incomodidad, marcaban la diferencia produciendo rabia y dolor.

Desde 1950 y hasta mediados de los ochenta en la urbe capitalina se aprecia el aumento de población en situación de calle, de *gamines*, día a día como se dejó ver anteriormente y a continuación, en diversidad de medios se denuncia la incómoda y molesta existencia de estos personajes, se reclama a las autoridades una solución definitiva para este mal que aquejaba a la ciudad, a la nación, y aunque ciertamente el Estado por medio de sus instituciones respondía, no era suficiente. Poco a poco el clima social de la capital se complejiza, y de la mano de la historia nacional llegan los ochenta, tiempo de crisis nacional debido a la Violencia y ahora, las violencias —gracias a diferentes actores en conflicto—, la ausencia de una legitimidad estatal, el narcotráfico, las guerrillas, el asentamiento de una cultura moderna que definitivamente entraba en crisis con lo tradicional, y por supuesto la delincuencia.

Para los *gamines* malos tiempos, pues la sociedad capitalina, integrada en un imaginario de modernidad, civilización, higiene e infancia, se llena de miedo, está más alerta, molesta; sus ideales, como se mostrará a continuación, se ven radicalmente maltratados, vulnerados y puestos a límite, en pro de ello, y en variedad de manos integrantes de aquel cuerpo social, se llevan a cabo innumerables acciones para mermar sus problemas, sus sensaciones, entre ellas, la limpieza social; es decir el asesinato de población en situación de calle, de

gamines. Un acontecimiento para esta institución, esta cultura, una ruptura en las prácticas y costumbres de los mismos.

1.11) **Gamines, delincuencia y el problema de los desplazados o inadaptados urbanos**

En 1964 Ernesto Cadena Acero²⁹⁵ manifestaba su preocupación respecto a la delincuencia juvenil, y en detalle los *gamines* a quienes articulaba directamente a ella, de otra forma al hablar de ellos necesariamente debía traerse a colación la delincuencia, pues “...los llamados “gamines” (galopines) no pueden definirse en otra que como *delincuentes en potencia*. Y en efecto que lo son”²⁹⁶, y es que como escribía otro autor, mostrando así una idea que no era individual sino común, ellos, los *gamines*, “Crecen en el vicio y cada día se hunden más en un mundo donde asoma su faz lívida la delincuencia”²⁹⁷.

En las objeciones de la sociedad, las sucesivas publicaciones y críticas referidas a este aspecto, se reclamaban acciones drásticas en pro de la solución al problema de los *gamines*. En el campo legislativo se hacía un llamado de atención a las autoridades correspondientes, esto por la ausencia de un marco legal a través del cual los *gamines* pudiesen ser judicializados con rapidez y severidad, que habilitará no solo la judicialización de éstos, sino, por extensión, sus padres y maestros, pues ellos de cierta forma eran también responsables del *estado gamín*, un marco que actuase eficazmente, antes de que los *gamines* llegasen a ser delincuentes —o dejaran de serlo, pues como afirmaban los autores citados antes, ya lo eran—, un marco que se pronunciase respecto a los mismos con fuerza, dada su anormalidad que, al parecer, pasaban por alto por uno u otro motivo, debilitando así la idea de infancia y juventud que se imponía. Se escribía por aquellos años:

Podemos decir que no se está actuando contra la delincuencia juvenil con la rigidez necesaria ni con la rapidez requerida. Y más propiamente, no se está actuando en defensa de la infancia y la juventud en cuanto dice la relación a su potencialidad para delinquir. Hace falta una legislación más drástica, extensiva a padres, maestros y

²⁹⁵ Cadena, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”.

²⁹⁶ Cadena, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, 59.

²⁹⁷ Austin Rodríguez Garavito, “Dolor y miseria del gamín”, *El Tiempo*, 24, junio, 1962, 5.

ciudadanía en general, sobre delincuencia juvenil. En algunos países europeos la Ley castiga el dar dinero (limosna) al menor de edad. En nuestro medio la mendicidad infantil es algo “normal” y la Ley no habla sobre el particular. No es exagerado afirmar que nuestra incipiente legislación sobre menores, o bien, la errada interpretación aplicación de lo que sobre el particular tenemos, se constituye en causa (así sea menor) de la delincuencia juvenil²⁹⁸.

Más allá del debate respecto a si el *gamín* en sí mismo era un delincuente o no, la preocupación por la delincuencia juvenil e infantil estaba justificada, y no necesariamente por las estadísticas, sino por un nudo de ideas que, sin materializarse completamente en la realidad social, se reproducían en la mentalidad social, algo así como un dolor corporal del que el síntoma es más peligroso que la enfermedad. De esta forma, podría hablarse en el campo de la medicina social del *síndrome del gaminismo*²⁹⁹.

Se puede observar que los gamines, de acuerdo a las expresiones de la sociedad bogotana de 1950 a 1985, representaron una enfermedad y para ser más exactos un *síndrome*, pues en las diferentes expresiones sociales referidas a ellos se aprecia cómo la sociedad, confundida y amenazada, magnificaba el fenómeno del gaminismo, propiciando a través de una

²⁹⁸ Cadena, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, 59.

²⁹⁹ La comprensión del “fenómeno” del gaminismo como una enfermedad social, un mal asentado en el cuerpo social capitalino que repudió dicho “fenómeno”, pone sobre la mesa el problema de los efectos físicos, materiales del mal. Aquello que se ve o, y más importante aún, lo que no se ve, pero se siente como una amenaza constante en el día a día. A los gamines se les veía, incluso se les sentía al llevar a cabo acciones negativas y positivas, sin embargo, la presencia de los mismos durante varias décadas y las dificultades para cesar su existencia dolorosa, hizo del relato sobre el gaminismo un nudo de ideas que atormentaban más, que los mismos gamines, de otra forma, la idea atormenta más que la presencia o no de aquel sobre quien se produce la idea. En el campo de la medicina, se habla de lo que el médico puede ver en el cuerpo, sin embargo, y también en dicho terreno, en detalle de la antropología médica y de la epidemiología social, se habla de males, enfermedades que se fortalecen, pero no debido al mal en sí, sino al pensamiento, la imaginación de quien lo padece sobre el mismo. Un aumento de dolor que, en el caso de los gamines, viene más del continuo temor que impulsaban las ideas sobre ellos que de ellos mismos, esta característica es visible en el relato de más de un centenar de individuos durante varias décadas, de esta forma, se trató más de un síndrome que de un fenómeno. El *síndrome del gaminismo*, entendiendo que este nombrado mal —el gaminismo— se visibilizó en un relato constante, que hizo que el síntoma de la enfermedad deviniera en la enfermedad misma.

El problema con el paso del tiempo no eran ellos, sino, todo lo que alrededor de ellos se dijo, se inventó, se sostuvo, de esta forma, la idea del otro, del gamín, pesa más que las acciones masivas o no que él cometa, el miedo a la enfermedad, la presencia de sus síntomas llega a ser peor que la existencia del dolor mismo.

imaginación exacerbada y patológica que bajo la etiqueta *gamín* estuviese no solamente el menor que habitaba las calles, sino en general todo aquello que no se correspondiera con el ideal social que se promovía y, en esta vía, que disminuía: enfermaba al cuerpo social mismo.

Se trató de un procedimiento ontológico común en la vivencia individual y social de las enfermedades, por ejemplo, como lo visibiliza Susang Sontang, en su momento la tuberculosis, el cáncer y el SIDA. Enfermedades que, debido a su complejidad y confusión respecto a las causas, el tratamiento y por supuesto su cercanía a la muerte, operaron y operan como caldo de cultivo para la imaginación social y patológica, que deposita en ellas sus miedos sociales y en esta vía obligan o invitan al cuerpo social a tomar medidas “drásticas”, como se visibilizó anteriormente y se mostrará a continuación. Al decir de la autora en su conocido ensayo “*La enfermedad y sus metáforas y el Sida y sus metáforas*”, “La imagería patológica sirve para expresar una preocupación por el orden social, dando por sentado que todos sabemos en qué consiste el estado de salud”³⁰⁰.

Para 1968 en las estadísticas de la Policía Nacional, publicadas en la *Revista Policía Nacional*, se hacía un llamado de atención en lo referido a la participación de menores en actos delictivos, pues “Hay una creciente participación de los menores de 18 años en la delincuencia. En 1962 ocupó apenas el 8.58%. En 1968 está ocupando el 14.99%”³⁰¹.

Aunque el articulista como se verá en la siguiente cita sostenga que estas cifras en comparación con otros países son bajas y que no deben alarmar a la sociedad, no deja de llamar la atención lo que para él sí constituye un problema, un verdadero flagelo, pues precisamente eran los *gamines*, o ese otro llegado del campo u habitante de la calle, a quienes se asociaba casi como norma, con este problema, quienes lo alimentaban y del que se abastecía la sociedad para recrear y reproducir un miedo, una zozobra y ansiedad que disminuía su estado de seguridad y tranquilidad, incrementando así una sensación, una opinión pública donde el temor y la incomodidad eran la constante, al final un clima social rarificado, inestable, volátil y peligroso, incluso para la misma sociedad,

³⁰⁰ Susan Sontang. *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Traducción de Mario Muchnik. (TAURUS PENSAMIENTO. Buenos Aires, República Argentina. 2003), 35.

³⁰¹ “La criminalidad en 1968”, *Revista Policía Nacional*, n° 138 (Noviembre-diciembre 1969): 25.

Durante 1968 se cometieron 102.034 delitos y se registraron 7.954 casos de conductas antisociales. Ciertamente las cifras son altas, pero no tanto como para llamar a las gentes a la zozobra o para alarmar a la ciudadanía. (...) hay otros aspectos que no pueden integrarse dentro del nombre de criminología pero que son indicadores de una desorganización que provoca en las mentes de todo ciudadano bien intencionado, la alarma. Tal sucede con el crecimiento del vicio en todas sus formas y con el fenómeno paralelo de la decadencia del respeto a los más caros principios que han integrado la paz social de Colombia a través de la explosión demográfica en las principales ciudades del país, que determina la aglomeración de las gentes en busca de los servicios públicos y de su medio de vida y que provoca una peligrosa constelación de actividades como fermento de la desorganización colectiva y aún personal (...) De esas masas desorganizadas, que no han acabado de aposentarse aún en su nuevo medio, emerge como resultado sociológico la delincuencia, el vicio y la más variedad problemática policiva moderna³⁰².

Para el autor citado el verdadero problema se desprende no de las tasas delictivas, sino de un clima social en el que la idea de sociedad hegemónica, aquella de la que se abastece él, y que pasa por el ideal de hombre, de sociedad, de infancia, se veía afectada y disminuida. Como lo visibiliza el mismo autor, la magnitud del problema no reside en el número de delitos, sino en lo que le estaba ocurriendo a la sociedad, esto a cuenta de esos que llegaban, como ya lo sostuviera el Doctor Lleras Restrepo anteriormente, aquellos que alteraban el “normal” devenir de la misma, y para los que la ciudad, léase la sociedad, no estaba “preparada”, esos que terminaban en la delincuencia y, como lo indica el autor y junto a él varios autores citados y no citados en este informe sostendrán, se hacían o eran parte de un escenario que entraba en crisis en su horizonte de higiene, infancia y modernidad.

Para Ernesto Cadena Acero, en su artículo “*Causas de la delincuencia juvenil en Colombia*” la delincuencia y allí la existencia de los *gamines*, se debía a dos factores universales, uno genético o biológico, otro, ambiental o social. En este último el autor destaca nueve variables o factores: Morales, culturales, económicos, psicológicos,

³⁰² “La criminalidad en 1968”, *Revista Policía Nacional*, n° 138 (Noviembre-diciembre 1969): 16-

ambientales, legislativos, protección infantil, políticos y La Violencia. Respecto al primer factor universal, escribía

Es teoría aceptada por los más eminentes científicos, sicólogos, sociólogos, etc., la de que el hombre es mitad herencia y mitad ambiente. El factor hereditario tiene múltiples manifestaciones en la vida del individuo. Concretándose el aspecto delictivo, puede afirmarse que un sujeto “nace con taras hereditarias delictivas”, motivadas por le (sic) *sistema de vida* llevado por sus padres y manifiestas en la conformación genética conceptiva. Aunque muchos tratadistas han desechado la teoría del “delincuente nato”, en contraposición a Lombroso, es preciso advertir que no ciertamente puede afirmarse que un individuo *nace criminal*; pero que hay que aceptar la decidida influencia de tales taras hereditarias que predisponen al sujeto a una conducta anormal, la que puede llevarse al umbral de la delincuencia.

Sáenz Obregón y otros³⁰³ en “*Mirar la Infancia...*” sostienen que la mirada sobre los niños y niñas a partir de la segunda mitad del siglo XX cambió, pues se dejó atrás una lectura biológica que prestaba atención por ejemplo a los factores hereditarios y se asumía una mirada social, donde importaba más el devenir de los individuos y sus formas de interacción social; sin embargo, en el caso de los *gamines* aún en los cincuenta e incluso hasta los ochenta³⁰⁴, se hacía referencia al factor hereditario como uno de los causales de la existencia de esta infancia. A través de este argumento se sostuvo la idea de que un *gamín* era *gamín* debido a que sus padres portaban genes alterados que condicionaban o determinaban la vida de sus hijos, llevándolos a una conducta “anormal”, y al final para Cadena Acero a la delincuencia.

En suma, para muchos de los académicos que abordaron el tema de los *gamines* en aquellos tiempos, exactamente en la década de los setenta, el factor hereditario era importante. Si los padres no eran “mentalmente sanos”, sus hijos tampoco, esto por razones biológicas, o sociales o las dos. Por ejemplo, José Gutiérrez sostenía cómo antes de relacionarse con los

17.

³⁰³ Armando Sáenz Obregón, Oscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*, vol. 2 (Medellín: Colciencias / Ediciones Foro Nacional por Colombia / Ediciones Uniandes / Editorial Universidad de Antioquia, 1997).

gamines, de estudiarlos a profundidad bajo en método de investigación que implicó la convivencia con ellos durante varios años, pensaba

Para mí, recién venido a este mundo inconcebible para quien no lo ha vivido, esos miles de niños callejeros de Bogotá carecían todos de padres o por lo menos, si no les faltaban, su rastro estaba definitivamente perdido. No podía imaginar tal falta de interés por parte de familiares y de la sociedad. No podía creer que existiera uno solo de ellos con padres capacitados para el trabajo y mentalmente sanos. Suponía que cualquier hombre, por desgraciado que fuera, si conservaba sus capacidades mentales, sería apto para diferir sus necesidades antes la urgencia de las de su hijo. Semejante proceder es lo que se espera hasta de algunos animales, pensaba...³⁰⁵

Respecto a los factores ambientales o sociales en la reflexión de Cadena Acero, se deja ver el imaginario de modernidad, civilización e higiene, y por supuesto allí los ideales de infancia operando. Efectivamente, el autor denunciaba un déficit del Estado en la protección de la infancia, escribía el autor³⁰⁶

También sobre protección infantil hace falta legislar en Colombia. Y más que legislar, hace falta actuar. A diario vemos deambulando por las calles y caminos de nuestras urbes y campiñas a jovencuelos sin amparo. (...) El gamín bogotano —para no citar un caso— es un pequeño sin hogar que a muy temprana edad (y hora) tiene que buscarse el sustento diario, sustento que no puede obtener en forma honrada; es inepto para ganar dinero, y teniendo que supervivir, tiene que delinquir para no perecer por inanición. No muere de frío porque por doquier haya harapos malolientes; duerme en los portales de los edificios cubiertos con periódicos o cartelones arrancados de algún muro envejecido. No perece por enfermedad, porque, paradójicamente sus defensas orgánicas responden con certeza. Pero, para calmar el hambre... tiene que recurrir a la mendicidad inicialmente y al hurto posteriormente. Son los elementospreciados por los reducidos, los carteristas, los inescrupulosos

³⁰⁴ Varios libros, tesis de grado y posgrado en los cincuenta y hasta los ochenta, recurren al argumento de la herencia para explicar la existencia de los *gamines*.

³⁰⁵ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 41.

³⁰⁶ Cadena, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, 59.

hampones criollos. Estos pequeños comienzan “su vida” delinquiendo. Ya jóvenes, serán maestros del carterismo, la violación de domicilio, el hurto y hasta el atraco.

Efectivamente para Cadena Acero un niño debía estar en casa y no “deambulando por las calles”, ni buscando comida ni viéndose en la necesidad de delinquir para sobrevivir. Y es que, en cuanto niño, según Cadena y la misma sociedad, no debe trabajar. A través del autor se expresa la sociedad bogotana. Se resalta que aquella expresión de “inepto” aplica más a los “niños de bien”³⁰⁷, como diría también Cadena Acero, aquellos “niños decentes”³⁰⁸, que, a los *gamines*, acostumbrados a “trabajar” en diversos oficios, legales o ilegales, por ejemplo embolar zapatos, cuidar carros, hacer de mensajeros, o incluso y en la franja de lo “anormal”, mendigar y robar.

En el marco de la reflexión sobre la delincuencia urbana y las razones de ellas que circulaban por en aquellos días, un integrante de la Policía Nacional citado anteriormente, también incómodo y crítico respecto a la llegada de migrantes a la urbe, describía en esta importante revista la compleja situación del arribo de gente del campo y su posterior intento de sobrevivencia en la ciudad de la siguiente manera:

La gente se hacina en las ciudades, llega a éstas con gran impreparación. Impreparación moral, cívica, material, económica, laboral, cultural en términos generales. Demanda servicios pero no aporta soluciones. Aumenta los problemas pero no produce beneficios. (...) no hay alojamiento adecuado y algunos grupos, muchos instigados especialmente, invaden tierras particulares (...) No hay alcantarillas, no hay alumbrado público, no hay viviendas adecuadas, no hay aseo y la urbanización clandestina se convierte en una gran constelación del desajuste. Una especie de úlcera o de llaga —para ser más expresivos— en una ciudad, una llaga que irradia pestilencia social, que difunde el conflicto, la malquerencia, la inseguridad. La criminalidad³⁰⁹.

³⁰⁷ “Algunas Pandillas bogotanas se dedican —inicialmente— única y exclusivamente a hostigar a los denominados “niños de bien” del barrio, a los hijos de padres pudientes, llegando al extremo del chantaje y la explotación”. Ver: Cadena, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, 58.

³⁰⁸ Beltrán, *La metamorfosis del “Chino de la calle”*, 1.

³⁰⁹ “La criminalidad en 1968”, 19.

Para este escritor, el desenlace inevitable, el futuro apenas previsible para este tipo de personas que arribaban a la ciudad, era la crisis, la crisis en el lazo familiar o de amistad que los cohesionaba antes y después del desplazamiento, de dejar los campos o sus lugares de origen. En lo referido a la familia, problemas y tensiones que llevaban a la misma a alterar sus relaciones internas, aquellas que se llenaban de tensiones y frustraciones que la mermaban en tanto institución, y que tarde que temprano obligaban a parte de sus miembros, en este caso, los hijos o más jóvenes integrantes, a tomar decisiones. El abandono del hogar una de ellas. Escribía el policía respecto a las familias de migrantes en la urbe capitalina y bajo un lente moral y moderno a través del cual no solo deja ver una crítica, sino también el imaginario de modernidad e infancia y allí, la idea de familia, ciertamente tradicional, operando

Pensemos ahora en una familia. Está integrada por un padre y una madre que llegaron al matrimonio sin una plena conciencia de los deberes que adquirirían. Tal vez el amor en los mejores casos fue el origen de ese matrimonio. Nos preguntamos si la educación tuvo que ver en algún momento para permitir que esa pareja diseñará unos planes matrimoniales adecuados. Con el paso del tiempo vienen las insatisfacciones conyugales. No hubo educación previa para ese matrimonio (...) probablemente vienen los problemas económicos. La familia se llena de hijos que no van al colegio, que no son idóneamente adiestrados para la vida cívica. (...) Los padres riñen, se consumen en el alcohol, se hacen mutuas requisitorias, abandonan el cuidado de sus hijos. (...) Las calles, los vicios, la desadaptación social, son también las consecuencias de estos problemas³¹⁰.

Una mirada un poco más amplia y explicativa se encuentra en Granados Téllez³¹¹, quien también respaldaba y corroboraba las razones esbozadas por el autor en la *Revista de la Policía Nacional* unos años antes, para él se trataba de las mismas causas, es decir, las razones de la existencia de los *gamines* en las calles respondían a varios aspectos, por un lado, y como destacó el autor del artículo citado anteriormente: el abandono —por parte de los campesinos o habitantes de pueblos y pequeñas ciudades— de la zona rural debido a la Violencia, pero también a la ausencia de servicios básicos de calidad o solo existentes en la

³¹⁰ “La criminalidad en 1968”, 21

ciudad, por ejemplo la educación, nutrición, salud y vivienda, aspectos que en la mayoría de las ocasiones no mejoraban al arribar a la urbe, por el contrario, y sobre todo para aquellos con escasos recursos, tendían a empeorarse, pues al llegar a la capital se veían obligados a vivir en terrenos marginales, típicos o comunes a la gente pobre de la ciudad, los obreros³¹², donde no solamente continuaba el problema con los servicios básicos, sino que, además, se sumaba el que no hubiese un espacio para los niños y niñas, quienes quedaban solos mientras sus padres trabajaban, muchas veces o la mayoría sin escuela, encerrados en espacios estrechos, barrios o invasiones caracterizadas por el hacinamiento.

Junto a Granados Téllez, muchos investigadores también explicaban las causas del fenómeno del *gaminismo* afirmando que el mismo era producto de las condiciones sociales y físicas, en suma, condiciones de pobreza y hacinamiento en las que vivían los pequeños antes de abandonar sus hogares. Estos hogares, ya en la ciudad, no contaban con los servicios básicos necesarios para vivir, agua, luz, alcantarillado, debido a la situación económica se alimentaban mal, y existían en barrios o áreas marginales donde las condiciones de hacinamiento superaban lo tolerable.

Debido a la ausencia de educación, de un ideal de familia y para muchos, el problema del alcohol, se trató de hogares —de donde provenían los pequeños— donde las relaciones entre los padres o familiares estaban cargadas de violencia. Espacios donde los niños eran

³¹¹ Granados, *Gamines*.

³¹² Meluk, haciendo uso de algunas notas y descripciones recogidas por una institución del Estado respecto al espacio en que habitaban los pobres, visibiliza algo de aquellos escenarios, una descripción de los mismos. Escribe el autor “Pero no es solamente en los campos en donde la miseria hunde sus raíces amargas. Veamos lo que dijo una publicación de la Contraloría General de la Republica sobre la vivienda del trabajador en Bogotá” y cita: “Cada pieza está ocupada en promedio por 6 personas, dato que en el fondo no indica nada característico, porque el 68% de todas las familias estudiadas viven en una sola pieza que sirve de alojamiento a 5 personas en promedio...” “En un rincón o en el centro del patio se encuentra generalmente el lavadero de ropa. En muchos casos, sin embargo, no hay agua ni existe letrina” “A veces dispone cada familia de una hornilla propia situada directamente al lado de la entrada de la pieza” “Raras veces hay ventanas. La luz y el aire entran solamente por la puerta de la pieza. Solamente el 26% de las viviendas tiene una ventana sobre la calle. El estado de la pieza es generalmente muy deficiente. Las paredes de ladrillo o adobe son blanqueadas una vez cada dos o tres años. Algunas paredes están empapeladas, pero los papeles están casi siempre sucios o rotos. En numerosas piezas las paredes son divisiones de madera o hojalata, constituyendo así una forma impropia para separar a una familia de otra. Muchas familias viven, cocinan y duermen en una misma pieza, el cielo raso o el techo se han ennegrecido por el humo y están cubiertos de hollín y telararañas. Contribuyen estos hechos a hacer de la

maltratados constantemente, obligados a trabajar y hacerse cargo de responsabilidades que solo asumiría un adulto. El niño abandonaba su hogar y se iniciaba en la vida de la calle. Cientos y cientos de jóvenes y niños abandonaban sus hogares y hacían de la calle su hogar, sin embargo, este nuevo hogar a diferencia de unas décadas antes, ahora era radicalmente hostil.

Por otro lado y aspecto de enorme importancia en la migración de campesinos a las ciudades y el abandono de los hogares urbanos por parte de los menores ya en la urbe, eran como se sostuvo anteriormente, los medios de comunicación, eje en la consolidación de una idea de nación y de cultura. Para Granados Téllez en el caso de los campesinos, el impacto de éstos creaba expectativas, llevándolos a dejar el campo en busca de una *vida mejor*, aumentando así las enormes tasas de migración o desplazamiento interno,

Grandes masas de personas son traídas del campo y de ciudades intermedias a las grandes capitales. Les ha sido conformada la imagen de que “en la capital se vive mejor”, pero el inmigrante desconoce ciertos mecanismos que necesita saber manejar para lograr ubicarse dentro de este medio³¹³.

Empero, al arribar a la ciudad la realidad los golpeaba no solo al verse obligados a vivir en terrenos inhabitables, sino y como lo afirmo el articulista en la *Revista de la Policía Nacional*, debido a la falta de capacitación, a la formación especializada, y como se sostuvo unas páginas antes, a la poca oferta laboral por parte de las empresas o instituciones privadas y públicas, esto por un crecimiento industrial que, aunque significativo, no brindaba las plazas suficientes para los recién llegados a la ciudad. Los campesinos se veían obligados a sobrevivir como inmigrantes, agregados humanos que no podían disfrutar de los elementos mínimos para una vida equilibrada³¹⁴.

De esta forma, unos que llegaban del campo y al no encontrar un mejor modo de vida terminaban en las calles, otros, también llegados del campo o simplemente ya habitantes de la ciudad, pero de sus periferias o zonas marginales, en escenarios pauperizados, pobres, sin los servicios básicos para vivir adecuadamente, morando en condiciones críticas, que para

vivienda obrera más oscura de lo que es naturalmente”. Alfonso Meluk, *Etiología de la delincuencia en Colombia*, (Colombia: Ediciones Tercer Mundo, 1969) 39-40.

³¹³ Granados, *Gamines*, 3-4.

el caso de una familia en nada contribuían el bienestar emocional y físico, a la armonía al interior de ella e incluso con otras familias o habitantes del sector, propiciando así el abandono por parte de uno o varios de sus integrantes, normalmente los niños, quienes seducidos por amigos que ya habitaban o frecuentaban las calles, por los medios y en general, la búsqueda de algo mejor, dejaban sus casas y según las sucesivas denuncias y estudios publicados, tarde o temprano terminaban cayendo en el delito, tomando la delincuencia como estilo de vida.

En el caso concreto de los menores varones, se observa que el mayor número de niños que hasta el presente ha pasado por la Inspección Primera a cuyo cuidado se encuentran, es precisamente el de los menores recogidos por vagancia, ocasionada por inadaptación de menor a su hogar, por falta de comprensión de los padres hacia los problemas de sus hijos, por falta de una unión conyugal estable que les proporcione un hogar permanente, por despreocupación de los padres al permitir que sus hijos frecuentemente se encuentren en lugares públicos recibiendo enseñanzas perjudiciales, vagancia que como norma (sic) general es solo consecuencia de la quiebra de principio de autoridad, fundamento de toda organización social³¹⁵.

Para 1972 en el seno de la sociedad bogotana el problema de los *gamines* y su relación con la delincuencia se tornaba insoportable. Tras años de intervenciones, proyectos de reeducación e instituciones trabajando en pro de disminuir o eliminar el mal social que representaban los gamines, era evidente el fracaso de las iniciativas sociales. Según Jiménez Becerra³¹⁶, por aquel tiempo la presencia del *gamín* demostraba la decadencia de la sociedad, su falsa sensibilidad y un deficitario trabajo y compromiso del Estado. Un fracaso que el autor señala de 1968 a 1972, pero que viene de mucho tiempo atrás y encubría todas las iniciativas sociales y educativas emprendidas. A pesar de estas iniciativas

Los “Caras sucias” que constituyen la mala conciencia de un conglomerado humano hipócrita y que por sí mismos elevan la más tremenda acusación al sistema, tratan de ser neutralizados por este mismo y transformados en algo tierno, simpático y humano. Después de disfrazarlos por unas semanas para conmovir a la sociedad y decirnos

³¹⁴ Granados, *Gamines*, 3-4.

³¹⁵ López, *Apuntaciones sobre delincuencia infantil*, 24.

cuán bondadosas eran nuestras instituciones, los vemos otra vez atrapados en los “trolees” o buses, golpeando en búsqueda de comida puerta a puerta, realizando pequeñas fechorías. Pasó la racha del humanitarismo y ahí siguen con su rostro sucio, pululando en todos los barrios y avenidas. Estos gamines son el producto de una sociedad enferma³¹⁷.

Para este investigador, en los setenta el *gamín* fue erigido como la fuente, el origen del crimen urbano. Este personaje

...el gamín, el chino de la calle, como se había llamado en otro tiempo, “se convertía en una problemática que atentaba contra el orden de la sociedad. (...) Todos los gamines no eran, como la mayoría de la gente lo pensaba, niños pobres o hijos de la violencia. Para finales de los años setenta, se había demostrado que de cada 100 niños dedicados a la vagancia, solo ocho eran huérfanos y no por causa de la violencia”³¹⁸.

Los ladrones de limpiaparabrisas y copas de automóviles pasaron a ser hampones. La tranquilidad en la ciudad desapareció, no hubo más seguridad y la policía se mostró insuficiente. Además, los niños de la calle crecieron en un ambiente de violencia como jamás tuvo la nación en su historia. La mezcla de estos fenómenos de abandono y de miseria moral fue explosiva. Al menos cinco mil niños en Bogotá y otro tanto en las demás ciudades habían quedado huérfanos, hambrientos y sin más recursos que el delito³¹⁹

Para los escritores, los *gamines* o pandillas juveniles en principio no dejaban ver su peligrosidad, sus actos, aunque negativos podían pasarse por alto, sin embargo, con el paso del tiempo como un aspecto inherente a estos colectivos aparecía: la delincuencia, las acciones de ellos tomaban con un color violento y peligroso que agredía a la sociedad³²⁰.

³¹⁶ Jiménez, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia*.

³¹⁷ “Caras sucias y sociedad decadente”, *El tiempo*, 20 de mayo de 1972, 5A, citado por Jiménez, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia*, 11.

³¹⁸ Jiménez, *Infancia*, 109.

³¹⁹ Jiménez, *Infancia*, 109-112.

³²⁰ “Las actuaciones de las Pandillas Juveniles son leves inicialmente. Comienzan por incomodar a las quinceañeras, importunar al transeúnte, jugar una mala pasada al ciudadano común, el tendero y hasta al perro callejero. Estas actividades no reprimidas se van perfeccionando y de una simple patanada pasan fácilmente al acto delictivo propiamente dicho. Ya no se trata de molestar a la



“Carisucia”³²¹

1.12) El imaginario de infancia en los cincuenta

A los niños en situación de calle se les relacionaba inevitablemente con la delincuencia, con un tipo de vida que desestabilizaba las ideas de infancia que día a día ganaban terreno en la mentalidad social. En esta línea y haciendo parte del imaginario de infancia que se venía instalando desde siglos atrás, dichas ideas presentaban algunos cambios, en todo caso sin dejar atrás elementos esenciales. Para Pachon y Muñoz³²²

...lo demoníaco y lo divino fue reemplazado por una referencia directa a las cualidades del niño que había que estimular y a un reconocimiento de la vida emocional del bebé. Los conceptos de pecado y maldad innata se cambiaron por una referencia a los problemas del comportamiento y a las dificultades en el desarrollo de la personalidad, debidas a la intervención inadecuada del ambiente... La inteligencia

quinceañera sino que planean otros actos impúdicos. No importarán al transeúnte sino que será agredido físicamente. No jugarán una mala pasada al tendero sino que acometerán el hurto pequeño aún”. Ver: Cadena, “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, 58.

³²¹ Gustavo Adolfo Arbeláez, “Carisucia”, *El Colombiano*, 14, marzo, 1979, 3-A.

ya no era un bien dado sino algo susceptible de desarrollarse. La imaginación no era mal hábito, sino una cualidad que había que ampliar y darle campo libre. Las fantasías y los sueños de los niños no eran algo que debía combatirse, sino formas útiles de comprensión del mundo. La curiosidad no debía evitarse, era una cualidad deseable y fomentable. La explotación del mundo y de sí mismo era algo que había que ayudarles a desarrollar. El juego no era tiempo perdido, sino una actividad que debía utilizarse permanentemente en la educación y en la formación de hábitos»³²³

El papel de la religión en la concepción de infancia cedió. Aparece una preocupación por el contexto o ambiente social en que los pequeños crecían. Ciertas actitudes o comportamientos de los niños y niñas fueran valoradas como positivas, por ejemplo la curiosidad y la imaginación, el deseo de jugar, su sensibilidad³²⁴, sin embargo, la idea central continuaba; niño es niño en cuanto esté con su familia, un ambiente familiar, a su vez vinculado a la escuela y la formación de hábitos sociales que facilitarán su integración a la sociedad, como lo afirmó Humberto Gill, para quien en todo niño se debía apreciar “la sencillez confiada y tranquila, la inocencia del cuerpo y del alma”, pues un niño es una “cera en que se pueda modelar un carácter y finalmente la esperanza del mañana”³²⁵.

Desde los años cuarenta se asienta una idea moderna y ya casi global de infancia, ahora articulada a saberes modernos como la paidología —ciencia del niño—, la pediatría y la puericultura, la medicina y la higiene infantil, la psicología del niño, la criminología infantil y la antropometría infantil. Se trata del niño en la escuela, lugar connatural a él, escenario en el cual éste es observado, medido, examinado, clasificado, seleccionado, vigorizado, medicalizado, moralizado y protegido por métodos «naturales» de enseñanza y por

³²² Muñoz y Pachón. *La aventura infantil a mediados de siglo*.

³²³ Muñoz y Pachón. *La aventura infantil a mediados de siglo*, 330.

³²⁴ Este aspecto lo reafirma Jiménez Becerra, Adsalón en su investigación doctoral —texto posteriormente publicado—, cuando afirma que “En la década de los setenta existía en el país una preocupación por la sensibilidad el niño, por su creatividad y por el desarrollo de sus sentidos, liderada por profesionales del arte, la pintura y la música, quienes inicialmente por fuera de la escuela, y luego en compañía de los pedagogos, naturalizaron un discurso hacia estos aspectos determinantes en el desarrollo socio-afectivo infantil. Ver: Jiménez, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia*, 430-431.

en su investigación de doctorado y posteriormente publicada.

³²⁵ Humberto Gil M, “La delincuencia infantil”, *El Colombiano*, 18, Mayo, 1954, 3.

ambientes formativos propicios para revertir las taras hereditarias³²⁶. En el niño se conjugaban los deseos de una nación moderna y saludable. En suma

...la infancia se convirtió en objeto privilegiado de todos los proyectos de transformación biológica, social, económica y política de la población; se consideraba que éste era el período de desarrollo individual en el cual se debían sembrar y cultivar las semillas de un mejor futuro para la sociedad y la raza. En la infancia se conjugaban (...) las mayores esperanzas e ilusiones de progreso y bienestar colectivo"³²⁷

Desde esta época se asienta más una cultura o un imaginario de infancia donde definitivamente opera un centro simbólico a través del cual todo niño y niña es leído e intervenido. Sin lugar a dudas todo infante debe cumplir con ciertos requisitos, ciertos criterios inmanentes a él. La infancia aparece entonces como una categoría moderna, integrante de la modernización y civilización en marcha. Indispensable en el devenir, el desarrollo y crecimiento del país, a ella le corresponde un único modo de ser y vivir los primeros años de vida. De esta forma, la caracterización de un “estado ideal” para la infancia, y la noción de “infante normal”, de niño “decente” y de “alumno”, es alimentada y contenida en y por un paradigma imaginario de la modernidad.

Esta caracterización, para el caso de la historia de la capital también, se insertó funcionalmente en la demanda político institucional urbana (de escolarización, de ordenamiento familiar), en donde la infancia va a la escuela, juega y vive con la familia, no tiene responsabilidades, entre otras³²⁸. Se trató de una administración simbólica³²⁹, en la que un conjunto de prohibiciones y prescripciones negaron determinadas acciones,

³²⁶ Cárdenas Palermo, Yeimy. "Chinos y gamines: imágenes de los habitantes pobres de Bogotá en la primera mitad del siglo XX", *Pro-Posições* 23, n° 1 (2012), 87.

³²⁷ Sáenz Obregón, Javier; Ospina López, Armando y Saldarriaga Vélez, Oscar. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946* (Medellín: Colciencias / Ediciones Foro Nacional por Colombia / Ediciones Uniandes / Editorial Universidad de Antioquia, 1997). 26-27.

³²⁸ Lucia R. Castro, “O Lugar da Infância na Modernidade”, *Psicologia: Reflexão e crítica* 9, n° 2, (1996).

³²⁹ “Simbólica” porque se refiere a un conjunto de normas, actitudes y prohibiciones no siempre formalizadas en la ley, que condicionan o restringen la vida de los niños y niñas en la sociedad respecto a la acción y comportamiento (socialmente aceptado) de los adultos.

capacidades o poderes a la infancia; ésta no vota, no puede ser electa, no tiene conocimiento (y por eso va a la escuela), no es responsable y por eso es inimputable, no puede contraer matrimonio ni constituir una familia, no paga impuestos, no participa de negocios, no puede trabajar, entre otras, dando lugar al conjunto de prohibiciones que configura el carácter “no social” o “pre-social” de la infancia moderna³³⁰.

A través de este imaginario hegemónico de infancia, valiéndose de él, las publicaciones referidas a los *gamines* se expresaron. Como se sostuvo anteriormente, Cadenas Acero, al igual que muchos autores en diversidad de publicaciones, ciertamente artículos de periódico, pero también libros, tesis de investigación a nivel de pregrado y posgrado y por supuesto capítulos de libros, defendían implícitamente o explícitamente este ideal, con seguridad el centro simbólico, el eje cohesionador del imaginario de infancia que aún hoy continúa.

En los setenta, el reconocido investigador José Gutiérrez, integrante y representante destacado en esa sociedad capitalina estudiada en esta pesquisa, quien llevase a cabo un profundo trabajo con los *gamines*, publicado en 1972, sabía a ciencia cierta la diferencia entre lo que él llamaba la “sociedad gamín” y los niños y niñas respecto al nombrado imaginario, para él, si o si, un niño “completo”, diferente al *gamín*, alguien realmente representado en el ideal de infancia, era aquel con un “hogar, con comida, con ropa, con calor, con estudios y con cariño (...) como vivían mis hijos”³³¹. Definitivamente, un niño es niño si tiene un hogar, lo cual implica una casa y una familia, quienes le dan comida, cariño, ropa, y por su puesto una escuela.

1.13) **Los *gamines*, un fenómeno nacional**

En los años sesenta el problema de los *gamines* era considerado como algo “nacional”, un fenómeno, una forma de vida que no residía en un solo punto del país, por ejemplo Bogotá, sino que atravesaba todo el territorio nacional y que, si bien se arraigaba fuertemente en la capital, afectaba a las otras ciudades, pues los pequeños y adolescentes circulaban o emigraban a otras urbes ante la amenaza de “batidas” o “recogidas”, también por el simple

³³⁰ De Cassia y Zambrano, "La 'limpieza social' en la construcción de la infancia moderna", 27.

³³¹ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 38.

hecho de encontrar un mejor lugar donde trabajar y divertirse, por ejemplo aprovechando los momentos de ferias y fiestas en las diversas ciudades, en fin, “gamines nacionales”.

Se trata del hecho, bastante complejo, de que los gamines "bogotanos", en su inmensa mayoría, no pueden calificarse, ni recogerse, simplemente como tales. Son gamines nacionales.

Sucede que las bandadas que forman, como las que constituyen ciertas aves tan libres y desatendidas como ellos, emigran —de continuo— hacia todos los sitios del país. Por un plato de sopa, y el derecho a dormir bajo carpa, o sea bajo techo, se "contratan" como "secretarios" en cualquier camión, o en buses que no los contemplan en su nómina oficial. Ayudan a cambiar las llantas que se pinchan; ponen el agua al radiador; desempeñan faenas menudas que les resultan engorrosas ya a los conductores y cuyo bajo costo bien pueden darse el lujo de asumir.

En esta forma, si en Bogotá hay recogida de gamines, Medellín se llena de ellos. O Cali. O cuales quiera otra ciudad. Llevados, también, por los ferrocarriles —bien sea en virtud de sagaces historias que relatan a los benevolentes conductores, o "asimilándose" a los bultos de los trenes de carga— llegan a sitios tan remotos como nuestra Costa Atlántica. Santa Marta, por ejemplo, experimentó una verdadera invasión de "turistas" de este tipo en la reciente temporada de diciembre y enero.

Este nuevo Angulo de la "cuestión gamines" merece, pues, considerarse y evaluarse. Porque la niñez abandonada no es distrital, ni municipal, ni propiamente de aquí, sino "viajada" a escala nacional³³².

Sin ser objeto de estudio en la presente investigación, el caso de Medellín llama la atención, pues en paralelo a Bogotá la ciudad de la montaña experimentaba la existencia de los *gamines* casi con la misma intensidad. Las ideas respecto a los gamines en la ciudad de la eterna primavera no eran muy distintas. En Medellín en los primeros años de la segunda mitad del siglo XX se repite la imagen que durante varias décadas recorre las calles de Bogotá. La indistinción entre *gamín*, pordiosero, vago y delincuente también es moneda corriente. Luís Pérez Botero³³³ escribe en uno de los más importantes periódicos de la ciudad, *El Colombiano*, el 10 de septiembre de 1958 una reflexión en torno a los niños que

³³² “Gamines nacionales”, *El Tiempo*, 12, febrero, 1968, 4.

trabajan destacando la indiferenciación por parte de la población hacia estos menores y mostrando a su vez el mismo escenario de la capital, solo que ahora y desde varios años atrás seguramente, en la capital antioqueña. Habla sobre “los peligros” que asedian “a estos pequeños mensajeros, vendedores de periódicos, ayudantes de camiones...”, “confundidos muchas veces con los vagos que deambulan por las calles”³³⁴. Los *gamines*, tanto en Bogotá como en Medellín, hacían de la calle su “hogar”, un “paraíso”, en ella jugaban, sufrían y vivían el día a día, aun en aquel tiempo repartían periódicos y mientras llegaban al lugar donde se los entregaban

...se agolpan a tirar cáscaras, frente a las redacciones o agencias de la prensa y se abrazan, y se tumban, se revuelcan, con asqueroso palmo de los infelices que por desgracia tienen que pasar frente a estos sitios populares.

Si para mal de su vida y culpa de sus ojos, llega una niña a cruzar frente a tal sitio, se le llenan los oídos de basuras y maliciosas miradas y palabras.

Aún son muchos los chicos de la calle. En grupos, en pandillas, en pelotones asaltan al transeúnte con sus palabras, oficios y lindezas. Ayer, en pleno centro, un bárbaro gamín, golpeó con una pelota a una señora, ante la alegre estupidez de los otros vagabundos del café³³⁵.

Y es que en la capital de la montaña, al igual que en Bogotá, el problema de la mendicidad, el *gaminismo* iba en aumento.

Desde hace muchos años venimos combatiendo la mendicidad en Medellín, que parece haberse convertido en el paraíso de los mendigos. Un ciudadano no puede penetrar a ningún establecimiento de cantina a tomar un refrigerio sin que se le acerquen por lo menos cinco mendigos, desde niños hasta ancianos³³⁶.

En este mismo escenario antioqueño se anunciaba y describía constantemente el enorme problema que significaba para “nuestro pueblo” la delincuencia infantil y juvenil, debido a

³³³ Luís Pérez Botero, “Niños que trabajan”, *El Colombiano*, 10, Septiembre, 1958, 3.

³³⁴ Subrayado propio.

³³⁵ Azor, “Perdidos de la casa”, *Alborada. Revista Ilustrada de la obra de Reeducación de Menores. Terciarios Capuchinos* 3, n° 28 (1954): 88.

³³⁶ “Difícil es acabar con la mendicidad en Medellín”, *El Colombiano*, 3, Marzo, 1960, 2.

que alteraba la tranquilidad de la “republica”³³⁷. Esos “niños malévolos” que merodeaban por las calles en las diferentes ciudades del país, pero sobre todo en Bogotá y Medellín, que practicaban algún deporte mal orientado debido a que ejercitaba la fuerza bruta y promocionaba el ganar —derrotar al otro— antes que el mero disfrute y la adecuada vitalización del cuerpo y el espíritu, también aquellos que leían tiras cómicas, que no eran más que “...páginas enteras dedicadas al crimen y al bandolerismo”, y en general todos los que se encontraban del otro lado del deber ser, esos que se multiplicaban día a día y al final llevaban a la sociedad ya a escala nacional, a emitir distintas expresiones de dolor, y es que ante la magnitud del problema emergían diferentes voces al interior de un cuerpo social que debatía y discutía el tema de los *gamines*, y en ese camino desplegaba variedad de ideas y soluciones.

Un problema que incomodaba y disminuía notablemente a la sociedad hegemónica — representada con enorme fuerza en las ciudades más importantes por aquella época, en detalle, Bogotá, Medellín y Cali, eje político, industrial y económico del país—, que la resentía y vulneraba debido a la amenaza nacional que constituía. Esa forma de vida inquietaba, producía dolor, asco y miedo debido a las acciones delictivas, sexuales y descaradamente adultas que la caracterizaba. Esa existencia, aquella institución *gamín* que inicialmente se mostró con fuerza en Bogotá y que ahora, sobre la segunda mitad del siglo XX, se desplegaba por todo el país, sobre todo en las grandes urbes, de la cual no podía esperarse más que cosas malas...

1.14) **¿Pero cuántos eran, dónde estaban?**

Como se notificó anteriormente se trataba de un fenómeno nacional, mendigos, limosneros o vagos que para Pérez Botero³³⁸: “...hoy aparecen en Medellín, al mes en Cali, poco después en Bogotá y así van de ciudad en ciudad...”, “Luego hay que reconocer que hay mendigos que se ocultan a las autoridades, que no se dejan conocer”, al final “Nunca se podrá saber a ciencia cierta cuántos son los mendigos profesionales”.

³³⁷ “Delincuencia infantil. A cargo de la central de difusión”, *El Colombiano*, 17, agosto, 1954, 13.

³³⁸ Luis Pérez Botero, “Un Problema de Medellín. Frente a la mendicidad”, *El Colombiano*, 22 de Junio, 1960, 3.

En Bogotá para el Director Nacional de Defensa Civil, General Rafael Hernández Pardo, en todo el país había en 1967 cinco mil *gamines* y “Bogotá, nada más, tiene alrededor de dos mil”³³⁹, cinco años después se afirmará que tan solo son mil³⁴⁰. José Gutiérrez sostenía en 1963 y aún en 1972³⁴¹ que en las calles de la ciudad se encontraban entre 3,000 y 5,000 niños, cuya edad oscilaba entre los 4 y 17 años³⁴², cifra que Granados³⁴³ respaldará años después, para él según fuentes secundarias, se hablaba de un número aproximado de 4.500 a 5,000 *gamines* en 1972, incluyendo aquellos que estaban en las instituciones y los que se encontraban en la calle.

Así las cosas “...existen 4.790 *gamines* en Bogotá, de los cuales 2.549 están utilizando los servicios de las instituciones”, sin embargo, Francisco Pereira³⁴⁴ dirá en 1975 que según los cálculos efectuados, en la capital del país “...se encuentra aún en las calles un número aproximado de 1.000 niños y que su incremento mensual es de 30 a 40”, al siguiente año se sostuvo que no superaban los 2,500³⁴⁵, finalmente en 1985, casi que quince años después, se repetirá la información y cantidad de 1969, se dice que en la ciudad no había más de 5,000³⁴⁶.

Óscar Jaramillo en 1976 se preguntaba y respondía “¿Cuántos son los *gamines*? “Nadie lo sabe”, esto también lo sostenía Ortega Ricaurte³⁴⁷ en 1977 al interrogante “¿Cuántos *gamines* hay en Bogotá? Nadie lo sabe. Hay veces que fluyen a montones e invaden las calles y las plazas de la ciudad, otras veces se esfuman como por encanto”, según informa ésta reconocida investigadora, en el “...año de 1973 se calculaba que había cerca de dos mil “caras-sucias”, pero cuando la Policía de Protección Juvenil trató de realizar un censo sólo pudo encontrar 360, el resto se escondió”. Jaramillo concluía que “Ni siquiera hay

³³⁹ Rafael Hernández Pardo, “Dos mil *gamines* tiene Bogotá”, *El tiempo*, 31, mayo, 1967, 2.

³⁴⁰ “Bogotá tiene 1.500 *gamines*”, *El Tiempo*, 16, abril, 1971, 2A.

³⁴¹ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

³⁴² José Gutiérrez, *Infancia de la miseria* (Bogotá: Biblioteca de Bolsillo Timaná, 1963), 25, citado por Beltrán, *La metamorfosis del “Chino de la calle”*, 4.

³⁴³ Granados, *Gamines*, 71-75.

³⁴⁴ Francisco Pereira, “Aplicaciones de la psicología del aprendizaje a la rehabilitación del ‘gamín’”, *Revista Latinoamericana de Psicología* 7, n° 3 (1975): 392.

³⁴⁵ “El gamín otra vaquita sagrada”, *El Tiempo*, 28 de noviembre de 1976, p 10A, Citado por Jiménez, *Infancia*, 114.

³⁴⁶ “Por fin podrán dormir los *gamines*”, *El Tiempo*, 13 de febrero de 1985, p, 4B, Citado por Jiménez, *Infancia*, 118.

³⁴⁷ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*, 18.

coincidencia en los cálculos e investigaciones realizados por diversas personas o entidades, oficiales o privadas: los números sólo para Bogotá, varían entre 1.000 y 5.000”

Su movilidad e indisciplina, el desarrollado poder de ubicuidad que tienen, ha hecho hasta ahora imposible un censo con pocas posibilidades de error. Además los investigadores encuentran dificultad muchas veces para discernir el verdadero gamín y muchos niños que, sin abandonar los lazos familiares y a veces impulsados por los mismos padres, se dedican a cumplir algunas de las actividades que son propias de los gamines, como forma de subsistencia³⁴⁸

En todo el país las cifras alarmaban y confundían aún más. En 1978 se decía que

Hora tras hora, día tras día, semana tras semana, mes tras mes y desde hace varios años el paisaje de las calles en las principales ciudades colombianas permanece ensombrecido por 130 mil niños, entre los 4 y 15 años que, vestidos con sacos viejos de señor y alimentados con desperdicios, utilizan las alcantarillas y los quicios de las construcciones como viviendas³⁴⁹.

En 1969 ante el grave problema que representaban los *gamines* (debido a sus acciones, su peligrosidad, suciedad) y la continua dificultad para clasificarlos y diferenciarlos (consecuencia también de la confusión y miedo de la misma sociedad ante ellos), se efectúa uno de los eventos más importantes en torno a esta población en las ciudades colombianas: se trata del Primer seminario Nacional sobre la Problemática del Gamín³⁵⁰. Según lo registró el periódico *El Tiempo* el 6 de febrero de 1969 en Bogotá, asistieron setenta expertos de distintas ciudades del país, incluida Medellín y la primera Dama de la Nación; Cecilia de la Fuente De Lleras. A “...un seminario organizado por ICODES (Instituto Colombiano de Desarrollo Social)”. Uno de los objetivos de este importante seminario consistió en definir el concepto con el cual se referían a esta población, pues la indefinición, y como se ha venido sosteniendo, la ambigüedad e indistinción, conllevaba a “una falsa apreciación de la magnitud del problema” —la respuesta a la pregunta “¿cuantos eran?”—, hacía parte de esto— y “a una equivocada orientación de las campañas”.

³⁴⁸ Oscar Jaramillo, “El sub-mundo de los gamines”, *Nueva Frontera* (Marzo 1976): 5.

³⁴⁹ “Gamines nacionales”, *El Tiempo*, 14, septiembre, 1978, 1D-2D.

³⁵⁰ “El gamín y los expertos”, *El Tiempo*, 6, Febrero, 1969, 18.

El objetivo era “fijar un punto central de referencia” respecto a la definición del *gamín*. “Término éste afrancesado, que no nos gusta a muchos, pero que parece que se ha impuesto”, pues “era muy importante destacar las características especiales de estos niños, pues el público en general y no pocas autoridades dan el calificativo indiferentemente a todo niño pobre, lo cual lleva no sólo a una falsa apreciación de la magnitud del problema, sino a una equivocada orientación de las campañas”.

El evento repetido en 1974³⁵¹ ponía sobre la mesa nuevamente no solo el problema de la indefinición o de otra forma, la respuesta a la pregunta ¿qué es un *gamín*?, además discutía el conjunto de prácticas e ideas que caracterizaban a esta población. En él se solicitó reintegrar a los *gamines* o “pelafustanes” a la sociedad. Además, se sostuvo al decir de Jiménez Becerra³⁵² que las principales causas del problema por aquellos años

...eran la inadecuada estructuración de la sociedad, carencia de suficientes recursos de distracción, el factor de migración de los campesinos; incapacidad económica, técnica y emocional de los grupos sociales; déficit de escuelas, falta de sistemas psicopedagógicos, deserción escolar y no aprovechamiento del tiempo libre³⁵³.

El *II Seminario Nacional sobre la Problemática del Gamín* efectuado del 2 al 7 de diciembre de 1974, hizo suyas las recomendaciones y discusiones del primer seminario realizado en Melgar en 1969. En el Documento Final³⁵⁴ se resalta casi que a modo de alarma y temor que “...el ritmo de crecimiento de los fenómenos de desadaptación social”³⁵⁵ desbordaba los recursos disponibles para contenerla e intervenirla, visibilizando cómo la problemática del *gamín* escapaba de las manos del cuerpo social dominante y, por si fuera poco, visibilizando la confusión de los integrantes de aquella sociedad respecto al “mal” que los aquejaba. En el texto se dice que

...la sociedad misma no tiene una conciencia clara y responsable de lo que el problema del *gamín* es en sí mismo y por tanto se le desprecia, se le maltrata y se le

³⁵¹ Este evento se repitió del 2 al 4 de diciembre de 1974. se tituló y aparece referenciado en la Revista Policía Nacional de Colombia como: Problemática del Gamín. II seminario Nacional. Revista Policía Nacional de Colombia. No 168. Nov-Dic. 1974.

³⁵² Jiménez, *Infancia*.

³⁵³ Jiménez, *Infancia*, 107.

³⁵⁴ Disponible en los anexos de la publicación de Granados, *Gamines*.

odia, contribuyendo estas actitudes a hacer más difícil el trabajo de las distintas entidades y a complicar más el problema³⁵⁶.

Hacia 1976 Granados Téllez publica un libro resultado de una investigación llevada a cabo durante casi dos años, en la cual se tomó como muestra a 110 *gamines*, quienes fueron entrevistados estructurada e informalmente. A las galladas o grupos de individuos en situación de calle, principalmente niños y adolescentes en el marco de esta pesquisa, se les podía reconocer según este investigador, por medio de su nombre debido a que el mismo indicaba el lugar que frecuentaban o controlaban, también por el apodo del jefe o el nombre que se asignaba el mismo grupo. Para tener una idea de qué lugares o espacios físicos ocupaban los *gamines* hacia la época de los setenta en Bogotá, baste citar el nombre de las galladas que por aquella época quedaron registradas, y que indican también el sitio que tenían en aquellos días.

De esta forma se podía encontrar galladas en los barrios Egipto, las Cruces, San Victorino, San Bernardo, Bosconia, etiquetas que también correspondían al nombre de la gallada, a su vez, lugares como el Parque de los Periodistas, la Flota Magdalena, Bolivariana y Rápido Tolima, posiblemente donde aparcaban los autobuses eran al mismo tiempo el lugar de residencia de otras galladas, finalmente el Cinerama, la Calle 29, México, Galerías Nariño, El Bus y la de La calle 14 eran otras. En gran parte de la ciudad, pero sobre todo en el centro, era factible ver a niños durmiendo en las calles. En 1973 Granados Téllez³⁵⁷ encontró 53 camadas, de ellas 40 estaban ubicadas en el centro de la ciudad; 36 durmiendo en andenes y 11 en lotes abandonados.

³⁵⁵ Granados, *Gamines*, 129.

³⁵⁶ Granados, *Gamines*, 129.

³⁵⁷ Granados, *Gamines*.



Tomado de: Nicolo, Ardila y Otros. *Musarañas*. Bogotá. Industria Continental Gráfica³⁵⁸.

En todo caso la ubicación de los *gamines*, al igual que la respuesta a la pregunta “¿cuántos eran?”, estaba cargada de ambigüedades, esto debido a que los *gamines* se caracterizaban precisamente por ser nómadas, por vivir en uno y otro lado constantemente, sumado a eso, el problema de la definición y caracterización del *gamín* en sí, pues para la sociedad un pordiosero, un mendigo, un galopín, un pelafustán, un desechable, era un *gamín*, o de otra forma era todo lo otro, era diferencia y en esa medida, al final *gamín*. Aspecto que, en suma, hacía difícil y casi imposible la cuantificación y ubicación de los *gamines*, quienes un día estaban en Bogotá, otro en Medellín, al mes en Cali, al final como se sostenía anteriormente, “*gamines nacionales*”, a quienes debido a ese *don de la ubicuidad*, y su capacidad para escapar a batidas y censos organizados por la sociedad, fue imposible medir y controlar.

1.15) **Delincuencia, estética e infancia o la sociedad afectada radicalmente**

Como se sostuvo anteriormente el problema de los *gamines* integraba un problema mayor, era el eje de clima social rarificado, una situación tensa y compleja que habitaba y orientaba

³⁵⁸ Javier D’Nicolo, Irenarco Ardila, Camilo Castrellón y Germán Mariño, *Musarañas*, (Bogotá: Industria Continental Gráfica, 1981), 89, <https://es.scribd.com/doc/32793324/Musaranas-Programa-de-intervencion-con-ninos-de-la-calle>

el día a día de los pobladores urbanos en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá. Se trataba de una sensación de peligro e incomodidad en medio de la cual vivían los pobladores urbanos, producto de varias variables. Por un lado, habitar una ciudad que — en cuanto capital del país, y posterior a diversos acontecimientos, por ejemplo, el Bogotazo— se veía obligada a renovarse, a dejar de ser un *pueblo grande* y entrar en la dinámica de las urbes modernas, trayendo consigo un obligatorio cambio en la forma de vivir la ciudad por parte de sus habitantes, tanto los de élite, como aquel segmento intermedio y los pobres.

Adicionalmente, se constituía en una ciudad donde los medios de comunicación de masas, ciertamente las nuevas tecnologías, ahora, constituían uno de los ejes en el devenir de la urbe y con ellos la existencia de nuevos formatos culturales: el cine, la radio, la televisión, y en ese escenario nuevas modas, nuevos objetos de consumo, sumado a los medios de transporte, privados y públicos, aquellos que alteraban el paisaje sonoro y visual de la capital, esa ciudad llena de edificios y comercios y miles de personas transitándola.

Por otro lado, se experimentaba en la capital un clima social alterado debido a la existencia de imaginarios sociales que entraban en crisis —por ejemplo la idea de sociedad atravesada por una moral conservadora, donde destaca el papel de la religión, de higiene e infancia—, esto por el entrecruzamiento de ideas y prácticas tradicionales que entraban en tensión con los nuevos escenarios modernos y un poco más alejado de la cotidianidad de la urbe, pero en todo caso presente, el problema de la Violencia, asentado en zonas rurales, pero integrante del clima político de la capital.

Sin embargo, en la realidad más inmediata de los pobladores, la mayoría de veces desconocedores del nudo de variables sociales, políticas y culturales en las que se hallaban inmersos, y por supuesto alimentados por los medios de comunicación que brindaban una idea de la realidad parcial, censurada y politizada, para muchos el problema —como ya se sostuviera en la *Revista de la Policía Nacional* a través de uno de sus integrantes— era otro.

Un problema referenciado constantemente por los articulistas de la época. Se trató de una variable que involucraba a los desplazados por la Violencia o por otros motivos ya nombrados —mejores condiciones en servicios básicos y empleo—, todos esos campesinos que arribaban a la ciudad, que aumentaban el número de pobres y el crecimiento de las

zonas marginales, y más aún sus hijos, esos que nacían a un mundo *lleno de pobreza y malos ejemplos*, quienes finalmente terminaban en la *delincuencia, el vicio y la vagancia*.

De esta forma, en el imaginario común, los problemas de la ciudad, provenían y se acrecentaban debido a la existencia de un otro, ese que llegaba o ya estaba, pero que debido a las condiciones marginales en que vivía, a factores hereditarios y económicos, se convertía en un “enemigo de la sociedad”. Alguien que violentaba, disminuía a la sociedad capitalina y no solo mediante actos delictivos, también en el escenario de las ideas de modernidad, higiene e infancia del que se alimentaba dicho cuerpo social capitalino.

Sobre lo anterior, como se muestra a continuación la sociedad bogotana, e incluso nacional, emitía reclamos y solicitudes de ayuda, pues un otro la afectaba: los *gamines* —el fenómeno del *gaminismo*, magnificado y engrandecido por ella misma—, la disminuía en su devenir, obligándola también, tarde o temprano a afirmarse, ciertamente en sus ideas, por ejemplo de infancia; pero tarde que temprano en prácticas radicales: la limpieza social o el asesinato de los *gamines*.

En la segunda mitad del siglo XX, en aquella Bogotá de la que se ha venido hablando, un habitante urbano, haciendo eco de las miles de voces que con anterioridad y posterioridad juzgarían la existencia de los *gamines*, expresaba su dolor y crítica a los mismos. Se trató de Cabrera Lozano, quien elevaba su voz a las autoridades, pues el “espectáculo insufrible” “triste y fastidioso”³⁵⁹ que la capital soportaba no podía seguir. En las calles de la ciudad era posible ver al “hombre orquesta”, un “artista” callejero o, posiblemente con mayor regularidad, “Una bandada de chiquillos”, “Haraposos, sucios, suplicantes” pidiendo dinero; “Regáleme cinco centavitos, doctor, que estamos sin almorzar”...

En la capital Bogotá e incluso en la misma ciudad primaveral, Medellín, esos haraposos niños ascechan a los pobladores urbanos, a los integrantes de aquel cuerpo social, pero no solamente por las ventanas de los trenes, también en los buses³⁶⁰, en los cines, cantinas, puentes, eventos públicos, plazas, iglesias, parques, cafés, hasta en el aeropuerto³⁶¹. En los autos: “Al llegar al aeropuerto y entrar por la vía principal —Avenida El Dorado, calle

³⁵⁹ “Músicos Inválidos Ambulantes y niños mendigos, Dos (sic) azotes de al capital”, *El tiempo*, 31 Marzo, 1954, 18.

³⁶⁰ “La mendicidad”, *El Tiempo*, 11, abril, 1963, 5.

³⁶¹ “Los gamines de El Dorado”, *El Tiempo*, 29, noviembre, 1977, P Última B

26—, en el segundo semáforo aparecen por primera vez (...) niños harapientos, despeinados, de ojos vivos...” “Cuando el automóvil para (...) saltan a los vidrios delanteros, con una esponja impregnada de jabón en la mano, y la pasan rápidamente sobre el vidrio, aunque este se encuentre completamente limpio, y solicitan al chofer y los pasajeros el pago por los servicios”³⁶². Unos años después, la escena presenciada y anunciada al interior de la sociedad capitalina no es muy diferente, niños y adultos son vistos en “las aceras de las calles más concurridas, afligen y comprometen con la exhibición de sus lacerias orgánicas”³⁶³.

Como se evidenció anteriormente y a continuación, la sensación de inseguridad e incomodidad en las calles, en el seno de la sociedad capitalina, no era gratuita, pues los *gamines* tendían a atacar al cuerpo social, a sus representantes, por ejemplo, otros niños y niñas, a quienes se les prohibía salir a la calle, pues solía suceder que en el parque fuesen objeto de asalto en manos de los *gamines*. En suma, la calle era peligrosa, y de quienes la habitaban había que sospechar y temer. En los sesenta se comunicaba a la sociedad:

Algunas Pandillas bogotanas se dedican —inicialmente— única y exclusivamente a hostigar a los denominados “niños de bien” del barrio, a los hijos de padres pudientes, llegando al extremo del chantaje y la explotación. Muchos padres de sectores residenciales se han quejado ante las autoridades de Policía por el hecho de que sus hijos tienen que pagar un verdadero “impuesto” para poder transitar sin ser molestados por los vagos del barrio constituidos en una pandilla. Otros han tenido que deshacerse de efectos personales para eludir el castigo (“salada” de los muchachos callejeros)³⁶⁴.

La cantidad de artículos, capítulos de libro, libros y tesis de investigación publicados y no publicados entre 1950 y 1985 respecto al fenómeno del gaminismo refleja la importancia

³⁶² Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 13. Sumado a esto, a inicios de los noventa, la situación no parece cambiar: “No es posible transitar por las ciudades colombianas, sobre todo Santafé de Bogotá, sin encontrar a un niño desamparado o a un adulto viviendo en la calle, debajo de un puente o durmiendo en el interior de una alcantarilla, alimentándose de basura, en medio de aguas negras, ratas y excrementos”. Ver: María Soledad Rico Sanín, *El delito de existir* (Bogotá: Colombia: Editorial Oveja Negra, 1993), 11.

³⁶³ “La mendicidad”. *El Tiempo*. 11, abril, 1963, 5.

³⁶⁴ Cadena, *Causas de la delincuencia juvenil en Colombia*, 58.

social, cultural y política que dicho fenómeno tuvo en el seno de la sociedad capitalina³⁶⁵. En todos ellos, las descripciones respecto a los *gamines* dejan ver la incomodidad o el dolor casi corpóreo que los mismos producían, pues los autores al escribir sobre este fenómeno se valieron de adjetivos y construcciones gramaticales donde el papel de los sentidos era recurrente.

En dichos artículos es común resaltar la existencia de este colectivo recurriendo a la descripción, la incomodidad e inseguridad siempre haciendo uso de adjetivos, verbos y argumentos sensoriales. En las letras de los escritores capitalinos se habla y escribe sobre los *gamines* como algo que se ve, se siente, se huele, se toca, se mira, se percibe. A los *gamines* se les encontraba “[...] Algunas cuadras más arriba, cerca al cementerio”, se les veía “[...] vestidos con sacos de hombres grandes, de pelo largo y desgreñado...”³⁶⁶, en la noche, se sentían y aparecían “[...] al pasear por el centro de la ciudad [...] Solos o en grupos, durmiendo en los andenes...”, y finalmente se les describía como “[...] seres hambrientos, alucinados, cundidos de piojos”³⁶⁷, “cavernícolas”, “trogloditas”, “cazadores”, que indiferentes al proceso de civilización, observan “[...] los movimientos, hábitos y migraciones de sus presuntas presas”³⁶⁸, se trataba de un

...espectáculo (...) muy frecuente en los sitios más céntricos de Bogotá. Por las calles y plazas ambulan hasta las horas más altas de la noche, grupos de párvulos hambreados y desnudos sin más paternidad que el infortunio y son otro consuelo que el desprecio escalofriante con que la sociedad los mira³⁶⁹.

Las constantes y reiterativas descripciones sobre los *gamines* no pueden entenderse sólo como simples referencias a ellos, hijas de un procedimiento académico, intelectual y mecánico que, en respuesta a un problema, social; cumplía con la descripción, articulándola

³⁶⁵ Para el caso de Bogotá, en la construcción de archivo de 1950 a 1985 en el diario *El Tiempo*, se encontraron 309 artículos referidos explícita o implícitamente a los *gamines*. A su vez, 79 libros y 121 artículos en revistas donde se destaca el tema de los *gamines*. 15 tesis de investigación de grado y posgrado. Finalmente, como se anunció en la introducción, 5 documentales.

³⁶⁶ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 13.

³⁶⁷ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 14.

³⁶⁸ “Habitantes de las cavernas”, *Revista Semana*, 15, Junio, 1983, <http://www.semana.com/cultura/articulo/habitantes-de-las-cavernas/2584-3>

³⁶⁹ Pío Gómez Moreno, “Panorama de la delincuencia juvenil en Colombia”, *Tribuna Médica* 233 (Febrero 1966): 4. (Subrayado propio).

a las discusiones académicas y políticas del momento y proponiendo planes de acción. Si así fuese, literalmente *por ver el árbol no se veía el bosque*, pues se estaría pasando por alto el tejido simbólico que une dichas expresiones, que las concentra en una reacción social que pasó necesariamente por las iniciativas “identitarias” y culturales a partir de las cuales, en manos de las élites sociales o el Estado, se buscó unificar a la población en la idea de nación, de ciudad, higiene, hombre e infancia moderna.

Las descripciones, objeciones y llamados referidos a los *gamines*, por sí mismos, en su particularidad, al anunciar dónde estaban, qué hacían, y sobre todo cómo afectaban al cuerpo social no dicen mucho, *pero entendidas en su conjunto* dejan ver un patrón social y simbólico, a través del cual la sociedad bogotana día a día se reafirmaba en un cierre simbólico respecto a un otro. En otras palabras, cada una de las publicaciones y referencias a los *gamines* representó un esfuerzo, una forma de resistencia y si se quiere una defensa social por medio de la cual el cuerpo social capitalino sostenía una "identidad", por supuesto en construcción, pero completamente clara respecto a lo que no era o no quería ser.

En la temporalidad abordada la aparición de este colectivo fue descrita y registrada constantemente: sus irrupciones en la realidad social expresada en las miles de páginas dedicadas al tema demuestran la continua e intensa molestia que causaban ellos; incomodidad que no podía contenerse en la simple reflexión y explicación del fenómeno, en una mera abstracción, más allá de ello, en los textos se dejaba la mayoría de veces salir un quejido, una expresión de intolerancia, una objeción y reclamo adjetivado sensorialmente, simbólicamente, una especie de respuesta parcial, hija más de la necesidad de autoprotección y seguridad que del anhelo de bienestar para el grupo descrito. De nuevo, otras descripciones o voces del pasado respecto a los *gamines*.

Centralizados en focos de harapos y vagancia; tirados plácidamente a la bartola, cuando no jugando “pita” sobre huecos que abren en el pavimento; dedicados a despojar los automóviles de limpiabrisas y otros implementos que cargan en increíbles ramazones [...] pandillas que de traviesas pasaron ya a ser francamente antisociales— y agresivas— deambulan ahora por sitios tales como la Avenida

Jiménez a pocos pasos de la Carrera Séptima; las Universidades Javeriana y de los Andes...³⁷⁰

[...] bajo los umbrales y sobre el quicio de innumerables residencias se contempla el espectáculo de los hombres llagados —con úlceras ciertas o postizas—, de las gentes mutiladas, en muñones: mujeres grávidas, a quienes rodea y sigue media docena de chiquillos famélicos y harapientos. En los buses del servicio urbano, cantadores improvisados alternan con ciegos, sordo-mudos y lisiados de distinta naturaleza...³⁷¹

Al interior de la sociedad, en las calles de la ciudad los habitantes urbanos, casi como describiendo una *infección* que los corroía y enfermaba, resaltaban la existencia de unos “focos de harapos y vagancia”, niños “famélicos y harapientos” que juegan en las calles —ese lugar donde los niños y niñas no deben estar—, que vulneran a la sociedad, pues se dedican a “despojar los automóviles” y como se ha anunciado, a pequeños robos. Por si fuera poco en los buses y seguramente en otros escenarios urbanos en todo lo que va del cincuenta al ochenta y cinco, se ven hombres llagados y “cantadores improvisados” que “alternan con ciegos, sordo-mudos y lisiados de distinta naturaleza”, al final niños o adultos, visibilizados por su apariencia, su estética. Individuos llenos de repugnantes olores que coexistieron en Bogotá y en otras urbes colombianas entre 1950 y 1985 —pero también antes y después—, observados, sentidos y descritos por “propios y extraños”, quienes, en el diario vivir, camino a su lugar de trabajo, ocio u hogar se encontraban con “cuadrillas de gamines que van de una parte a otra de la ciudad”³⁷².

En suma, un otro que según deja ver el archivo obligaba a la sociedad y en ella uno de sus representantes, a pronunciarse, a manifestar la incomodidad que representaban estos “antisociales”, aquellas “enormes manchas negras [que] pululan por la ciudad: en los parques, en las avenidas, bajo los puentes”, seres hambrientos y haraposos que comenzaban o continuaban siendo “el terror de las mujeres y el dolor de cabeza de los propietarios de autos”³⁷³.

³⁷⁰ “Los gamines, otra vez”, *El Tiempo*, 17, mayo, 1968, 4.

³⁷¹ Aurelio Angarita Cárdenas, “Otra vez la mendicidad”, *La Republica*, 15, enero, 1968, 5A.

³⁷² “El drama de los gamines”, *El Colombiano*, 13, mayo, 1975, 5.

³⁷³ Agromar, Líneas, “¡Vuelven los gamines!”, *Consigna*, n° 237 (septiembre, 1983), 28-30.

Las innumerables expresiones sociales nacidas, emanadas por la sociedad colombiana de la que habló José Gutiérrez³⁷⁴, o para mejor decirlo la sociedad bogotana en la que vivió este autor, tuvieron un lugar de enunciación y producción atravesado ciertamente por el clima social y político del momento, pero también, un rostro social y cultural hipnotizado y obsesionado por las ideas de modernidad y civilización provenientes de Europa y Norteamérica; un semblante que se hacía y rehacía constantemente, idealizándose a sí mismo a través del espejo que seguían y en el que se miraban otros países y culturas europeas, un nicho de ideas modernas contenidas en un centro simbólico en continuo movimiento, un cuerpo social o finalmente una sociedad gradualmente ampliada y diversificada. En ella diferentes gestos se activaron debido a la cercana presencia de esos *gamines* “hambrientos”, “haraposos” y “sucios”. Muestras de repudio, indiferencia, asco, rechazo y miedo fueron la constante.

Las expresiones sociales manifestadas (en la temporalidad abordada) por los individuos demuestran la existencia de una imagería social hecha piel; la *piel de la sociedad*, un nosotros social que sufría, gritaba, se resentía, molestaba e inquietaba violentamente debido a los *gamines*, ese otro magnificado y significado recurrentemente por la sociedad. Sus respuestas ante la existencia del otro, más que efectos individuales y espontáneos resultado de un encuentro social negativo, al parecer desconectados e incapaces de hablar por sí mismos, constituyen y demuestran la existencia de un entrelazamiento de relaciones a través de las cuales la sociedad capitalina se mostró como cuerpo social afectado, disminuido, como un espacio social sensible, un nicho de sentido, vivo y en estado de alarma, instalado en cada uno de los cuerpos de los individuos que compusieron la sociedad bogotana de 1950 a 1985, y es que el cuerpo humano, al decir de Sabido³⁷⁵, es

...un nicho de Sentido constituido y constituyente de lo social (en el que) aquel que no coincide que los esquemas de Sentido compartidos y valorados, pone también en jaque el ámbito corpóreo-afectivo, puesto que desestabiliza mecanismos socialmente contruidos, pero naturalmente *sentidos*.

³⁷⁴ Gutiérrez, *Gamín un ser olvidado*

³⁷⁵ Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*, 26.

Cada uno de los cuerpos de los individuos que integraron la sociedad bogotana de 1950 a 1985, a su modo, metafóricamente dieron lugar a un cuerpo social. Para George Duby, como se sostuvo anteriormente, cada cultura tiene un cuerpo. El cuerpo de la sociedad capitalina no era más que el entretejido de cuerpos e ideas en que devino la misma ciudad en la temporalidad estudiada.

Cuerpos e ideas, individuos a través de los cuales se expresaba lo social, aquello materializado en esquemas de sentido compartidos y valorados, al final unificadores respecto a lo que se *es*, a quien es parte de lo propio y sobre todo quién no. Todo esto pasaba por el cuerpo individual, aquel que, en tanto efecto de lo social, sentía y dejaba ver su temor y desprecio por aquello no compartido, la diferencia, en este caso, aquella que representaban los *gamines*, ciertamente en el plano de las ideas, aquellas que también pasaban —y siempre pasan— por el cuerpo, pues a estos personajes se les sentía, se les olía y veía, destacaban por su suciedad y peligro.

Si se retrocede o se avanza en la medida del tiempo delimitado en esta investigación, se puede ver que los relatos, las expresiones y reclamos publicados dan cuenta de un cuerpo social capitalino afligido que ve, huele, escucha a un otro —los *gamines*— que lo disminuye. Miles de individuos entretejidos en una sociedad que se leyó y autoconstruyó con base en un imaginario de modernidad, civilidad e higiene, avistaron y repudiaron a esos “niños harapientos” que, por decenas con su mala apariencia y terribles olores, trastocaron los sensibles límites sociales de aquéllos, habilitando la visibilización de mecanismos sociales a través de los cuales el extraño, el incómodo, el otro social fue registrado, entendido y sobre todo significado...

En ese otro se avistaba lo sucio, lo peligroso, lo inmoral, lo incivilizado. El nivel de afectación es notable. En la cotidianidad de la urbe los *gamines* no pasaban desapercibidos, la fuerza de su brillo, el impacto en la sociedad bogotana de la existencia de esta población, desequilibró los ideales de higiene, de estética, de seguridad e infancia que se hacían campo en la imaginería social urbana animada por dicha sociedad.

Los individuos que se encontraban o se relacionaban en el día a día de las ciudades entre 1950 y 1985, fueron individuos que se rozaron, se reunieron, se distanciaron en respuesta a los quehaceres diarios, las demandas institucionales e individuales —trabajo, educación,

diversión, entre otras—, pero sobre todo culturales. Sus rostros se observaron unos a otros, se reconocieron en lo común, en lo que los unía. En su mirada se contuvo un nudo de experiencias históricas que reclamaron su lugar, su legitimidad y derecho, allí se alojó la pertenencia a un colectivo, una sociedad, una cultura, lo que no se correspondía con ello, lo que los distanciaba, brilló por su anormalidad, y es que, el otro era demasiado visible, cercano e intenso. Ese otro, los *gamines*, caminaba por las calles, las plazas, los lugares públicos de una sociedad que se fraguaba encima del pavimento, sobre el gris de las losas de cemento que caracterizaban a las grandes urbes, entre los rostros, los cuerpos que se cruzaban: el de él o ellos destacaba.

Se trataba de niños y adultos, todos integrantes de una imagen, una mancha negra, un espectáculo de los menos gratos “[...] al ojo del buen cristiano [...] del hombre civilizado y [...] para la vida en comunidad”³⁷⁶, una escena “deprimente” que para los pobladores — inicialmente aquellos miembros de la elite social— de las principales urbes colombianas, y en detalle Bogotá, representó un problema social, una amenaza, un estado “antisocial” o peligroso. Las distinciones etarias, étnicas, sociales y culturales se veían diluidas entre sí gracias a la mirada de una sociedad que ubicó a esta población en el lugar del otro, la diferencia.

Como se sostuvo anteriormente, mendigos, niños desvalidos, pedigueños, pelafustanes, chinches, niños desadaptados, malévolos³⁷⁷, prematuros bachilleres del delito³⁷⁸, guerrilleros urbanos en miniatura³⁷⁹, hijos de la noche y de la nada³⁸⁰, parías³⁸¹, infancia desamparada y desvergonzada, juventud fracasada³⁸², piernipeludos, desechables, pordioseros, mendigos, vagos, todos contenidos en el significante instalado y recurrente durante el siglo XX y hasta el día de hoy: *gamín*, que por la época representó cada vez con mayor fuerza en Bogotá e incluso en Medellín, al fin y al cabo se trataba de *gamines* nacionales, un “[...] cuadro purulento de peste y mugre”, una oscura “mancha de aceite”³⁸³,

³⁷⁶ Aurelio Angarita Cárdenas, “Otra vez la mendicidad”, 5A.

³⁷⁷ “Delincuencia infantil”, *El Colombiano*, 17, Agosto, 1954, 13.

³⁷⁸ “Los niños”, *El Tiempo*, 16, diciembre, 1950, 5.

³⁷⁹ Gutiérrez, *Gamín un ser olvidado*.

³⁸⁰ Austin Rodríguez Garavito, “Dolor y miseria del gamín”, *El Tiempo*, 24, junio, 1962, 5.

³⁸¹ Rodríguez, “Dolor y miseria del gamín”, 5.

³⁸² “Mendicidad infantil”, *El Colombiano*, 1, mayo, 1950, 9.

³⁸³ Agromar, Líneas, “¡Vuelven los gamines!”, 28-30.

unos “[...] escombros humanos que salmodian su irreparable mendicidad...”³⁸⁴, en esta población radicó “[...] el cimiento de todos los trastornos morales que sufre la república”³⁸⁵, una “[...] plaga [...] elemento dañino de calles y plazas”³⁸⁶ a ellos el solo hecho de mirarlos producía “[...] náuseas, tanto por su estado antihigiénico como por su soez vocabulario y ademanes que se jactan de lucir en público”³⁸⁷, se trató de “[...] criaturas diabólicas que viven martirizando [...] la vida pública”, un mal “[...] social que amenaza la paz y tranquilidad de la república para los años venideros y aún para los presentes”³⁸⁸. En síntesis, “[...] en Colombia, los gamines son la peste”³⁸⁹ que huele “[...] a maldad a cincuenta metros de distancia”³⁹⁰.

A esos niños se les veía, olía, escuchaba, temía, en suma, los pobladores urbanos los sentían como un dolor punzante, algo que fastidia, avergüenza, en todo esto el nivel de afectación social salía a la luz pública bajo diferentes rostros, acciones y manifestaciones teniendo en común la profunda incomodidad.

Como lo muestra el archivo citado anteriormente y en las próximas citaciones, en cada uno de los llamados se aprecia un grito o una objeción que en el escenario de la cultura y lo simbólico destaca, pues refleja el nudo de sensaciones, sentimientos y afirmaciones a través de las cuales la sociedad misma se afirmaba, vivía y actuaba, un terreno simbólico que condicionó y orientó el día a día de la misma. Todo se conjugó en una percepción social sensible³⁹¹ que hizo de los *gamines* un problema que, teniendo por eje el imaginario de infancia moderna, terminaba articulándose en un escenario simbólico donde la imaginaria

³⁸⁴ Agromar, Líneas, “¡Vuelven los gamines!”, 30.

³⁸⁵ “La delincuencia infantil”, *El Tiempo*, 6, marzo, 1952, 4.

³⁸⁶ Joaquín Villa Jiménez, “Benéficas campañas adelanta la alcaldía”, *El Colombiano*, 21, Septiembre, 1954, 10.

³⁸⁷ “Los gamines”, *El Tiempo*, 18, julio, 1968, 3.

³⁸⁸ “Delincuencia infantil. A cargo de la central de difusión”, *El Colombiano*, 17, agosto, 1954, 13.

³⁸⁹ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*.

³⁹⁰ Azor, *Perdidos de la casa*, 88.

³⁹¹ “En las interacciones no sólo significamos al cuerpo sino que sentimos y percibimos sensiblemente al mundo con éste. Se ha dicho que la percepción sensible no es tal a secas, sino percepción social sensible (...) Ésta remite al problema fundamental de que los seres humanos ocupan un lugar en el espacio pero el sentido que se asigna a quien está próximo o lejano se entretiene por dimensiones sociales que atraviesan al propio cuerpo”. Ver: Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*, 190.

social de la que se alimentó la sociedad bogotana, y a partir del cual devino ella, resultaba alterada y rarificada en esos años, y puede hasta el día de hoy.

Las expresiones sociales activadas y producidas por un otro en la inmediatez de la cercanía, un otro demasiado próximo, visible, perceptible y oloroso en el plano de la interacción cotidiana entre los bogotanos, resultan un asidero de enorme peso en la historia de la infancia. En la interacción cotidiana entre los individuos se juega la existencia mutua, y en gran medida la oportunidad de que el otro disfrute o sufra la acogida o repulsión de un “nosotros” social, en el caso particular, la sociedad bogotana. En la percepción social sensible que deviene en los encuentros, en la interacción, en el “*piel con piel*” del que hablaba Sábato³⁹², las ideas no reflexionadas, aquellas que alimentan lo naturalizado e incluso esas reflexionadas y conscientes hacen del otro una presencia intensamente activa.

En este escenario social se asientan, activa y encauza el nudo de ideas, rituales e historias que alimentan la existencia de un colectivo social, son esas ideas las que se encarnan en el cuerpo individual, éstas las padecen y viven los individuos que las utilizan y modifican no solo para hacerse parte de una comunidad, sino también para diferenciarse de otras o de otros —por ejemplo los *gamines*— y sobre todo para poder vivir.

Las expresiones de asco y repudio emitidas por la sociedad bogotana en los años abordados, devinieron y circularon en lo cotidiano, y fue allí donde se dinamizaron y reprodujeron. En aquellos años -y aún hoy-, los individuos interactuaron en el mundo de lo pre-dado, lo familiar, lo conocido y naturalizado, allí el pensamiento o la razón no fue más que una sombra, pues los individuos sintieron asco y repudio debido a que en su experiencia biográfica, aquella que pasa por el cuerpo —ese *nicho Sentido constituido y constituyente de lo social* al decir de Sabido Ramos— en su vivencia histórica la presencia de ese otro, en este caso, los *gamines*, según el entretejido de ideas en las que fueron socializados en el día a día, *debía producir eso*, aunque el individuo no fuera, la mayoría de veces, consciente de ello.

³⁹² Ernesto Sábato, *La resistencia* (Barcelona: Seix Barral, 2000).

En este espacio de interacción, lo que unos dicen de otros, habla mucho más de ellos que del otro en sí³⁹³. Eso que se dice de los otros, dependiendo de su intensidad y regularidad, repercute en el devenir y construcción de mismidad, de “identidad” propia. En otras palabras, como se ha sostenido, el otro tiene una incidencia activa en la emergencia de identidad social e individual³⁹⁴.

Estos personajes, los *gamines* constituyeron un problema que desbordó a las ciudades convirtiéndose en un fenómeno nacional, pues como se citó anteriormente “[...] la niñez abandonada no es distrital, ni municipal, ni propiamente de aquí, sino ‘viajada’ a escala nacional”³⁹⁵. Los articulistas no dudaban en afirmar que Medellín —la capital de Antioquia— y otras ciudades del país se han “[...] convertido en una ciudad de mendigos”³⁹⁶. Al interior de las grandes lozas de cemento, las urbes, se daban encuentros entre pobladores urbanos integrantes cada vez más de la sociedad bogotana y *gamines*, encuentros donde se enlazaban una serie de sentimientos y afectividades determinadas.

De los cincuenta a los ochenta la producción social de sentido respecto a los *gamines* aumenta. Mientras la ciudad crece y aumentan sus pobladores, ellos, los *gamines* al decir de la sociedad capitalina se han robustecido. La sensación de dolor y peligro, entre más cercana sea, más promueve acciones en pro de alejar o eliminar la fuente de peligro. El peligro entre más cerca estaba más grande *era*. El fenómeno del *gaminismo* fue tan fuerte,

³⁹³ Nombrar, significar, idear a un Otro, tiene mucho que ver con la forma en que se lee el cuerpo, el individuo respecto a ese Otro. Para Spinoza “La idea de un modo cualquiera con que el cuerpo humano es afectado por los cuerpos exteriores, debe implicar la naturaleza del cuerpo humano y, a la vez, la naturaleza del cuerpo exterior” y es que “...las ideas que tenemos de los cuerpos exteriores indican más la constitución de nuestro cuerpo que la naturaleza de los cuerpos exteriores” (E II, Prop 16, Corolario, 1 y 2, pag 93). Se nombra al otro llenándolo de un significado emergente en el seno de un imaginario propio, de unas prácticas e historias ancladas a un solo punto de vista, el de un “Nosotros”, en todo caso, un significado que aparta y distancia del Otro cultural e individual, en ocasiones acerca, pero siempre, diferenciando. Dice Spinoza “...la imaginación es una idea que indica más bien la constitución actual del cuerpo humano que la naturaleza del cuerpo exterior, aunque no de forma distinta, sino confusa, y por eso se dice que el alma yerra” (E, IV, Pro 1 Esc. Pag 187). Ver: Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, (España: Amorrurto Editores, 2007).

³⁹⁴ Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*.

³⁹⁵ “Gamines nacionales”, *El Tiempo*, 12, febrero, 1968, 4.

³⁹⁶ “Ciudad de mendigos”, *El Colombiano*, 18, julio, 1976, 5.

tan visible y recurrente que recorrió las bocas de nacionales y extranjeros³⁹⁷. Era un tema inevitable, obligatorio, una variable importante a la hora de planear una salida, comprar un carro, vestir, ir al parque, al centro comercial, a la tienda, a la escuela, caminar, existir y, sobre todo, relacionarse con el otro...

1.16) **Estética, higiene e infancia**

Vestir elegantemente, mostrarse limpio, portar ciertos ademanes, hablar de cierta forma, visibilizar la vitalidad del cuerpo: un cuerpo sano y robusto, trabajar, devengar un sueldo, posibilitó la diferenciación inicial entre los ciudadanos y aquellos “desadaptados” o “antisociales”. La limpieza, el orden y el trabajo se erigen como criterio de distinción. La limpieza no atendió solamente a las exigencias médico-sanitarias o de salubridad pública, como se comenzó a hablar en esa época, a su vez, y gracias, entre otras, a las empresas textiles³⁹⁸ nacionales y extranjeras y al arribo de modas europeas y norteamericanas, el vestir bien —que incluía estar limpio—, conforme a la idea moderna de estética y gusto, se fue constituyendo en “norma”.

Con el paso del tiempo, los bogotanos vestían “mejor”³⁹⁹, o para mejor decirlo, hacían uso de una suerte estética inscrita en un imaginario de modernidad que se venía reproduciendo. La sociedad capitalina, mediante el vestir en términos de apariencia, se iba haciendo cada

³⁹⁷ Alan Riding, “Bogota's street urchins come in from the cold”, *The New York Times*, 12, June, 1984, Consultado el 29 de septiembre de 2017, <http://www.nytimes.com/1984/06/12/world/bogota-s-street-urchins-come-in-from-the-cold.html?mcubz=0>.

³⁹⁸ A partir de 1930 la industria textil en Colombia gozó de un amplio crecimiento. Entre 1930 y 1945 esta industria logró un dominio del mercado interno. Ver: Santiago Montenegro, “La industria textil en Colombia. 1900-1945”. *Desarrollo y Sociedad*, no 8 (1982), 141-144. Aspecto decisivo, pues, posibilitó que un número mayor de individuos adquirieran a bajos precios indumentarias textiles “modernas”, acordes a la “moda” que se imponía por aquella época, a su vez, habilitó una fuerte campaña publicitaria que tuvo como canales de difusión, entre otras, los principales diarios del país, variable de enorme peso no solo en el crecimiento de la industria misma debido al aumento en las ventas, sino, en la imagería social respecto a la forma de vestir.

³⁹⁹ “El hombre colombiano viste –o vestía– porque sí. No se había puesto a pensar, o a meditar, sobre la importancia de su vestido. De generación en generación fue evolucionando tan insensiblemente su indumentaria que apenas si se preocupó por advertirlo. Cuando veía cuadros o fotografías de otros tiempos, se limitaba a sonreír, a comentar para sus adentros: “que ridículas esas gentes”. Y pasaba a otra cosa. A lo cotidiano, al apremio de sus actividades, al auge o a la estrechez de sus negocios, Ahora, se ha detenido a pensar en eso”. Comenta el periodista que escribe el

vez más “homogénea”, las diferencias se alojaban en los contrastes respecto a la moda y allí las prendas, los accesorios. Las palabras de Antonio Espina, publicadas por el destacado periódico *El Tiempo* en los sesenta, haciendo eco de la “realidad” europea, reflejan el clima social y el horizonte estético que se venía apropiando. Como se ve en el siguiente fragmento:

En el aspecto indumentario, las personas ricas y de alta posición han perdido el lujo distintivo en el atavío, que antes ostentaban.

En cambio, los “medianos y más chicos” han ganado mucho. De suerte que se ha venido a establecer una especie de tipo colectivo de vestimenta según el cual cada vez es más difícil distinguir por su exterioridad al artesano del banquero y a la dama prócer del oficinista y aún de la obrera⁴⁰⁰.

La distancia entre la sociedad y los *gamines* crecía. Las brechas estéticas hacían del otro un punto negro sobre la superficie blanca; un “lunar”⁴⁰¹ extremadamente notable y diferenciable del todo social. La diferencia en el terreno de los límites sociales quedó registrada en una fotografía que señala y visibiliza las fronteras al interior de la humanidad bogotana. Un fotógrafo en los sesenta no dudó en visibilizar esta distinción entre los cuerpos, las apariencias y por supuesto las clases sociales en los espacios urbanizados. Para él el “contraste” entre “[...] esas pequeñas bandas de infantiles pordioseros” y la sociedad bogotana era innegable⁴⁰²

artículo sobre la visita del Diseñador Zamblera. Ver: Los bogotanos visten muy bien, declara el diseñador Zamblera, *El Tiempo*, 15, noviembre, 1951.

⁴⁰⁰ Antonio Espina, “‘El juego de las apariencias’. Del ruido ibérico”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1963, 5.

⁴⁰¹ Rodríguez, “Dolor y miseria del gamín”, 5.

⁴⁰² Bogotá, D. E. –Este cuadro que ofrece un duro contraste, podrá ser más impresionante aún, sino descubriera la otra verdad dolorosa: el chiquillo que aparece sin camisa, semidesnudo (...) pertenece por desgracia a esas pequeñas bandas de infantiles pordioseros, que no han querido acogerse al asilo de las instituciones de beneficencia y que explotados por gentes desalmadas soportan el frío para hacer más impresionante la condición de su miseria. Es el caso típico de la niñez abandonada en manos de personas sin conciencia que no vacilan en utilizar la viveza de estos “pelafustanillos” para medrar a su sombra desprevenida. (Foto de Angel, *El Tiempo*.1962:1). Esta publicación, fue citada en un artículo titulado “Espectáculos “asquerosos” y “vergonzantes”: los *gamines* de 1950 a 1985 en dos ciudades colombianas”. Publicado en la Revista Educación y Pedagogía.



En una de las secciones del periódico *El colombiano*, en Medellín, un “Suplemento para las Damas”, se dedicaba toda la página al tema de la moda, haciendo hincapié en “La mujer, El Hogar y la Moda”⁴⁰³, también se articulaba a la infancia⁴⁰⁴ con este imaginario, estableciendo así, desde los primeros años, la correspondencia con la modernidad y civilización, pero fundamentalmente con la higiene, que desde hacía décadas desbordada el espacio biológico y se inscribía en lo social. En las primeras décadas del siglo XX, como se mostró anteriormente y por supuesto en la segunda mitad del mismo, la apariencia jugó un papel importante en la distinción del ciudadano y del vago. La moda ganaba un mayor espacio en la mentalidad de los pobladores urbanos, en el caso de los niños “[...] jeans, tenis y camisas de cuadros cambiaron la tradicional forma de vestir de la infancia bogotana”⁴⁰⁵

En 1952 en Bogotá, Roberto Tobón Gutiérrez fue capturado por la policía debido a que “[...] exhibía indumentaria de vago, los ojos carecían de nitidez, las palabras nacían al otro lado de la desesperación. Era un hombre cansado, sin interés vital, con aspecto de

⁴⁰³ “La mujer, El Hogar y la Moda”, *El Colombiano*, 3, Enero, 1950, 11.

⁴⁰⁴ Ver: “Para los niños también se hizo la moda”, *El Colombiano*, 23, Febrero, 1950. También ver: “Para los chicos la buena presencia es también importante”, *El Correo*, 21, febrero, 1970, 16.

⁴⁰⁵ Muñoz y Pachón, *La aventura infantil a mediados de siglo*, 35.

maleante”⁴⁰⁶. Y es que, en las apariencias, en lo que se muestra, los habitantes urbanos y especialmente aquellos ubicados y señalados como otro cada vez más se jugaban la vida. Un poblador que no cumplía con los criterios de apariencia que se venían instalando era blanco fácil del desprecio y la sospecha. Finalmente, por aquellos años alguien bien vestido no debía llamar la atención⁴⁰⁷ o, por lo menos, el tipo de atención que suscita peligro y rechazo. A este individuo se apresura no solo por la ausencia de su “matrícula en la sociedad”, es decir, una identificación, sino, principalmente, debido a que no luce según el ideal de hombre moderno, civilizado y urbano que las elites sociales anhelaban y encarnaban. Enorme problema, en un momento donde

La mayoría de los transeúntes lleva vestidos pobres. Por cada sujeto elegante, dueño de camisa limpia y de zapatos lustrados, desfilan ocho personajes de novela triste. Y resulta difícil saber, a simple vista, si el esqueleto que camina lentamente pertenece a un bribón, o a un mendigo o a un trabajador sin empleo⁴⁰⁸.

En todo caso al desvitalizado poblador se le capturó, pues “Si un sujeto innominado tenía ropas de mendigo, voz de mendigo, ademanes de mendigo, resultaba lógico arrestarlo por vago, aun cuando nunca hubiera pedido una limosna, ni robado una migaja de pan”⁴⁰⁹ y es que todo aquel que se viera “[...] en las calles” entraba a ser considerado un mendigo, un *gamín*. En la lista se incluían los “[...] enfermos, lisiados, los pordioseros —mayores y menores—”⁴¹⁰. Como es de suponerse, gran parte de la población, en esos primeros años, integró los círculos sociales de la pobreza, la marginación. Casi 30 años después, la escena se repite. El asesinato del Doctor Motta Motta, respetado Abogado y parlamentario, tiene como principal sospechoso a un “[...] hombre malvestido, con aspecto de pordiosero”⁴¹¹.

Otra viñeta de aquel cuadro, apenas paradójico y contradictorio, se puede apreciar en el reportaje realizado a propósito de una denuncia. Allí a todas luces un campesino, de

⁴⁰⁶ “Un drama en la calle”, *El Tiempo*, 9, junio, 1952, 5.

⁴⁰⁷ Jeanne D’arcy, “Sí un hombre viste bien, nadie debe fijarse en él”, *La República*, p 6.

⁴⁰⁸ “Un drama en la calle”, *El Tiempo*, 9, junio, 1952, 5.

⁴⁰⁹ “Un drama en la calle”, *El Tiempo*, 9, junio, 1952, 5.

⁴¹⁰ “Mendigos y limosnas callejeras”, *El Tiempo*, 26, enero, 1968, 2.

⁴¹¹ “Buscan hombre gordo, moreno y barbado ‘que parecía mendigo’”, *El Tiempo*, 8, febrero, 1980, 6.

antemano considerado un mendigo⁴¹² y un pordiosero, es visibilizado con cierto sarcasmo por atreverse a denunciar, acción seguramente reservada para los “*ciudadanos de bien*”. A la sociedad bogotana le sorprende que un “pordiosero” presente una denuncia, a muchos de los individuos integrantes de esa sociedad les habrá inquietado esta acción proveniente de un marginado, más aún cuando resultaba apenas “*predecible*” pensar que los *gamines*, mendigos y pordioseros “*son los que roban*”.



“MENDIGO ELEVA DENUNCIA POR ROBO”⁴¹³ “[...] El mendigo fue reconocido por varias personas que se hallaban en el juzgado en esos momentos. Un niño se inclina sorprendido para ver el arapiento (sic) pordiosero que denunciaba el robo”

Para muchos pobladores urbanos los *gamines* eran un producto de la desigualdad económica y social, el resultado de las migraciones rurales a causa de las guerras intestinas que atravesaba el país, a su vez, la fractura en la institución del matrimonio debido a los avances de la modernidad y de padres irresponsables seducidos por el alcohol y la

⁴¹² “[...] como buena parte de nuestros mendigos son gente del campo a quienes traen sus propios parientes a la ciudad, para dejarlos cruelmente abandonados en sus aceras”. Ver: “Mendigos y limosnas callejeras”, *El Tiempo*, 26, enero, 1968, 2.

vagancia, en estos casos, los *gamines* de cierta forma eran considerados “parte” de un nosotros social, responsabilidad de la sociedad y en esa medida del Estado.

Ese *lunar asqueroso* era un hijo de la sociedad bogotana, una suerte de bastardo que, por *sangre social*, obligatoriamente pertenece a la línea de lo humano y de lo cultural y social que diferenciaba a las elites y un segmento cada vez más grande de la población citadina, sin embargo, un despreciado *bastardo* a quien se le niega su lugar no tanto por su procedencia, en la mayoría de los casos el campo —aunque en un principio éste ya lo condenaba debido a su ubicación periférica, fuera de la ciudad—, sino por la vida que llevaban individual y colectivamente, esa que se evidenciaba en la apariencia y acciones de esos “endiablados niños”⁴¹⁴. Como precedente de las acciones radicales ejecutadas en los ochenta, esto es los asesinatos —aspecto abordado más adelante—, otra de las formas sociales a través de la cual la sociedad reaccionó respecto a los *gamines* fue la inclusión-excluyente o en otras palabras el borramiento de la otredad.

A los *gamines* se les incluyó obligándolos a dejar de ser lo que venían siendo, es decir, negándoles cualquier tipo de construcción cultural y social -más allá de aquella identidad que la misma sociedad puso en ellos, a través de la cual los significó y construyó constantemente-. Esta “inclusión” resulta loable si se parte de la “buena voluntad de la sociedad”, del deseo de “bienestar y buen futuro” que ésta anheló para esa infancia desamparada sumergida en un mundo cruel; sin embargo, lo que en realidad se puso en juego fue una ecuación en el plano de la otredad bastante sencilla: para ser parte de un nosotros el otro debe dejar de ser otro, aunque con ello se elimine a sí mismo en cuanto experiencia histórica, social e individual. Al otro, al *gamín* a través de diversidad de programas e intervenciones, donde se buscaba “ayudarlos”, “reintegrarlos” y “resocializarlos” se les pedía, convencía o forzaba a que dejaran de ser lo que venían siendo, esto es, una institución de infancia, aquella que se abordará en el segundo bloque de este informe.

Nuevamente, la apariencia es el primer filtro, la indicación de que el otro pertenece a un nosotros o no. A inicios de los sesenta unas personas recogieron, lavaron y vistieron a un

⁴¹³ “Mendigo eleva denuncia por robo”, *El Tiempo*, 4, enero, 1962, 2.

⁴¹⁴ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 49.

gamín “[...] cambiando su presencia física y quizás moral”⁴¹⁵. Una “[...] Generosa acción [...] lo convirtió, de un harapiento y sucio ‘chino de la calle’ en un sonriente muchacho de alegre aspecto”. De esta forma, a un *gamín* era posible “cambiarlo” o hacerlo parte del “nosotros”, haciéndolo vestir, lucir distinto. Gracias a una apariencia que respondía a los criterios estéticos, morales e higiénicos, el mismo entraba o seguía siendo una parte que se incluía excluyéndola de un nosotros social, pues “lucía” como un integrante de la sociedad.



Media hora para transformar un *gamín*”⁴¹⁶.

El problema evidentemente no era en su totalidad la reducción de la pobreza, la miseria, ni que el *gamín* estuviese sucio y esto atentará contra sí mismo y la salud de los otros —los de uno y otro bando—, no se estaban buscando las condiciones de limpieza necesarias para evitar la propagación de enfermedades y el aumento de la longevidad, más bien, según lo deja ver el articulista, lo que se puso en juego tuvo que ver más con una moral social instalada en la mirada de quien clasifica, distingue o incluye-excluyendo, en este caso, aquellos integrantes de la sociedad bogotana; era un problema mayoritariamente moral o de higiene moral, estético y social y no de reducción de los pobres.

1.17) La sociedad capitalina afectada y confundida: ¿Quién es realmente el *gamín*?

⁴¹⁵ “Media hora para transformar un *gamín*”, *El Tiempo*, 24, febrero, 1961, 5. (Subrayado propio).

⁴¹⁶ “Media hora para transformar un *gamín*”, *El Tiempo*, 24, febrero, 1961, 5.

La diferencia entre el pordiosero, vago o *gamín* adulto respecto al “*niño gamín*”, un niño indígena o campesino, no tuvo una clara delimitación. Todos aquellos que integraban la diferencia pasaban por vagos, maleantes, pordioseros, *gamines*. Un niño que lucía limpio, como se mostró anteriormente, no era un *gamín*. Los *gamines* de forma general eran *todos* aquellos integrantes de una masa de hombres, mujeres y niños marginales, estos últimos hijos de [...] madres desventuradas, obreras, servicio doméstico, campesinas”⁴¹⁷

Donde comienza el campo y su congregación de árboles y dispersos caminos, habitan aquellos *gamines* que rara vez asoman el rostro por las ciudades. Los pequeños peones de la tierra. El niño yuntero, el espantapájaros, la leñadora, el pastor, el que oreo el café o despepita las mazorcas de maíz. Toda una humanidad trabajadora⁴¹⁸.

“Toda una humanidad trabajadora”, una masa de otros, de extraños en la ciudad, en su mayoría, según se afirmaba a finales de los sesenta “[...] llegados de apartadas zonas de la periferia” que se aventuran en la metrópoli “[...] llenos de ilusiones que poco a poco se convierten en simples y dramáticos espejismos”⁴¹⁹, arriban a la ciudad [...] en busca de la torre de las siete maravillas” y se encuentran “[...] con una realidad cruel y un hijo sin padre”⁴²⁰ principalmente, entre todos ellos, aquellos que se diferenciaban notablemente de la sociedad capitalina gracias a su apariencia y sus acciones; esos que nacieron al interior de esa sociedad diferenciándose de la elite social, se distinguían de ella debido a ciertos aspectos que radicalizaban su distinción y los hacían mucho más visibles.

La mayoría de *gamines* o, por lo menos, sobre los que más se publicaba, eran “niños”, pues el niño decente para esa sociedad no está en la calle, él estudia, vive con sus padres, viste bien, está limpio, tiene una personalidad en desarrollo que se corresponde y se alimenta de una moral social civilizada y moderna⁴²¹. Los niños *gamines* representaban una anomalía, un eje desarticulado, causa de averías que alteraban el funcionamiento social. No se trataba de personajes aislados e inertes, silenciosos y reclusos en un hospital o en una casa, como podría haber sucedido con un niño enfermo, por el contrario, dadas las sorprendentes

⁴¹⁷ Rodríguez, “Dolor y miseria del gamín”, 5.

⁴¹⁸ “Los otros *gamines*”, *El Tiempo*, 26, enero, 1969, 4.

⁴¹⁹ “Drama callejero”, *El Colombiano*, 29, septiembre, 1976, 12.

⁴²⁰ Rodríguez, “Dolor y miseria del gamín”, 5- 23.

⁴²¹ “La personalidad del niño”, *El Tiempo*, 22, marzo, 1950, 20.

acciones de esos pequeños, su forma de vida, entre las cuales destacaba lo que la sociedad leía como delincuencia infantil y juvenil y su vida sexual, ésta los observaba de forma obsesiva, emanando suspiros y señales de alarma debido a la existencia de ese “ [...] cuadro purulento de peste y mugre”⁴²² de esos “endiablados niños”⁴²³.

Al igual que el caso de Roberto Tobón, todo niño encontrado en la calle era motivo de sospecha y, más aún, si a su lado se avistaban *gamines*, pues puede que ese “niño” fuera parte de ellos. Los padres inscritos en aquella sociedad solían decir a sus hijos “No se meta con los chinos de la calle, que son rateros”⁴²⁴, y los policías ni cortos ni perezosos en sucesivas “Batitas” capturaban a menores en las calles sin motivo legal, con seguridad, dada su apariencia y ubicación, como quien dice estar en el lugar y momento inadecuado a la hora inadecuada, los llevaban a los preventorios y allí, en vez registrar el delito, colocaban “Sospecha”, “Establecer identidad”⁴²⁵

Llorando y aterrorizados, los niños nos contaron la historia de su apresamiento cuando esperaban el paso de un bus urbano que los condujera al centro de la ciudad. Junto con ellos dos, dos niños muy pobres pero evidentemente no-*gamines*, habían corrido su misma suerte. [...] Al ver el grupo de seis niños pobres en la desierta calle de un barrio elegante, los policías de un carro-patrulla le dieron caza como a perros vagabundos⁴²⁶

En este y otros casos, resulta sorprendente cómo esa sociedad bogotana de aquellos años se veía sumergida en el mundo de lo familiar, lo propio y solo a través de ese mundo distinguía, comprendía lo interno de lo externo. El problema con el *gamín* era que también lucía como un niño, o por lo menos su cuerpo, libre de todo ese ropaje simbólico y ontológico que le acuñaba la misma sociedad, tenía un cuerpo física y biológicamente de *niño*. En este aspecto, los encuentros entre ella y los *gamines* traían consigo un reconocimiento que tenía dos rutas, una, “es uno de nosotros” aunque hay que borrar un

⁴²² J. Arango Ferrer, “Estampas medellinenses. Mendigos y pedigüños”, *El Colombiano*, 13, septiembre, 1950, 3.

⁴²³ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

⁴²⁴ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

⁴²⁵ “Las batidas de ‘sospechosos’ son semilleros de delincuentes. La realidad comprueba que cada día los empleados ignorantes o arbitrarios son culpables del progreso de la delincuencia”. Ver: “Menores detenidos sin razón”, *El Colombiano*, 10, Mayo, 1954, 2.

poco o todo de él para que lo sea, de otra forma se incluye-excluyendo, dos, es un otro extraño y peligroso. El borramiento de la otredad es evidente en el caso del niño a quien se la cambia *la moral* referenciado en la fotografía, a todas luces esa no era la existencia, la vida ni la moral del niño. La sociedad leyó y creyó que éste tenía una construcción moral idéntica a la propia, ella no fue capaz de ver y leer más allá de sí misma, salir de sus esquemas interpretativos, para ella *La moral del niño, era la moral social*, solo que la moral del pequeño estaba alterada, contaminada, dañada, y había que cambiarla, repararla.

Lo cierto es que ser clasificados y entendidos de acuerdo a su indumentaria textil y en general su apariencia, sumado al espacio de hábitat y comportamiento; aquello visible, lo que mostraban, dónde vivían y cómo lo hacían, era lo común. A alguien “bien vestido” se le consideró “decente”, “moderno”, “civilizado”, miembro de la sociedad y, sobre todo, integrante de una comunidad de códigos culturales en los cuales las “buenas maneras”, abastecidas por variedad de aspectos, por ejemplo el conocido *Manual de Carreño*, eran fundamentales.

[...] jamás nos será lícito omitir ninguno de los gastos y cuidados que sean indispensables para impedir el desaseo, no sólo en la ropa que usamos en sociedad, sino en la que llevamos dentro de la propia casa.

La limpieza en los vestidos no es la única condición que nos impone el aseo: es necesario que cuidemos además de no llevarlos rotos ni ajados⁴²⁷

Como es de suponerse, en aquellos años pocos pobladores cumplían con los designios del famoso y difundido *Manual*. Como escribió Gutiérrez⁴²⁸ muchos años después: “[...] Los infractores de las normas de Carreño eran innumerables: mendigos, leprosos, dementes, paralíticos, indígenas y campesinos, vagabundos o lo contrario”, todos señalados y diferenciados por su anormalidad. La alteración social era producto de un desequilibrio en los esquemas de sentido e interpretación que orientaban a la creciente sociedad capitalina, aquel cuerpo social. El problema iba más allá de los *gamines*, involucraba una masa de

⁴²⁶ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

⁴²⁷ Manuel Antonio Carreño, *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras*, (Bélgica: Librería de la V^{da} de CH. Bouret, 1854), <https://archive.org/details/manualdeurbanida00carr>

⁴²⁸ Gutiérrez, *El camino de las muchas vueltas*. (Bogotá: Spiridon, 2003). 10-11.

marginales que no se acomodaban ni respondían a los ideales sociales impulsados, afectando y disminuyendo al cuerpo que los promovía.

A su vez, en distintos escenarios de la urbe capitalina, la preocupación por el decir de los otros particularmente los extranjeros, destacaba. En el caso de quienes la visitan, los *gamines* “[...] constituyen la característica más chocante y deprimente que encuentran en ella”⁴²⁹, una “[...] mala imagen”⁴³⁰ para los visitantes que llegaban al país y a la capital. Esta sensación hacía parte de una mirada construida socialmente, sobra aclarar, por un colectivo social particular de origen burgués. En todo caso, se trató de un conjunto de significaciones sociales que poco a poco, y gracias a los medios de comunicación de masas principalmente, dejó de residir solamente en las elites de las grandes ciudades y fue instalándose en la subjetividad de otros niveles o estratos sociales que se integraron — o los integraron— al proyecto moderno y civilizatorio que se venía fomentando.

Como se evidenciará en el segundo bloque de esta investigación, al interior de los *gamines*, en el marco de su institucionalidad o cultura, sí hubo una diferenciación respecto a quién era un *gamín* y quién no. Para la sociedad bogotana, como se ha mostrado hasta el momento, era difícil establecer quién realmente era un *gamín* y, al final, todo aquel que no encajará en los ideales sociales terminaba siéndolo. Sin embargo, para los *gamines* sí hubo una diferencia, ésta pasaba por la distinción entre *gamines* y “chupagruesos”.

Los primeros caracterizados por vivir completamente en la calle, desconectados del mundo social y laboral de la sociedad, con desprecio respecto al modo de vida programada, rutinaria y autoritaria de la misma, dispuestos a relacionarse con ella, pero mediante el engaño y el descompromiso. Los segundos, en cierta manera vinculados a ella, pues cumplían con oficios valorados al interior de ésta, por ejemplo la mensajería, embolar zapatos, la venta de lotería y periódico, entre otras, a su vez, con un hogar al que regresaban regularmente a dormir y comer, y sobre todo una forma de relacionarse con la sociedad bogotana, con los adultos, que pasaba por el servilismo y la sumisión. Todo esto se ampliará en el segundo bloque.

⁴²⁹ Muñoz y Pachón, *Gamines, Testimonios*, 13.

⁴³⁰ “Los gamines de El Dorado”, *El Tiempo*, 29, noviembre, 1977, P Ultima B. 1.

En la temporalidad estudiada, como se ha evidenciado hasta el momento, se encuentran innumerables expresiones de rechazo a esta población, éstas iban más allá del problema de la delincuencia, involucrando definitivamente la higiene, la estética y la idea de infancia. Lo cierto es que lo que mostraba, hacia y decía el otro, en detalle el *gamín*, desde los primeros años de la segunda mitad del siglo XX y cada vez con mayor fuerza, continuo inquietando a una sociedad que se asombraba, y se mostraba dolida por los “espectáculos”⁴³¹ que él propiciaba, aquellos que en la calle se podían ver...

En la imagen del *gamín* se conjugaron elementos que desbordaron al *niño-gamín*, aspectos que involucraron un vasto espacio simbólico donde el otro nunca dejó de ser una amenaza, algo que exigía defensas, previsiones y delimitaciones. Para ellos, esos que pertenecieron a la elite de aquellos años y gradualmente aquellos que no económicamente, pero sí en lo referido al imaginario social que los cohesionaba, la proximidad a los cuerpos del otro, del *gamín*, traía incomodidad, más aún, debido a que se trataba de algo incómodo, despreciable.

Una incomodidad que no se podía remover dada su característica nómada, tampoco se podía alejar, al contrario, esa “molestia” intentaba a toda costa —pues dependía y sobrevivía de eso— juntarse a ese grupo de personas pudientes y respetadas, o esas otras no pudientes, pero que compartían los ideales de higiene, de infancia y modernidad, todas ellas veían estremecidos sus sentidos, trastocada ciertamente la idea de infancia, el lugar que en el seno de su “nosotros” tenían los niños y niñas, sin embargo, y con mayor fuerza, lo que se activaba tenía que ver con la necesidad de prevención y conservación de la sociedad. Debían cuidarse de no ensuciarse ni enfermarse y la enfermedad no era solo de orden biológico, sino *social*. El problema de lo sucio y el correlato de la enfermedad en los encuentros, al momento en que se avistaba a los gamines o, peor aún, se estaba muy cerca de ellos, alteraba los sentidos de ese grupo social, activando un nudo de ideas que anunciaban en el nivel más extremo el peligro, la amenaza, la inseguridad, más abajo la inconformidad y la molestia.

⁴³¹ “Músicos Inválidos Ambulantes y niños mendigos, Dos (sic)azotes de al capital”, *El tiempo*, 31, Marzo, 1954, 18.

El mundo social que devino en Bogotá en el periodo abordado, a pesar de sus diferencias económicas y sociales, a pesar del juego entre la pobreza y la riqueza, las guerras civiles nacionales (entre conservadores y liberales, elites sociales y guerrillas) e internacionales (guerra fría), por lo menos en la capital, iba teniendo una tonalidad similar para los habitantes urbanos en lo referido a ciertas formas de ser, de vivir, de pensar, cierta cultura, ciertas costumbres y tradiciones de las que un número de individuos en aumento se sentían integrantes y portadores en los espacios urbanos, y por lo mismo, que los separaba intencionadamente de otras formas de vida que fueron ubicadas o construidas el otro lado, en la otra orilla del *deber ser*⁴³².

A ese oscuro e infeccioso lugar pertenecía todo lo otro, lo que no hizo parte de las aspiraciones, creencias, ceremonias y prácticas de la sociedad, allí habitaba o eran obligados a vivir los gamines. Para la sociedad bogotana en la segunda mitad del siglo XX, el *gamín* indudablemente era un extranjero, un extraño, una forma social que desbordaba la rutina y continuidad, la existencia encarnizada en los cuerpos de un mundo naturalizado, ciertamente, un mundo que se construía día a día, pero un mundo donde los gamines no tenían lugar...

Olores, imágenes desagradables, sensaciones repugnantes y, en general, un conjunto de sentidos afectados negativamente eran señal de la peligrosa cercanía. Suciedad, ausencia de orden, engaño, robo, miseria, estafa, peligro, enfermedad, entre otros, hicieron parte de una composición de sustantivos a través de los cuales la sociedad arremetió sucesivamente contra los gamines, a quienes, en el caso más justificado, se les adjudicaba —y no podía ser de otra forma debido a su cercanía — el problema de la inseguridad, esos “[...] gamines, cuyas edades oscilan entre los cinco y los doce, trece, catorce o quince años” sumado a los que “[...] se hallan entre este ciclo y los veinte años”⁴³³, fueron señalados como “culpables”, pues en uso de los significantes que entretejían la delincuencia y no otros — aquellos eran los disponibles—, los pobladores urbanos describían y entendían lo que les pasaba, para muchos, como se mostró anteriormente, fue posible sostener que la delincuencia urbana tenía como sinónimo al *gamín*.

⁴³² Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

⁴³³ “La delincuencia juvenil”, *El Colombiano*, 11, marzo, 1979, 5.

Una emergente sociedad que objetaba y reclamaba a las autoridades, a sus instituciones, a sus leyes. Un cuerpo social en el cual la “[...] clasificación de los olores”⁴³⁴ previstos e intuitos en el seno de las apariencias⁴³⁵, operaba ya como distinción entre grupos, toda vez que, según José Gers, “[...] las convicciones y las costumbres poseen su perfume peculiar”⁴³⁶. La sensación de cercanía, el roce de cuerpos y pieles, suaves y tersas, limpias, recubiertas de telas y accesorios modernos, olorosa a causa de las fragancias, pero sobre todo de los cuidados que sobre ella recaen, protegida gracias a telas finas y limpias, con una piel sucia, sudorosa, maloliente, rústica, envoltorio de un otro desagradable, indisponía a los pobladores.

Los encuentros entre dicha sociedad y los *gamines* quedaron alojados en la memoria escrita y sensible de los afectados, y fueron, con seguridad, motivo de miles de conversaciones entre sus iguales, por supuesto, evocando la desagradable sensación y el amenazante peligro. Centenares de denuncias con tintes altruistas o discriminatorios fueron arrojadas a la opinión pública respecto a estos desagradables sucesos. En un momento de modernización y crecimiento poblacional, los habitantes más destacados de la antiplanicie bogotana solían manifestar su inconformidad y desagrado debido a la existencia de ese otro. Tanto los periodistas como la sociedad de la que ellos hicieron parte, sufrían la presencia de estos niños en las calles, en unos casos elevaban la voz de forma crítica buscando que otros se hicieran cargo del “fenómeno” del *gaminismo*, en otras, puede la mayoría, a los *gamines* se les ignoraba, se les olvidaba, aunque estuviesen allí: “[...] la mitad por lo menos de nuestra vida la habíamos pasado evitándolos, no sintiéndolos, olvidándolos, no percibiéndolos”⁴³⁷.

1.18) **El miedo y la incomodidad hecha piedra**

Pronto las medidas de prevención y cuidado ofrecidas por el gobierno y materializadas en las acciones de los policías fueron desbordadas y señaladas como insuficientes e ineficientes. Las denuncias y objeciones por parte de la ciudadanía a las autoridades y, en

⁴³⁴ “Ciencia desodorante”, *El Colombiano*, 9, mayo, 1950, 5.

⁴³⁵ Espina, “‘El juego de las apariencias’. Del ruido ibérico”, 5.

⁴³⁶ “Ciencia desodorante”, *El Colombiano*, 9, mayo, 1950, 5.

⁴³⁷ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 46.

general, la incapacidad de los distintos gobiernos en la ciudad para “resolver” y enfrentar el problema del *gaminismo* y en suma la inseguridad, llevó o hizo parte de las razones que motivaron la transformación de los espacios y sobre todo el fortalecimiento de las líneas defensivas frente al otro. En las ciudades proliferan individuos⁴³⁸, grupos, asociaciones y empresas de seguridad privada o vigilantes particulares⁴³⁹, a tal punto que hacía los ochenta las denuncias debido a la falta de control de estas entidades se encuentran en furor⁴⁴⁰. Se justifica la existencia de esta nueva variable de protección argumentando la inoperancia de la policía⁴⁴¹, y aunque las autoridades legítimas las observan con recelo, no pueden más que aceptarlas, pues

Con el fin de colaborar con las medidas de vigilancia y seguridad de la administración pública y para subsanar en parte el déficit de policía y otros funcionarios encargados de salvaguardar el orden, se han venido creando una serie de organizaciones de vigilancia y seguridad privada, en las principales ciudades⁴⁴².

Además

[...] se trata de un deber que constitucionalmente pertenece al gobierno y de un derecho al cual son acreedores todos los ciudadanos. Un déficit cada vez más notorio de la policía ha llevado, por fuerza, a la creación de un sistema que, con excepciones que deben lamentarse, ha cumplido a cabalidad sus cometidos⁴⁴³.

Los celadores, vigilantes particulares o para los gamines “guachimanes”⁴⁴⁴, finalmente individuos investidos de una nueva función, en otrora correspondiente solamente al policía, ahora y cada vez en mayor número, protegen, defienden, cuidan a la sociedad de ese otro marginal y peligroso. En las puertas de las grandes y pequeñas empresas, en los negocios, en las zonas comerciales, en los bancos, en las calles de los barrios más cotizados, la

⁴³⁸ “10 mil vigilantes particulares”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1974, 7b.

⁴³⁹ “La vigilancia particular”, *El tiempo*, 4, mayo, 1969, 4.

⁴⁴⁰ “Ayatollah. El negocio de la vigilancia privada”, *El Tiempo*, 8, agosto, 1982, 5a- 7a.

⁴⁴¹ “La vigilancia particular”, *El tiempo*, 4, mayo, 1969, 4.

⁴⁴² “10 mil vigilantes particulares”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1974, 7b.

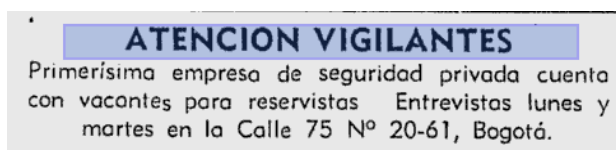
⁴⁴³ “La vigilancia particular”, *El tiempo*, 4, mayo, 1969, 4.

⁴⁴⁴ Ortega, *¿quiénes son los gamines?*, 74.

presencia de estos nuevos personajes se vuelve una constante⁴⁴⁵. La sociedad debe protegerse de ese otro marginal, llegado de las periferias o nacido en los tugurios. Al interior del cuerpo social bogotano, la vigilancia privada emerge teniendo bajo sospecha a los foráneos, los que llegaban del campo, una gran masa de migrantes, de *otros*, una

[...] población de menores recursos que llega con el objeto de buscar una mejor posición económica y la cual —en una gran proporción— engrosa los denominados "cinturones de la pobreza" y las zonas de los tugurios, es causa muy frecuente de delitos como el robo, el hurto, el atraco, el asalto, la asociación para delinquir y el ataque personal⁴⁴⁶

Las empresas de seguridad brindaban un servicio de protección a entidades que lo solicitaran y pudieran pagarlo, pero también a individuos particulares. La seguridad se vende como un servicio diversificado y particularizado. La oferta intenta por todos los medios satisfacer a la demanda. De esta forma, el oficio de escolta, en paralelo al vigilante, cobra más fuerza; se trató de un individuo que protegía a otro, a un ciudadano importante entre los miles de ciudadanos integrantes de la sociedad capitalina. El escolta tenía en común con el policía y el celador, proteger, defender. La protección reclamada a las autoridades comenzó a ser liderada por miembros y colectivos particulares de la sociedad, en otras palabras, la sociedad tomó las armas para defenderse.



Atención vigilantes⁴⁴⁷

Por otro lado, las empresas de seguridad privada disfrutaron no solo de una demanda alta y por ende la necesidad de ampliar sus filas de empleados, también de un cuerpo de saberes militares, pues, inicialmente, los criterios para constituir una empresa de seguridad y oficiar

⁴⁴⁵ “[...] Se estima que en el país aproximadamente diez mil hombres pertenecen a tales entidades. La mitad de ellos prestan sus servicios en Bogotá, a través de unas cuarenta organizaciones distintas”. Ver: “10 mil vigilantes particulares”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1974, 7b.

⁴⁴⁶ “10 mil vigilantes particulares”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1974, 7b.

⁴⁴⁷ “Atención vigilantes”, *El Tiempo*, 5, marzo, 1976, 14c.

como vigilante eran ser parte de la reserva militar o un exmilitar⁴⁴⁸, ya inactivo al interior de las fuerzas militares y policiacas, pero activo en la protección civil.

Seguramente haciendo uso de estos saberes, se idearon esquemas de seguridad que trascendieron el mero uso de los cuerpos, de los individuos, estos esquemas incluyeron un uso de la ubicación del celador estratégica, pues ésta hizo parte de otras ubicaciones que en conjunto constituyeron una red de miradas, de continuas observaciones al otro, al marginal, una red en la que la información respecto al otro anómalo circuló, permitiendo un mayor conocimiento de ese otro y, sobre todo, un estado de alerta, de prevención por la presencia y acciones que se pudiesen desprender de él.

Estos esquemas o estrategias de defensa y protección civil gozaron de artefactos como radios a través de los cuales la información del otro circulaba, también de armas, mínimamente un “bolillo” o un palo de madera u otro material y en ocasiones armas de fuego. A su vez, hacia los setenta, según el marco legislativo, debían portar un uniforme que los diferenciara⁴⁴⁹. Aspecto decisivo en lo que respecta a la apariencia urbana y la visibilización y activación de líneas defensivas, pues la imagen del celador en una esquina o en la entrada de un inmueble, también hizo parte de las nuevas demarcaciones territoriales. Este individuo tuvo —y tiene— en sus manos el poder de negar el paso, de poner límite a otro sospechoso o desconocido, un extraño, un posible representante del mundo marginal.

En paralelo son cada vez más notables las divisiones espaciales que demarcan el adentro del nosotros social, el lugar de lo privado y lo seguro, respecto al afuera del otro en los espacios urbanos y especialmente en las zonas de alto valor social. Los edificios, urbanizaciones, casas e incluso barrios enteros⁴⁵⁰ se protegen estableciendo fronteras

⁴⁴⁸“10 mil vigilantes particulares”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1974, 7b.

⁴⁴⁹ Decreto 1355 de 1970 "Por el cual se expiden normas sobre Policía". Artículo 51. Numeral B: “Que los vigilantes cumplan con los requisitos de idoneidad y de honestidad señalados en reglamento del gobierno y que durante el servicio usen traje uniforme con diseño previamente aprobado por la Dirección de la Policía Nacional”.

⁴⁵⁰ Finalizando la década de los ochenta se comentaba “Con la lógica disculpa de buscar la seguridad y tranquilidad de los habitantes del sector, desde hace 10 años barrios enteros de la capital son enrejados sin tener en cuenta el daño urbanístico generado por esta situación”. Ver: “Bogotá entre rejas y mallas”, *El Tiempo*, 24, mayo, 1989, 14b.

mediante el uso de rejas o murallas de cemento⁴⁵¹. Sobra aclarar que desde mucho tiempo atrás, las rejas eran instaladas obedeciendo no solo al tema de la inseguridad, sino a una tradición arquitectónica y decorativa, sin embargo, por aquellos años el uso de ellas, ya sin fines —o también con ellos, depende del cliente— estéticos, posiblemente se intensificó. Millones de metros de malla de alambre fueron seguramente extendidos por las ciudades, miles de rejas o persianas enrollables, cumpliendo la función de puerta o ventana, se instalaron, cantidades incalculables de metal (tubos, láminas de acero u otros metales) y ladrillos se levantaron con miras a evitar y demarcar las zonas seguras del nosotros y las zonas inseguras donde habitaba o circulaba el otro. Una suerte de fronteras se esparce por esas grandes losas de cemento.

Rejas externas, aquellas ubicadas fuera del inmueble o internas, diseñadas para variedad de negocios, por ejemplo tiendas de abarrotes. Estas últimas permitían —y permiten— la entrada de cliente al negocio, pero protegen al propietario y la mercancía. Rejas y murallas que dividen, que ponen un límite al otro, -en lo que corresponde a esta investigación- al *gamín*, se vuelven parte de lo cotidiano. Hay que protegerse de la calle o de quienes la caminan, los extraños y los desconocidos son peligrosos, el miedo representado en los rostros del otro, es confinado y distanciado a ese más allá de la reja, fuera de la reja, de aquello que protege la casa, la urbanización, el edificio, la tienda.

⁴⁵¹ Posterior al “Bogotazó” y en detalle el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, acontecimiento político y social que partió en dos la historia del país y debido a las continuas manifestaciones sociales, marchas y enfrentamientos entre la policía y los estudiantes o trabajadores en la segunda mitad del siglo XX en las dos ciudades, los cambios en las construcciones se vieron orientados por una idea de modernización y seguridad. Las rejas o divisiones en metal cumplieron un papel importante en la protección de los negocios —sobre todo en las áreas céntricas y comerciales— respecto a los gamines y en momentos de furor o revuelta social.

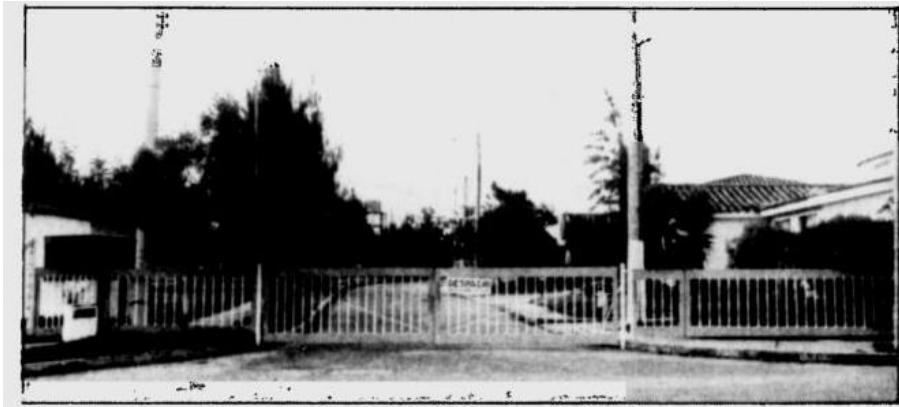


FOTO ARCHIVO EL TIEMPO.

CON EL ARGUMENTO de que Bogotá es insegura, se creó la cultura de las rejas y las mallas, que recortan el espacio público y limitan la libertad de movilización

Bogotá entre rejas y mallas⁴⁵².

En las zonas públicas se intensifican los filtros, también las rejas y los muros tienen su lugar allí. Variedad de parques y zonas de esparcimiento son cercadas. Del suelo al cielo se erigieron murallas que terminaban en extremos punzantes, encima de las murallas o paredes, algunos colocan y adhieren con cemento picos de botellas de vidrios rotos, alambres de púa e incluso mayas electrificadas, en fin, las estrategias defensivas traen consigo infinidad de diseños en pro de la seguridad y protección. El paisaje urbano poco a poco adquiere una apariencia distinta.



⁴⁵² “Bogotá entre rejas y mallas”, *El Tiempo*, 24, mayo, 1989, 14b.



Bogotá. Muros con vidrios o picos de botella en la parte superior⁴⁵³

Candados, llaves, cadenas, rejas con uno, dos y hasta tres chapas o pasadores, casetas de seguridad donde el celador descansaba y observaba, grandes murallas de cemento o metal, ventanas provistas de rejas o persianas enrollables, no necesariamente artesanales, gradualmente aumentan su presencia y visibilidad en el paisaje urbano. La vivencia del otro o con el otro implica protegerse de él. En el plano de las interacciones cotidianas, armar la defensa contra el marginal se vuelve una costumbre, un hábito naturalizado.

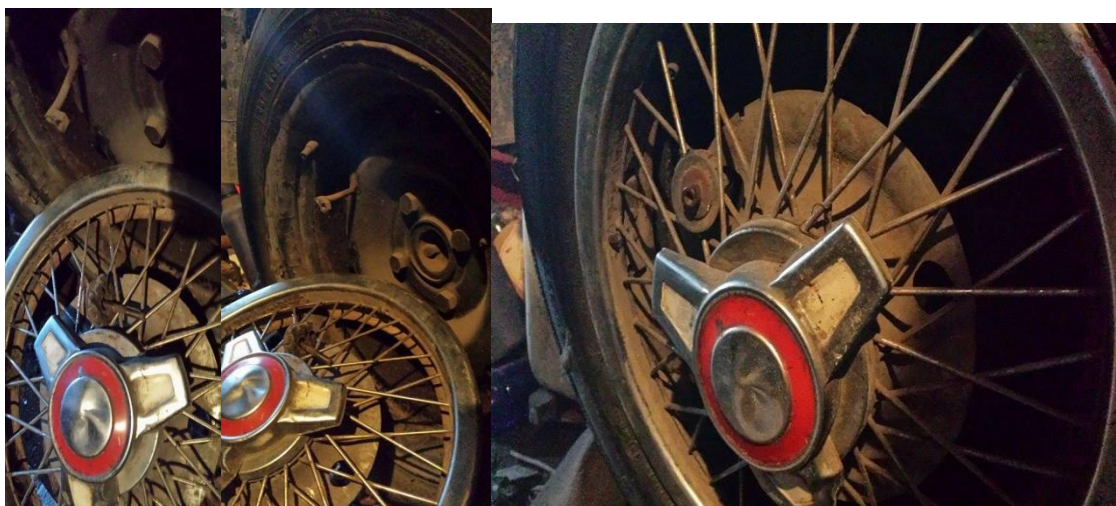
⁴⁵³ Las fotografías expuestas fueron tomadas por Santiago Zambrano Castro (Papá) en Bogotá el 10 de enero del 2015. Los muros fotografiados están ubicados sobre el costado occidental de la Avenida Quito. Entre las calles 65 y 66, barrio El Rosario. Posiblemente, estos muros se levantaron en la década de los ochenta. La existencia de esta práctica visibiliza un nudo de ideas defensivas que los ciudadanos utilizaron para evitar o protegerse del Otro.



Rejas y candados⁴⁵⁴.

En la misma perspectiva otros espacios de lo privado que eran movilizados por las calles se fortifican y protegen respecto a los *gamines* y las amenazas que éstos u otros, también entendidos como *gamines*, al final un enorme otro para aquella sociedad, representaban. Quien escribe recuerda aún cómo su papá, un ex-soldador pensionado de la empresa de Acueducto en Bogotá, que cursó tan solo hasta quinto de primaria —y según él varias personas por aquellos años—, aseguraba las copas o tapas de un viejo Simca, un automóvil,

mediante un sistema rudimentario que consistía en soldar un tornillo lo suficientemente largo al rin y en la cabeza del mismo, soldar una arandela grande que sostuviera la copa del coche —otros dueños de automóviles aseguraban las tapas con láminas de metal que adherían a los tornillos de los rines a través de los huecos de las copas—, además, retiraba los limpiabrisas al momento de bajarse y si era posible dejaba a alguien en el auto —normalmente sus hijos... quien escribe—. Las motos y las bicicletas que los integrantes de la sociedad utilizaban para movilizarse fueron con seguridad —y son— cada vez más aseguradas o amarradas a un poste o una reja con cadenas y candados.



Sistema de seguridad artesanal⁴⁵⁵.

Con el paso del tiempo, los diseños de los autos a nivel mundial cambiaron, se dejó atrás las carrocerías pesadas y cargadas de detalles, por ejemplo los tradicionales bumpers y los elementos decorativos, dando paso a carrocerías menos pesadas y más aerodinámicas, también la seguridad de los autos fue reforzada, aspecto que benefició a los nuevos propietarios de estas máquinas, pues a los gamines pronto les fue más difícil abrir las puertas de los autos y casi imposible colgarse o “colincharse” sobre los mismos como solían hacerlo.

⁴⁵⁴ Nicolo, Ardila, Castrellón y Mariño, *Musarañas*, 89.

⁴⁵⁵ Fotografía tomada el 10 de enero de 2015. Llanta lateral derecha de un antiguo Simca. Auto inactivo desde principios del 2000. Santiago Zambrano Castro, el papá de quien escribe, tiene este carro hace al menos unos 40 años.



“Colincharse”⁴⁵⁶



“Colincharse”⁴⁵⁷

Sobre la mesa queda al lector de este capítulo la imagen de una sociedad en la que la interacción de los cuerpos, los encuentros sociales entre *gamines* e integrantes de la sociedad bogotana, hace parte de una historia que no es otra sino la historia de “nuestra” sociedad. En la temporalidad analizada una sociedad afectada y disminuida, todo el tiempo alerta debido a la amenaza del *gamín*, aquel que representó un hostigamiento a sus ideales sociales y a la seguridad de sus integrantes, los pobladores urbanos que día a día entre 1950

⁴⁵⁶ Muñoz y Pachón, *Gamines, Testimonios*, 75.

y 1985 se cruzaban con los *gamines* en las calles. Estos, los *gamines* eran la causa de una percepción social disminuida, la fuente de algo que alteraba el paisaje urbano y cultural. De esta forma, las reacciones sociales en contra de los *gamines*, estuvieron entrelazadas en un objetivo común: *eliminar* esta forma social, este estilo de vida antisocial.

Desde el desprecio expresado por integrantes de la sociedad en actos de indiferencia, disgusto y asco, la reordenación espacial y en detalle las delimitaciones espaciales, sumado al fortalecimiento de las líneas defensivas, pasando por las batidas en las calles y posterior encierro, las recomendaciones y acciones institucionalizadas, por ejemplo, los decretos, los programas de reeducación o resocialización, entre otras, hasta el cruel y radical asesinato. Todo esto representó, o puede ser leído hoy en día, como una, si no la más significativa muestra de indolencia, repudio y desprecio por el otro; esa enorme masa social de anormales que, a los ojos y olfato de una sociedad en crecimiento, pasaban por mendigos, pordioseros, vagos y ladrones, en suma, *gamines*.

En los encuentros sociales emergieron los rostros del desprecio, provenientes en el caso que se ha venido trabajando, de la sociedad en sí. Un tejido de individuos entre los que se pueden agrupar aquellos que distinguen y clasifican al otro, lo estigmatizan ubicándolo en la diferencia, que en el caso de los *gamines* no constituyó un valor, sino una amenaza, también aquellos que sin desprenderse radicalmente de las anteriores incluyeron-excluyendo: el borramiento del otro, es decir, la idea de que para ser parte del “nosotros” se debe borrar todo aquello que lo hace otro; la integración como supresión ontológica de la experiencia histórica y social.

En el mismo plano, la sociedad, ese gran “nosotros”, vivió de fantasmas, de imaginarios o ideas del otro social, al que no solo despreció y señaló sin salir de sus esquemas de interpretación, también debido a ese extrañamiento e incertidumbre que producían los *gamines*, terminó haciendo del *gamín* un significante en el que fácilmente tuvo lugar la diferencia de todo otro, de cualquier individuo que, en su papel de foráneo respecto a la sociedad bogotana, no disfrutará del beneficio de lo exótico —que disfruta el extranjero privilegiado económicamente o aquel venido del norte: Europa y Estados Unidos—, sino el sentimiento de rechazo y molestia.

⁴⁵⁷ Nicolo, Ardila, Castellón y Mariño, *Musarañas*, 83.

En este último caso, la “sociedad colombiana” de la que habló Gutiérrez en su conocido libro *Gamín: un ser olvidado*⁴⁵⁸, se vio confundida, sus esquemas de interpretación envuelven y entrelazan las acciones y existencia de los gamines en una red de argumentos e ideas contradictorias, en tensión, confusas y reiteradamente elaboradas, por ejemplo, no logran clasificar al *gamín*, tratan de distinguirlo del pordiosero, del pedigüeño, de vago, entre otros, pero al final de cuentas, terminan metiendo a todos en la misma categoría; es un otro, un “diferente”, además, y más problemático aún, resulta su confusión respecto a si el *gamín* es un niño o no, este personaje no se acomoda a la idea de infancia, pues no va a la escuela, no está con sus padres y sorprendentemente se hace cargo de sí mismo, para empeorar la cosa, los *gamines* ofician como amenaza para la sociedad, no solo por su presencia, a su vez, por que atacan, roban, engañan, manipulan y tienen sexo. Constituyeron un otro que, respecto a la sociedad, excedió y desbordó sus prejuicios, sus llenados simbólicos.

1.19) **La limpieza social o el asesinato de población en situación de calle**⁴⁵⁹

En los ochenta se denunciaba constantemente las dificultades para transitar en la ciudad sin ser intervenido por un *gamín* o un grupo de ellos. Muchos padres de familia y en general transeúntes urbanos manifestaban su incomodidad y rechazo al ver a los *gamines* en las calles, y por supuesto en determinadas condiciones al ser vulnerados o atacados por ellos. Las conversaciones referidas al problema de la inseguridad y allí los *gamines* en la calle eran parte del día a día. Esto en medio de un clima social denso, confuso y angustiante, debido a una suma de variables políticas, sociales y económicas que daban un color particular a la época. En aquellos tiempos escribían Muñoz y Pachón la obra “*Gamines. Testimonios*”. En la presentación del libro, y reflejando el clima social, la opinión pública respecto a los gamines, sostenían

⁴⁵⁸ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

⁴⁵⁹ Este apartado recoge las reflexiones y conceptualizaciones elaboradas en el marco de la investigación “Una infancia bajo amenaza de muerte: los niños en situación de calle en las grandes urbes colombianas. aportes a una historia de la infancia”, cuyo investigador principal es el autor del presente informe. Teniendo como co-investigadoras a Claudia Rojas y Yearleydi Cano Higueta. La

Al salir de los hoteles, museos, iglesias y cinematógrafos, a cualquier hora del día o de la noche, aparecen los “chinos de la calle”, solos o en grupos, para pedir: “señor, regáleme diez centavos. Vea que fue que me perdí”, o “regáleme algo pa tomarme un cafecito, qu’ es (sic) que tengo hambre”. No es sino llegar a la casa de algún amigo en Bogotá para que comiencen las narraciones “terroríficas”: ¿sabes lo que sucedió a Pedrito, el hijo de Gutiérrez? El otro día que estaba jugando futbol en la ciudad universitaria con unos amigos, se le acercaron tres gamines, así como de la edad de Pedrito, de unos once años, lo amenazaron con un cuchillo y la quitaron el reloj y la plata que tenía en el bolsillo”. “Y no te contaron lo que le paso a la señora de Paredes? Pues acababa de salir del Ley de hacer unas compras para las niñas, unos zapatos y otras cositas, y pasaron unos gamines y le quitaron el paquete de la mano”. Así se van sucediendo una tras otra, las historias sobre las raterías de los gamines que sufren los transeúntes por las calles de Bogotá. Después vienen las recomendaciones “alarmistas”, “No salgas sola (o solo) después de las ocho de la noche”; “No se te ocurra irte para Monserrate”; “Si vas en carro, cámbiate el reloj de la mano para que no te lo roben por la calle”; “No dejes ningún objeto por ahí, porque mientras de limpias un ojo ya ha desaparecido”. Los ladrones, raponeros y gamines parecen haberse tomado la calle⁴⁶⁰.

Hacia 1983⁴⁶¹, Líneas Agromar informa a la sociedad sobre el regreso de los *gamines*. Esta vez, al parecer la policía y la ciudadanía se hallan “armadas” frente a esa “enorme” “mancha negra” que se esparce sobre la ciudad. Este “armamento” no es más que los imaginarios instalados y dispuestos a crear acciones variadas para “enfrentar” y “solucionar” este grave “problema social” que ha afectado y “avergonzado” a la “sociedad colombiana” durante tanto tiempo. La delincuencia, la suciedad y el miedo a esta población han sumado durante muchos años las razones suficientes para que, esta vez, los gamines no se expandan sobre las ciudades.

investigación fue financiada en 2012 por el Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas – CIEP de la Universidad de Antioquia, Facultad de Educación.

⁴⁶⁰ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 13-14.

⁴⁶¹ Agromar, Líneas, “¡Vuelven los gamines!”, 28-30.



Tomado de: Nicolo, Ardila y Otros⁴⁶².

Los tiempos han cambiado, y mínimamente en lo que corresponde al “tratamiento” sobre esta población, ya no es la policía, la iglesia o la escuela los directos encargados, esta vez, en medio de una crisis social que vive Colombia a finales de los setenta e inicios de los ochenta, son otros los que se encargaran de “limpiar” la ciudad. En los ochenta al decir de Zambrano Pantoja

...se pasa al de la politiquería, al triunfo de la corrupción y la desintegración social en Bogotá, al finalizar el Frente Nacional, años setenta u ochenta. La competencia política por el control de la ciudad produjo una falta de continuidad en la gestión pública y una alta rotación de alcaldes que privilegiaban las obras con propósitos electorales inmediatos en contra de las intervenciones estructurales. (...) Este grave deterioro de la ciudad en los ochenta y principios de los noventa se expresaba en varios aspectos: Profundo deterioro del transporte público, debido a la falta de regulación y a la “guerra del centavo”. Incremento de la contaminación, sonora y ambiental.

Privatización de vías públicas y deterioro de las mismas. Éxodo de las elites de barrios tradicionales y su ocupación por habitantes de menores recursos.

⁴⁶² Nicolo, Ardila, Castellón y Mariño, *Musarañas*, 89.

Degradación del centro histórico y surgimiento de El Cartucho, como centro de reciclaje, droga, prostitución y diversas formas de violencia. Asociado con esto, se populariza el término “desechable” para denominar a los pobladores de este lugar y se presentan campañas de “limpieza social”, que implican el exterminio de habitantes de calle.

A causa de estos estropicios nace la imagen de Bogotá como ciudad profundamente insegura, reforzada por la actitud de sus pobladores de “blindarse” contra la ciudad violenta, mediante el incremento de medidas de seguridad, que explican la proliferación de cerramientos en los espacios públicos⁴⁶³.

Se apreciará por estos años el surgimiento de los escuadrones de la muerte o grupos de limpieza social y la toma de la justicia por manos no sólo de colectivos armados — incluyendo a agentes del estado, el extinto F2⁴⁶⁴—, sino de individuos del común. A finales de los setenta y comienzos de los ochenta la vida de los gamines, su existencia institucional y cultural —aquella que se analizará y desplegará en el bloque dos de este informe—, muta radicalmente. Las “galladas” son objeto de una intolerancia que tiene como expresión mayor el asesinato y, gracias a él, la disgregación o gradual desaparición de las mismas.

Finalizando los años setenta se presentan los primeros asesinatos de población en situación de calle, la acción no detona en Bogotá o Medellín, sino en otra ciudad: Pereira, y desde allí, según Rojas⁴⁶⁵, “...se ha expandido a casi la totalidad del territorio nacional”, esta práctica fue caracterizada por escenarios y rutinas simbólicas similares en todo el país. Al asesinato de población en situación de calle se le conoció comúnmente como “limpieza social”, llevada a cabo por grupos o individuos que integraban “escuadrones de la muerte”, en Colombia una “mano negra” que se encargaba de “limpiar la ciudad”. Dicha “limpieza” para Carlos Rojas⁴⁶⁶ hizo parte de las violencias que florecen en los ochenta, aquellas que no respondían solo a aspectos políticos y partidarios como en los años cincuenta, la conocida “Violencia”, sino un conjunto diverso de violencias que por aquellos años integró

⁴⁶³ Zambrano, *Historia de Bogotá*, 306-307.

⁴⁶⁴ Asesinatos descritos por Daniel Flórez en el libro de Soledad Rico Sanín (1993) y aquellos transcritos por Herrera (1994), donde se señala a los integrantes del F2 como unos de los responsables de esta práctica social.

⁴⁶⁵ Carlos Eduardo Rojas, *La violencia llamada “limpieza social”* (Bogotá: Cinep, 1996), 14.

el devenir del país y acentuaron a la vez que rarificaron el conflicto armado que vivía la nación. La sociedad capitalina se armó y la toma de justicia “por las propias manos” se volvió algo común, en un momento donde la emergencia de guerrillas, la aparición del narcotráfico y el incremento de la delincuencia urbana en cabeza de grupos organizados o no, la deslegitimación del estado eran pan de cada día, esto hizo estallar y reaccionar de variadas formas a los integrantes de la urbe. Así

...el uso generalizado de la fuerza y de las armas por parte de sectores civiles, el surgimiento y la reproducción de estas múltiples violencias en el tejido social, la mezcla confusa entre actores -militares, guerrillas, paramilitares, sicarios, milicianos, narcotraficantes, “ejércitos privados” al servicio de grupos de justicia privada, bandas de delincuencia organizada- ; objetivos -económicos, políticos y militares- y estrategias -alianzas y confrontaciones según las coyunturas-, además de escenarios -particularmente las zonas rurales-, junto con la presencia de otros componentes (...) intervienen en la dinámica de la violencia, han desdibujado los límites del conflicto armado, a la vez que lo han degradado enormemente⁴⁶⁷.

De esta forma, en medio de una crisis social y una expresión de dolor social llena de temores y reacciones fortuitas e impredecibles, la mirada sobre el otro, el pensamiento y la acción respecto al diferente en el seno de la urbe capitalina se recrudece. Todo lo distinto de cierta forma es “culpable” o sospechoso de lo que está sucediendo y como siempre los primeros en ser señalados e intervenidos son los sectores de la población más marginados y vulnerables, pues es allí, para la sociedad hegemónica, donde nacen y se reproducen — incluso hasta el día de hoy— los males que merman la salud de la república. La violencia llamada “Limpieza social”, según el investigador del Cinep Carlos Rojas⁴⁶⁸, fue orientada

...contra un espectro específico de personas que tienen en común el pertenecer a sectores sociales marginados y asumir comportamientos rechazados y considerados como peligrosos para los agresores. En efecto, sus víctimas han sido en lo fundamental delincuentes, recicladores, jóvenes y niños de la calle, homosexuales,

⁴⁶⁶ Rojas, *La violencia llamada “limpieza social”*.

⁴⁶⁷ Elsa María Blair Trujillo, *Conflicto armado y militares en Colombia: cultos, símbolos e imaginarios* (Medellín: Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Políticos, 1999), XIX.

⁴⁶⁸ Rojas, *La violencia llamada “limpieza social”*, 14.

prostitutas e indigentes, todos ellos caracterizados por sus victimarios como “elementos no aptos para convivir en sociedad”

La Violencia con el paso de los años muta, se diversifica. Hacia 1980 ya no es una violencia política solamente, aparecen nuevas variables que hacen de la Violencia más un plural que un singular. En los ochenta se habla de las violencias. La ambigüedad respecto a la distinción del *gamín* y, en gran escala, del otro, hace de las suyas. Nuevamente el rechazo, repudio y acciones negativas por parte del cuerpo social capitalino no se dirigen contra un grupo en particular, por ejemplo los delincuentes o los mismos *gamines* — ¿al fin, y al cabo, como se mostró anteriormente, quiénes eran?—, sino en general contra todo lo diferente, mostrando así el efecto de una sociedad perturbada, confundida y atemorizada ante y por el dolor causado por el otro: los *gamines*.

En Medellín el cinco de febrero de 1980, de acuerdo a la información recopilada por Rojas⁴⁶⁹, se halló un cadáver sin identificación y baleado, al siguiente mes, ocho casos similares se presentaron en tan solo una semana y en julio el fenómeno creció más. 25 casos en tan solo 20 días. Acciones que llevaron a las autoridades de la capital antioqueña a considerar la existencia de un “escuadrón de la muerte”. En la capital de la montaña nombraron esta práctica como “el paseo”⁴⁷⁰.

En Bogotá el autor citado sostiene que la práctica de asesinato también aparece hacia 1980, exactamente en noviembre de aquel año cuando la vía al cerro de Guadalupe (salida al municipio de Choachí) se encontraron cadáveres de personas, al parecer delincuentes, con las manos atadas y baleadas en la cabeza. El asesinato del otro en aquellos años involucró también a integrantes de las instituciones estatales que no cumplieran con su deber social y moral, en este caso políticos o funcionarios públicos y estatales. En otras palabras, la sociedad y allí una gran cantidad de sus integrantes unos posiblemente organizados y otros no, entrelazados y cohesionados en un nudo de ideas referidas a la modernidad, la higiene,

⁴⁶⁹ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*.

⁴⁷⁰ “Se toma a la futura víctima —así lo describe un periodista—, y se le obliga a abordar un vehículo, automóvil o motoneta, y luego de acribillarla, su cadáver se deja en un paraje despoblado. La otra modalidad es llevar a la persona hasta el lugar donde se le asesinará y proceder a un verdadero fusilamiento. En la mayoría de los casos, cuando se logra la identidad de la víctima, la cual generalmente no tiene ningún tipo de documento de identidad, se ha encontrado que se trata de

la estética y por supuesto la infancia, apuntaron sus armas contra todo “lo malo”, incluso aquello perteneciente a las altas esferas sociales. En definitiva, solo en ese año, de acuerdo a Rojas⁴⁷¹, se calculó al menos 500 asesinatos, estimándose según los periodistas citados por el autor, que 300 de ellos se realizaron en Medellín, y los otros en Bogotá y Pereira, aunque otras fuentes sostuvieron que en la última ciudad se habrían presentado al menos 300 asesinatos.

La década de 1980 fue una época de profunda crisis, teniendo los inicios de lo que la caracterizó en los setenta. Ésta puede ser descrita como un tiempo de intensa violencia; el entrecruzamiento de nuevos actores, instituciones e imaginarios en torno a emergentes y complejos problemas se tradujo en una grave crisis social. Colombia y allí Bogotá es el escenario por aquellos años de una crisis social que desbordó lo político, permeando los espacios, las relaciones, acciones y aspiraciones más insospechados de la población colombiana y capitalina. La modernización y civilización en marcha contribuyeron notablemente a la gestación de una maquinaria social, política e institucional, liderada tradicionalmente por elites dominantes, tal como sostiene Elsa Blair, unas élites que “...dieron un sí rotundo a la “libre competencia económica”, pero manteniendo un “...orden socio-político tradicional sobre el cual afirman su dominación”. Para ella

La crisis sería, entonces, el resultado de un largo proceso de erosión del orden tradicional inducido por las transformaciones derivadas del proceso de modernización económica que contrasta con el conservadurismo político expresado en la inmovilidad del sistema político y de la organización estatal. La dificultad de hacer compatible un proyecto de modernización que por definición comporta cambios en la organización social de la producción y por consiguiente en los valores y expectativas de la población- con la permanencia de un proyecto político fundado en la exclusión e inmovilidad social, no puede menos que resultar profundamente conflictivo. Se trata, por tanto, de la extrema tensión resultante entre un proyecto de modernización económica ajeno a un proyecto de modernidad⁴⁷².

delincuentes de amplia trayectoria y siempre presentan varias entradas a diferentes centros carcelarios del país”, Citado por Rojas, *La violencia llamada “limpieza social”*, 16.

⁴⁷¹ Rojas, *La violencia llamada “limpieza social”*, 17.

⁴⁷² Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 5-6.

Una modernidad sin modernidad⁴⁷³ sería el efecto de esta tensión, pues, para Blair, la sociedad colombiana vivió el choque entre sus instituciones, valores, prácticas, hábitos y creencias tradicionales, con un fuerte anclaje religioso, que continuaban en la época de los setenta y la modernidad y civilidad en marcha que tiene entre sus principales elementos la secularización. Como es evidente, Colombia, y por supuesto Bogotá en tanto centro político y económico del país, intentó articular, adaptar la modernización a una tradición cristiana fuertemente arraigada en las capas poblacionales. En esta perspectiva, refiriéndose a la historia de esta confrontación, escribiría la historiadora María Teresa Uribe de Hincapié

El metarrelato religioso, expresado a través del catolicismo, logró convertirse en el factor estructurante de la sociedad mestiza y blanqueada; instituyó de sentido el mundo colonial y buena parte del republicano; se impuso como matriz primordial del orden moral, normativo y político y marcó los hilos culturales [...] fue la cosmovisión religiosa la que estructuró tanto el principio cognoscitivo –el saber- como principio normativo- las reglas morales- frente a los cuales los mandatos y las leyes de Estado y el Estado mismo debían subordinarse⁴⁷⁴.

Por otro lado, en estos años en el país, y en sus principales ciudades se observa la irrupción de la economía de la droga, inicialmente la marihuana y hacia los ochenta, la coca y la amapola, trayendo consigo el fortalecimiento de los cárteles de la droga, la financiación de campañas políticas mediante el dinero del narcotráfico y a gran escala la irrupción de dineros ilegales en la economía nacional, paralelo a un proceso recesivo de la misma y la ascensión de diferentes actores armados (milicianos, paramilitares, sicarios, narcotraficantes, bandas juveniles) sumados a los ya existentes; la guerrilla, el ejército y la policía.

En las ciudades la criminalidad urbana se ha intensificado. Y en el campo se asiste a una “expansión de las guerrillas” de gran importancia. Cabe destacar que, en las ciudades, el

⁴⁷³ Blair, entiende la expresión “modernidad sin modernidad” como “...los procesos de modernización económica que se han desarrollado en la sociedad y, por supuesto, a las transformaciones operadas a nivel social y cultural inducidas por este proceso sin que se desarrollen *simultáneamente* nuevos sistemas de referencia, acordes con las transformaciones de la sociedad, que permitan el desarrollo de identidades colectivas. Ver: Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 7.

⁴⁷⁴ María Teresa Uribe de Hincapié, citada por Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 22.

nacimiento a gran escala de bandas armadas juveniles, y por supuesto, es en aquella década que las “empresas de limpieza social”⁴⁷⁵ al decir de Pecaute o, como lo escribe Carlos Rojas⁴⁷⁶ de la violencia llamada “limpieza social”, tienen su mayor auge.

Evidentemente los asesinatos involucraron actores estatales y empresas e individuos particulares. El caso de los agentes del F2, los personajes motorizados e individuos del común descritos por Daniel Flórez en el libro de Soledad Rico Sanín⁴⁷⁷ y aquellos transcritos por Herrera⁴⁷⁸ en “El comanche” en Bogotá e incluso en Medellín, es indicativo respecto a la existencia de una violencia urbana, también, fuera de cauce...

El estado, si bien desarrollaba una fuerte oposición militar, ésta contenía en sí misma acciones militares sucias que desbordaban la institucionalidad militar⁴⁷⁹ permitiendo y legitimando la intervención de actores civiles en el orden social. Esta situación es producto de una perversión y descomposición del conflicto armado. El país se ve sometido a una crisis institucional, que es también el lugar donde se gesta una crisis de las instituciones políticas y por lo mismo del régimen político.

Colombia asiste en los años ochenta a una crisis de legitimidad del régimen político, a una crisis de representatividad de los partidos que expresa una distancia, cada vez mayor, entre la sociedad y la esfera política y se traduce en un desbordamiento creciente de las luchas sociales, por fuera de los canales de mediación y regulación⁴⁸⁰.

Esta crisis institucional, crisis del Estado, tiene entre sus efectos la deslegitimidad del mismo como regulador del orden social aunado y de forma amplia, incluso más allá del estado, a la fragmentación de sistemas de referencia simbólica que contengan y unifiquen a la sociedad, lo cual tuvo como consecuencia, entre otras, una indiferenciación entre lo público y lo privado, entre lo legítimo y lo ilegítimo. Hopenhayn⁴⁸¹ escribía lo siguiente:

⁴⁷⁵ Pecaute Daniel, “Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia”, *Revista Análisis político*. (1997). N 30.

⁴⁷⁶ Rojas, *La violencia llamada “limpieza social”*.

⁴⁷⁷ Rico, *El delito de existir*.

⁴⁷⁸ Herrera José Darío, *Comanche. “Comandante del cartucho”*. (Bogotá: Fondo Editorial para la paz, 1994)

⁴⁷⁹ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*.

⁴⁸⁰ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 10.

⁴⁸¹ Martin Hopenhayn citado por Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 11.

[...] una sociedad que de por sí está desarticulada puede volverse explosiva cuando no cree en el Estado, vale decir, cuando sus diferentes agentes no depositan en el actor-Estado la confianza necesaria como para garantizar la gobernabilidad. La falta de adhesión social a la gestión pública del Estado repercute inexorablemente en el deterioro de la cohesión al interior de la propia sociedad.

La deslegitimación del estado, el aumento de actores armados y la ambigüedad, respecto a la regulación del orden social, aunado a la debilidad de una sociedad que confía su funcionalidad -no funcionalista- en el uso de las armas, dejaría como resultado, en palabras de Blair⁴⁸², el que no pueda "...sentirse fuerte una sociedad cuya representación recae sobre las armas. Una sociedad en la cual grupos armados, legales o ilegales, asumen la tutela de los ciudadanos". Pecauc⁴⁸³ sostiene que durante aquellas épocas "Sólo una fracción limitada de los homicidios reviste un carácter político explícito", según el autor, los homicidios en su mayoría no se correspondían con acciones políticas, sino que fuera de aquellas eran autoría de diversos actores que representaban un tipo de violencia no organizada.

Las violencias, y el entramado de actores que operaban al interior de ella reproduciéndola con determinados fines y sin un ente regulador legítimo, gradualmente possibilitó que los pobladores de las ciudades se tomaran la "justicia por las manos", pues en medio de una crisis generalizada, donde las normas existentes no son un referente legítimo ni un indicador de orden social, y el llamado al orden está depositado en el peso de las armas este tipo de acciones tiene justificado su nacimiento.

Ante el debilitamiento progresivo de la justicia, la sociedad civil asume la defensa directa de sus intereses sin la mediación del Estado, el que a su vez, incapaz de mantener el monopolio del uso de la fuerza, asiste impotente a la fragmentación del poder en manos privadas que impulsan, por sus propios medios, el aumento de la violencia⁴⁸⁴

⁴⁸² Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 19.

⁴⁸³ Daniel Pecauc, Pecauc Daniel, "Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia", *Revista Análisis político*. (1997). N 30. 1.

⁴⁸⁴ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 11.

Los ochenta entonces son el escenario de tensiones y choques entre imaginarios instalados e imaginarios emergentes pero poco consolidados y sin claridades específicas, por ejemplo, la imagería religiosa y todo lo que ésta conlleva, frente a la secularización producto del imaginario de modernidad, civilización e infancia en marcha, también el escenario de una grave crisis institucional que generó una deslegitimación del estado y en general del sistema de normatividades que debería contener a la sociedad, y fuera de ello la emergencia de diversos actores y finalidades (la droga, el sicariato, las empresas de limpieza social, entre otros) produciendo de esta forma y siendo parte de una crisis social, que finalmente desemboca en una anomia social. En efecto “[...] El Estado de anomia crea un reforzamiento de los conflictos y esos conflictos, a su turno, provocan una agravación de la anomia.”⁴⁸⁵

Para la autora citada el escenario de las acciones de asesinato estuvo caracterizado por una descomposición social, que radicaba, en el caso de las urbes, principalmente en la delincuencia. Una delincuencia que el estado no pudo controlar y que, como se ha venido sosteniendo, fueron diferentes colectivos, incluso pertenecientes al estado, los que por fuera de la ley gradualmente se tomaron la justicia por las manos. Estas acciones detonaron en medio de una anomia social debido a los altos índices de delincuencia urbana principalmente.

Blair⁴⁸⁶ sostiene que son tres los factores claves o “problemáticas” que, con sus respectivas diferencias, pero sobre todo su entrelazamiento, hicieron parte y en suma contribuyeron o gestaron la crisis social de los ochenta en Colombia. Para ella, la secularización, la legitimidad del estado y la anomia social del país, fueron los tres aspectos importantes que configuraron esta década. A continuación se sintetizará cada uno de ellos.

Secularización:

Hacia la época de los setenta en Colombia es posible hablar de un “desfase” entre la modernización y la secularización, una “modernidad sin modernidad”. La sociedad colombiana por estos años, incluso en la capital, Bogotá, era una sociedad profundamente tradicionalista, “marcada por el predominio de la Iglesia católica”, ésta era el eje de las

⁴⁸⁵ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 28.

⁴⁸⁶ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*.

mentalidades, ejercía el control sobre los “hábitos morales y las costumbres”, ella “definía las tramas culturales a través de las cuales se integraba y cohesionaba la sociedad, era ella la que estructuraba un sistema de valores reconocido por todos”⁴⁸⁷

La sociedad colombiana tenía una mentalidad cuyos hábitos y valores eran los de una sociedad rural, tradicional, sacralizada, cuyas relaciones sociales se anudaban a través de formas primarias de sociabilidad que hacían de esos hábitos y valores, referentes fuertemente arraigados en las mentalidades. Ese modelo influyó, hasta periodos muy recientes, en el comportamiento normativo de la población⁴⁸⁸.

Las transformaciones culturales impulsadas fuertemente por las elites políticas y el estado trajeron consigo el “desplazamiento” de este eje, y por ende la desestructuración del “sistema de valores” mediante el cual la sociedad se estructuraba y cohesionaba. “Con el desplazamiento de la iglesia como eje de la vida social, la sociedad colombiana se quedó sin referentes de donde asirse”⁴⁸⁹. La ausencia de referentes y la incapacidad de estructurar otros que cohesionaran la sociedad trajeron consigo un desfase, una “modernidad por la vía negativa”, pues, al decir de la autora, “¿cómo avanzar en un proceso secularizador en una sociedad con universos simbólicos propios de la moral cristiana?”⁴⁹⁰ En suma, la secularización se efectúa en un horizonte de catástrofes más que de modernidad⁴⁹¹

Legitimidad del estado: Por legitimidad Blair entiende, siguiendo en parte a la historiadora María Teresa Uribe de Hincapié, lo siguiente

...los efectos de sentido de las acciones de los individuos y de los grupos sociales, de los roles que él (El estado) cumple y del mismo orden institucional en el que desarrolla su vida. Así entendida, la legitimidad de cierto ordenamiento de la vida social no es, sólo, un proceso de justificación que el poder utiliza para mantenerse sino, también, un proceso que responde por la significación dada por los diferentes actores y grupos sociales a ese mismo ordenamiento. En efecto, ella no se reduce al

⁴⁸⁷ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 21.

⁴⁸⁸ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 21-22.

⁴⁸⁹ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 23.

⁴⁹⁰ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 23.

⁴⁹¹ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 91.

dominio de lo político, la dominación y la ley sino que se extiende a otras esferas de la vida social: identidades, pertenencias, proyectos éticos⁴⁹².

Para la autora, la interiorización de un universo simbólico normativo es lo que da cohesión a la sociedad. Ante la ausencia de éste, los individuos construyen “sus propias legitimidades”. En otras palabras, en medio de la crisis social que vivía el país, los actores sociales o individuos que le daban sentido, y que necesariamente tenían que validar ese universo simbólico normativo que los contenía, perdieron lo que Blair, siguiendo a Weber, nombra como “voluntad de obediencia”, y decidieron por su propia cuenta, ordenar y darle sentido a su vida, sin considerar el orden normativo-simbólico –liderado por el Estado- que supuestamente debería regularlos.

Anomia social:

Para Blair la “exclusión de amplios sectores de la población de los beneficios de la modernización” junto a las demandas insatisfechas que produjo la misma y

La multiplicidad de actores de violencia: narcotraficantes, sicarios, paramilitares, milicias populares, guerrillas y militares, frente a la ausencia de “acuerdos sobre las diferencias”⁴⁹³, crea (...) un estado generalizado de guerra, una cadena de retaliaciones permanente que a falta de legitimidad compartida y ante la ineficacia de mecanismos reguladores, no puede más que reproducirse. Proceso explicable también como producto de situaciones anómicas de la sociedad⁴⁹⁴.

Este “*estado generalizado de guerra*” tiene como efecto “...el debilitamiento de normas, socialmente aceptadas y acatadas”, repercutiendo en “la búsqueda de objetivos propios (que) no conoce barreras”, dicha búsqueda “...se convierte en un *salto* de la legalidad vigente y en la búsqueda de nuevas *formas precarias y autorreferidas de legitimidad*”⁴⁹⁵, en otras palabras, la pérdida de límites entre lo legítimo y lo ilegítimo. Para ella, siguiendo a Chazel, se comprende la problemática de la anomia entendiendo la “naturaleza del orden

⁴⁹² Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 18.

⁴⁹³ Lechner, Norbert, “A la búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales (Cataluña)* 43, n° 03, (Sep. 1991): 569-581.

⁴⁹⁴ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 29.

⁴⁹⁵ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 25-26.

social” y allí “las normas que regulan las conductas de los actores, el rol de los valores que fundan la organización social y los símbolos que la reflejan”⁴⁹⁶. Ante la ausencia o fragmentación de aquella regulación, el actor social sostiene dificultades para adaptarse al sistema simbólico que cohesionaba los fines colectivos de la sociedad, provocando una “explosión de la estructura cultural” trayendo consigo el “desequilibrio social”.

De esta forma la “fuente de la anomia social” en el país en la década del ochenta “estaría en el debilitamiento del orden establecido por la sociedad”⁴⁹⁷ y “la atomización o individualización de los objetivos colectivos” junto a la “ilegitimidad que acompaña estos procesos”⁴⁹⁸. Será en este escenario donde la existencia de la institución *gamín*, de la cultura *gamín* de la que hablaba José Gutiérrez⁴⁹⁹ y que se profundizará en el segundo bloque del presente informe, mutará. Cambiará radicalmente. Los ochenta fueron tiempos de cambio para el país y sus integrantes, un escenario donde los gamines objeto de la limpieza social no solo en Bogotá sino en otras ciudades del país, ya un fenómeno nacional, se verán obligados a modificar sus prácticas y dejar de existir como lo venían haciendo.

1.20) **A modo de cierre**

En las anteriores páginas se presentó una historia de la población en situación de calle conocida como gamines **desde la mirada social capitalina, a la luz de la sociedad**, especialmente en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, teniendo como temporalidad finales del siglo XIX hasta los años ochenta del siglo XX. Se destacó en un primer momento el universo simbólico en medio del cual el significante *gamín* fue utilizado y significado por la sociedad capitalina. En esta vía fueron expuestas levemente la diversidad de palabras, ideas y argumentos a través de los cuales la institución *gamín* fue inventada, conceptualizada e imaginada día a día, mostrando cómo estas ideas alimentaron variedad de acciones en pro o en contra de los *gamines* y las mutaciones a través de las cuales estas ideas renovaron la manera de entender, imaginar y nombrar al poblador en situación de

⁴⁹⁶ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 26.

⁴⁹⁷ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 27.

⁴⁹⁸ Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia*, 27.

calle, esto, sin dejar de lado el hecho de que la significación del otro por parte de la sociedad colombiana **desbordó** a la población o institución *gamín* en sí, incluyendo un enorme otro, en otras palabras, todo lo diferente.

A su vez se destacaron aspectos históricos escenificados en Bogotá, variables que, a modo de contextualización para el lector de este trabajo, representan elementos sociales, culturales, políticos y económicos en los que devino la historia nacional. Escenario en que los habitantes urbanos de Bogotá —aquellos integrantes de las élites sociales, un segmento medio de la población y los más pobres— y la institución *gamín* existieron y entretejieron la historia de Bogotá, el país y el imaginario de sociedad e infancia que abasteció a la sociedad misma.

Sobre todo en la segunda parte, aquella que presenta la historia de los *gamines* a la luz de la sociedad de 1950 a 1985, se visibilizó la existencia de un colectivo, de un otro que definitivamente afectaba a la sociedad bogotana. Se trató de un otro activo respecto a la sociedad que lo leía y significaba, esto, como se mostró anteriormente, es visible debido a las expresiones de la sociedad, sus reacciones respecto a ese otro, pues al decir de Spinoza lo que dice una sociedad respecto al otro habla más de ella que del otro en sí.

En esas expresiones la sociedad se muestra a sí misma, siempre temerosa, inquieta, incómoda, obligada a llevar a cabo acciones en pro de contrarrestar la existencia de los *gamines*, en ocasiones una existencia magnificada, engrandecida por la misma sociedad, aquella que significó e imaginó a los mismos como los directos responsables de los problemas que la ciudad tuvo, ciertamente de los cincuenta a los setenta, pues como lo deja ver el archivo, el problema de la delincuencia y el desorden social venía de afuera, de esos campesinos que arribaban a la ciudad, de aquellos marginales que nacían en ella y no lograban articularse a su dinámica cosmopolita y moderna. Ya en los ochenta, en un momento de crisis social los *gamines* también son culpables, y la muestra de ello es que los comienzan a asesinar.

El bloque presentado, dividido en dos partes, cada una con algunos subcapítulos, posibilita un acercamiento al mundo social y cultural en que devino la ciudad de Bogotá. Esto

⁴⁹⁹ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*.

teniendo como telón de fondo las mutaciones en el etiquetamiento y significación de la población en situación de calle y en general del otro. La contextualización histórica ofrecida no reproduce a profundidad la historia de los *gamines* ni la historia social de Bogotá, pues esto no hace parte de los objetivos de la investigación, por el contrario, se hizo énfasis en la visibilización que la sociedad realizó del otro, el *gamín*, esto no para dar cuenta del *gamín* en sí mismo, sino para mostrar a la sociedad afectada, disminuida por un otro activo, aquel que la obligaba a reafirmarse en lo propio, en una “identidad social”, siempre en construcción, pero con claridad respecto a lo que no se deseaba ser, a lo apuestos al ideal social de infancia, de hombre y de nación.

En esta vía se evidenció el fortalecimiento de un imaginario de infancia, que si bien día a día crecía y se robustecía debido a los esfuerzos políticos y modernos, articulados a intereses nacionales e internacionales, representados en instituciones —la escuela y el ICBF, por ejemplo—, leyes y saberes, también contó con el “apoyo” indirecto de los *gamines*, aquellos que, en tanto opuesto cultural, posibilitaron en el escenario cultural la reafirmación de la sociedad constantemente en sus ideas de infancia.

En la etiqueta *gamín* no solo se encontraba el otro, sino un llamado a no ser como él. De esta forma, la comparación que los habitantes urbanos realizaban y aún hoy continúan haciendo entre el *gamín* y el individuo decente, está inscrita en un *deber ser*, que ubica en el lado positivo lo contrario al *gamín*, y por supuesto señala como negativo al *gamín* en sí. El “*no sea gamín*” o la etiqueta *gamín* en sí misma, respecto a la infancia, a los niños y niñas, operó como un motor simbólico a través del cual los padres, o en general la sociedad, encauzaban a los pequeños —también a los adolescentes e incluso a los adultos— en la ruta de lo correcto, dejando atrás o alejándose de lo incorrecto, del modelo *gamín* que residía en las calles, que encarnaba lo opuesto a las normas sociales y los ideales de bienestar y vida moderna.

A continuación, ya en el segundo bloque de este informe se presenta a la institución *gamín* como un colectivo inserto en su propia construcción y simbología cultural, un colectivo que operó como el motor que alimentó la significación de un otro, un enorme otro que los incluía y al mismo tiempo los desbordaba, una significación llevada a cabo por la sociedad bogotana; esa sociedad que iba creciendo en su aparataje moderno, social y político desde

finales del siglo XIX y que hacía la segunda mitad del siglo XX se mostraría más cohesionada y diferenciada gracias a los medios masivos de comunicación y las tradiciones y costumbres en las que se asentaba.

Bloque 2

Preámbulo

Ha llegado la hora de profundizar en los *gamines* o la institución *gamín*⁵⁰⁰. Hasta el momento se ha destacado su lugar en el escenario de una sociedad que los veía de lejos y de cerca, los describía y estudiaba en un devenir a través del cual ella se auto-producía, entre otras, teniéndolos a éstos como un otro activo, una diferencia que la incomodaba y llevaba a reafirmarse en su mismidad.

De esta forma, en el primer bloque de esta pesquisa se mostró el papel activo de los *gamines* en el devenir de un imaginario de infancia en la sociedad bogotana de 1950 a 1985. Ahora, se presentará una serie de elementos a través de los cuales la idea de institución *gamín*, o como la nombrará José Gutiérrez, “cultura *gamín*”, cobra cuerpo.

Para ello se recurrirá a los escritos de algunos intelectuales que investigaron a los *gamines* a profundidad, en todo caso sin dejar de considerar que es difícil hablar del otro cuando de él no se tiene sino las impresiones de alguien que no es ese otro, que escribió sobre éste. El caso de la infancia en general es aún más complejo, pues normalmente lo que se puede decir de ella está construido, se alimenta de lo que los adultos —el “mundo adulto”— han dicho de éstos, y no propiamente de lo que niños y niñas dijeron. El tema pone sobre la mesa amplios debates. En lo referido a esta pesquisa los investigadores e historiadores de la infancia se muestran agradecidos, pues encuentran las voces de los niños en situación de calle, o *gamines* fácilmente...

En diversos momentos de la historia nacional la voz de los *gamines* se destacaba por sí misma, pues como característica común, éstos solían hablar de sí mismos constantemente, sin vergüenza, con espontaneidad, convicción e incluso estrategia e inteligencia: su voz era un arma de sobrevivencia, una herramienta para entrar en diálogo con la sociedad,

⁵⁰⁰ Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

convenciéndola o engañándola con su dolor y necesidad, hablando de su alegría y tristeza, o entre ellos mismos.

Y sin la dificultad de los niños y niñas inscritos en la idea de niño moderno como ser sumiso, noble y respetuoso, ellos hacían de las suyas para igualarse a los adultos y de esta forma hablar de “tú a tú”, es decir, a igual “nivel” y “jerarquía”, al menos simbólica. Estas voces o para mejor decirlo testimonios, en lo correspondiente a esta investigación fueron registradas y publicadas entre 1950 y 1980 por diversos investigadores. Destacan entre ellos los trabajos de Ortega Ricaurte⁵⁰¹, Granados Téllez⁵⁰², Cecilia Muñoz y Mónica Pachón⁵⁰³ y especialmente José Gutiérrez⁵⁰⁴.

El caso de José Gutiérrez merece atención. Anteriormente se destacó la importancia de este investigador. Se sostuvo que dedicó al menos 10 años de su vida y la de su familia al trabajo y la comprensión de lo que él nombró el “mundo *gamín*” o la “cultura *gamín*” y que producto de ello, entre varias publicaciones, se encuentra el libro: *Gamín: un ser olvidado*, publicado en 1972. Ahora, es necesario ahondar en este aspecto, y en general en el trabajo de este psicoanalista e investigador, pues es a través de su estudio, su convivencia y registro de la vida de los *gamines* —junto al de Pachón y Muñoz principalmente—, que esta investigación tiene un suelo firme: un retrato amplio y diverso de los *gamines desde adentro*, a partir de *sus propias voces, saberes, prácticas y creencias*. La mayor obsesión de Gutiérrez fue el conocimiento científico de los *gamines* en su *ser*. Para ello desafió las prácticas científicas y psicoanalistas ancladas en la mera observación, la distancia y una objetividad —por supuesto cuestionada—, y literalmente vivió con los *gamines* en su casa, en su barrio.

Las 350 páginas que componen el libro *Gamín: un ser olvidado*, publicado en 1972, más que un frío informe de investigación o un libro riguroso y erudito de la vida de los *gamines*, son una bitácora de su día a día con los mismos, una descripción detallada de lo que éstos decían y hacían, de lo que ocurría en la relación entre él y ellos, su familia y ellos, la sociedad y ellos. En la obra de Gutiérrez se percibe un trabajo antropológico e histórico

⁵⁰¹ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*.

⁵⁰² Granados, *Gamines*.

⁵⁰³ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*.

⁵⁰⁴ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*.

basado en la idea de que solo *viviendo* la vida del otro se puede comprender esa vida. Para el caso de Gutiérrez solo “*gaminizándose*” podría llegar a entender la vida *gamín*, y así lo hizo este autor, en palabras de él, durante aquella época fue un “psicoanalista *gaminizado*”⁵⁰⁵, alguien inmerso en la vida de los *gamines*, capaz de sentir “el dolor que implica el aislamiento social, la persecución policiaca y la discriminación causada por el desaseo”: “yo mismo me sentí estigmatizado, pesimista y abandonado, cuando pude compartir de lleno el universo rebelde, violento y sin esperanzas de los *gamines*”⁵⁰⁶

La obra de este intelectual aborda a profundidad diversos aspectos de la institución *gamín*, desde aquellos referidos a las razones por las que ellos, los *gamines*, terminaban en las calles, hasta los elementos estructurales y simbólicos, esto es, creencias, saberes y jerarquías que sostuvieron en la temporalidad y territorialidad estudiada. Ahora, más que un relato objetivo y delimitado respecto a sus propósitos y los resultados, Gutiérrez describe innumerables escenarios, historias, experiencias y reflexiones, conectadas en la idea: *es el ser del mundo gamín*. Cada una de estas historias, experiencias y reflexiones, al final testimonios que van desde los años sesenta hasta inicios de los setenta, junto a los testimonios registrados por Muñoz y Pachón, también de los setenta a los ochenta, permitirán un abordaje integral a la vida de los *gamines*, en tanto institución de infancia, en la temporalidad estudiada.

Entre estas obras y otras se realizará un parangón y una reconstrucción de la institución *gamín*. Dos obras fueron claves. Una, la de Gutiérrez —*Gamín: un ser olvidado*— que trabajó con 10 o casi 11 *gamines* —que constituyeron su gallada, la de “la 71”, al final “*la gallada de los doctores*”—, integrada por: Álvaro Pérez, Juan González, Roberto Ferreira, Gabriel Guaqueta, José Isaías Giménez, Luis Alberto Liévano, Arturo Vicente Valencia, Pedro Ignacio Prieto, Edgard Rosas y Alfonso Fonseca y por supuesto el mismo José Gutiérrez, su esposa Magdalena y posiblemente sus hijos. Dos, Muñoz y Pachón y su libro: *Gamines. Testimonios*, publicado en 1980, donde se presentan diversos testimonios, todos enfocados en el develamiento de la estructura de las galladas o grupos de niños en situación de calle.

⁵⁰⁵ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 119. A su vez el autor comenta en 1998: “Mi vida se gaminizó por un largo periodo” Ver: Gutiérrez, *Gamín: mi vida con los niños de la calle* (Bogotá: Spiridon, 1998), 24.

⁵⁰⁶ Gutiérrez. *Gamín: Un ser olvidado*, 58-59

La obra de Gutiérrez a través de la cual se reconstruye la existencia de la institución *gamín*, en detalle: *Gamín; un ser olvidado*, se abasteció de un trabajo de campo y en general una experiencia de vida con los *gamines* que empezó en la vida de Gutiérrez a finales de los cincuenta y continuó hasta finales de los noventa. En 1998, publica una edición ampliada de *Gamín: un ser olvidado*, titulada “*Gamín. Mi vida con los niños de la calle*”.

Ahora, específicamente los registros y análisis que dieron vida a *Gamín: un ser olvidado*, se realizaron entre 1966 y 1972 más o menos, fechas en las que Gutiérrez publicó dos obras, *Infancia de la miseria*, en 1967, pero como lo sostiene en *Gamín; un ser olvidado*, esa publicación fue el producto del primer año de trabajo con los *gamines*. Aunque ya en 1957⁵⁰⁷ se visibilizan algunas publicaciones del autor referidas a ellos. En Gutiérrez se encuentra un relato casi etnográfico de la institución *gamín* a finales de los sesenta y principios de los setenta.

Seguidamente y retomada estratégicamente, la obra de Muñoz y Pachón publicada en 1980. Básicamente la experiencia de vida de José o “El muñeco”, un *gamín* con 13 años de edad, a quien “Después de muchas charlas informales resolvimos grabar lo que él creía era su historia”⁵⁰⁸. Una historia que según el relato de José estuvo ambientada desde mediados de los setenta en Bogotá, momento en que posiblemente él abandonó su hogar y entró al mundo de la calle. Respecto a los fines de este bloque, dos obras que dan cuenta de dos momentos históricos, dos testimonios con base a los cuales se presentan a continuación las creencias y prácticas de los *gamines*.

También se estudió otros trabajos, que sin visibilizar testimonios abordaron el tema de los *gamines*, por ejemplo la obra de Granados Téllez o Ortega Ricaurte, sin embargo éstos son tomados de forma satelital debido a que se trató más de análisis en los que el *gamín* fue objetivado mediante un saber o teoría, o simplemente abordado a partir de un test, y en las que el mismo no tiene voz. Contrario a las obras estratégicas de Gutiérrez y Muñoz y Pachón.

Ahora, estas obras se diferencian en algo, Gutiérrez en cuanto psicoanalista y sensible pensador, intentó develar el *ser* de los *gamines*, adentrándose así en sus representaciones simbólicas, sus rituales, creencias y tensiones, contrario a Muñoz y Pachón, que de cierta

⁵⁰⁷ José Gutiérrez, “Estado actual del “estudio de los *gamines* en Bogotá”, *Revista Colombiana de Psiquiatría* 1, n° 7 (Mayo 1957).

manera prestaron atención a elementos estructurales de las galladas, oficios, prácticas, organización de las mismas, razones de su existencia y modos de preservación basados en oficios claramente visibles. Dicha diferencia resulta de enorme valor en esta investigación, pues habilita un acercamiento a los aspectos simbólicos que alimentaban la vida *gamín* y a los elementos estructurales a través de los cuales las galladas operaban. En todo caso como es común a toda investigación, se está trabajando con una muestra, un testimonio aproximado y no radical de la vida de los *gamines*, sus imaginarios y prácticas en la Bogotá de 1950 a 1985.

La gallada

A los grupos de *gamines* en la calle se les conocía como gallada. En el marco de esta investigación y con base a un trabajo precedente, a dichas galladas en la segunda mitad del siglo XX en Colombia se les conceptualizó como Institución *gamín*⁵⁰⁹. Se sostuvo que la existencia de estos colectivos respondía a una necesidad básica: *sobrevivir*. Una necesidad biológica y social, cultural y política. A partir de Malinowski⁵¹⁰, se entendió a esta infancia como una institución, en cuanto para este importante antropólogo las instituciones nacen y se reproducen de acuerdo a las necesidades vitales de los seres humanos, por ejemplo, la necesidad de organizarse para vivir.

Este acto de sobrevivencia institucional, como se mostrará a continuación, se abasteció de un conjunto de prácticas y creencias a través de los cuales los *gamines* se mostraron como institución en la espacialidad urbana, entre humanos. Una existencia política, al decir de Arendt⁵¹¹, pues entró en relación institucional, cultural y social con las instituciones a través de las cuales se expresaba la sociedad bogotana, y en dicha relación un lenguaje particular, una forma de vida única que los *gamines* abanderaban.

⁵⁰⁸ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 14.

⁵⁰⁹ Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

⁵¹⁰ Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del pacífico occidental* (Barcelona: Planeta Agostini, 1986).

⁵¹¹ Hanna Arendt, *De la historia a la acción* (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A, 1995), 95.

Una institución, y no por vía del Estado⁵¹², pues si así fuera habría que considerar a los *gamines* des-institucionalizados, empero, ellos se inscribieron y dieron vida a un colectivo social, se nombraron a sí mismos y se dieron un lugar de pertenencia. Ahora, una infancia al decir de Minnicelli *en falta de institución*⁵¹³ y en esa medida en *estado de excepción*, sin ley e instalada en una fuerza-de-ley-sin ley, por tanto, en un mundo cruel y negativo respecto a la continuidad de sus vidas —que en la calle y a través de sus prácticas siempre estuvieron en riesgo—, así las cosas, *en falta de institución*, de ley social emergente en la sociedad bogotana o en el mundo de lo humano.

Una ley que los cobijara e integrara sin eliminarlos o permitir que sus vidas existiesen de una forma peligrosa, posibilitando desde ellos mismos un cambio en sus vidas, teniendo como horizonte un camino cultural y político fértil respecto a la duración de la vida y la sabiduría para vivirla, uno que evite su propia destrucción, una vida con menores riesgos. Este aspecto se ampliará en las conclusiones de este informe.

Muñoz y Pachón visibilizan en el tiempo analizado dos tipos de galladas, las mayores y las menores, diferenciadas en que las primeras estuvieron integradas por adolescentes o ya adultos, dedicados completamente al delito y organizadas, que no dormían en la calle sino en hoteles. Estas galladas mayores no despertaban la misma preocupación en la sociedad bogotana de 1950 a 1985 que los niños, aquellos leídos como “infantes” a pesar de no corresponder exactamente con dicha lectura o con el imaginario hegemónico de infancia que la alimentaba, donde niño es niño por estar en casa, en la escuela y con sus padres.

Al final un grupo de jóvenes, que no necesariamente andaban juntos y lucían diferente, pues ya habían crecido lo suficiente como para no parecer niños y además no tenían la calle como escenario de juego y en gran parte de vida. Por tanto, aunque una de las causas de la delincuencia siempre en aumento, en lo referido a esta pesquisa, más bien poco presentes, incluso en el archivo, donde la mayoría de las referencias a los *gamines* en las distintas publicaciones consultadas, estaban dedicadas a los menores. La historia de las galladas mayores hace parte de una historia que en Colombia ha sido poco estudiada, y que merece un capítulo especial; la historia de la juventud.

⁵¹² René Loureau, *El Análisis Institucional* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1979).

⁵¹³ Mercedes Minnicelli, *Infancias en estado de excepción. Derechos del niño y psicoanálisis* (Buenos Aires: Noveduc, 2010).

Las segundas son las galladas menores, integradas por niños y niñas entre los 5 y 12 o para Gutiérrez 14 años y con menor nivel de organización, en todo caso estructuradas⁵¹⁴ —y al igual que las mayores—, con una clara división del poder, el trabajo y la repartición de ganancias⁵¹⁵, altamente relacionadas con el juego y la diversión descontrolada, o recocha.

En este capítulo se ahondará en estas últimas, debido a que eran ellas las que entraban en tensión en el imaginario de infancia abordado en el primer bloque, además, según lo deja ver el archivo recurrentemente, quienes se visibilizaban en las calles con más regularidad, pues posiblemente era y será distinto hablar de un peligroso grupo de “niños”, sucios, harapientos y burlones a un peligroso grupo de “jóvenes o adultos” organizados para delinquir. También ellas, las galladas menores, servían de “semillero” para el ingreso o no, a las galladas mayores, al mundo del delito.

Estructura interna

La mayoría de libros y artículos coinciden en que las galladas fueron grupos de niños y adolescentes, entre 5 y 12 y en ocasiones más individuos. Normalmente “dueñas” de un sector de la ciudad. Con una jerarquía interna visible, pero flexible y una serie de prácticas comunes, por ejemplo, andar en colectivo, en las noches dormir juntos —en *camada* o cama de soldado⁵¹⁶— defender sus territorios de otras galladas, vivir en la calle —la *lleca*— completamente, y en ocasiones, efectuar robos donde participaban un gran número de los integrantes del colectivo. Éstas se sostenían en el tiempo, a la vez que se cohesionaban e integraban en un “nosotros” debido a tres fuerzas o variables. Uno, la persecución policiaca, la hostilidad de los adultos, el “asedio” de otras galladas, y las necesidades de ayuda mutua. Dos, la autoridad del jefe —*perro o largo*— de la gallada.

⁵¹⁴ Revisar: Granados, *Gamines*; Beltrán, *Temas colombianos. La metamorfosis del “chino de la calle”*; Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*.

⁵¹⁵ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*.

⁵¹⁶ “—Llamamos *lleca* la calle, pero *lleca* es algo más profundo: nuestra casa —Decía Álvaro—. La *lleca* es todo por la noche. *Lleca* quiere decir noche; en la *lleca* se ve el día con temor encima, incomodos con la idea de que un policía viene. Con los papeles que nos arropamos no basta y el frío es tremendo. Hacemos la cama del soldado: nos apretamos bien para guardar el calor lo más que se pueda. Ya con la costumbre, no se llega a sentir el frío o por lo menos no se lamenta. Casi sin respirar, pasamos la noche. Pero como los policías han logrado que les tengamos pánico, así guardamos el aliento”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 12-13.

Tres, la amistad entre los *vales*, o parejas de amigos, que se protegen entre sí⁵¹⁷ y alivianaban la presión del jefe y, en general, la desconfianza al interior de la misma gallada.

Las galladas menores al decir de Muñoz y Pachón, o integradas mayoritariamente por niños, habitaban, jugaban y transitaban las calles sin “objetivo” claro, expuestos a la eventualidad: *viviendo su presente*⁵¹⁸. Contrario a las galladas mayores, articuladas al delito, organizadas. Ellas, las menores, ciertamente cometían actos delictivos, pero “nada en grande”, pues se trató de niños “chiquitos”⁵¹⁹... al final más interesados en el mundo de la aventura, el placer y la vivencia de una vida distinta a la que habían abandonado. Quienes integraban las galladas menores eran niños, y en ocasiones niñas, que abandonaban sus hogares debido a variedad de situaciones, por ejemplo, el maltrato familiar, la pobreza, el hacinamiento, el hambre, el abandono de sus padres.

Como se abordó en el primer bloque a profundidad, más temprano que tarde el niño se veía convocado a dejar la casa y buscar otras opciones de vida en la calle, lugar en el que encontraba las galladas y una vida en parte “mejor” o por lo menos distinta. Para ello había un puente, alguien que lo invitaba a vivir ese mundo, puede un hermano o un amigo, quien convidaba al menor a salir de casa y gradualmente vincularse al mundo de la calle⁵²⁰.

⁵¹⁷ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 35.

⁵¹⁸ “En la calle volteamos de día o de noche. (...) Anda uno con dos amigos o en pareja con otro y se come y se duerme donde se puede. Está uno contento porque se manda a sí mismo y puede hacer lo que se le dé la gana”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 138.

⁵¹⁹ “Una gallada con diez o veinte chinos que todo el día andan robando, y escarbando por ahí. Hay varias galladas, de ladrones, de abataneros, de raponeros y así. Como nosotros éramos chiquitos, robábamos por ahí hamburguesas y cosas para comer, pero no nos atrevíamos a robar nada grande”. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 28.

⁵²⁰ “...esos chinos que están en la calle sacan a los que están en la casa, y es que la cosa es así: un chino le enseña malas cosas a otro y lo hace ir de la casa, entonces ese chino va a la casa y saca al hermano, llega y le dice que mire, que la calle es muy buena, que es mejor que la casa, que nos vamos por poquitos días y después volvemos (...) ¿Y sabe qué pasa a veces? Que el primero que se vuela se vuelve pa la casa y deja a los hermanos en la calle y esos ya no vuelven” Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 22-23.

“También hay chinos que viven en Bogotá, pero son pobres. Entonces viven en los barrios pobres, por allá...y en las casas sienten frío, porque no tienen cobijas, y los hermanitos son todos pobrecitos; y bajan por ahí al centro y ven chinos y, claro, se quedan. Llegan y se quedan repelando hasta por la noche y se van a subir pa la casa, y ven que esto es oscuro y que hay callejoncitos así donde quedarse, entonces dice: “Ah, yo no subo a ese cagadero, yo mejor me quedo aquí con todos estos chinos”; entonces se quedan. Se quedan pa robar limpias por la noche”. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 35.

De esta forma las galladas se renovaban. Recibían niños que abandonaban sus hogares y que, ahora, debían aprender a vivir en la calle, en gallada, pues sin una de ellas, sin hacerse parte de una gallada, era peligroso debido a que las mismas galladas o la sociedad, a través de la indiferencia, el rechazo y el maltrato, violentaba a los niños, a aquellos que encontraban solos y sin protección, por tanto, una vez afuera, más temprano que tarde el niño daba cuenta de que necesitaba protección, cobijo, y el mismo mundo de la calle, a través de un hermano o un amigo, lo llevaba a ella o él la buscaba⁵²¹.

Sostenibilidad: robo, mendicidad, *repele* y *contrata*.

El robo, la mendicidad y la ayuda o dependencia de una institución a la que se le pide comida, dormida o ropa —*contrata* o *repele*—, cada uno a su modo constituyeron un saber en la institución *gamín*. Ciertamente y respecto a los dos primeros —como se mostró en el primer bloque—, uno negativo pues incomodaba y violentaba a la sociedad bogotana de 1950 a 1985. Un saber, un conjunto de ideas, prácticas y objetivos transmisibles y de utilidad para la preservación de la institución en sí. Al arribo de un nuevo integrante a la gallada, éste debía aprender a vivir la calle⁵²² y por supuesto los saberes básicos nombrados.

El aprendizaje se efectúa a través de experiencias y orientaciones de los integrantes de la gallada, quienes le brindaban al niño o recién llegado las herramientas para vivir individual y colectivamente en el mundo de la calle, para ello el recién llegado —y más aún cuando no ha tenido experiencia de calle— debe subordinarse a un mayor o alguien con experiencia⁵²³, quien le mostrará el camino a seguir y los saberes necesarios para sobrevivir.

⁵²¹ Escriben Minnicelli y Zambrano “El comienzo en esta vida no es fácil la primera noche y resultan más crueles las semanas siguientes. Se encuentran numerosos relatos acerca de esta primera experiencia, teniendo en común la insensible soledad, el desprecio, el hambre y el frío, aspectos más soportables cuando se conoce a alguien que habite previamente la calle. En caso contrario, el único camino al paso de los días que garantiza la sobrevivencia, es la inserción en un grupo, conocido como “galladas o parches”. Ver: Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

⁵²² (Gutiérrez de Pineda, 1978).

⁵²³ “A mí me enseñó el estucheo (Robo) el jefe de la gallada (...)”. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 62.

Destaca en estos saberes un conocimiento consolidado, reproducido, práctico y eficaz, a través del cual los integrantes de la institución llevaban a cabo oficios que aseguraban la sostenibilidad del colectivo. Estos saberes atraviesan toda la temporalidad estudiada, son registrados en la obra de Gutiérrez y Pachón y Muñoz y en otros autores. En los ochenta, como lo indican Pachón y Muñoz, estas prácticas continuaban, y según se puede contrastar respecto a años atrás —esto gracias al trabajo de Gutiérrez—, sin muchos cambios. Destacan tres de ellas: mendicidad, *repele*, *contrata* —o solicitud de ayuda— y el robo.

La mendicidad o pedir limosna no era una acción necesariamente espontánea. A través de ella se visibilizaba un saber en medio del cual, hubo unos criterios de selección — a quien se pide—, un procedimiento —cómo se pide— y un lugar —dónde pedir—⁵²⁴. La solicitud puede ser directa: “Señor, regáleme diez centavitos”, “Señorita, deme veinte”, sin embargo, esta forma no era común, se requería de una mentira o un engaño, en caso contrario los individuos a quienes se les pedía se sentirían incómodos al no saber el para qué del dinero, sumado al hecho de que era común pensar que dar dinero en la calle, de cierta forma, contribuía a que los niños continuaran en ella. Los *gamines* recurrían a una mentira, cargada en ocasiones de llanto y gemidos: “Señor, regáleme plata pal bus; vea que fue que me perdí”, o a fórmulas elaboradas: “Ay, señorita, vea que fue que mi mamacita se murió y tengo unos hermanos chiquitos que no tienen con qué comer”⁵²⁵.

El *repele* y en cierta medida, la *contrata*, era una forma de pedir limosna, solo que en vez de dinero se solicita comida o ropa. Normalmente en restaurantes, plazas de mercado e incluso casas donde habitaba una familia. “Las contratas se consiguen cuando uno pide a una familia y resulta gente chévere que le dice que venga a diario. Entonces le dan pan, café, caldo y hasta ropa”⁵²⁶. Quienes se encargaban del *repele* en las galladas la mayoría de las veces eran los más pequeños. En este caso hablaban de forma directa, sin engaño o uno menos elaborado, esto debido a que es limitado el uso que se hace de lo que se pide, entonces, “Regáleme un panecito”, “Regáleme un bocadito”, acompañado de frases como:

⁵²⁴ La primera vez que yo salí a la calle fue con mi hermano Ramiro. Él me dijo que fuera y le pidiera a un “man” que había en una esquina, que era conocido y que daba. Yo fui y le pedí y después a otro hasta que nos hicimos lo del cine. Después empecé a pedir plata todos los días”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 53.

⁵²⁵ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 55.

⁵²⁶ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 140.

“Es que tengo hambre”, “Es que no he comido nada desde ayer”⁵²⁷. La *contrata* era la forma más estable del *repele*. Éstas podían ser de ropa o de comida. “Se tiene un cliente fijo y se pasa diariamente, o cada tercer día a recoger las sobras de comida o la ropa vieja”. En ocasiones ellas implicaban un pequeño trabajo a cambio, podía ser barrer la entrada de la casa, recoger unos papeles, rociar unas plantas, entre otras⁵²⁸.

El robo. Respecto a las galladas menores y según lo deja ver el archivo, trató del hurto de cosas pequeñas, sin mucha ganancia y normalmente para satisfacer una necesidad inmediata: hambre, diversión o consumo de alucinógenos.

Anduve tres meses con Fea, robando lazos, lunas, hamburguesas.

Cuando no era domingo nos levantábamos a las siete o a las ocho y nos poníamos a abatanear pan, mejor dicho, habían unos panes en unas bandejas y nosotros los robábamos y salíamos corriendo y después de abatanear ahí en el centro, en la veintidós, abataneábamos hamburguesas todos los días, eso es fácil (...) Después de almuerzo robábamos en Plaza España. Robábamos ropa de segunda, llegaban y tiraban y nosotros la cogíamos y nos la poníamos⁵²⁹.

En los carros sacamos gatos, y lo que a veces llevan en las gavetas; un radio, y eso es el estucheo: en la gallada casi todos hacíamos estucheo. A mí me enseñó el estucheo el jefe de la gallada (...)

Pal estucheo mandamos hacer llaves o con estornillador por una orilla de la ventana chiquita, le espichamos el botón y se abre el vidrio grande. La puerta no la abrimos, porque suena la alarma.

Al apartamenteo yo no le hago, es miedoso. Al estucheo sí le hago. Yo solo puedo con llaves; hago mandar hacer llaves y por ahí me las hacen. Uno ve cuando van a abrir la puerta y uno va mirando y la va conociendo y la manda

⁵²⁷ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 55.

⁵²⁸ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 55.

⁵²⁹ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 58.

uno a hacer, o uno se las roba a otro. Hay llaves que sirven para abrir cualquier carro⁵³⁰.

Para Muñoz y Pachón existían cuatro grupos de robo. Los primeros dos son los más comunes respecto a las galladas acá estudiadas. El *lanceo* y *apartamenteo* no era común en las galladas de menores. Las autoras clasifican así el robo en la institución *gamín*.

1. *Robos de objetos de fácil disponibilidad sin instrumentos*. *Abataneos*, *raponeos*, *escapeos* y *caimaneos*. *Abataneos* y *raponeos* consistía en quitar violentamente las cosas que los individuos llevaban en la mano, por ejemplo relojes, radios, paquetes. *Escapeos*, era el robo de objetos dejados u olvidados momentáneamente, sin vigilancia o mediante una distracción al individuo a quien se le va a robar. El *caimaneos*, era una forma especial de *abataneos*. Consistía en el robo de las carteras a las mujeres.
2. *Robo con instrumentos*. El desvalije, que consistía en robar accesorios a los automóviles. Por ejemplo, limpiabrisas, copas, aros de las luces, tapas de gasolina, espejos, entre otras.
3. *Robos de objetos de difícil disponibilidad y sin instrumentos*. El *lanceo* o robo de objetos del bolsillo del pantalón o saco de un individuo.
4. *Robo de objetos de difícil disponibilidad y con instrumentos*. Robos que se realizaban en lugares cerrados, como baúles de automóvil, guanteras, casas y automóviles.

Se trató de saberes básicos, prácticos, a través de los cuales en el día a día la gallada se aseguraba su existencia. Transmitidos u enseñados por un amigo con experiencia o el jefe de la gallada. Indispensables para estar en la misma, caso contrario, el *gamín* no resultaba útil y era objeto de crítica —incluso expulsión— por sus compañeros. De forma general un oficio, escenario en el cual se llevaban a cabo algunas actividades y aunque constituyendo un eje vital en el devenir de la gallada, tan solo una parte de lo que eran cada una de ellas, una parte en la que la sociedad bogotana de 1950 a 1985 centró su atención, dejando de lado aspectos simbólicos y sociales de gran importancia, que hubiesen permitido una

⁵³⁰ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 62-63.

intervención integral y menos violenta a la institución *gamín*. A continuación, se abordarán más de estos aspectos.

Al interior de la gallada

Para los niños en la calle las galladas constituían su hogar. Allí compartían con sus amigos, jugaban y conversaban entre ellos. Era un espacio de *libertad* y *aventura*, donde cada quien, sin vulnerar las reglas del colectivo, *hacia lo que se le daba la gana*. Se jugaba, se recochaba, es decir, molestaba, divertía —a veces con violencia—. Mucho de la libertad estaba relacionado con la recocha, pues era a través de ella principalmente que los integrantes de la gallada vivían su día a día, haciéndose bromas, vacilándose, molestándose entre ellos mismos u a otros, a los integrantes de la sociedad bogotana. En esta actividad era visible no solo un modo de entretenimiento, a la vez y más importante aún, el escenario a través de cual la gallada se compenetraba y cohesionaba más.

Éstas —las galladas— brindaban cobijo y afecto al menor, este último venido de un amigo: un *vale* cercano, en quien se confiaba⁵³¹. De resto, aunque había “buenas relaciones” con los otros integrantes de la gallada, normalmente era común el recelo, la desconfianza y la competencia. En todo caso ciertas reglas eran respetadas y acatadas, sobre todo aquellas que involucraban la continuidad del grupo y su sostenibilidad, por tanto, ningún integrante podía delatar al grupo, hablar de sus historias, prácticas y espacios de trabajo, menos aún, *sapear*, delatar a un integrante del mismo ante los policías o la sociedad. “A los sapos los demás los chichan, cascándoles bien duro entre varios y hasta que les ponen los ojos colombinos y los llenan de chichones”⁵³².

Al interior de ellas hubo unas jerarquías. Como se sostuvo antes, había un *jefe*, y como segundo al mando un *coceche*, al final el *vale* del *jefe*, del *perro* o *largo*, incluso su *coico* —de quien se aprovechaba sexualmente—. En todo caso, su mano derecha. Se podría decir que las galladas en realidad eran grupos de *vales*, de parejas de amigos⁵³³ que se respaldan

⁵³¹ “...la verdad, siendo gamín nadie puede demostrar mucha amistad. Eso, como tantas otras cosas, es peligroso: solo se puede ser sincero con el vale, porque de resto, el mundo entero está en contra de uno”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 36.

⁵³² Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 134.

⁵³³ “Tal encadenamiento es el que constituye la intimidad de la vida de las pandillas. En ellas, el dominio del largo es tan violento, que si no fuera por las parejas de vales que en realidad

entre sí y soportan al *largo* y su autoridad, siempre dominante y violenta. Ahora, una dominación y control en la que el papel del *vale*, *cocheche* o *yoly* del jefe era fundamental. A su modo este *secre* o *yoly* mediaba entre el *jefe* y los otros integrantes de la gallada⁵³⁴. El *yoly* cumplía un rol fundamental, en cierta medida era la parte *blanda* y *flexible* de la autoridad representada en el *jefe*⁵³⁵, a quien respaldaba y protegía en su liderazgo mediando en las tensiones del colectivo, en las alianzas que desafiaban dicha autoridad y dificultades entre las parejas de *vales* u amigos.

El *jefe* se sostenía en el liderazgo debido a que era fuerte, sabía pelear, robar y defender la gallada, a su vez, tenía los contactos en la sociedad, a quienes se les vendían los objetos robados. No era un oficio fácil. Constantemente era puesto a prueba por los integrantes de la gallada⁵³⁶, que sin anunciarlo observaban sus acciones, tanto aquellas correspondientes a su fortaleza en la defensa de su condición como *jefe* frente a otros quienes le retaban, como

constituyen la gallada, no se explicaría cómo los niños lo soportan. En caso de que los vales se vuelvan de pronto chicaneros, entonces no queda otro recurso que buscar el papayaso, hasta encontrar otro vale con quien acompañarse”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 162.

“Yo no me desparto de mi hermano Ramiro, porque él es el único verdadero hermano que yo tengo, y porque andar en la calle con un hermano es bueno, porque él lo defiende a uno y uno lo defiende a él; por eso en la calle hay tantos chinos con hermanos”. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 22.

⁵³⁴ “En la vida de las “galladas” el liderazgo no viene solo: el largo o “perro”, matón y entucador, es, por su naturaleza dominante, incapaz de repartir su afecto entre los miembros de la “gallada”, de modo equitativo. Al contrario: el largo tiene siempre un “secre” (secretario) o coico principal, al que muchas veces se le conoce con el nombre de “yoly” (o bonito). Como buen “gallo”, además de esta pareja consistente, el perro prodiga atención y cuidados a cada uno de los miembros de la gallada, individualmente: rompiendo alianzas o curando resentimientos; pero en esta tarea siempre es fielmente ayudado por el “yoly” único miembro de la pandilla que tiene la seguridad de su afecto. Todo este contexto está subrayado por relaciones homosexuales y los juegos masturbatorios y de dominio y sumisión, simbolizados en el acto sexual: la gallada es pues una especie de familia, con un padre y una madre y varios hijos y al mismo tiempo es un harem con el sultán y sus esposas”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 170.

⁵³⁵ “El “yoly” (...) puede aparecer como “vale” de otro y dada su vinculación con el largo, este acercamiento tiene el atractivo del poder. Sin embargo, quien cuenta con la verdadera “fidelidad” del yoly es solamente el largo y él precisamente se sirve de ésta para romper cualquier intento que pudiera hacerse de reemplazar su liderazgo por otro. (...) El “Yoly” le da a cada “vale” su respectivo “esquinazo” y vuelve siempre donde su jefe”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 198

⁵³⁶ “Yo estuve en la gallada de la 20, que es la misma de la 15 (...) Ahí estaban Chulo, Camino, Patuleco, Pingüino, Ramiro, Flor Alba y otros que yo no me acuerdo. El jefe era el Camino, pero como mi hermano Ismael trabajaba en una obra, entonces él, cuando salía del trabajo, nos encontraba, y como también se encontraba con Camino y él no le podía a puños a mi hermano, entonces él no nos cogía a nosotros de coicos, y entonces nosotros nunca le decíamos “Señor Camino” sino “Oiga, Camino”. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 28.

defensa de la gallada y orientación en la cotidianidad de los días. En las galladas menores era mal visto un exceso de autoridad o un aprovechamiento por parte de él respecto a la distribución de las ganancias o sus deseos, por ejemplo aprovecharse sexualmente de algún miembro de la gallada. Con el tiempo las galladas o los miembros del grupo llegaban a ser una amenaza para quien se desempeñó como *jefe*, esto debido a que él mismo pudo haberse aprovechado de alguien, quien con el paso de los años cobra venganza⁵³⁷.

Respecto a los miembros de las galladas, era común la distribución de los trabajos según asignación o por habilidad. Había unos que eran mejores *estucheando* que *apartamenteando*, otros que les iba mejor con el *repele* o la mendicidad. Por ejemplo a los más pequeños se les asignaba las tareas relacionadas con el *repele* y mendicidad debido a su tamaño⁵³⁸, pues los adultos se sensibilizaban más y sospechaban menos con ellos que con un *gamín*, un poco más grande en años y tamaño.

Rituales y ceremonias

En el devenir de la institución *gamín* se puede dar cuenta de varios rituales y ceremonias. Uno de ellos se presentaba al ingreso a la institución. Consistía en la asignación de un nombre al nuevo miembro: un apodo o sobrenombre, a quien mediante este apodo se le integraba a la identidad grupal. Dicho nombramiento se efectuaba al inicio o días después de que el nuevo integrante compartiera con el grupo. A través de él se iniciaba una nueva vida, de cierta forma se dejaba atrás el pasado, borrando incluso, para algunos autores “todo vestigio de lazos familiares”⁵³⁹. Estos apodos se alimentaban de la cosmovisión de los *gamines*, provenían de “...sus héroes: los luchadores y artistas de cine”. También se asignaban “por alguna característica física, su lugar de procedencia o sus tendencias

⁵³⁷ “Ser jefe de una gallada no es muy bueno, en realidad cuando uno es pequeño bien, pero cuando uno llega a grande se encuentra con los otros y lo arreglan a uno: lo cogen a cuchillo y si es posible lo matan, porque dicen: “Este me tenía de coico, me pegaba, me patiaba, me quitaba lo que yo tenía”. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 28.

⁵³⁸ “El papel del más pequeño dentro de esta constelación (...) tenía un valor radicalmente diferente al de los demás miembros. Con él había una consideración especial, tal vez no tanto por razones humanitarias, sino porque generalmente era el más productivo en la mendicidad y de quien menos sospechaban los adultos en las actividades de tipo delito”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 199.

homosexuales”⁵⁴⁰. Por ejemplo: Chichigua —referencia a pequeño—, El negro, El gallo, Francisco que me lo pellizca, Bigotes, Medellín, Dientes de burro, El sabio, El tartamudo, El gallo, Cagafeo, entre otros.

También, como se sostuvo anteriormente, al interior de las galladas había ciertas reglas, una de ellas, el no *sapear* u delatar o contar ciertas cosas del grupo relacionadas con la actividad económica, los historiales de sus miembros y los acuerdos a los que se llegaba para llevar a cabo una acción. Este conjunto de normas regulaba los intercambios al interior del colectivo y de cierta forma lo protegían de un exterior amenazante y hostil representado en la sociedad bogotana y en otras galladas. Cada gallada sostenía un “sistema rígido de sanciones”⁵⁴¹, aquello de no sapear, pero también entregar parte de lo obtenido durante el día para su posterior distribución.

Tampoco era permitido robar al interior del colectivo⁵⁴², esto para todos los miembros e incluso el *largo* o *jefe*, en quien era mal visto que abusará del poder tomando u asignando mayor parte de lo correspondido. El incumplimiento de estas normas traía consigo un castigo, materializado en una golpiza, la expulsión de la gallada e incluso, llegado el límite, el asesinato⁵⁴³.

En la repartición de ganancias se destacaba un ritual colectivo, que por sí mismo traía seguridad y confianza al grupo en su devenir. A través de dicha repartición los lazos de solidaridad y confianza se fortalecían y robustecían a la institución. Las ganancias eran repartidas al *pormis*, que era “...el mecanismo básico de distribución dentro del grupo, y consiste en una repartición teóricamente equitativa de los logros del grupo”⁵⁴⁴. El mismo tenía algunas modificaciones que dependían de la situación. Una cosa era cuando se da entre la pareja de amigos —*vales*— al interior de la gallada —o fuera de ella— y otra en la gallada en sí. En el primer caso el *pormis de dos* en el que se repartía todo de a mitad. En el segundo un *pormis grupal* “...que encierra dos pasos sucesivos: el primero es la entrega al jefe del logro individual o colectivo, y el segundo la distribución en partes idealmente

⁵³⁹ Granados, *Gamines*, 1976, 19.

⁵⁴⁰ Granados, *Gamines*, 1976, 19.

⁵⁴¹ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*.

⁵⁴² Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 134.

⁵⁴³ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*.

⁵⁴⁴ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 66.

iguales, efectuada por éste o por la persona encargada de hacerlo...”⁵⁴⁵. El *pormis* variaba de acuerdo a la escasez o abundancia de los recursos necesarios, aquellos necesarios para vivir.

La sexualidad

Entre las descripciones en torno a los *gamines*, hubo algunas referencias a la sexualidad. Incluso las enfermedades comunes entre los *gamines* que Granados Téllez destacaba, aquellas relacionadas con el acto sexual ocupaban un lugar importante⁵⁴⁶. Efectivamente, los *gamines* en comparación a los niños y niñas no *gamines*, pronto adquirirían información respecto al sexo e incluso posiblemente lo experimentaban⁵⁴⁷, sin embargo, por lo menos en el archivo construido, las referencias a ella son pocas. Gutiérrez sostiene que para éstos la sexualidad era parte de un juego, una actividad articulada a la recocha, empero, relacionada con la homosexualidad.

En los comentarios de los *gamines* la homosexualidad era mal vista, utilizada como reproche y acusación. Una actitud producto posiblemente de una sociedad conservadora y campesina en donde la mayoría de los *gamines*, sobre todo en lo referido al mundo campesino, nacieron, sin embargo, entre ellos era algo que pasaba, no necesariamente entre *vales*, amigos... no hay registro de ello, sino de parte del *largo* o *jefe* de la gallada con su *vale*⁵⁴⁸, o un integrante del grupo o de otra gallada y según las descripciones, en muchas

⁵⁴⁵ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 66.

⁵⁴⁶ Granados Téllez presenta en 1972 un trabajo que contó con la participación de 110 *gamines* consultados estructuralmente a partir de un test y también de manera informal. Todo esto durante 25 meses. Respecto a las enfermedades de transmisión sexual, un 83% de ellos han tenido alguna, por ejemplo la escabiasis, sífilis, viruela o gonorrea, esto “Debido a la promiscuidad en que viven y la falta de cualquier tipo de prevención, una enfermedad de este género, en uno de ellos, contagia a todos los miembros de la gallada”. Ver: Granados, *Gamines*, 33.

⁵⁴⁷ “...entre los *gamines* no hay la habitual represión sexual. Faltaba la llamada “etapa de latencia” en la que los niños de la típica familia puritana viven a espaldas del desarrollo de su genitalidad, por razones “morales”. Los *gamines* jugaban con el sexo, recochando tan desorganizada e inconscientemente como recochaban con cuanta cosa caía bajo sus manos”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 199.

⁵⁴⁸ “Los perros tienen cocheches que hacen con ellos como hacen los esposos en la cama. En los dormitorios y en los baños “se lo meten” o hacen que “se lo mamen”. Por eso decimos cocheche o coico: es como si fueran marranitos”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 134.

ocasiones sin consentimiento, es decir, posiblemente violaciones. En las instituciones a las que los llevaban cuando eran capturados, también se encuentran relatos que dan cuenta de experiencias sexuales que pasaban por el abuso sexual, sea por parte de un *gamín* o incluso de los profesores.

El lenguaje

Los *gamines* en cuanto institución sostenían un lenguaje particular y diferente respecto a la sociedad bogotana. Él mismo los dotó de cierta particularidad y autonomía. Los investigadores que abordaron el tema de los *gamines* en la temporalidad estudiada dejaron un registro de él. En Gutiérrez aparece como “glosario”, para Granados Téllez, Pachón y Muñoz, “vocabulario” y para Ortega Ricaurte, quien como lingüista llevó a cabo una investigación del lenguaje *gamín*: “Lenguaje”. Aunque esta última sostenga lo contingente y cambiante del lenguaje como una de las variables que dificultan su sostenibilidad en el tiempo⁵⁴⁹.

Según los registros dejados por los investigadores hubo palabras que se sostuvieron en el tiempo analizado y que habilitaban cierta continuidad, en todo caso, sin lograr un canon establecido de significados, pues efectivamente, como lo afirma Ortega Ricaurte, una de las características de la institución era este continuo devenir del lenguaje, su autoproducción.

Entre las palabras que se sostienen en la temporalidad analizada hay ciertas continuidades, referidas a modos de hablar y nombrar prácticas, normas, personas y objetos. A modo de ejemplo se encuentra el *pormis* (dividir por mitad); la *rieca* (individuo que pelea con cualquiera, que es bravo, malgeniado, sádico o violento); *perro* (muchacho mayor que, dentro o fuera de la gallada, explota a los más pequeños), el *abataneo* (robar); *cabrearse* (enojarse, asustarse, enfadarse); *tombos* (policía), *Sacar la leche*, (Hacer esforzarse en exceso a una persona), *Vacilar*, (molestar, tomar del pelo, engañar), entre muchos más que formalizan un lenguaje institucionalizado por sus marcas de pertenencia al grupo.

⁵⁴⁹ Ortega, *¿Quiénes son los gamines?*, 49.

La institución gamín y su cosmovisión: *gamines* y no *gamines*

...probablemente, para entender a Juan Gonzáles el gamín, antes que en sus amores hay que reparar en sus odios, que se parecen mucho a los de su padre⁵⁵⁰.

En lo referido al mundo *gamín* habría que distinguir entre aquellos que habitaban la calle, y otros que frecuentándola regresaban a casa o a algún lugar donde dormir, es decir, unos casi o completamente “desconectados” de la sociedad, y otros, con relaciones de “dependencia” hacía ella. Los primeros “desconectados” en lo referido a la relación con familiares y un hogar. Ahora, en todo caso relacionados, pues, como se apreció anteriormente, los *gamines* interactuaban con la sociedad de manera activa. Respecto a los segundos, se trató de individuos que regresaban a su casa, que tenían cierta relación con su familia o alguien cercano, a quien visitaban regularmente y de quien, en determinados momentos “dependían”, pues encontraban en él comida, techo y protección o simplemente un trabajo.

Los primeros, según lo deja ver Gutiérrez y se evidencia en la obra de Pachón y Muñoz, “verdaderos *gamines*”, los segundos y ya en el vocabulario *gamín*: “chupagruesos”⁵⁵¹. Respecto a estos últimos se trató de aquellos que trabajaban en las calles como mensajeros, emboladores, loteros, cuidadores de carros, recicladores, entre otros, quienes tenían una *contrata* o un vínculo constante con un integrante de la sociedad que los ayudaba, sea con comida, ropa o estadía. De cierta manera, como se dijo anteriormente, individuos que dependían de la sociedad y que, bajo una u otra estrategia, convencían, engañaban u acordaban un trato con ésta a través de uno de sus integrantes, un individuo, una institución,

⁵⁵⁰ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 106.

⁵⁵¹ “Alvaro asistía a la escuela con mis hijos y compartía con ellos habitación, juegos y libros. Pero no se podía “acomodar” a esta nueva vida, porque la huella del gaminismo se lo impedía. Para él solamente podían existir dos vidas: la vida gamín y la otra, reproducción de la de las instituciones, en la que se exige sumisión y “acomodarse”. Y los que se “acomodan” p se “amañan”, son los más despreciables: son “maños”, “cocheches” o “chupagruesos” que por cualquier razón “se entregaron”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 124. “Recorriendo cuadras y cuadras, gritando “obleas” o “los besitos” y tocando de puerta en puerta para ofrecerlos, confundiendo con la multitud a la salida de las fábricas y las oficinas o en las aglomeraciones de la gente que desordenadamente espera los buses urbanos, Gustavo tiene que batirse como un gamín. Pero, realmente, es, para cualquier gamín, apenas un “chupagrueso” de los que desprecian profundamente: porque Gustavo Blanco, si su tío Alfredo Goyeneche tiene suerte y su abuelo lo aprueba, estudiará para llegar a ser “alguien”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 124.

que les abasteciera de lo necesario. Por el contrario, los “verdaderos *gamines*” no “dependían” de la sociedad, y recurrían a ella solo para tomar lo necesitado sin ningún agradecimiento, con displicencia y altivez. A través de acuerdos que, como se mostrará a continuación, no cumplían o, en el peor de los casos, mediante actos delictivos.

Para los *gamines* hubo unos no-*gamines*, es decir, niños y adolescentes que también frecuentaban la calle, y aunque para la sociedad bogotana se trató de *gamines*, entre ellos éstos no lo eran o lo eran a medias, pues, los no-*gamines* de cierta forma estaban articulados a las instituciones sociales y tenían responsabilidades en ella, por ejemplo, un empleo, lo que implicaba un lugar fijo donde pasaba la mayoría del tiempo⁵⁵², un deber (llevar comida a casa) y una casa u hogar donde regresar a pasar la noche y comer⁵⁵³. Los *gamines* reales eran altivos, displicentes y sin dependencia respecto a la sociedad, aunque este último aspecto no tuviese unos límites definidos y dependiera al final de la situación⁵⁵⁴. Los no-*gamines*, sumisos, acomodados y amables con la sociedad. A continuación un poco más de esto.

—Los *gamines* —dijo González— son enemigos de los ricos.

—No. No todos.

— ¿Quiénes entonces no son enemigos de los ricos?

— Los “chupagruesos”, que dicen —y aquí Gonzales agregaba una descripción mímica imposible de traducir en palabras, a base de genuflexiones, miradas de soslayo y afectación de la boca como quien chupa algo con los labios al tiempo que habla—: “¡Ay, caballero, yo le cuidé el carro. Deme una monedita no más!” Uno los recocha no más —Continuaba González para explicar la burla que le provocaba la sumisión

⁵⁵² “Otra diferencia de los “chupagruesos” con los *gamines* (...) es que a los sapos esos, los cocacolos (los jóvenes de clase media y alta) les pasan ropa bacana (fina); les pasan botas y de todo. También tienen donde dormir, más seguramente que un *gamín*. Un *gamín* de día pelagra de que lo cojan los policías, los detectives o un carro (que un automóvil lo atropelle: o que se accidente al caerse de uno en que vaya linchado). El chupagrueso está en un solo lado (en un sitio fijo). Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 306.

⁵⁵³ Otro “chupagrueso”, no muy diferente a la hora de las aglomeraciones en el centro de Bogotá, era Luis Alejandro Fetiva, quien trabajosamente llevaba dos pesos diarios a su casa, provenientes de la venta ambulante de periódicos”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 112.

de estos despreciados colegas— y les dice “sapos” (soplones). Entonces, ellos se ponen “cachorros” (quiere decir, furiosos como fierecillas) y cuando lo ven a uno cuidando un carro, le dicen: “¡Ay! También usted es chupagrueso”. Y uno contesta: “¿Chupagrueso yo? Yo no chupo grueso para que me den ropa, comida y cuadernos para la escuela y todo”. — Y ahora González ponía cara y ademanes duros como los de cualquier vaquero del Oeste americano.

- ¿cómo dice un verdadero gamín cuando tiene que pedir? Pregunté a González, para tratar de establecer la diferencia entre los dos sistemas de mendigar, de los cuales uno es el característico de los niños gamines.
- Uno dice —aclaró él—: “Doctor, ¿Le cuido el carro? Mientras ellos no. Ellos dicen: “Ay, caballero, mire que yo se lo cuido, le limpio el vidrio, déjeme a mi que se lo cuide, ay, si, ¡caballero!.

Como lo deja ver la descripción y análisis de Gutiérrez, el recelo a los ricos, que al final no se diferencia mucho de la sociedad adulta para los *gamines*, aquellos reales al decir de González, estriba en un desprecio al servilismo, la sumisión y una relación de dependencia hacia los ricos⁵⁵⁴. Para los *gamines* lo más importante es la libertad, sin embargo, también ellos se relacionan con la sociedad colombiana, el mundo adulto o los ricos, pero de una manera distinta. Al respecto escribe Gutiérrez,

...los niños gamines también tienen “contratas”. Pero en esa como en otras circunstancias de relación con los adultos, ellos no pierden su “independencia”. Tener una “contrata” significa en el caló propio, que algún adulto satisface necesidades elementales de los niños; no de una manera continua y a cambio de una contraprestación por parte del niño (una comisión para sacar la basura,

⁵⁵⁴ “Edgard” “Yo soy más o menos gamín, porque ando con cotizas (sandalias criollas), un poco sucio y trabajando como embolador. También porque robo un poquito; pero no soy gamín porque no duermo en la calle ni pido, pues esto no me gusta”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 314.

⁵⁵⁵ Según Gutiérrez “Quienes no observan estas leyes están fuera del universo gamín y son motivo de burla y desprecio por parte de estos niños, que trazan un límite invisible pero neto entre su mundo y el otro, el cual viene a ser la sociedad colombiana. (...) Tal descripción de González comprobaba que para ser gamín hay que tener la conciencia en una determinada actitud frente a los adultos: es ésta la que le comunica el sello inconfundible de su manera de ser al gaminismo. Si no se tiene esta actitud conocida por ellos como “ser firme”, no se pertenece a ese mundo aparentemente cerrado que se enfrenta a la sociedad adulta”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 47.

lustrar los zapatos, vigilancia, etc.) (...) los gamines son unilaterales: no implica ningún compromiso serio por parte del niño, sino engañosos acuerdos que ellos violan gustosamente. La contrata dura lo que dure la capacidad de aguante de los benefactores.

Un ejemplo de este tipo de relación lo dio González en la calle al pedirle a un joven un cigarrillo, con sus habituales maneras endurecidas. El joven se negó inicialmente, pero pensándolo mejor y ocultando mal su temor, se dio vuelta para decirle:

— Se lo doy, si me cuida el carro.

Como González aceptara el cigarrillo, uno de los psiquiatras de la investigación le gastó una broma en el sentido de insinuarle que él se portaba como “chupagrueso”. González, entonces, aclaró:

— En primer lugar, él me propuso el negocio y yo solo le acepté el cigarrillo (no el negocio). En el segundo, ¿Cuál cuidarle el carro si ya me estoy yendo?⁵⁵⁶

Los *gamines* se relacionaban con la sociedad adulta de una forma particular, basada en el respeto a los intereses propios y el incumplimiento a los intereses de los adultos o los ricos. Si aquella distancia se flexibiliza, debido a que un *gamín* “cumple” acuerdos con los adultos, es servil y depende de ellos, pues de una u otra forma se va dejando de ser *gamín*, se pasa a ser un “chupagrueso”, esto en el mundo de los *gamines*, pues para la sociedad colombiana, como se evidencia en el primer bloque de esta pesquisa, todos ellos eran *gamines*, sin distinción.

En todo caso, esta distancia respecto al mundo adulto, aquella independencia, constituye el eje de diferenciación entre la institución *gamín* y la sociedad bogotana estudiada, al decir de Gutiérrez, “Dichas normas implícitas y elementales tienen poder suficiente para consolidar una sociedad propia, con sus convenciones, sus ideales y su sello caracterológico peculiar”⁵⁵⁷

⁵⁵⁶ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 48.

⁵⁵⁷ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 48.

Para la sociedad bogotana entre 1950 y 1985, como se evidencia en diversas publicaciones referidas a los *gamines*, y se deja ver en el primer bloque de esta pesquisa, la diferenciación del *gamín* respecto a quien no lo era, pero habitaba o frecuentaba la calle, fue imposible. En la sociedad se hablaba de mendigos, indigentes, desechables, piernipeludos, chinches, galopines, sin distinguir unos de otros, al final, *gamines*. Sin embargo, al interior de la institución *gamín* y la vida en la calle las diferencias eran notables.

Héroes

El chino Ismael robaba por ahí bizcochos, helados y toda esa vaina. Una vez se puso a andar con un tal Negro, y el chino lo invitó a robar y ese día se robaron como mil pesos entre juntos, y el chino Ismael ahorró ese día quinientos y todos los días me invitaba a cine, y yo iba a cine con él y todos los días nos quedábamos en la calle con hartos chinos⁵⁵⁸

Los héroes y referentes identitarios de los *gamines* integraron el abanico de ofertas culturales que arribó a Colombia gracias a los medios de comunicación de masas en el siglo XX, especialmente el cine y posteriormente la televisión. Sin embargo sería el cine quien en el mundo *gamín* tendría gran importancia⁵⁵⁹. Como se afirma en el primer bloque de esta pesquisa, el cine hizo parte de las prácticas urbanas a través de las cuales un número cada vez mayor de individuos en el transcurso del siglo XX vivían la ciudad y disfrutaban de los espacios de entretenimiento, éste, irrumpió en la realidad urbana trayendo consigo nuevas ideas e imágenes de mundo, diversificando así la mentalidad social de ricos y pobres.

Ahora, el cine mexicano al decir de Gutiérrez era un producto de alto consumo popular, por supuesto articulado a la vida *gamín*⁵⁶⁰, donde al lado de los bandidos colombianos, por

⁵⁵⁸ Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 24.

⁵⁵⁹ Además de las referencias en las obras de Gutiérrez y Muñoz y Pachón sobre el cine como práctica común de los *gamines*, en Granados Téllez se presentan en la época de los setenta los resultados de una investigación sobre los *gamines*, que contó con 110 de ellos. Según dicha investigación “La principal diversión del *gamín* es el cine; si tiene suficiente dinero va todos los días a las salas de cine continuo en Bogotá (...). Ver: Granados, *Gamines*, 30.

⁵⁶⁰ En la investigación de Granados Téllez, el gusto por el cine mexicano no es la excepción. “El cine mexicano es preferido por el 59.2 por ciento de los *gamines*. (...) De las películas mexicanas

ejemplo el Chispas, Sangre Negra y Efraín Gonzales —que se abordaran a continuación—, se encontraban

...los héroes de las películas mexicanas de amplio consumo popular, no mucho más amigos de la ley cuando ésta representaba lo anterior a la revolución mexicana. Y los boxeadores y los luchadores y los personajes de las tiras cómicas: todos cuanto más violentos más admirables.

Condimento de esta epopeya eran las canciones rancheras mexicanas, en las que el tema de la rivalidad de los dos machos luchando a bala o puñal por una pérfida hembra, retornaba siempre⁵⁶¹.

Estos nuevos formatos culturales operaron como uno de los ejes simbólicos a través de los cuales la institución *gamín* forjó su identidad, o por lo menos una manera de pensar e imaginar el mundo. Los *gamines* y gran parte de la población urbana asistían el cine constantemente —también a la lucha y a los toros—⁵⁶², ésta era una práctica común, inherente al día a día de las ciudades en el mundo en el siglo XX. Entre los cines visitados, en detalle por los *gamines* estudiados por Gutiérrez estaban “El Encanto” y el “Caracas” donde la entrada, al parecer a finales de los sesenta e inicios de los setenta, era económica. Según se deja ver en el relato de Gutiérrez, al decir de Álvaro —uno de los *gamines* que habitó la casa del autor— cuando se encontraba en la gallada solían hablar de películas vistas, aquellas que veían en los cines nombrados y otros, donde estos héroes o referentes culturales aparecían. Películas como “El Halcón solitario”, “Mi revolver es la ley”, “El regreso del lobo” o “Vuelven los cinco halcones” destacan. Allí actores como Pedro Infante, Luis Aguilar, El Piporro y Miguel Aceves Mejía, eran objeto de admiración y diálogo entre los *gamines* constantemente⁵⁶³.

prefieren principalmente las del luchador El Santo, porque aprenden a pelear y defenderse; luego las de los vaqueros mexicanos por lo violentas; a continuación las del cómico Capulina que los hace reír y ser felices y por último les gustan las románticas y sentimentales porque ven cariño”. Ver: Granados, *Gamines*, 31.

⁵⁶¹ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 90.

⁵⁶² Los *gamines* asistían Toros y lucha. Ver: Muñoz y Pachón, *Gamines. Testimonios*, 31.

⁵⁶³ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 142.

Indudablemente el cine mexicano, incluso la llamada *época de oro* del cine mexicano, influyó en la mentalidad de los habitantes urbanos en Bogotá, y para el caso de esta investigación en los *gamines*. Las películas que Álvaro nombra tratan de hombres obligados a luchar, a levantarse en armas contra el Estado o un grupo de individuos que les han causado mal. Por ejemplo “El Halcón Solitario”, película mexicana proyectada en 1964. Ella presenta al Comandante Morales —famoso y temido justiciero entre los criminales— a quien un individuo apodado “El Alacrán” —jefe de una banda de asesinos y ladrones— le secuestra a su hermano: Gabriel. Provocando la ira del Comandante y una declarada guerra.

También “Vuelven los cinco halcones”, con Luis Aguilar y Miguel Aceves Mejía, secuela de los “Cinco halcones”. Las dos de origen mexicano y proyectadas en 1962. Los Halcones son cinco amigos: el tendero Trini, el herrero Quique, el caballista Cuco, el peluquero Javier y el médico Demetrio, quienes, en la película que nombra Álvaro, salvan a una huérfana de unos hombres que desean despojarla; exactamente Laura, quien en “Los cinco halcones” es la hija de un hombre asesinado. Motivo por el cual estos hombres se disfrazan de halcones y luchan contra el asesino del padre de Laura y después, en la segunda película, contra los hombres que desean agredir, de nuevo, a Laura.

No era difícil para el *gamín* sentirse identificado con ellos, de cierta forma hacerlos sus héroes, sus referentes culturales, pues se trató de hombres amenazados, obligados a tomar las armas y defenderse. Integrantes de bandas o en disputa con una de ellas. Ahora en el caso de Sangre Negra, Efraín Gonzales y el Chispas llama la atención, pues al igual que muchos *gamines*, ellos fueron producto de los tiempos de violencia en Colombia, aquella época en que las disputas entre liberales y conservadores obligaron al pueblo a tomar posición, sea para ubicarse en uno u otro bando, o para ser víctima de los dos —debido a no tomar partido y ser señalados como integrantes del bando opositor—.

Estos villanos de reconocida fama en el país compartían una historia en común con los miles de desplazados que llegaron a la urbe capitalina en la segunda mitad del siglo XX. Por ejemplo, Sangre Negra, realmente Jacinto Cruz Usma (Santa Isabel, Tolima; 1 de julio de 1932 - El Cairo, Valle del Cauca; 26 de abril de 1964). Un hombre de campo, víctima al igual que muchos campesinos de conservadores y liberales. Los conservadores amenazaron

su familia y asesinaron una parte de ella. Así las cosas, él creó un grupo de resistencia liberal cuyo objetivo era exterminar a los conservadores. Sin embargo, como lo registra *El Tiempo*, “pronto comenzó a disfrutar del poder y a abusar de éste, comenzando a secuestrar, a tomar pueblos y a asesinar y violar personas sólo por pertenecer a la ideología conservadora”. También Teófilo Rojas Varón alias "Chispas", (Rovira, Tolima, 1930 - Calarcá, Quindío, enero de 1963), un analfabeto, quien se hizo guerrillero liberal a los 13 años. Esto motivado por la quema de unos ranchos vecinos en su tierra durante un conflicto entre liberales y conservadores. Guzmán Campos, Germán⁵⁶⁴, cita las palabras de este campesino:

Mi nombre de pila es: Teófilo Rojas, y voy a contarles entonces la manera como tuve que vivir; siendo todavía muy muchacho y por allá desde el año 1949 y 50, cuando vivía al lado de mis padres, en una finca que llamábamos "La Esperanza", donde trabajábamos y vivíamos muy tranquilos, hasta cuando, me recuerdo como si fuera ahora, empezaron a llegar gentes uniformadas que, en compañía de unos particulares, trataban muy mal a los que teníamos la desgracia de encontrarnos con ellos, pues a los que menos nos decían nos trataban de collarejo h.p. y otras palabrotas por demás ofensivas, cuando no era que nos pegaban o nos amenazaban, lo que nos mantenía llenos de miedo, que aumentó espontáneamente cuando dieron muerte a muchos y atropellaban a los niños y violaban a las mujeres, haciéndoles todo lo que se les antojaba..., y yo que entonces no tenía sino escasos trece años, a mí me daba mucho miedo y me dolía todo lo que hacían, me resolví a largarme de cerca de esas gentes tan malas, a ver si evitaba morir por fin en sus manos...

Finalmente, Efraín Gonzales, ex miembro del Ejército Nacional. Sin embargo, en las épocas de la Violencia, al ver que su padre fue asesinado, juró venganza. Llevando a cabo acciones que lo hicieron famoso, especialmente por su habilidad para escapar de las celadas, la astucia

⁵⁶⁴ Germán Guzmán Campos, Orlando Fals-Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia*, tomo I (Bogotá: Editorial Taurus, 2005).

...que tuvo para batallar frente a tropas y enemigos que los centuplicaban. Las mil y una maneras como escapó a la muerte, permitieron que sobre su figura se creciera completamente un halo de gloria y se volviera verdad su capacidad de amo de la magia blanca para convertirse en planta o en animal cuando así lo quería⁵⁶⁵.

Ciertamente hombres de campo, humildes y sin mayor educación, que debido a la situación social se vieron en la necesidad de cambiar su forma de vida. Obligados a defenderse y llevar su defensa a niveles que la sociedad consideró desbordaban lo político y se inscribían en la perversión y la atrocidad, sin embargo, en la raíz de sus historias se encuentra también la huella de las historias de los *gamines*. Por tanto, la historia de ellos era de cierta forma la historia de los *gamines* en sí, a quienes también la sociedad repudiaba y temía. A su vez, no era solo sus raíces e historias en común, también la vida en sí misma, pues no era difícil imaginar la aventura y el riesgo en la vida de estos villanos, siempre al margen de la ley, de la sociedad establecida y lo común. Rasgos que caracterizaron y aún caracterizan la vida de las personas en situación de calle.

En todo caso, el repudio, desprecio o mínimamente, para el caso de los *gamines*, recelo, era de parte y parte, pues también los *gamines* en su cosmovisión rechazaban a la sociedad, a los *ricos* sobre todo. ¿Quiénes eran los *ricos* para ellos? Eran ciertamente quienes tenían dinero y se ubicaban en los barrios de *ricos*, sumado a aquellos que ocupaban altos puestos políticos, *los doctores*. Todos aquellos que se ubicaban a sí mismos en posiciones sociales jerárquicas, que andaban en autos y vestían elegantemente, esos que miraban a los *gamines* por encima del hombro con asco y repudio, que en sus gestos y modos de hablar se diferenciaban no solo de los *gamines*, también de un segmento medio y pobre de la población urbana que integraba la sociedad bogotana de 1950 a 1985.

Para ellos el mundo se dividía entre *pobres* y *ricos*. El recelo a los *ricos* posiblemente se alimentaba de varios aspectos, por un lado, la situación económica, que hacía que estos últimos pudiesen disfrutar de una vida “sin dificultades”, o por lo menos sin hambre, frío y enfermedad, por el otro, debido a la Violencia y las violencias, pues para los *gamines* eran los *ricos* quienes en la cabeza de uno y otro partido político promovían las condiciones

⁵⁶⁵ “El mito de Efraín González”, *El Tiempo*, 14, julio, 1993, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-232337>

estructurales que hacían posible la misma, y producto de ella el abandono de los campos, el asesinato de campesinos y el arribo a una ciudad de cemento, en la que debido a los escasos recursos, los individuos se veían obligados a vivir en las periferias, hacinados y sin los servicios básicos satisfechos. Como se evidencia en el primer bloque, de esos lugares la mayoría de las ocasiones provenían los *gamines*, quienes al estar en la calle y ver las diferencias entre los barrios de ricos, con sus lujos y comodidades, respecto a los barrios e invasiones de los pobres, sumando a ello la arrogancia de los primeros, encontraban más motivos para alimentar el repudio a éstos.

Los *gamines* despreciaban a los *ricos*. Y en esa medida a quienes trabajaran o se vieran de una u otra forma representados en su forma de vida. Aquí tenía un lugar la clase media o aquel segmento medio de la población y por supuesto los pobres que sin disfrutar de la misma capacidad adquisitiva ni poder político que los *ricos*, compartían cierta forma de pensar e imaginar el mundo y que posibilitaba una mirada también por encima del hombro a los *gamines*.

Todos reunidos, por decirlo de alguna forma, en *la sociedad no gamín*. En ella entraban todos los integrantes de la sociedad, por ejemplo los policías, los celadores, los oficinistas y obreros, incluso el presidente; en suma hombres y mujeres, padres y madres, niños y niñas que, integrados a esa sociedad, se diferenciaban de los *gamines*, y al tomar distancia de éstos en la proximidad sensible, en la cotidianidad, se ganaban automáticamente el rechazo de los mismos. Al igual que la sociedad bogotana, los *gamines* también se reafirmaban en lo propio teniendo como opuesto a la sociedad, así, en sus prácticas y creencias, todo aquello cercano a la sociedad en sus estructuras, jerarquías y modos de vida, era motivo de rechazo. Un ejemplo de ello es la resistencia a la autoridad, a las normas, la disciplina, la sumisión y las jerarquías.

La libertad

En la institución *gamín* el presente era lo importante. Se vivía para el hoy y no para el mañana. La idea de libertad tenía que ver con vivir el momento, sin *restricciones* ni *programas*, solo disfrutando de lo que se hace. Un ejemplo de ello José Gutiérrez lo visibilizaba en la práctica del “colincheo” o colgarse a los autos mientras éstos estaban en movimiento. Se preguntaba el autor

¿A dónde van los gamines que viajan así, de aquí para allá, a peligrosas velocidades? Para ninguna parte: a donde vaya el carro; o tal vez sólo hasta donde puedan resistir sin caerse. Una vez que su viaje se interrumpe, por causa de una parada ante un semáforo o consecuencia del escándalo que con el claxon hacen los otros conductores para prevenir al inocente chofer que los conduce; o porque el carro llegó a su destino; o porque la incomodidad los obliga a dejar su transporte a la primera oportunidad, corren perseguidos por los policías y se deslizan entre la multitud. Y si algún adulto los mira, se le dirigen inmediatamente, pidiéndole dinero o comida. Luego cambian a preparar un pequeño robo; y si alguno se muestra temeroso, surge entre ellos la “vacilada” o la “recocha”. Y así, de una a otra cosa, van desfilando, exactamente como se “linchan” a los carros, sin ninguna clase de programa⁵⁶⁶.

Un *gamín* integrante de una gallada menor iba de aquí para allá, sin un plan definido, dejando que el momento o la situación le presentara su próxima actividad. Su vida giraba en torno a la experiencia del momento, aquella libre del peso de cosas materiales y simbólicas, de relaciones sociales o lazos a un otro —familiar, amigo, autoridad— que les impidiera hacer una u otra cosa⁵⁶⁷, supeditada solamente al placer y la libertad, bajo una especie de autonomía y autosuficiencia⁵⁶⁸. Al parecer, sabedores que a veces poco es mejor que mucho, pues cuando se tiene mucho son mayores las responsabilidades —mayor peso para moverse— e individuos atentos a la vida de quien las posee. Preguntaba Álvaro a Gutiérrez

— ¿Cuántos enemigos tiene usted?

— ¿enemigos, yo? — dije, en respuesta, sorprendido.

— ¿Y usted cree que con esto y con esto y esto, no tiene enemigos?

⁵⁶⁶ Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 303.

⁵⁶⁷ “...la opinión ajena les importa un bledo”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 9.

⁵⁶⁸ “...los gamines desconocen la acumulación, el ahorro o tan siquiera la previsión”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 9.

— Terció él, cerrando la conversación mientras con humor señalaba cada objeto: un radio, un tapete, una lámpara y cada uno de los adornos⁵⁶⁹.

Su vida transcurría en el diario vivir, sin más expectativas que aquellas concernientes a la sobrevivencia, y que al final eran pocas, pues se reducían a conseguir algo para comer, de ropa y diversión, esto a base de un trabajo no muy exigente, sin vigilancia ni autoridad que los empujara u obligara a trabajar, en ocasiones solo tomando o robando lo que se necesitaba. En todo caso, dicha libertad estaba condicionada ciertamente por la sociedad bogotana, que mal que bien se protegía de los *gamines* a través de la policía y las normas sociales, pero también por las reglas del mundo de la calle, o las mismas galladas, por tanto la libertad o autonomía se definía, por un lado, en contraposición a la esclavitud de aquellos que integraban la sociedad bogotana —la responsabilidades, la explotación en los trabajos, la disciplina, la rutina—, por otro lado, por la sensación de poder hacer cualquier cosa, de que ellos eran quienes “tenían el poder”, los dueños de la calle, sabedores de lo que se mueve en ella y, por tanto, con ventaja respecto a los transeúntes urbanos. Una ventaja que aprovechaban en pro de sus necesidades.

Alucinógenos

En la vida de los *gamines* los alucinógenos cumplían un papel importante. Hasta donde lo permite ver el archivo en la temporalidad estudiada aparecen tres tipos de sustancias. La gasolina, el pegante y la marihuana. Interesa en este espacio no tanto ahondar en el impacto de los mismos en términos meramente somáticos, sino la relación simbólica en medio de la cual los *gamines* a través de las drogas recreaban el mundo de sí y de los otros. Estos alucinógenos, según lo registra Gutiérrez, ayudaban a sobrellevar la vida, no estaban directamente relacionados con el placer o el entretenimiento, sino con el estado que producía el alucinógeno y ayudaba a soportar el hambre, el dolor, la frustración, a tener menor miedo y mayor disposición y fuerza para llevar a cabo alguna acción⁵⁷⁰.

⁵⁶⁹ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 39.

⁵⁷⁰ “Hay otros niños que dicen que para quitarse el miedo es buena la gasolina. Esa se compra por poco precio y se empapa en un trapo para ponérselo en la boca y soplar para adentro. Viene un acaloramiento por todo el cuerpo y hasta se sienten calientes los pies. Entonces le dan ganas de recochar a uno, pero apenas un momento. Cuando se le quita el mareo que da, vuelve uno y chupa y le da alegría por otro rato. También, uno chupa y se queda mirando una manchita la pared. Se queda

La relación entre *gamines* y sustancias psicoactivas en esta época está llena de vacíos. Son pocos los estudios que dan cuenta de esta relación. Se sabía que los *gamines* desde años atrás inhalaban gasolina, pegante y marihuana, aunque esta última casi no aparece en los registros, o por lo menos aquellos relacionados con las galladas menores. Ahora, respecto a la gasolina y el pegante, solía afirmarse, como se sostuvo antes, que era para pasar el hambre, soportar el dolor o tener más fuerza. Para Gutiérrez este tipo de sustancias eran un terreno extraño y desconocido en la institución *gamín*, sin embargo, el consumo de dichas sustancias según lo observó este intelectual estuvo relacionado la mayoría de las veces con la recocha y la depresión⁵⁷¹. En otras palabras, estas sustancias en ocasiones llevaban a los *gamines* a un estado de alegría momentánea, que traía consigo la recocha, pero también en otras ocasiones la depresión.

Dejar la institución o la vida gamín...

Los integrantes de la institución *gamín* vivían sin un rumbo fijo, disfrutando del día a día, y de esa forma transcurría el tiempo, y aun sin tener las condiciones alimenticias necesarias para un sano desarrollo, su apariencia y cuerpo cambiaban, dejaban de tener una apariencia de niño y entraban a la adolescencia e incluso la juventud. Dicha condición traía consigo el abandono de las galladas menores, las galladas de niños y la entrada a una gallada mayor o

ahí como agarrado hasta que se le quita el mareo. Pero si le pegan o le hacen algo, uno no siente nada y por eso es que la gasolina es buena para recochar. Se golpea uno bien duro con los otros sin que duela nada. Así se puede pasar todo un día o una noche. Lo malo es que se empieza a sentir hambre y tiene uno que pedir. Pero el hambre esa no le hace a uno afecto como el de la pálida, porque es un hambre distinta. La pálida es cuando hace mucho que no ha comido uno y está haciendo sol. Entonces se le quitan las fuerzas, se desganza (desanima), y la dan ganas de acostarse. Da sueño y se echa una siesta”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 145.

⁵⁷¹ “Algunas veces Juan, Roberto y Liévano parecían achantarse más allá de lo ordinario: era que habían fumado marihuana y la intoxicación agudizaba seriamente su depresión. Desgraciadamente, nunca me fue posible penetrar en este mundo de la droga con la suficiente profundidad: aunque estaban dispuestos a hablarme de la “chiri” (la marihuana) en términos generales, como, por ejemplo, cuando contaban las diferencias entre una y otra clase de hierba, en el momento mismo de haberla fumado nunca me lo confesaron como para haber podido tener una noción más precisa del efecto de la intoxicación. En todo caso, parecía que su busca oscilación entre “achantamiento” y “recocha” tuviera algo que ver con el habito de la marihuana”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 217.

la vivencia del mundo de la calle bajo otras condiciones⁵⁷². Esta variable constituía en sí misma un motivo de abandono “forzado” de la institución *gamín*.

Otro de los motivos para dejar la gallada tenía que ver con el abuso de autoridad por parte del *largo* o *jefe*, quien violentaba a los integrantes de la gallada, posibilitando u habilitando que uno de ellos se viera obligado a salir de la gallada, sin embargo, si aún el *gamín* no ha decidido dejar el mundo de la calle, deberá buscar otra gallada. Una forma adicional estaba relacionada con la sociedad bogotana y consistía en vincularse o reintegrarse a ella a través de un apoyo institucional o de alguna familia. Poco a poco el *gamín* dejaba de serlo y asumía un rol social distinto, más cercano a la idea de infancia moderna en la medida en que era vinculado a la escuela, asumía ciertas prácticas de higiene y estética —vestirse como estipulaba la sociedad— y con seguridad comenzaba a cambiar su forma de pensar.

4) A modo de cierre

Lo que en cada país se llama cordura, no es más que la locura que le es propia, por consiguiente, los juicios que unas naciones emiten sobre otras nos informan acerca de quiénes hablan, y no acerca de aquellos de quienes se habla...

*Todorov, Tzvetan. Nosotros y los otros*⁵⁷³.

A través de este informe de investigación se dio cuenta de la existencia de una sociedad afectada negativamente, obligada a reafirmarse en lo propio debido a un otro activo que la vulneraba en sus ideales sociales, principalmente de infancia, pero también de sociedad y

⁵⁷² “Cuando yo sea grande quiero ser lo que Dios me ayude, menos albañil, ni embolador, ni nada así que no es ganar plata; por eso es que quiero estudiar. Yo quiero ser un mecanico o algo así, pero lo que más quiero ser es un cantante... así se la gana uno suave... claro que se le acaban a uno los pulmones (...) con lo que vaya uno ganando puede ir estudiando medicina o algo, entonces ya es algo. Así, si lo tumban de cantante, ¡pues no lo tumban de doctor! Claro que yo no creo que pueda llegar a ser cantante (...) puede que llegue aun cuando sea a ser secretario”. Ver: Muñoz and Pachón, *Gamines. Testimonios*, 32.

⁵⁷³ Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana* (México: Siglo XXI Editores, 2013), 30.

cultura. Lo que decía dicha sociedad respecto al otro hablaba más de sí que del otro⁵⁷⁴. En esta perspectiva eso que decía la sociedad, aquello expresado en sus publicaciones — periódicos, libros y revistas acá retomadas— posibilitó dar cuenta del clima social en que día a día devenía la sociedad en sí. Se trató de la sociedad bogotana de 1950 a 1985, representada principalmente en las elites de la ciudad, el Estado y gradualmente las capas medias y bajas de la población. Todas alimentándose de un imaginario de modernidad, civilización, higiene e infancia que las cohesionaba y dotaba de una “identidad” particular.

Un cuerpo social asediado por los *gamines* —o niños en situación de calle— en la temporalidad estudiada —y antes y después de ella—. Un otro activo debido a que por un lado entraba en conflicto con las ideas de infancia moderna que dicha sociedad fomentaba, en las que un niño era niño en cuanto estaba en casa, iba a la escuela, tenía su familia, era inocente, limpio, ordenado, sumiso y obediente. Aspectos en los que el *gamín* era todo lo contrario no solo respecto al ideal de infancia, también la higiene y estética, pues se trató siempre de alguien sucio en su apariencia e higiene —referida al cuerpo y para la sociedad su modo de pensar— ...en suma sus hábitos en relación a la higiene social. Por otro lado, debido a que el *gamín* no representó solo un peligro para las ideas sociales inscritas en la modernidad, civilización e higiene que alimentaban a la sociedad, a su vez era un peligro para la misma y allí sus integrantes, pues éste llevaba a cabo acciones delictivas que agredían a la sociedad, acciones que en la cotidianidad de los días de 1950 a 1985, en la proximidad sensible ocurrían una y otra vez.

El ideal de infancia o imaginario hegemónico respecto a ella del que se abasteció la sociedad bogotana en la temporalidad estudiada y a través del cual se diferenció de los *gamines*, se alimentó y constituyó mediante procesos sociales, culturales y políticos que posibilitaron su gradual fortalecimiento, entre ellos, la difusión de ideas modernas de

⁵⁷⁴ En la misma línea que Todorov, para Baruch Spinoza lo que dice o expresa una sociedad respecto a algo, dice más de sí que de ese algo, pues “... todas las ideas que tenemos de los cuerpos, indican más bien la constitución actual de nuestro cuerpo que la naturaleza del cuerpo exterior” (E, III, Def afecto. P 179). Como se sostuvo antes en los estudios de la alteridad se tiene por regla que el otro, lo otro o diferente tienen un papel activo en el devenir de la identidad, la subjetividad o esencia de un alguien o una sociedad particular, pues eso otro es activo debido a que en el “nosotros” ya existen las condiciones subjetivas que permiten el reconocimiento de lo otro como otro, diferente, extraño o agradable y acogedor. Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*. (España: Amorrurto Editores, 2007).

infancia a cargo de intelectuales y en instituciones académicas, de salud y educativas, la emergencia de instituciones dedicadas al trabajo con la infancia y la familia, por ejemplo el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), fundado en 1968, y por supuesto el papel de los medios masivos de comunicación, que sobre todo en la segunda mitad del siglo XX haciendo de los niños y niñas consumidores activos, vendieron a su vez una imagen, una sola forma de ser infancia.

También la escuela que día a día creció en cobertura nacional y que poco a poco fortaleció las condiciones *reales* para que la idea de niño como alguien inherente a ella se robusteciera. Al final una infancia *institucionalizada*⁵⁷⁵, donde niño es niño por estar con sus padres, en una escuela, inocente de sus actos y sobre todo sumiso y obediente respecto a la autoridad de los mayores. Ideas sociales que entraron en tensión debido a los *gamines*, y que posibilitaron una reafirmación de la sociedad respecto a dichas ideas teniendo como opuesto cultural y simbólico a ellos, aquellos que definitivamente las amenazaban.

La sociedad bogotana entre 1950 y 1985 día a día se veía condicionada por la existencia de esta población y no dejaba de manifestarlo a través de variadas expresiones publicadas en diversos medios, allí ella a través de sus integrantes hacía un llamado de atención, una solicitud, una acusación o denuncia respecto a los *gamines*, la mayoría de las veces en contra de ellos, siempre solicitando la solución a un problema que afectaba negativamente el ideal propuesto, aquel que en la cotidianidad urbana ganaba fuerza gracias al esfuerzo del Estado y las elites sociales. Estas expresiones en conjunto representaron el malestar social que condicionaba a la sociedad a hacer algo para reducir o eliminar la causa de aquella incomodidad, éstas eran visibles no solo en las publicaciones, a su vez en la formulación de programas de intervención a la población en situación de calle, la fundación de instituciones y el uso de profesionales y no profesionales o policías para enfrentar, estudiar y mermar o eliminar dicha forma de vida.

Las acciones de la sociedad no son otra cosa que su reafirmación en lo propio, su respuesta ante un otro activo que la llevaba a moverse, a ser otra cosa respecto a lo que venía siendo. En el caso de la infancia y el imaginario hegemónico respecto a ella, los *gamines* operaron como la contracara cultural y simbólica a partir de la cual el cuerpo social capitalino se

diferenciaba, usando como argumento el “no sea *gamín*” se fortalecía simbólicamente la idea de una infancia hegemónica, opuesta a esa infancia que habitaba la calle.

Como se visibilizó una y otra vez en este informe, entre otras, los habitantes urbanos solían corregir a sus hijos —o referirse al ideal de niño e incluso de hombre— acudiendo a la comparación entre ellos y los *gamines*, por supuesto colocando a los últimos en el lugar de lo no deseado y rechazado. De esta forma los *gamines* en cuanto institución de infancia fueron un actor y constructor activo de sociedad, radicalmente un otro, que influyó en el devenir de la sociedad bogotana en el periodo abordado.

Sobre lo anterior, en la historia de la infancia en Colombia se hace visible la existencia de una variable hasta ahora poco considerada y sin embargo fundamental en el devenir de la infancia misma y la forma de imaginarla y pensarla en el presente e históricamente, esto es, los *gamines*, su contracara cultural, aquella que en el escenario histórico, social y cultural de 1950 a 1985 en Bogotá y en gran parte del país, propició el fortalecimiento de ese nudo de ideas modernas referidas principalmente a la infancia, pero también a la higiene y la estética.

Sobre lo anterior, actualmente, hablar de la historia de la infancia en Colombia significa no solamente traer a colación los dispositivos, acciones e ideas modernas y políticas mediante las cuales lo que debía ser la infancia moderna y civilizada fue fomentado, llevado a la práctica e institucionalizado, a su vez, debe involucrar aquella particularidad cultural y simbólica de los *gamines*, pues sin ella, se estaría negando y restando importancia al lugar de la cultura, lo simbólico y del otro en la existencia de un “nosotros” social normalizado y hegemónico que en la historia de la ciudad e incluso el país, siempre se diferenció de los marginales, esa “otra sociedad” común a las urbes latinoamericanas en el siglo XX que visibilizó José Luis Romero⁵⁷⁶.

⁵⁷⁵ De Cassia y Zambrano, "La 'limpieza social' en la construcción de la infancia moderna".

⁵⁷⁶ José Luis Romero en su conocida obra "Latinoamérica: las ciudades y las ideas", sostiene respecto al devenir de las ciudades latinoamericanas, en un ya famoso capítulo titulado "las ciudades masificadas", lo siguiente: "La sociedad normalizada visualizó el conjunto inmigrante que se filtraba por sus grietas como un grupo uniforme. Constituía a sus ojos la "otra sociedad" (...) cuando alguno de sus miembros aparecía fuera de su gueto, la sociedad normalizada la observaba con curiosidad, lo reconocía como diferente de la clase popular normalizada y lo dejaba pasar. Fue diferente cuando la "otra sociedad" apareció formando un grupo. Para entonces seguramente había

En el campo de la infancia y de los estudios históricos en torno a ella, esta investigación — en el marco de la historia cultural y la sociología de la infancia— preguntó por el papel activo de la infancia en situación de calle en cuanto otro, en el devenir social y cultural de la sociedad, para ello, hizo uso de un principio poco considerado en los discusiones en torno al papel activo de la infancia y sin embargo común a los estudios antropológicos y de alteridad: **el otro tiene un papel activo en el devenir social**, de otra forma al decir de Sabido⁵⁷⁷ —a quien se referenció en la introducción a este informe— en el “nosotros” social el otro nunca es pasivo, sino activo debido a que condiciona el devenir del “nosotros”.

Dicho principio no ha sido explorado a profundidad en el campo de la historia y la escritura de la misma, aunque eminentes historiadores y pensadores hayan llamado la atención sobre ello, por ejemplo De Certeau, para quien el otro “es el fantasma de la historiografía” y es que a través de él se produce el relato histórico mediante el cual el sí mismo de una sociedad, de un cuerpo social es develado⁵⁷⁸, por tanto, el cuerpo social habla, o hay que hacerlo hablar⁵⁷⁹ —deber del historiador—, pues la identidad de un cuerpo tiene que ver con su alteridad. Georges Duby⁵⁸⁰ también destacó dicho principio, para él

...una cultura se define tanto por lo que rechaza como por lo que venera, junto con la fascinación y las adhesiones deben observarse los bloqueos, las exclusiones, los rechazos

El que “una cultura se define [a] tanto por lo que rechaza como por lo que venera”, significa no solamente que las culturas contenidas en el planeta tierra se encuentran en

logrado ciertos vínculos que empezaban a aglutinarlos, y acaso entrevieron que podían oponer a la estructura algo más que la expectativa individual: la fuerza de un grupo, una fuerza multiplicada porque se ejerció sin sujeción a normas y de manera irracional.(...) Se los vio en las calles de México, Bogotá o Buenos Aires en grupos compactos, ajenos a las reglas de urbanidad, atropellando el sistema que para los demás era pactado y apoderándose o destruyendo lo que era de “los otros”, de la sociedad normalizada”. Ver: José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* 2ª ed. (Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores, 2008), 403.

⁵⁷⁷ Sabido, *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción de extraño*.

⁵⁷⁸ Michel De Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1999), 208.

⁵⁷⁹ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, 16-17.

⁵⁸⁰ George Duby, “La historia cultural”, *Revue de l'enseignement supérieur*, n° 44-45 (1969) 452, <https://geohistoriahumanidades.files.wordpress.com/2011/03/george-duby-para-una-historia-cultural.pdf>

tensión, en un forcejeo constante por diferenciarse y sostenerse, a su vez, tiene que ver con la forma en que se define, se instituye “nuestra” “identidad”, “subjetividad”, “cultura” o “sociedad”, esto es, diferenciándonos de otras especies o entre nosotros mismos. En la diferencia deviene la humanidad y en ella se deviene como nación, cultura, sociedad e individuo.

Sobre lo anterior, se asumió a estos niños y adolescentes como constructores activos de sociedad, individuos que de una u otra forma —en cuanto otro— se articularon al devenir de la misma mediante variedad de actos, algunos delictivos, otros laborales, unos más relacionados con la estética, la infancia, la seguridad y la higiene, solo que en la mayoría de las ocasiones no lo hicieron de una forma adecuada a la luz de la sociedad y sus ideales hegemónicos, y sin embargo ahí estuvieron, condicionando y reorientado en la proximidad sensible su existencia.

En esta perspectiva, esta investigación abre rutas de trabajo y pensamiento que enriquecen y diversifican el abanico de miradas investigativas a la infancia y su historia. Habilita una forma de hacer y pensar la historia de la infancia que, siguiendo el camino de la historia cultural, presta atención a lo simbólico, a la experiencia vivida, y sin embargo la trasciende al considerar el lugar del otro en el devenir del “nosotros”, posibilitando así una manera distinta de leer y entender las acciones e ideas, en suma, los procesos sociales e institucionales a través de los cuales una sociedad despliega un horizonte de nación, de gobierno, cultura e infancia.

En el escenario histórico y social referido al ideal de infancia en que se despliega esta investigación, ella, la infancia *institucionalizada*, aparece no solamente como efecto de una serie de procesos institucionales amparados en el Estado y más ampliamente en una visión moderna del mundo, aquella que se promovió e integró en la mentalidad de los habitantes urbanos, a su vez, como el resultado de una diferenciación simbólica en la que mediante la existencia de un otro activo se afianzaba lo propio, en este caso el nombrado imaginario de infancia en Bogotá de 1950 a 1985.

Esta pesquisa deja sobre la mesa varias rutas de trabajo y pensamiento en el campo de los estudios históricos de la infancia y en general la pregunta en las discusiones historiográficas por el papel del otro en el nudo de ideas o imaginarios sociales inscritos en el devenir social

de una nación, un Estado o una comunidad. Estas rutas, a su modo, representan deudas o elementos que debido a los objetivos de la investigación o el hecho de que abordarlos implicaría una nueva pesquisa, no se abordaron.

Como se visibilizó en el trabajo, para la sociedad bogotana de 1950 a 1985 los *gamines* representaron un otro extraño. Finalmente y debido a una falta de comprensión a profundidad, por parte de dicha sociedad de las razones de la existencia de los *gamines* en la calle y la institucionalidad cultural de éstos –entendidos en esta pesquisa como institución *gamín*–, un otro a quien dicha sociedad esencializó a través de ciertas ideas casi inmodificables en el tiempo estudiado. Estas ideas alimentaron la realidad social a través de la cual la sociedad bogotana de 1950 a 1985 se auto-producía y, sobre todo, reproducía una “realidad” particular, ciertamente, una “realidad” distorsionada, abastecida de una imaginación producto del miedo, la frustración y la incompreensión de lo que le pasaba y, sobre todo, de todo otro, lo diferente respecto a sus ideales sociales.

En este escenario destacó un debate que en esta investigación no se profundizó debido a los objetivos de la investigación en sí, pero que se muestra como una variable a ahondar. Se trató del debate en torno a si los *gamines* eran niños o no, pues en muchas de las publicaciones el miedo a éstos tenía que ver principalmente con el hecho de que éstos, para la sociedad bogotana se comportaran como “adultos” y que, para algunos integrantes de esta sociedad, debieran ser tratados, al menos jurídicamente, como tal.

En el archivo se aprecia una tensión respecto a este aspecto, por un lado el reconocimiento de los *gamines* como una infancia desviada, pero al final infancia, niños en las calles. Para Muñoz y Pachón integrantes de grupos delictivos que se diferenciaban de las asociaciones delictivas integradas por adolescentes y adultos. Según las autoras, y como se mostró en el segundo bloque de esta pesquisa, “galladas menores”. Por otro lado, y sin que el archivo consultado lo exprese literalmente, “adultos” o, por lo menos, individuos que no tenían lugar en la idea hegemónica de infancia, y por tanto venían a ser otra cosa, más cercana al mundo de los adultos que a la vida infantil. Respecto a la investigación, este aspecto integra las diferentes variables a través de las cuales, en esta pesquisa, se mostró de 1950 a 1985 un cuerpo social temeroso y confundido respecto a un otro, una “enfermedad” que lo

disminuía y confundía al punto de desestabilizar sus esquemas respecto a lo que para ella era o no la infancia en sí.

Por otro lado, un aspecto que merece atención y que aparece también en la relación entre la sociedad bogotana y los *gamines* refiere a una suerte de “utilidad” que la sociedad bogotana encontraba en la existencia de ellos, pues al interior del cuerpo capitalino algunos integrantes se encargaban de comprar y vender los objetos que los *gamines* robaban, a su vez, en las campañas políticas los candidatos solían sumar puntos anunciando como objetivo de su campaña la eliminación de los *gamines* en las calles, y como se sostuvo anteriormente, muchos *gamines* servían a un *doctor* o trabajan con él como mensajeros. En una lectura a profundidad, esta variable puede leerse y conceptualizarse recurriendo a los trabajos de Roberto Esposito y el tema de la inmunización social⁵⁸¹, donde se destaca cómo un cuerpo social se “beneficia” de lo que rechaza, más aún, cómo a un cuerpo social lo que lo “daña” le resulta necesario... proceso equiparable a la vacuna, que en detalle implica la inoculación de un agente externo a un cuerpo con miras a que éste fortalezca sus defensas, en suma, asegure su existencia.

Otros aspectos merecen atención, por ejemplo, el tema de las niñas, aspecto poco abordado y apenas referenciado debido a la falta de archivo y objetivo de la investigación, sin embargo, clave en la comprensión de la vida en la calle y el tema de la sexualidad. En el archivo las referencias a las niñas —incluso las mujeres— articuladas a la institución *gamín* son pocas, tal vez debido al excesivo peligro de la calle para ellas, no solo de parte de la sociedad sino de los *gamines*. Para Gutiérrez, la poca presencia de niñas en las galladas se debía a que éstas —posiblemente llegadas del campo— terminaban trabajando como aseadoras o “sirvientas” en los hogares de familia e incluso la prostitución, viéndose así alejadas del mundo de la calle tal cual lo vivían los *gamines*, donde ser niña y al final mujer resultaba peligroso, pues, en las mismas galladas, según algunos testimonios de los *gamines*, ellas eran objeto de violencia sexual⁵⁸².

⁵⁸¹ Roberto Esposito, *Inmunitas: protección y negación de la vida* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005).

⁵⁸² Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 50.

En todo caso, no se cuenta con la suficiente información para llegar a conclusiones. A su vez, se habla de niños en las calles debido a que el archivo solía visibilizarlos, pero también hubo hombres adultos. Su vida en la calle debe ser objeto de investigación, pues con seguridad sus experiencias y la manera en que se vincularon al devenir de la sociedad bogotana tienen especificidades que deben ser consideradas y articuladas a la historia social y cultural de la ciudad y el país.

Sobre lo anterior, en esta pesquisa se tuvo como escenario la capital del país de 1950 a 1985, y aunque se profundizó solo en el papel de los gaminés a nivel de ciudad, también se dedicaron algunos apartados que dieron cuenta de cómo el *gamín* era considerado un *fenómeno nacional*. A partir de allí se abre una ruta de trabajo en la que *gaminés* y sociedad a nivel nacional tienen mucho que decir de la historia de la infancia y en general del país dentro y fuera de la temporalidad abordada. Se requieren trabajos de investigación regionales que amplíen y diversifiquen, incluso, maticen la información y reflexiones aquí consignadas. En todo caso, y gracias a la centralidad política, institucional y cultural del país en Bogotá -la capital- y el papel de los medios de comunicación de masas, la idea de que el *gamín* en cuanto opuesto cultural al ideal de infancia, tuvo un lugar destacado a partir del cual dicho ideal se fortaleció, tiene un suelo firme en el cual se debe ahondar.

Respecto a los medios de comunicación de masas y su emergencia y consolidación sobre todo en la segunda mitad del siglo XX en Bogotá, principalmente la televisión y el cine, ciertamente como difusores de una idea de cultura moderna, se requiere de un estudio a profundidad, pues fueron ellos los que de manera amplia promovieron un conjunto de ideas referidas a la infancia, esto mediante campañas publicitarias del Estado y, sobre todo, por parte de empresas que valiéndose de la idea de familia e infancia que se promovía comercializaban sus productos a la vez que fortalecían dichas ideas. En el escenario simbólico y cultural en que devino la ciudad y el país en la segunda mitad del siglo XX, el papel de los medios fue decisivo.

La visibilización de la sociedad afectada y los *gaminés* en sí se realizó con base a un archivo construido, donde se comprendieron los registros como una reacción de la sociedad. En esta línea, ciertamente las publicaciones consultadas dejaron ver un abanico de ideas que hablaban sobre los *gaminés*, la relación de ellos y la sociedad y de cómo ésta

los significaba, imaginaba y sentía. Dichas publicaciones en su conjunto visibilizaron a la sociedad bogotana desde sí misma, pues al hablar del otro la sociedad decía más de lo que vivía y sentía que de ese otro, por tanto, dichas publicaciones fueron entendidas como un efecto, una reacción de un cuerpo social respecto a algo que lo amenazaba.

Gracias a dichas reacciones o expresiones de la sociedad fue posible mostrar el papel activo de los *gamines* y principalmente el estado de la sociedad en sí respecto a sus ideales de infancia. En este sentido y en la escritura de la historia, no se trató solo de fuentes donde se tomó la información, sino de registros que por sí mismos hablan de la sociedad y cómo ésta en variedad de caminos expresaba su incomodidad.

Las publicaciones a través de las cuales la sociedad bogotana de 1950 a 1985 expresó su sentir, se alimentaban de un imaginario de modernidad, civilización e higiene en el cual los discursos y conceptos religiosos tenían poco lugar, y es que, en su afán de modernizarse, en lo posible, la sociedad secularizaba sus expresiones, por tanto las referencias a Dios, la iglesia, la caridad religiosa, eran pocas. Esto no significó que la religión, principalmente la católica, o las instituciones religiosas no tuviesen un papel significativo en el devenir de la sociedad y la institución *gamín*.

Hubo variedad de instituciones que atendieron a los *gamines* y estuvieron orientadas por curas u órdenes religiosas⁵⁸³. Respecto a ello, habría que ahondar más en esta variable, centrando el análisis en las publicaciones de algunas instituciones que acogían a los *gamines*, y no en el archivo de mayor difusión y fortaleza institucional —ésta articulada a las elites nacionales y al Estado—, por ejemplo, periódicos y revistas, como se hizo en esta investigación. Respecto a dichas instituciones y otras no vinculadas u alimentadas por la religión, sería oportuno ahondar en la idea de que ellas fueron fundadas, entre otras, debido a la existencia de los niños en la calle, los *gamines*, pues esto habilitaría un enriquecimiento de los análisis y argumentos mediante los cuales se suele construir y presentar la historia de estas instituciones, por ejemplo, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar⁵⁸⁴.

⁵⁸³ Un caso merece atención. Se trata de la experiencia de reintegración social liderada por el Padre Javier de Nicolo, quien a través de diversos programas institucionales y con ayuda del Estado, como se sostuvo antes, lideró la reintegración de miles de niños en situación de calle a la sociedad.

⁵⁸⁴ Abriendo rutas para una historia de las instituciones de infancia, por ejemplo el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, el historiador Absalón Jiménez Becerra, anuncia que dicha

Sobre lo anterior, en las publicaciones referidas a los *gamines* el papel de los articulistas e intelectuales resulta decisivo. A través de ellos la sociedad se expresó, y aunque entre éstos hubo algunas diferencias relacionadas con la mejor solución al problema de los *gamines*, o las razones de la existencia de los mismos, entre otras, lo cierto es que de forma general éstos estuvieron articulados y nutridos por ideas de modernidad, civilidad e ideales de sociedad, hombre e infancia, a través de los cuales los *gamines* fueron leídos y significados.

Hubo algunos intelectuales que fueron más allá de la simple opinión o comentario ligero normalmente publicado en el periódico. Es el caso de José Gutiérrez, Mónica Pachón y Cecilia Muñoz y Granados Téllez, quienes llevaron a cabo un trabajo de campo, entrevistas y análisis a profundidad intentado algo distinto a los tradicionales abordajes realizados a los *gamines* en la temporalidad y espacialidad abordada —e incluso en el presente—, esto es, estudiar y entender a ellos *desde sí mismos*. Este aspecto es de suma importancia si se considera la formación profesional y el interés político y educativo de quien escribe y piensa esta pesquisa, es decir, un pedagogo, interesado también en el presente y desde allí visibilizar rutas de trabajo e integración respecto a los niños y adultos en situación de calle.

Y es que en el trabajo pedagógico, educativo y social que normalmente se realiza con la población en situación de calle, este aspecto —intentar comprenderlos *desde sí mismos*—, es la mayoría de las veces pasado por alto. Y aunque se puede resaltar intentos e incluso conceptualizaciones y apuestas en torno a ello⁵⁸⁵, suele acontecer que los programas sociales y educativos a través de los cuales se intenta “reintegrar” esta población al seno de la sociedad, se sostiene un solo punto de vista: el “nosotros”, despreciando lo que el otro ha sido o *es*, y a todas luces buscando borrarlo. Dejando escapar la oportunidad de que a través de un dialogo horizontal, el *gamín* se viera —y se vea— acogido en un escenario distinto al mundo de la calle, y gradualmente disfrutando los beneficios de él, sobre todo en lo

institución fue fundada con la idea de “contribuir a salvar a las nuevas generaciones del abandono y la irresponsabilidad de los padres que desamparaban a sus hijos (... se debía) mitigar las flaquezas de la familia moderna nuclear, amenazada por la constitución de la familia natural, las uniones libres y la presencia del niño callejero”. Ver: Jiménez, *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia*, 414-416.

⁵⁸⁵ Javier Omar Ruiz, José Manuel Hernández y Luis Bolaños, *Gamines, Instituciones y cultura de la calle*, (Bogotá: Corporación Extramuros, Ciudad y Cultura, 1998). Ver también: Carlos Iván García Suarez, “*En algún lugar parcharemos*” *Normas de interacción y valores de los parches de la localidad 11 de Santafé de Bogotá, Colombia*, (Bogotá: Tercer Mundo editores, 1998).

referido al respecto inicial de su vida *gamín*, decidiera dejar dicha vida cultural y articularse a un programa de reintegración. Escribía Gutiérrez

La dificultad con los gamines estriba en que para su rehabilitación se necesitaría precisamente una empresa a la que se “colincharán”, en vez de “lincharse” a los carros. Eso fue, en lo individual, lo que sucedió con Juan Gonzales: un buen día dejó de ir a donde lo llevaban los carros (dando continuidad a la vida *gamín*), para empezar a “colincharse” a la empresa psicoanalítica: Gonzales se dirigió desde entonces a mi consultorio, día tras día⁵⁸⁶.

Sobre lo anterior el papel de los intelectuales destaca, pues fueron precisamente sus trabajos en esta pesquisa, los que habilitaron una comprensión distinta respecto a los *gamines*, una en la que éstos fueron entendidos como una cultura, una institución cultural de infancia o institución *gamín*⁵⁸⁷, que a pesar de los desprecios de la sociedad, devino en sus propias creencias y fines de sostenibilidad. Elementos que posibilitaron la existencia y continuidad de los *gamines*, y que pasados por alto por la sociedad —para quien las razones de la existencia de los *gamines* provenían del contexto cultural y económico donde éstos nacían—, posibilitaron a la institución en sí perseverar en su existencia no solo en la temporalidad analizada, sino antes e incluso después.

Sobre lo anterior y en el marco de las reflexiones en torno al archivo construido y estudiado y como se ha venido discutiendo el papel de los intelectuales, se debe destacar que si bien el archivo de la investigación destaca a los *gamines* como individuos hijos de padres que iban en contravía del ideal social y en condiciones de pobreza, es justo reconocer críticamente que dicha lectura de cierta manera esencializa a los *gamines* en sí, pues, aunque el archivo no lo deje ver de forma significativa, posiblemente *no todos* los *gamines* tuvieron la misma procedencia.

Baste señalar, como se evidencia en esta pesquisa, que muchos de los individuos significados y esencializados por la sociedad bogotana como *gamines* a través de variedad de publicaciones, eran hijos de campesinos y pobladores rurales obligados a abandonar sus tierras debido a la guerra civil interna en la temporalidad estudiada, y a primera vista

⁵⁸⁶ Gutiérrez, *Gamín. Un ser olvidado*, 303. (Entre paréntesis propio).

⁵⁸⁷ Minnicelli y Zambrano, “Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia”.

considerados *gamines* por el solo hecho de transitar la calle con una apariencia distinta a la que se promovía e idealizaba en la urbe capitalina en el tiempo estudiado.

De 1950 a 1985 en Bogotá, se visibiliza la existencia de una institución de infancia, una cultura *gamín* con una serie de características estables y continuas en la temporalidad estudiada, por ejemplo las jerarquías o estructura de las galladas, que como lo deja ver Gutiérrez en los sesenta y Muñoz y Pachón en los ochenta, tienen un jefe, un *vale* y un grupo de niños y casi adolescentes alrededor de ellos, sin embargo, otras cosas cambiarán constantemente: el vocabulario⁵⁸⁸ y en cierta medida, posiblemente ya hacía los ochenta, los referentes culturales. Ahora, y en el caso particular de este trabajo, una institución de infancia en estado de excepción, que vivió su día a día, y aún hoy, bajo en estado de fuerza-de-ley-sin-ley. ¿Qué significa esto?

La institución *gamín* en su devenir cultural y normativo de 1950 a 1985 —también antes y después— estuvo bajo peligro constantemente, siendo así una vida individual y colectivamente supeditada al riesgo y la amenaza constante de ser mermada o eliminada, pues a pesar de ciertas prácticas y creencias donde se evidenció el compañerismo, la solidaridad y la amistad, es justo reconocer que los *gamines*, al quedar insertos en la institución en sí —y no abandonarla por una u otra razón—, se veían sometidos a un escenario de riesgo y violencia, definido por un día a día donde el sobrevivir pasaba por poner en riesgo la vida, esto debido al hambre, los efectos de los alucinógenos sobre el cuerpo, la amenaza de la sociedad que de una u otra forma, atentaba contra ellos —entre las acciones más peligrosas, golpeándolos, encerrándolos e incluso asesinandolos—, también el peligro de las otras galladas, y el interior de ellas, la desconfianza, y para el mañana, en el caso de los que continuaban en ellas hasta que ya no tenían lugar en las galladas menores y pasaban a las galladas mayores, el mundo del delito.

⁵⁸⁸ Respecto al primero aconsejaba Juan Gonzales a Gutiérrez, —posterior a un cambio en su vida que lo llevo a integrarse gradualmente a la sociedad— relacionarse con niños menores que él, pues Gonzales ya no entendía mucho de lo que hablaban los nuevos *gamines* u aquellos pequeños que se iban integrando a la institución *gamín*. Decía Gonzales: “—Todos los días hay palabras nuevas y esas yo no las sé ya. Esas solamente los chichiguitas pueden entenderlas”. Ver: Gutiérrez, *Gamín. un ser olvidado*, 300.

Los *gamines* y en general la sociedad se hicieron parte de una vivencia en estado de excepción⁵⁸⁹, donde la ley no es ley por beneficiar la vida y garantizarla con base a un acuerdo social preestablecido, por el contrario, un estado de ley-sin-ley, que para los *gamines* representó un “vale todo” que aunque regulado, traía consigo un devenir en riesgo, donde la vida se veía más disminuida que aumentada.

La institución *gamín* en el seno de la sociedad bogotana de 1950 a 1985 se hizo parte de un mundo social en continua transformación, donde no solo se conjugaron variables sociales y políticas locales o nacionales, por ejemplo el problema de la Violencia, las violencias, los acontecimientos políticos como el Bogotazo, el Frente Nacional, el tema del narcotráfico, los desplazamientos, entre otras, además, se asistió al asentamiento cada vez más pronunciado de una cultura moderna, secularizada, en un escenario tradicional y conservador. Producto de ello una crisis social, cultural y política en todas sus dimensiones, que como se mostró anteriormente, dio vida a un clima social complejo del que los *gamines* hicieron parte, y llegado el momento, víctimas, esto debido a las acciones de limpieza social o asesinato de individuos en situación de calle en los ochenta.

En todo caso, los *gamines* desde tiempo atrás, vieron en el seno de sus relaciones la emergencia de normas, regulaciones y directivas para poder vivir entre sí mismos, éstas no respondieron a un ordenamiento preestablecido y atravesado por un ejercicio reflexivo exhaustivo. Por el contrario, fueron efecto más de una necesidad de momento: vivir y en esa medida, una necesidad continua, transmitida entre los *gamines* y aquellos que llegaban a dicho mundo, posibilitando así con el paso de los años, la continuidad de la institución *gamín* en sí.

⁵⁸⁹ El estado de excepción va más allá de la norma enunciada en Colombia del estado de sitio (art. 213 de la Constitución Nacional). “...es un mecanismo fundamentalmente biopolítico porque hace del derecho la herramienta prioritaria con que cuenta el soberano para extender su poder en el ámbito de la vida” “El estado de excepción no es solamente una suspensión espacio-temporal del sistema jurídico, sino un lugar, una figura topológica, donde, en la medida en que lo externo se incorpora, es imposible distinguir entre un afuera y un adentro del derecho” (Hernández, 2008, p. 91-93 en Múnera Ruiz, 2008). Respecto a la comprensión de la institución *gamín* en la temporalidad analizada como una forma de vida bajo estado de excepción, se invita al lector a consultar el siguiente texto, donde quien escribe profundiza el tema de la excepción en la vida de la calle. Ver: Ivannsan Zambrano, “Vidas bajo estado de excepción: Una aproximación teórica a la Institución *Gamín* de 1950 a 1990”, *INFEIES – RM* 3, n° 3 (Mayo 2014), <http://www.infeies.com.ar>

En esta perspectiva, unas normas que no fueron más allá de lo necesario para garantizar la existencia y dar un norte que más o menos evitara el caos, o la ausencia de una asociación necesaria en términos de protección y consecución de lo necesario para sobrevivir, por tanto normas y rituales aceptados no como producto de una conquista histórica o una comprensión a profundidad, sino por utilidad, por conveniencia. Ahora, normas y rituales sin un límite claro en lo referido a garantizar la vida, incluso, llegado el momento peligrosas para los integrantes de la gallada en la medida en que ponían en riesgo la vida misma, esa que paradójicamente se intentaba asegurar.

La asociación y estructura de las galladas estaba inscrita más en un horizonte de sostenibilidad del día a día, y no en una estructura de beneficio mutuo, de sostén cultural mínimamente basado en el respeto a la vida, a través del cual los integrantes de la comunidad *gamín* se garantizasen ésta⁵⁹⁰. En el caso de las galladas menores, dicha estructura daba espacios de fuga y sensación de libertad. Así las cosas las normas y rituales de los *gamines* fueron producto de un patrón normativo que surgió y que en el ir y venir de las galladas en la temporalidad analizada, más o menos se sostuvo, siempre en respuesta a una necesidad pragmática y no una búsqueda del bienestar colectivo e individual sustentado en posibilitar vivir más, pues, para los *gamines*, la mayoría del tiempo la vida *era ahora, no hay futuro*.

Los niños se sometían al mundo *gamín* por necesidad, por protección. Ellos, y cada uno de los individuos que arriban a las galladas al inicio de sus vidas en las calles, o tiempo después no buscaban vivir mejor bajo un principio de razón, sino sobrevivir al estado de incertidumbre y dolor del que hacían parte y que ahora en la calle continuaba. Por tanto los *gamines* se aferran al *jefe*, aquel individuo fuerte, que sabe cómo sobrevivir haciendo uso de la fuerza, expresada en múltiples formas, y no necesariamente en la razón.

Al final una vida que se vive bajo una fuerza de ley-sin-ley, pues, aunque las normas al interior de la gallada de cierta manera intentaban asegurar la vida, al final, se imponía la fuerza, el caos. En este escenario, los gestos de amistad y compañerismo del *vale*, del amigo eran claves, pues, brindaban al *gamín* un sostén simbólico más o menos fiable, al

que se podía aferrar, ganando en tranquilidad y confianza respecto a la continuidad de la vida misma.

La institución *gamín* devenía en sí misma profundamente relacionada con la sociedad capitalina, pues no eran dos mundos distintos, sino uno solo, en el que debido a situaciones de crisis social y política, los *gamines* comenzaron a diferenciarse y la sociedad a su modo también, pero articulados en una misma historia. En esa medida, los mitos de los *gamines* eran, en parte, los mitos de una parte de la sociedad, o de una parte de ella representada sobre todo en los más pobres. Así las cosas, los *gamines* se veían representados en los héroes y discursos donde aparecía el marginado, el despreciado, hijo o representante de las clases populares, aquel que luchaba para sobrevivir e incluso contra la misma sociedad que lo vio nacer.

Para finalizar, como se sostuvo anteriormente, quien escribe y piensa esta investigación, tiene una formación pedagógica, enriquecida por búsquedas e iniciativas que lo articularon al campo de la historia y en general las ciencias sociales, también a una visión política y crítica del mundo.

A través de esta pesquisa, se visibiliza una postura política y crítica que invita a la sociedad actual, no solo en el campo de la infancia y la historia, sino en general, la cultura y la política a verse a sí misma de forma crítica, evaluando los mecanismos sociales que posibilitan y aún sostienen hoy, una idea de infancia, de sociedad y nación. Mecanismos abastecidos por un tipo de violencia simbólica en la que diferenciar y significar al otro, lo diferente negativamente, constituyó — y constituye— una manera de crear nación, cultura, y sin embargo, reproducir el odio, el desprecio y las diferencias. Elementos que contribuyen a que hoy, por ejemplo en la consolidación de la paz después de más de cincuenta años en guerra en Colombia, haya una inmensa masa de individuos interesados en continuar la misma, pues para ellos la única forma de vivir en paz es eliminando al otro debido a su diferencia, aquella irreconciliable con la mentalidad forjada y reforzada en el rechazo al otro, durante décadas.

⁵⁹⁰ Se entiende por garantizar la vida el poder vivir sin peligro, sin que la vida estuviese constantemente en riesgo debido a uno u otro factor. Ahora, como es natural a todo ser vivo, vivir el mayor tiempo posible, es decir, conservar la vida cuanto como se pueda.

Acervos

BNLA: Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango,

BNC: Biblioteca Nacional de Colombia

BCUDEA: Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia;

UPJ: Universidad Pontificia Universidad Javeriana,

COLMAYOR: Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario —Universidad del Rosario—

UN: Universidad Nacional de Colombia —sede Bogotá—

UEC: Universidad Externado de Colombia

UDFJC: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

Publicaciones periódicas (1950 a 1985)

“10 mil vigilantes particulares”. *El Tiempo*. 14, febrero, 1974.

“Adiós al hombre que le arrebató 80.000 niños y jóvenes a la indigencia”. *El Tiempo*. Día, mes, año. Consultado 26 de septiembre de 2017, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16546669>

“Atención vigilantes”. *El Tiempo*. 5, marzo, 1976.

“Ayatollah. El negocio de la vigilancia privada”. *El Tiempo*. 8, agosto, 1982.

“Bogotá entre rejas y mallas”. *El Tiempo*. 24, mayo, 1989.

“Bogotá tiene 1.500 gamines”. *El Tiempo*. 16, abril, 1971.

“Buscan hombre gordo, moreno y barbado ‘que parecía mendigo’”. *El Tiempo*. 8, febrero, 1980.

“Ciencia desodorante”. *El Colombiano*. 9, mayo, 1950.

“Ciudad de mendigos”. *El Colombiano*. 18, julio, 1976.

“Delincuencia infantil. A cargo de la central de difusión”. *El Colombiano*. 17, agosto, 1954.

“Difícil es acabar con la mendicidad en Medellín”. *El Colombiano*. 3, Marzo, 1960.

“Drama callejero”. *El Colombiano*. 29, septiembre, 1976.

“El Bogotá futuro”. *El Tiempo*. 16, febrero, 1950.

“El drama de los gamines”. *El Colombiano*. 13, mayo, 1975.

“El gamín y los expertos”. *El Tiempo*. 6, Febrero, 1969.

“El plan de Bogotá”. *El Tiempo*. 19, febrero, 1950.

“Gamines nacionales”. *El Tiempo*. 12, febrero, 1968.

“La delincuencia juvenil”. *El Colombiano*. 11, marzo, 1979.

“La mendicidad”. *El Tiempo*. 11, abril, 1963.

“La mujer, El Hogar y la Moda”. *El Colombiano*. 3, Enero, 1950.

“La personalidad del niño”. *El Tiempo*. 22, marzo, 1950.

“La vigilancia particular”. *El tiempo*. 4, mayo, 1969.

“Los gamines de El Dorado”. *El Tiempo*. 29, noviembre, 1977.

“Los gamines, otra vez”. *El Tiempo*. 17, mayo, 1968.

“Los gamines”. *El Tiempo*. 18, julio, 1968.

“Los niños”. *El Tiempo*. 16, diciembre, 1950.

“Los otros gamines”. *El Tiempo*. 26, enero, 1969.

“Medía hora para transformar un gamín”. *El Tiempo*. 24, febrero, 1961.

“Mendicidad infantil”. *El Colombiano*. 1, mayo, 1950.

“Mendigo eleva denuncia por robo”. *El Tiempo*, 4, enero, 1962.

“Mendigos y limosnas callejeras”. *El Tiempo*, 26, enero, 1968.

“Menores detenidos sin razón”. *El Colombiano*, 10, Mayo, 1954.

“Muere sacerdote italiano Javier de Nicolás, protector de la niñez colombiana”, *El Heraldo*, Día, mes, año, Consultado 26 de septiembre de 2017, <https://www.elheraldo.co/nacional/muere-sacerdote-italiano-javier-de-nicolo-protector-de-la-ninez-colombiana-250420>

“Músicos Inválidos Ambulantes y niños mendigos, Dos (sic) azotes de al capital”. *El tiempo*. 31, Marzo, 1954.

“Para los chicos la buena presencia es también importante”. *El Correo*. 21, febrero, 1970, 16.

“Para los niños también se hizo la moda”. *El Colombiano*. 23, Febrero, 1950.

“Un drama en la calle”. *El Tiempo*. 9, junio, 1952.

Alan Riding, “Bogota's street urchins come in from the cold”, *The New York Times*, 12, June, 1984, Consultado el 29 de septiembre de 2017, <http://www.nytimes.com/1984/06/12/world/bogota-s-street-urchins-come-in-from-the-cold.html?mcubz=0>.

Angarita Cárdenas, Aurelio. “Otra vez la mendicidad”. *La Republica*. 15, enero, 1968.
Arango Ferrer, J. “Estampas medellinenses. Mendigos y pedigüños”. *El Colombiano*. 13, septiembre, 1950.

Arbeláez, Gustavo Adolfo. “Carisucia”, *El Colombiano*, 14, marzo, 1979, 3-A.

D´arcy, Jeanne. “Sí un hombre viste bien, nadie debe fijarse en él”, *La República*.

Espina, Antonio. “‘El juego de las apariencias’. Del ruido ibérico”, *El Tiempo*, 14, febrero, 1963.

Gil M, Humberto. “La delincuencia infantil”. *El Colombiano*. 18, Mayo, 1954.

Hernández Pardo, Rafael. “Dos mil gamines tiene Bogotá”. *El tiempo*. 31, mayo, 1967.

Le corbusier, Sert y Wiener, “Llegaron ayer a la Ciudad”. *El tiempo*. 18, febrero, 1950.

Pérez Botero, Luis. “Niños que trabajan”. *El Colombiano*. 10, Septiembre, 1958.

Pérez Botero, Luis. “Un Problema de Medellín. Frente a la mendicidad”. *El Colombiano*. 22 de Junio, 1960.

Rodríguez Garavito, Austin. “Dolor y miseria del gamín”. *El Tiempo*. 24, junio, 1962.

Villa Jiménez, Joaquín. “Benéficas campañas adelanta la alcaldía”. *El Colombiano*. 21, Septiembre, 1954.

"El gamín, villancico" de Aura Colorado realizado en 1969 e interpretado por Rodrigo Rodríguez. https://www.youtube.com/watch?v=x_V4G_tOfM8

“El gamín agradecido” de Jorge Celedon, grabada en 1984.
<https://www.youtube.com/watch?v=CIUgUMi3P3A;>

“Habitantes de las cavernas”, Revista Semana, Día, Junio, 1983,
<http://www.semana.com/cultura/articulo/habitantes-de-las-cavernas/2584-3>

Libros y artículos

Acevedo Villamizar, Antonio. *Los estados antisociales. Vagancia, malvivencia y ratería* (Tesis para optar al título de doctor en ciencias económicas y jurídicas, Universidad Pontificia Javeriana, 1954)

Aldana Bula, Cecilia. *La gamineria* (Tesis de grado para optar al título de ... Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1979), 20-21.

“Historietas cómicas y delincuencia juvenil”, Revista Policía Nacional de Colombia, n° 108 (Noviembre -diciembre 1964): 26-27.

“La criminalidad en 1968”, Revista Policía Nacional, n° 138 (Noviembre-diciembre 1969): 25.

Azor. “Perdidos de la casa”, *Alborada. Revista Ilustrada de la obra de Reeducción de Menores. Terciarios Capuchinos* 3, n° 28 (1954): 88.

Bejarano, Jesús Antonio. *Ensayos de interpretación de la economía colombiana* (Medellín: Editorial La Carreta, 1974).

Beltrán Cortes, Luis María. *Temas colombianos. La metamorfosis del “Chino de la calle”. Observaciones sobre la evolución y psicopatología del niño vago bogotano*. Bogotá: La hidra de Lerna, 1969).

Cadena Acero, Ernesto. “Causas de la delincuencia juvenil en Colombia”, *Revista Policía Nacional de Colombia*, n° 108 (Noviembre- Diciembre 1964), 59.

Carreño, Manuel Antonio. *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras*, (Bélgica: Librería de la Vda de CH. Bouret, 1854), <https://archive.org/details/manualdeurbanida00carr>

Castillo Esparcia, Antonio. “Los medios de comunicación como actores sociales y políticos. Poder, Medios de Comunicación y Sociedad”, *Razón y palabra*, http://www.razonypalabra.org.mx/N/N75/monotematico_75/12_Castillo_M75.pdf

Córdoba, José María. *El cura gamín por Tamerlán Díaz*. (Bogotá: Tercer Mundo, 1973) 199.

D’Nicolo, Javier; Ardila, Irenarco; Castrellón, Camilo y Mariño, Germán. *Musarañas*, (Bogotá: Industria Continental Gráfica, 1981), 89, <https://es.scribd.com/doc/32793324/Musaranas-Programa-de-intervencion-con-ninos-de-la-calle>

Fornaguera, Miguel. "El abandono infantil en Bogotá", *Matriz sociológica y estadística. Revista Javeriana* 20 (Marzo, 1943).

Gallinazus, Pablus. “Hay un niño en la calle”. (Video) <https://www.youtube.com/watch?v=6KE5JyckznQ>.

Granados Téllez, Marcos. *Gamines*, 2ª. ed (Bogotá: Editorial Temis, 1976).

Gutiérrez, José y Villaveces Izquierdo, Santiago. *Medio siglo de travesía freudiana por Colombia. Contrapunto y secuencia de un antropólogo con un analista sobre la vida y obra de éste* (Bogotá: Spiridon, 1996), 119-120.

Gutiérrez, José. “Estado actual del “estudio de los gamines en Bogotá”, *Revista Colombiana de Psiquiatría* 1, n° 7 (Mayo 1957).

Gutiérrez, José. *Gamín. Un ser olvidado*. (México: McGraw-Hill. 1972).

Gutiérrez, El camino de las muchas vueltas. (Bogotá: Spiridon, 2003).

Herrera José Darío, Comanche. “Comandante del cartucho”. (Bogotá: Fondo Editorial para la paz, 1994).

Jaramillo, Oscar. “El sub-mundo de los gamines”, *Nueva Frontera* (Marzo 1976): 5.

Las nostálgicas de Colombia, el “Niño gamín”. (Video)
<https://www.youtube.com/watch?v=WSWTsFNQ4X8>.

López López, Emma. Apuntaciones sobre delincuencia infantil (Tesis para optar el título de doctora en Ciencias Jurídicas, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1962), 28.

Ortega Ricaurte, Carmen. *¿Quiénes son los gamines?* (Bogotá: Plaza y Janes, 1977).

Pachón, Mónica y Muñoz, Cecilia. *Gamines. Testimonios*. (Bogotá: Carlos Valencia Editores. 1980).

Pereira, Francisco. “Aplicaciones de la psicología del aprendizaje a la rehabilitación del ‘gamín’”, *Revista Latinoamericana de Psicología* 7, n° 3 (1975): 392.

Pio Gómez Moreno, “Panorama de la delincuencia juvenil en Colombia”, *Tribuna Médica* 233 (Febrero 1966): 4.

República de Colombia, Decreto número 1710 de 1963,
https://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-103714_archivo_pdf.pdf

Rocha Ochoa, Cesáreo. *"El gamín cojo". En Tierra buena. Cuentos y relatos*. (Bogotá: Talleres de graficas Leipzig, 1976).

Rodríguez, Eduardo. *Código judicial colombiano y leyes que lo adicionan y reforman*, (Bogotá: Imprenta de la luz, 9ª edición, 1928), 694.

Rodríguez, Marta y Silva, Jorge. *Gamines*, 1973,
http://www.martarodriguez.org/martarodriguez.org/Jorge_Silva_-_Marginales.html

Rueda González, Ricardo; Gonzalez, Ángel; Rodríguez, Álvaro, et al. *La población de Colombia*. (Asociación Colombiana para el estudio de la población. –ACEP–, 1974),
<http://www.cicred.org/Eng/Publications/pdf/c-c9.pdf>

Sanabria Méndez, Carlos Alberto. *Control Social, Orden y Delincuencia Urbana: Bogotá 1920-1946*, (Tesis para optar al título de: Magister en Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 2011), 107.

Sanín Echeverri, Jaime. *Una Mujer de Cuatro en Conducta, o la Quebrada de Santa Helena* (Medellín: Imprenta departamental, 1948)

Bibliografía

“Algo de humor!!”, automovilescolombia.com, consultado el 25 de septiembre de 2011, <http://bit.ly/2guz2CW>.

“Tema del día chistes de gamines”, Todo en chistes, consultado el 3 de noviembre de 2011, <http://bit.ly/2hPKeXo>.

“Historia, origen y características del diario ‘El Tiempo’”, diarioeltiempocolombia.com, consultado el 20 de septiembre, 2017, <https://diarioeltiempocolombia.wordpress.com/2012/04/20/historia-origen-y-caracteristicas-del-diario-el-tiempo/>

“Toro Publicidad”, Comerciales realizados por la agencia colombiana Toro Publicidad, entre los años 1988 y 1998, consultado el 28 de septiembre de 2017, <https://www.youtube.com/user/TOROPUBLICIDAD/featured>.

Acosta Lozano, Luisa Fernanda. "Televisión y vida privada en Colombia", en *Historia de la Vida privada en Colombia* (Colombia: Editorial Santillana, 2010)

Acuña Rodríguez, Olga Yanet. “Censura de prensa en Colombia, 1949-1957”, *Historia Caribe VIII*, n° 23 (Julio-Diciembre 2013): 242.

Aedo Henríquez, Andrés. "El habitus y la movilidad social: de la modificación del sistema de disposiciones a la transformación de la estructura de clases", *Revista de Sociología*, n° 29 (2014), 59.

Arango Uribe, Alberto. “El gamín Pepecura y su compañero fueron protagonistas de muchas caricaturas”. Consultado el 30 de septiembre de 2017, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/albar/albar5.htm>

Arendt, Hanna. *De la historia a la acción* (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A, 1995), 95.

Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de los Andes Facultad de Ciencias Sociales - ceso Departamento de Antropología, 2007).

Arias, J. Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales (Bogotá: Universidad de los Andes, 2005).

Aristizábal García, Diana Marcela. "Niños deseantes y mercados emergentes. Reflexión histórica sobre la infancia y el consumo en Colombia, primera mitad del siglo XX", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°8 (2016), 200-225, DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a10>.

Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber (Bogotá: Editorial Taurus 1ª edición, 2006). También ver: Germán Mejía Pavony y Michael J. LaRosa, Historia concisa de Colombia 1810-2013 (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014). Ver: Jesús Bejarano, Ensayos de interpretación de la economía colombiana (Bogotá: La Carreta, 1978). Y ver: Marco Palacios, Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994 (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003).

Benavides Campos, Julio. "Historia de la televisión en Colombia y su función pública (1953-1958)" (Tesis para optar al título de: Doctor en Historia Universidad Nacional de Colombia, 2012), 1-2.

Blair Trujillo, Elsa María. *Conflicto armado y militares en Colombia: cultos, símbolos e imaginarios* (Medellín: Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Políticos, 1999), 238.

Borja Gómez, Jaime and Rodríguez Jiménez, Pablo. *Historia de la vida privada en Colombia. Los signos de la intimidad. El largo siglo XX*, 2 vols (Bogotá: Taurus, 2011).

Bustelo, Eduardo. "Infancia en Indefensión", *Salud colectiva*, v1, n° 3 (Septiembre 2005): 253-84

Cárdenas Palermo, Yeimy. "Chinos y gamines: imágenes de los habitantes pobres de Bogotá en la primera mitad del siglo XX", *Pro-Posições* 23, n° 1 (2012), 87.

Cárdenas Palermo, Yeimy. "Memorias de juegos y juguetes como aproximaciones a la experiencia de infancia. Américas y Culturas", in *Red de educación, cultura y política en América Latina*, dirs. Agueda Bittencourt y Alejandra Corbalán (Argentina: Biblos, 2009), 229-314.

Carli, Sandra. "El campo de estudios sobre la infancia en las fronteras de las disciplinas. Notas para su caracterización e hipótesis sobre sus desafíos", en *Infancias: políticas y Saberes en Argentina y Brasil, siglos XIX y XX*. Eds.

Carli, Sandra. "La memoria de la infancia. Historia y análisis cultural", en *actas del VIII Congreso Nacional de Investigación Educativa, Conferencias Magistrales*. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa, 2006.

- Carrera Carrera, Álvaro. *El gamín de las nieves*. (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 2011).
- Carretero, Enrique. "Imaginario e identidades sociales. Los escenarios de actuación del 'imaginario social' como configurador de vínculo comunitario", Comps, Juan Coca et al, in *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales* (Badajoz: Ceasga, 2011), 100.
- Cassirer, Ernst. *Antropología filosófica*, 24ª Ed. (México: Fondo de cultura económica, 2007).
- Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad* (Buenos Aires: Tusquets, 1975).
- Castro Carvajal, Beatriz. "Asistencia social y populismo. El caso de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil en Colombia, 1954-1957", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n° 8 (2016) 276-97, DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a13>.
- Castro- Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. (1750-1816)* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005), 16.
- Castro, Lucia R. "O Lugar da Infância na Modernidade". *Psicologia: Reflexao e critica* 9, n° 2, (1996).
- Corredor, Consuelo. "La modernización inconclusa", in *Desarrollo económico y social en Colombia*, ed. Gabriel Misas (Bogotá: Siglo XX editores Universidad Nacional de Colombia, 2001).
- De Cassia Marchi, Rita y Zambrano Gutierrez, Ivannsan. La "limpieza social" en la construcción de la infancia moderna: aproximación teórica e histórica sobre los niños en situación de calle en Brasil y Colombia", *Anuario de historia, región y fronteras* 20, n° 1 (2015), 19-40.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*, (México: Universidad Iberoamericana, 1999), 208.
- Eisenstadt, Shmuel N. "Modernidades Múltiplas", *Sociologia - problemas e práticas*, n°35 (2001).
- Espinal Pérez & Ramírez. *Cuerpo Civil, controles y regulaciones*. (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006).
- Fernandez, Renata. "Memorias de Menina". *Cadernos Cedes* 56 XXII, n° 56 (Abril 2002), 81-102.
- Gallo, Héctor; Jiménez Zuluaga, Blanca; Londoño Usma, Inés Daniela and Medina Pérez, Gonzalo. *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998 – 2010*,

Comp. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín: Silaba. Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales INER, 2015).

García Londoño, Carlos Edward. *Niños trabajadores y vida cotidiana en Medellín. 1900-1930* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999).

García, David; Montenegro, Mauricio; Astaíza, Fernando y Martín, Carlos. “El campo publicitario colombiano: entre los imaginarios y las condiciones objetivas”, *Nómadas (Col)*, n° 36, (abril 2012): 258.

Garzón, Jaime. (página web) <http://www.jaimegarzonforero.com/heriberto-de-la-calle>.
Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*, Trad. Alberto L. Bixio (Barcelona: Gedisa, 1987).

González Arias, José. “Geopolítica de la violencia. Análisis. Conflicto social y violencia en Colombia”, *Documentos ocasionales*, n° 53 (Mayo 1989).

Gonzalez, Fernán, Zambrano, Fabio, et al., *Violencia en la región Andina. El caso de Colombia*. (Santa Fe de Bogotá. D.C. Cinep. 1994), 26.

Gutiérrez, María-Teresa. “Proceso de institucionalización de la higiene: estado, salubridad e higienismo en Colombia en la primera mitad del siglo XX”, *Revista Estudios Socio-Jurídicos* 12, n° 1 (2010): 75-77.

Guzmán Campos, Germán; Fals-Borda, Orlando y Umaña Luna, Eduardo. *La violencia en Colombia*, tomo I (Bogotá: Editorial Taurus, 2005).

Herrera Beltrán, Claudia Ximena. “La infancia en la historia de la pedagogía en Colombia”, en *Lecciones de historia de la pedagogía en Colombia. Escuela, maestro e infancia (s)*, Eds. Carlos Noguera, Alejandro Alvarez, Claudia Herrera Beltrán (Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional: Cooperativa Editorial Magisterio, 2016), 193.

Herrera, Martha Cecilia and Cárdenas Palermo, Yeimy. "Tendencias analíticas en la historiografía de la infancia en América Latina", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 40, n° 2 (Julio 2013), 279-311.

Herrera, María Cecilia. “Debates sobre raza, Nación y educación: ¿hacia la construcción de un ‘hombre nacional’?”, in *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*, Comps. María Cecilia Herrera y Díaz, Carlos Jilmar (Bogotá: Plaza y Janés, 2001), 117–142.

Isabella Cosse, Valeria Llobet, Carla Villalta y Maria Carolina Zapiola (Buenos Aires: Teseo, 2011) 31-56.

Jiménez Becerra, Absalón. *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia. 1968-2006* (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Editorial UD, 2012).

Jiménez Becerra, Absalón. *Infancia. Ruptura y discontinuidades de su historia en Colombia*. (Bogotá: ECOE Ediciones, 2012).

Kalmanovitz, Salomón y López, Enrique. *Instituciones y desarrollo agrícola en Colombia a principios del siglo XX* (Bogotá: Banco de la República, 2002).

Jurado Jurado, Carlos. *Vagos, pobres y mendigos: Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850* (Medellín: Editorial La Carreta. Colección Ojo de Agua, 2004).

Leo. "Tal para cual". Leo sátira. Caricaturas y opinión (blog). el 5 de mayo de 2014. <http://bit.ly/1kJzbYd>.

Le Breton, David. *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos* (Argentina: Nueva Visión, AÑO).

Lechner, Norbert, "A la búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina", *Revista Internacional de Ciencias Sociales (Cataluña)* 43, n° 03, (Sep. 1991) 569-581.

León, Emma. *El monstruo en el otro. Sensibilidad y coexistencia humana* (Madrid: Sequitur, 2011), 12.

Líneas, Agromar. "Vuelven los gamines", *Consigna*, n° 237 (1983), 28-30. Llobet, Valeria. *¿Fábricas de niños? Las instituciones en la era de los derechos*, (Buenos Aires: Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico, 2010).

Londoño Vega, Patricia y Londoño Vélez, Santiago. *Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia* (Bogotá: Banco de la República, 2012).

Loureau, René. *El Análisis Institucional* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1979).

Magalhaes, Monica y Carvalho, Kassar. "Quando eu entrei na escola... Memórias de passagens escolares". *Cadernos Cedes* 26, 68 (2006), 60-73.

Malinowski, Bronislaw. *Los argonautas del pacífico occidental* (Barcelona: Planeta Agostini, 1986).

Martínez Boom, Alberto. "La escuela pública: del socorro de los pobres a la policía de los niños", en Foucault, la pedagogía y la educación. *Pensar de otro modo*, Dir. Olga Lucia Zuluaga Noguera, et al (Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 2005), 141-142.

Martínez Boom, Alberto. "Pobreza, policía y niño en el surgimiento de la escuela pública en Colombia", in *La escuela frente al límite. Actores emergentes y transformaciones estructurales. Contingencia e intereses*, Comps., Narodowski Ospina y Alberto Martínez Boom (Buenos Aires: Noveduc, 2006), 25-26.

Martínez Moya, Armando. "Ensoñación y violencia: miradas sobre la infancia escolar desde la literatura evocativa", in *actas del XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*. Mexico: COMIE, 2011.

Melo González, Jorge Orlando. "Colombia: siglo y medio de bipartidismo", in *Colombia hoy*, Coord., Jorge Orlando Melo González (Bogotá. Presidencia de la República, 1996).

Melo González, Jorge Orlando. "Algunas consideraciones globales sobre 'modernidad' y 'modernización', in *El despertar de la modernidad* comps. Fernando Viviescas y Fabio Giraldo Isaza, (Bogotá, Foro Nacional por Colombia, 1991).

Melo Moreno, Vladimir. *La calle: Espacio geográfico y vivencia urbana en Santa Fe de Bogotá* (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C. Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1998).

Meluk, Alfonso. Etiología de la delincuencia en Colombia, (Colombia: Ediciones Tercer Mundo, 1969) 39-40.

Minnicelli, Mercedes y Zambrano, Ivannsan. "Estudio preliminar sobre algunas Instituciones de infancia en tiempos de capitalismo y modernidad: los Niños en Situación de Calle, Colombia", *Revista Científica Multimedia Sobre la Infancia y sus Institución(Es)* 1, n° 1 (2012): 1-29, <http://www.infeies.com.ar>.

Minnicelli, Mercedes. *Infancias en estado de excepción. Derechos del niño y psicoanálisis* (Buenos Aires: Noveduc, 2010).

Molano, Alfredo. *Rebusque mayor. Relatos de mulas, traque tos y embarques* (Bogotá: El Ancora Editores, 1997).

Molina, Gerardo. Las ideas liberales en Colombia. De 1935 a la iniciación del Frente Nacional. 1ª Ed. Tomo 3 (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1977), 210.

Morris, Ingrid y Garzón, Germán. El Cartucho. Del Barrio Santa Inés al Callejón de la Muerte (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá Secretaría Distrital de Integración Social, 2010), 35.

Múnera G, Luis Fernando. *La radio y la televisión en Colombia* (Santafé de Bogotá. APRA Ediciones, 1992).

Muñoz, Cecilia y Pachón, Mónica. *La niñez en el siglo XX. Comienzos de siglo* (Bogotá: Planeta, 1991), 374.

Muñoz, Cecilia y Pachón, Mónica. *La aventura infantil a mediados de siglo* (Bogotá: Planeta, 1996).

Muñoz, Cecilia y Pachón, Mónica. "Los chinos Bogotanos a comienzos del siglo (1900-1930)", *Credencial Historia*, n°12 (1990): 6-7.

Noguera, Carlos. "La higiene como política. Barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n° 25, (1998): 189.

Noguera, Carlos. Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo xx en Colombia. (Medellín. Fondo editorial universidad EAFIT. Cielos de Arena. 2003).

José Antonio Ocampo, German Colmenares, Jaime Jaramillo, Hermes Tovar et al, "La industrialización y el intervencionismo estatal (1945-1980), en: *Historia económica de Colombia*, comp., José Antonio Ocampo Gaviria (Bogotá: Planeta, 2007: 271).

Mancera Carrero, Alexandra. "Niños expósitos y menores en Bogotá: 1791-1920", *Nómadas* 36, (2012): 233.

Parra, Ariel y Ojeda, Robert. "El concepto de hegemonía en Gramsci: una mirada al Frente Nacional en Colombia", *Logos. Bogotá (Colombia)* 19, n° 1 (enero-junio 2011): 108.

Pecaut Daniel, "Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia", *Revista Análisis político*. (1997). N 30.

Pérez Benavides, Amada. *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1880-1910* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2015).

Pérez Pérez, María Cristina. "Historia de la vida privada en Colombia", reseña de "Historia de la vida privada en Colombia. 2 Vols.", por Jaime Humberto Borja y Pablo Rodríguez Jiménez, *Historia Crítica*, (2009): 331-336.

Publimetro Colombia. "¿Qué significa 'nea'? la expresión que usó Urán en sus declaraciones". Publimetro (Revista electrónica). Consultado el 9 de julio de 2017. <http://bit.ly/2yxhAT3>.

Quevedo, Amalia. *Mendigos ayer y hoy: La lectura contemporánea de la mendicidad* (Madrid: Eiuinsa, 2007), 193.

Ramírez, Teresa y Téllez, Juana. La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX, (enero 2006): 46, <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra379.pdf>

Rojas, Carlos Eduardo. *La violencia llamada "limpieza social"* (Bogotá: Cinep, 1996), 14.

Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* 2ª ed. (Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores, 2008), 403.

Sábato, Ernesto. *La resistencia* (Barcelona: Seix Barral, 2000).

Sabido Ramos, Olga. *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica* (España: Sequitur, Azcapotzalco, 2012), 32-35.

Sáenz Obregón, Javier; Ospina López, Armando y Saldarriaga Vélez, Oscar. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946* (Medellín: Colciencias / Ediciones Foro Nacional por Colombia / Ediciones Uniandes / Editorial Universidad de Antioquia, 1997).

Santoyo Torres, Mario Aantonio. *La productora de individuos y sueños. El tránsito a la profesionalización de la vida doméstica. Su contribución y protagonismo en la edificación de la modernidad mexicana. (Ciudad de México, c.1890 – c.1910)*. (Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad IZTAPALAPA. División de Ciencias Sociales y humanidades. Doctorado en Humanidades. Línea Historia). Tesis presentada para optar al grado de Doctor en Historia. 2017. P 42.

Samper Ospina, Daniel. "El gamín de Uribe". *Semana*. Consultado el 26 de septiembre de 2017. <http://bit.ly/2neTyH3>.

Sarat, Magda. "A escola da minha infancia. Historia, memoria e educacao". *Analecta 3* (2002), 135-148.

Silva, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Medellín: La Carreta. Editores, 2012), 29- 34.

Sosenski, Susana y Jakson Albarrán, Elena. *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012), 8.

Sosenski, Susana y Rojkind, Inés. "Presentación", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°8 (2016), 9, DOI: [dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a01](https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a01).

Sosenski, Susana. *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México. 1920-1934* (México, D, F: Colegio de México, 2010), 17.

Suárez, Nicolás. "¿A qué juegan 'el gamín' y Vargas Lleras?" *La Paria.com*. Consultado el 25 de septiembre de 2017. <http://bit.ly/2EbCsSw>.

Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana* (México: Siglo Veintiuno Editores, 2013), 30.

Torres Medina, Felipe. "21 Palabras colombianas que no tienen igual". *Buzzfeed* (blog). Consultado el 12 de noviembre de 2017, <http://bzfd.it/2guCehU>.

Vigarelo, G. *Histoires des corps: entretien avec Michel de Certeau*. *Esprit* 1982, Trad. Alejandro Pescador. *Historia y Grafía 2* (Julio-Diciembre de 1997), 179-90, http://colgados2.rssing.com/chan-13965994/all_p5.html

Viveros Vigoya, Mara. "Relatos e imágenes del amor en la segunda mitad del siglo XX", in *Historia de la vida privada en Colombia*, dirs. Jaime Borja Gómez y Pablo Rodríguez Jiménez (Bogotá: Taurus, 2011), 303-336.

Yarza, Alexander y Rodríguez Rave, Lorena María. *Educación y pedagogía de la infancia anormal. 1870-1940. Contribuciones a una historia de su apropiación e institucionalización en Colombia* (Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio, 2007).

Zambrano Pantoja, Fabio. *Historia de Bogotá, Siglo XX* (Bogotá: Villegas Editores, 2007), 247. 974 páginas

Zambrano, Ivannsan y Di Cassio Marchi, Rita. "Narrativas sobre el gamín en Colombia: nuestra novela del desprecio", *Uni-pluri/versidad* 14, n° 3, (2014): 64

Zambrano, Ivannsan. "Miradas científico anormales a la infancia en situación de calle: José Gutiérrez o los imaginarios sociales". *Revista colombiana de educación*, n° 63 (Agosto 2012): 273-288. Ver: Cornelius Castoriadis. *La institución imaginaria de la sociedad* (Buenos Aires: Tusquets, 2007)

Zambrano, Ivannsan; Rojas, Claudia y Cano, Yearleydi. Una infancia bajo amenaza de muerte: los niños en situación de calle en las grandes urbes Colombianas. Aportes a una historia de la infancia, (Informe de Investigación), Medellín, Universidad de Antioquia-CIEP, 2012, <http://ayura.udea.edu.co:8080/jspui/handle/123456789/613>.

Zoila, Santiago Antonio. "Los enfoques historiográficos de la infancia", *Takwá*, n°11-12 (Primavera otoño 2007) 31-50, <http://bit.ly/1PVVgnS>.



HISTORIA CULTURAL DE LOS
GAMINES "NIÑOS EN SITUACIÓN
DE CALLE" DE 1950 A 1985 EN
BOGOTÁ.

En la Ciudad de México, se presentaron a las 9:30 horas del día 30 del mes de julio del año 2018 en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los suscritos miembros del jurado:

DRA. LUZ MARIA UHTHOFF LOPEZ
DR. RODRIGO DIAZ CRUZ
DR. MARIO ANTONIO SANTOYO TORRES



IVANNSAN ZAMBRANO GUTIERREZ
ALUMNO

Bajo la Presidencia de la primera y con carácter de Secretario el último, se reunieron a la presentación de la Disertación Pública cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

DOCTOR EN HUMANIDADES (HISTORIA)

DE: IVANNSAN ZAMBRANO GUTIERREZ

y de acuerdo con el artículo 78 fracción IV del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

Aprobar

Acto continuo, la presidenta del jurado comunicó al interesado el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.

REVISÓ

[Signature]
LIC. JULIO CESAR DE LARA ISASSI
DIRECTOR DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CSH

[Signature]
DR. JUAN MANUEL HERRERA CABALLERO

PRESIDENTA

[Signature]
DRA. LUZ MARIA UHTHOFF LOPEZ

VOCAL

[Signature]
DR. RODRIGO DIAZ CRUZ

SECRETARIO

[Signature]
DR. MARIO ANTONIO SANTOYO TORRES